

EL DEVORADOR DE LIBROS

A veces hay que seguir leyendo para pasar a la acción

*Rebecca
Makkai*

The cover features a central yellow sun with a blue car driving on a road that is formed by the spines of several stacks of books. The books are in various colors like red, green, yellow, and blue. A large white pencil is on the left side. The author's name is written in a cursive font inside the sun.

se

Lectulandia

Lucy Hull, una joven resignada a trabajar como bibliotecaria de libros infantiles en un remoto pueblo de Missouri, ayuda habitualmente a su lector preferido —Ian Drake, un niño de diez años obsesionado con la lectura— a escoger libros a escondidas de su madre, una mujer autoritaria que pasapor la censura todo lo que el niño quiere leer. La inercia existencial de Lucy la lleva a tener una vida de pocas emociones, hasta que se topa con un dilema moral cuando conoce el plan que ha preparado Ian para escapar del control de su madre.

Rebecca Makkai

El devorador de libros

ePub r1.0

Titivillus 03-05-2022

Título original: *The Borrower*
Rebecca Makkai, 2011
Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para Lydia y Heidi.
Que se os abran a las dos todas las puertas
(y todos los libros).*

IAN NUNCA ESTABA CONTENTO SI NO HABÍA UN PRÓLOGO

Podría ser yo la mala de esta historia. Incluso ahora es difícil saberlo.

Entre tantos y tantos libros como había en la biblioteca sobre el antiguo Egipto, la ilustración que más gustaba a los niños era la del dios de la muerte comparando el peso del corazón de un muerto con el de una pluma, así que al menos tengo ese consuelo: algún día sabré lo culpable que soy.

Ya no veo a mis antiguos conocidos. He encontrado otra biblioteca, con paredes de roble y barandas de hierro; una biblioteca universitaria donde quien pide en préstamo algún libro sabe lo que busca. Yo se los paso por el lector, y ellos, envueltos en su bruma cafeinada, apenas me prestan atención. Nada que ver con mi vieja biblioteca de moqueta manchada y paredes de ladrillo, aunque los libros son los mismos: mismos lomos, mismos códigos en etiquetas amarillentas. Ya sé lo que contienen todos. Me susurran sus consideraciones desde las alturas.

Los fugitivos, los secuestradores, me miran desde lo alto de sus anaqueles como a uno de los suyos; me dicen que salga pitando hacia la frontera; estiman que voy tan de cabeza al infierno como ellos. Dicen que soy la mayor mentirosa que han visto en la vida. Y aquel de allá, el depravado lepidopterólogo, el magreante pirado que remueve su vodka con piña en las alturas de la estrecha estantería N-A-B, me ha dejado que tergiversar. (Siempre se puede contar con una bibliotecaria para un estilo de prosa poco original). Señoras y señores del jurado, la prueba número uno es lo que envidié y creí poder arreglar. Vean qué cárcel de libros.

Antes de que empezara todo, le dije a Rocky que algún día clasificaría mis libros por protagonistas, en orden alfabético. Ahora comprendo dónde quedaría yo: Hull, bien arrimada a Huck y Humbert; aunque, en el fondo, lo tendría que poner en Drake, el nombre de Ian, el niño al que robé, porque al

margen de quién sea la mala de la historia, yo no soy la buena. Por no ser, no soy ni el motivo de este rezo.

1. LA HORA DEL CUENTO

Se reunían cada viernes a las cuatro y media, con las piernas cruzadas sobre la alfombra peluda de color marrón, arrancando trocitos de su costra de barro, purpurina y pegamento, con la espalda en los cajones de libros ilustrados.

De mis cinco habituales, dos habrían venido siete días por semana, si hubieran podido. Ian Drake apareció con varicela y con la pierna rota. Vino hasta cuando sabía que habían pospuesto la hora de lectura una semana, y se quedó leyendo a solas en voz alta. Luego estaban los dos o tres extras de cada semana, hijos de padres que necesitaban canguro ocasional; inquietos durante la lectura del octavo y noveno capítulo de un libro que eran incapaces de seguir, se arrancaban hilos de los calcetines y los usaban como seda dental.

Aquel otoño de hace cinco años íbamos por la mitad de *Matilda*; era la cuarta semana, y antes de la hora de lectura llegó Ian al galope.

—Le he dicho a mi mamá que estamos leyendo otra vez *La casa de la pradera*. No creo que sea muy fan de *Matilda*. Ni siquiera le gustó *El superzorro*. —Se peinó con los dedos—. ¿Trato hecho?

Asentí con la cabeza.

—Mejor que no se preocupe.

Aún no habíamos llegado a la parte mágica, pero Ian ya la había leído en secreto, acucillado junto a la estantería de Roald Dahl, y sabía a qué atenerse.

Se fue dando brincos por el pasillo de las Biografías y volvió por el de Ciencias, con la cabeza ladeada para leer los lomos.

En ese momento se acercó Loraine —Loraine Best, la bibliotecaria jefa, que por suerte no nos había oído conspirar—, y observó cómo se reunían en la alfombra los primeros niños. Loraine bajaba algunos viernes solo para sonreír y saludar con la cabeza a las madres que dejaban a sus hijos, como si tomara parte en la hora de lectura; como si solo con leer tres minutos de *Huevos verdes con jamón* no hiciera llorar a la mitad de los niños, y levantar el dedo a los demás, deseosos de saber si era una bruja buena o mala.

Ian volvió a desaparecer. Esta vez llegó por Historia de América, tocando todos los libros de la hilera superior derecha.

—Prácticamente vive aquí, ¿no? —susurró Loraine—. Este pequeño homosexual...

—¡Que tiene diez años! —dije yo—. Dudo que sea *algosexual*.

—Mira, Lucy lo siento. No tengo nada en contra de él, pero ese crío es gay.

Lo dijo con el mismo tono de satisfacción por su propia magnanimidad imaginaria que usaba mi padre cada vez que hacía referencia a «Ophelia, mi secretaria negra».

Ian, que estaba en Narrativa, se puso de puntillas para sacar un libro grande y verde de uno de los estantes superiores: de misterio, con el personaje azul de la etiqueta mirando con lupa desde el lomo. Se sentó en el suelo y empezó la primera página como si en efecto contuviera los misterios del mundo, y en el universo todo se pudiera resolver en la página 132. La luz fluorescente se reflejaba en sus gafas, dos discos amarillos por las páginas. No se movió hasta que empezaron a llegar los otros niños, y Loraine, agachada a su lado, le dijo:

—Te están esperando los demás.

Y aunque no fuera verdad —Tony ni siquiera se había quitado la chaqueta—, arrastró el trasero hasta reunirse con nosotros, sin levantar la mirada del libro.

Aquel día eran cinco los oyentes, todos habituales.

—Bueno —dije, con la esperanza de que Loraine se marchara—, ¿dónde lo habíamos dejado?

—La señora Trunchbull se ponía a gritar porque no habían hecho las mates —dijo Melissa.

—Y le gritaba a la señorita Honey.

—Estaban aprendiendo el tres.

Ian suspiró en voz alta y levantó la mano.

—¿Sí?

—Eso fue hace dos semanas. El último día la protagonista se acababa de enterar de que la señorita Trunchbull había sido lanzadora de martillo. También nos enteramos de que tiene muchos aparatos de tortura en su despacho.

—Gracias, Ian.

Me enseñó los dientes al sonreír. Loraine puso los ojos en blanco. —No supe si por mí o por Ian— y dio tumbos hacia la escalera. Yo casi siempre

tenía que cortar a Ian, pero a él le daba igual. La única manera de que se fuese habría sido incendiar la biblioteca. Detrás de la mesa le tenía guardado *Cuentos de un nada de cuarto*, para que lo viera cuando viniera sin canguro. Hacía una semana que bajaba corriendo casi cada tarde y asomaba la cabeza por el borde de mi mesa, sin aliento.

En esa época, antes del largo invierno, a lo que más me recordaba Ian era a un globo de helio. No solo por su voz, sino por su manera de hablar mirando hacia arriba y de dar pequeños saltos sobre la punta de los pies, como si le costase no salir volando.

(¿Tuvo algún predecesor?, pregunta Humbert.

No, ninguno. Yo nunca había conocido a nadie igual).

Cuando no encontraba ningún libro que le gustase, siempre venía y se apoyaba en la mesa.

—¿Qué debería leer?

—*Aprende a no quejarte* —decía yo, o *Introducción al catálogo informatizado*.

Pero él ya sabía que era en broma; sabía que era la pregunta que más me gustaba del mundo.

Entonces le elegía algo: una vez fueron los *Mitos griegos* de los D'Aulaire; otra, *Una rueda en el tejado...* Mis elecciones solían ser de su agrado; el D'Aulaire, concretamente, desencadenó más de dos meses de mitología a mansalva.

Gracias a que Loraine me avisó desde el principio de cómo era la madre de Ian, siempre me cercioraba de que leyera libros de títulos inocuos y portadas agradables; nada con aspecto de dar miedo, como *El juego de Egipto*. A los ocho años, Ian vino con una canguro y se llevó en préstamo *Zapatos de teatro*. Lo devolvió el día siguiente, diciéndome que solo le dejaban leer «libros de niños».

Por suerte, su madre no parecía poseer grandes conocimientos de literatura infantil, así que *Mi rincón en la montaña* se saltó el control, al igual que *El enigma de la estatua*: dos libros, me di cuenta más tarde, sobre fugas; juro que entonces no se me pasó por la cabeza.

Acabamos dos capítulos. Después hice tiempo hasta las cinco y media, la hora en que bajarían saltando por las escaleras la mitad de las madres, con sus faldas de tenis, y la otra mitad saldría del foso de los libros ilustrados junto con sus bebés.

—¿Quién es el bueno de este libro? —pregunté.

Era fácil. Siempre era el personaje principal. En los libros infantiles casi nunca hay antihéroes, ni narradores poco fidedignos.

Aaron parecía tener ensayada la respuesta desde varios días atrás.

—En el fondo la buena es Matilda, pero la señorita Honey también es un poco buena, porque es muy simpática.

—¿Y el malo?

—¡La señora Crunchable! —gritó Tessa—. ¡Aunque sea la *dirrectora*! ¡Y las *dirrectoras* suelen ser simpáticas!

—Sí —dije—, creo que tienes razón.

Son bastante sensatos a la hora de identificar la maldad, aunque el malo no lleve una máscara negra. Alguno que otro, inteligente, entiende la amplitud que puede alcanzar esa categoría.

—Porque el malo puede ser cualquiera, como un conejo en el jardín —dijo Tessa.

—¿Podrían ser hasta los padres de alguien? —pregunté.

Quería que pensarán en los de Matilda, esos horribles adictos a la tele, los otros antagonistas del libro.

—Sí —contestó Tony—, como si tu madre tuviera una pistola.

Lo sabían, como niños modernos y avispados que eran: una madre podía ser una bruja y un niño un delincuente. Y una bibliotecaria podía ser una ladrona.

Al lugar del delito lo llamaremos Hannibal, Misuri. (Ya hay uno, claro, un Hannibal real que va a su rollo y vive del turismo de Mark Twain y de las aguas fluviales; yo solo pido tomar su nombre en préstamo).

Este Hannibal no tenía río, pero sí una carretera que cruzaba el pueblo; y si al pasar solo veías el McDonald's, el Citgo, la mugre, el maíz y el humo de los coches, te perdías los céspedes con setos divisorios de las casonas del oeste y las del este, más pequeñas, con sus caminos de grava y sus buzones lustrosos.

Sin olvidar la biblioteca, justo al lado de la carretera, una mediocre arquitectura setentera de ladrillo disimulada con banderolas de la Fiesta de Otoño y tres ardillas de hierro la mitad de altas que una persona; ardillas nobles, de cabeza erguida, centinelas del punto de entrega y de la entrada para el público. Antes de empujar la pesada doble puerta principal, todos los niños sentían el impulso de tocar las tres ardillas, o quitarles la nieve de la cola, o incluso de subirse a la más alta hasta quedar encaramados sobre su cabeza. Por alguna razón, todos creían que estaba prohibido. Después se lanzaban escaleras abajo; tenían las mejillas rojas, y pasaban al lado de mi mesa con las

parkas hinchidas y vistosas. Algunos sonreían, otros saludaban prácticamente a gritos y otros rehuían por completo mi mirada.

Si a mis veintiséis años yo era la encargada de la sección infantil, se debía tan solo a mi disposición a trabajar más horas que las otras dos bibliotecarias, Sarah-Ann e Irene, dos mujeres mucho mayores que parecían tomarse la biblioteca como una especie de voluntariado, de comedor de beneficencia.

—Qué suerte tenemos de que nos dediquen su tiempo —decía Loraine; y tenía razón, porque a menudo estaban ocupadas en reformar habitaciones enteras.

Ya habían pasado cuatro años desde mi licenciatura; volvía a mordirme las uñas, y mis amistades adultas habían quedado reducidas a dos. Vivía sola, a dos pueblos de distancia, en un piso: una simple bibliotecaria soltera.

Obsérvese, para que conste en acta, mi carácter genético, que indica una leve predisposición a las conductas delictivas, una tendencia hereditaria a la fuga y garantía cromosómica de toda una vida de autoflagelación:

Cosas heredadas de mi padre:

—Gusto por el café espeso como la pez.

—Dos bultos huesudos en la frente, uno encima de cada ojo, justo debajo del nacimiento del pelo. No era ni traumatismo de nacimiento, ni caída al suelo; solo enfermeras frotando mi frente con perplejidad, y mi padre mostrando los suyos a modo de explicación. Si los malos de esta historia no somos nosotros dos, ¿a qué vienen estos cuernos de familia?

—Un temperamento revolucionario, cuyos orígenes van mucho más allá de mi tatarabuelo bolchevique.

—Medio apellido, Hulkinov, abreviado a Hull por un juez neoyorquino. Chiste que se les pasó por alto a los oídos inmigrantes de mi padre, que, con sus zapatos de refugiado, era una cáscara, *a hull*, de su yo ruso.

—Pelo ruso claro, color de nada de nada.

—El emblema familiar que se trajo mi padre de Moscú en un anillo de oro macizo, con su relieve de un hombre que sostiene un libro en la mano derecha, y en la izquierda una cabeza cortada y ensartada en una pica. Este Hulkinov, el más célebre de la familia, fue un guerrero-erudito del siglo XVII que al oír un eco de clarines dejó sus esmerados volúmenes y fue a luchar por la justicia, la libertad o el honor; y aquí estoy yo, al final del linaje: una bibliotecaria-delincuente del siglo XXI.

—Profundo sentimiento de culpa ruso.

Cosas heredadas de mi madre:

—Sentimiento de culpa judeo-americano de un kilómetro de grosor.

Hasta aquí el escenario y los personajes principales. Ya estamos incrustados en los pufs: empecemos.

(«¿Adónde va papá con esa hacha?», preguntó Fern)^[1].

2. PROBLEMAS EN LA CIUDAD DEL RÍO

Una tarde de principios de octubre, bajó por la escalera una mujer con pantalones de vestir, zapatos de tacón y blusa de seda marrón: una madre, seguro; no como esas maestras, niñeras o tutoras que van vestidas de cualquier manera. Guapa, pelirroja, con una cola de caballo que a diferencia de la mía no se adelgazaba tristemente en la punta, sino que acababa recta y tupida, como la de un auténtico caballo; dejó un libro encima de la mesa, y sus pendientes oscilaron a la vez. Yo no la conocía de nada.

—¿Estás ocupada?

Le puse el tapón a mi bolígrafo, y sonreí.

—Sí, claro. Vaya, que no.

—Soy la mamá de Ian.

—¿Perdón?

Me miraba a los ojos con tal insistencia que no procesé del todo sus palabras.

—Que mi hijo es Ian Drake.

—Ah, Ian... Claro, claro. ¿Qué querías?

Me quedé un poco desconcertada al darme cuenta de que nunca la había visto, y de que no hubiera caído en ello, pese a todos los debates sobre si a la madre de Ian le parecería bien tal o cual libro. Cuando era más pequeño, Ian siempre venía con una canguro. Ahora llegaba muchas veces solo, en bici, con una mochila vacía, para llenarla de libros.

—Bueno, es que el otro día vino a casa con esta novela, *Tuck para siempre*... —Me la acercó, como si me invitara a mirarla—. Seguro que es buenísima, para niños un poco mayores. Te agradecemos mucho tus consejos, mucho; lo que pasa es que Ian es algo sensible. —Se rio un poco y se inclinó—. Ahora mismo, lo que necesita son libros con el aliento de Dios.

—El aliento de Dios.

—Ya sé que os esforzáis mucho por alimentar sus cerebros, pero claro, también necesitamos lecturas que alimenten nuestras almas... A todos nos conviene. —Sonrió con las cejas arqueadas—. Y él aún es tan pequeño que necesita que lo ayudes. Cuento contigo, Sarah-Ann.

Debí de quedarme boquiabierto, hasta que vi que me había dejado la placa de Sarah-Ann sobre la mesa. Curiosamente, me halagó que Ian no le hubiera dicho mi nombre a su madre, que no compartiera con ella nuestras charlas cotidianas. No sería yo quien corrigiera a la señora Drake; tanto mejor si se pensaba que la selección de libros con aliento de Dios debía correr a cargo de Sarah-Ann Drummond.

Sonreí hasta cerciorarme de que hubiera terminado.

—La verdad es que, al ser una biblioteca pública, no censuramos lo que pueden leer nuestros usuarios. Nuestro trabajo es que esté todo disponible. Los que sí pueden elegir por sus hijos son los padres, claro.

Podría haberme extendido mucho más, pero mi reacción fue contenerme. No quería que la madre de Ian se llevara un susto y le prohibiera venir; por otro lado, aunque en principio no me gustase que los niños estuvieran solos en la biblioteca, dudé que la experiencia lectora de Ian se beneficiase de una madre atenta a todas horas a que las palabras salidas de la pluma de Judy Blume estuvieran suficientemente impregnadas de Dios. En suma, que por nada del mundo pensaba comentar que Ian también podía mirar todos los libros del piso de arriba, la sección para adultos, y entrar prácticamente en cualquier web del mundo desde nuestros ordenadores.

—Hay que ver cómo le gusta la biblioteca —dijo ella.

Me di cuenta de que le faltaba un buen acento del sur, de esos de bellezón de Kentucky que se los lleva a todos de calle. Habría sido el complemento perfecto. Se sacó un papel doblado del bolso, grueso, de color crema, con un membrete azul claro: *Janet Marcus Drake*.

—Toma, una lista de los temas que me gustaría que evitase.

De belleza sureña había mutado bruscamente a esos aires de extremo profesionalismo de las perfeccionistas que solo han estado dos o tres años en el mundo laboral antes de tener hijos, y a quienes aterra, desde entonces, no ser tomadas en serio. Tras entregar la lista, esperó como si creyera que la iba a leer en voz alta. Ponía:

—Brujería / hechizos.

—Magia.

—Satanismo / ocultismo, etcétera.

—Temas para adultos.

—Armas.

—Teoría de la evolución.

—Halloween.

—Roald Dahl, Lois Lowry, Harry Potter y otros escritores por el estilo.

—¿Entiendes lo que quiero decir con temas para adultos?

Logré, no sé cómo, abrir la boca y asegurarle que sí.

—Ah, se me ha olvidado ponerlo en la lista: también tengo entendido que aquí los niños pueden coger caramelos. —No hacía falta que lo dijera con tanta formalidad. Se había quedado mirando el cuenco de Jolly Ranchers situado al borde de mi mesa—. ¡Es que no quiero que se ponga a correr por aquí con un subidón de azúcar!

Y, con otra risa, volvió a ser Scarlett O'Hara en el porche.

Dado que no se me ocurrían más que groserías, me quedé callada, pero no tanto por buena educación, o contención, como por una especie de parálisis en la lengua. Tenía ganas de preguntarle si le sonaba de algo la Primera Enmienda, si sabía que Harry Potter no era escritor, si se creía que teníamos libros sobre satanismo en la sección infantil y si me tomaba por la canguro, la profesora de lectura o la jefa de colonias de Ian. En vez de eso, lo que hice fue coger el bolígrafo y añadir otra entrada a la lista: «Caramelos, no».

—Me alegro mucho de que nos hayamos entendido, Sarah-Ann —dijo ella.

Quería quitármela de encima y apaciguarla, pero no podía quedarme ahí sentada, haciendo un contrato verbal que fuera en contra de la Constitución.

—Lo que puedo hacer. —Sugerí— es no recomendar libros con estos contenidos.

—Ya, pero te darás cuenta de que los podría encontrar él solo...

Asentí con un gesto que era libre de interpretar como quisiera, y le dije, tranquilizadora y terminante:

—Lo tengo todo apuntado.

Di un golpecito a la lista, y me levanté para tender la mano.

En ese momento llegó una niña con un montón de libros y se puso detrás de la madre de Ian, que la miró, me hizo un guiño al estrechar mi mano y se marchó.

La niña dejó el montón sobre la mesa: siete libros, todos sobre Marco Polo.

Los siguientes minutos los pasé apoyada en el respaldo de la silla, practicando mis ejercicios respiratorios de yoga mientras analizaba si había

transigido con mis principios morales. La lista de Janet Drake seguía en mi mano, doblada. Lo siguiente que vi fue a Loraine bajando a trompicones, lanzada hacia mi mesa, en la que se apoyó con las dos manos. Su pelo castaño estaba hecho un desastre, con mechones pegados en la frente por una laca de gel y sudor.

—Lucy —dijo, con una fuerza innecesaria—, ¿has podido tranquilizar a esa mujer?

—Sí. —Volví a deslizar los pies en los zapatos—. Me quería dar esta lista.

Empecé a desdoblarla. Loraine hizo un gesto con la mano: ya la conocía.

—No le dejes mirar más libros de brujos. Y ponles una nota a Sarah-Ann e Irene.

A esas alturas, casi me había acostumbrado a Loraine y a su filosofía de que la única manera de que el pueblo nos comprara algún día sillas nuevas era tenerlo satisfecho, aunque fuera en detrimento de los derechos civiles. Solía estar a favor de eliminar rápida y permanentemente de la biblioteca cualquier libro del que algún usuario se tomara la molestia de quejarse. En vez de llamarla bruja alcohólica, o de coger el teléfono para avisar a la Unión Americana de Libertades Civiles, opté por una resistencia menor.

—¿Y eso cómo se hace?

Loraine se tambaleó un poco y se aferró al borde de la mesa. Tenía las uñas pintadas de un color rojo oscuro que se extendía a la piel circundante.

—Ah, pues dile que es un libro de referencia, o algo así; dile que no está en préstamo.

—Ya.

No me preocupaba nada que Loraine pudiera imponer el cumplimiento de la orden; ni siquiera temía que la recordase al cabo de un mes. Además, como se le ocurriera echarme por prestar un libro a un usuario de una biblioteca pública, en diez minutos yo dispondría de tal cantidad de representación jurídica gratuita que su cabeza empapada en ginebra empezaría a dar vueltas.

—¿Te encuentras mal, Lucy? Solo te lo pregunto por lo arrugada que tienes la camisa.

—No, qué va, estoy bien.

—Ah, claro, claro.

Separó la mano de la mesa y caminó con tiento hacia el lavabo de niños.

A las seis apagué el ordenador, repuse los libros del carrito en las estanterías y fui al piso de arriba. Al verme llegar, Rocky salió en silla de ruedas de detrás de la mesa. Llevaba gafas de montura negra y unos cristales

tan gruesos que le deformaban los ojos, algo engullidos ya por sus grandes mofletes. Más de un usuario, en confianza, se me había mostrado «sorprendido de que se expresara tan bien», mientras yo asentía, levemente horrorizada.

—¿Un café?

—Por supuesto —dije.

Cerramos con llave y cruzamos la calle para ir al sitio de los bocadillos. Rocky esperó fuera, a causa del escalón de entrada. Le traje su café y me senté en un banco de la acera, mientras él se acercaba con la silla. Al beber por el agujero de la tapa, me quemé la lengua.

—Hoy me ha gritado la madre de Ian Drake. —Le dije. Sin ser cierto, era exactamente como me había sentido—. Y luego Loraine, por culpa de la madre de Ian. —Hacía como los niños de ocho años: decir que me gritaban solo porque no me gustaba—. Me ha dicho que censure sus lecturas. Loraine, me refiero.

Rocky destapó su café y sopló. ¿Por qué era siempre yo la que se quemaba la lengua? ¿Por qué a todos los demás se les ocurrían aquellas precauciones?

—Bueno, pero ya sabes que no hay que hacerle caso. ¿De eso te vas a preocupar? ¿En serio?

El persistente parecer de Rocky era que me lo tomaba todo de manera demasiado personal. Él, después de doce años en la biblioteca, estaba tan acostumbrado a Loraine que no le sorprendía nada de lo que pudiera hacer. Últimamente, parecía que también le procurase un perverso placer señalar mi ingenuidad mediante la actitud de que cualquier conducta humana insólita le resultaba, no ya previsible, sino aburrida: que un proyectil de cuatro años vomitara sobre nuestra nueva Britannica, que Loraine guardara una botella vieja de Sprite llena de vodka en la nevera de empleados, que el presidente de Estados Unidos afirmara que Jesús quería que estuviéramos en guerra...

—¿Ya tienes el tema del verano? —dijo, resuelto a que no me obsesionase.

—No. —Me iba a pasar gran parte del invierno y de la primavera preparando folletos y recortando cartulinas para fabricar coches de carreras o cometas y colgarlos en la pared norte, para el club de lectura veraniega. Se podían comprar kits, naturalmente, pero a mí me parecían fríos, y a Loraine caros—. Loraine vuelve a querer algo sobre un viaje mágico.

Dos años antes, el tema había sido «No hay fragata como un libro», elección calamitosa, ya que ningún niño sabía lo que era una fragata, y varios

padres creyeron que era algo pornográfico.

—¿Y «Devora un libro»? Podrías poner un tiburón comiéndose un libro. O un dinosaurio.

—No está mal.

—Mejor que la fragata.

Me senté de lado, con los pies en alto.

—¿Y *Brujería y ocultismo satánico*?

—¡*El ser y la nada!* ¡Les podrías dar pins de Sartre!

—¡*El malestar en la cultura!*

Seguimos un buen rato en esa misma línea, que al menos tuvo la virtud de levantarme el ánimo. En eso parecía resumirse nuestra relación, probablemente por mi culpa. Íbamos juntos a ver películas antiguas en el cinefórum (no por salir juntos, sino por ser los únicos interesados en ellas), y nos pasábamos el día con los ojos en blanco hasta que Rocky llegaba a la conclusión de que yo exageraba, y me lo decía.

Me estiró la punta de la manga del jersey.

—Me dijiste que te machacase si volvías a ponerte una chaqueta de punto.

—Es que hace frío.

—Me limito a seguir órdenes.

Me daba mucha rabia empezar a parecer una bibliotecaria. No había derecho. En la universidad había fumado ciertas cosas. Mi primer coche llevaba pegatinas muy críticas. Perteneecía a una larga saga de revolucionarios.

Me levanté y me desperecé. Después sentí una culpabilidad irracional por hacerlo ante Rocky, que no podía. Me cansaba tanto estar todo el día sentada... Para colmo, estaba segura de que me provocaría gangrena, o hemorroides. En el trabajo alegaba excusas para pasearme entre los libros. El carrito rara vez volvía con más de dos volúmenes, debido a que me levantaba de la silla cada cinco minutos para reponerlos.

Además, ¿desde qué momento de la historia humana existen los trabajos de oficina? ¿Los últimos cuatrocientos años, entre cuatro millones? No era algo natural.

Chiste favorito de mi padre: ¿Qué es un ruso? Un nihilista. ¿Qué son dos rusos? Una partida de ajedrez. ¿Qué son tres rusos? Una revolución.

Pero ¿cómo definir a una aspirante a revolucionaria que no se mueve de su mesa? Agitada, quizá. Problemática. Volcán dormido.

3. LA MANO NADA

En Halloween, sentada a mi mesa, repartí caramelos a los niños disfrazados cuyos padres preferían el *truco o trato* en establecimientos públicos que en las casas del este de Hannibal, donde esconden cuchillas de afeitar en los dulces, como es bien sabido. Esa semana había colgado en la puerta un cartel donde ponía que los niños vestidos de algún personaje literario recibirían el doble de caramelos, más un punto de lectura, pero de momento solo habían venido dos de Harry Potter, una de Dorothy y un niño convencido de que Michael Jordan valía porque había muchos libros sobre él.

Ian bajó por la escalera con la mano de uñas perfectamente arregladas de su madre sobre el hombro. Me apresuré a coger la placa con mi nombre y guardarla en el primer cajón. No sabía si volvería a verlo alguna vez a solas. Llevaba la chaqueta azul de siempre, sin disfraz. Recordé, por la lista de su madre, que ellos no celebraban Halloween. Aun así, Ian observó durante mucho tiempo a través de sus gafas a los dos niños disfrazados de astronauta que se estaban marchando, antes de enseñarle a su madre dónde quedaba la estantería de C. S. Lewis. Al cabo de unos minutos, la señora Drake fue al expositor de primeras lecturas, donde yo había colocado a unos cuantos ganadores y finalistas olvidados del premio Newbery y, mientras ella hojeaba *La copa de oro* con mala cara, Ian se acercó al mostrador y sacó su mano izquierda, escondida en la manga. El dedo índice estaba envuelto en papel de aluminio, con la punta afilada y unos trazos de rotulador que dibujaban una cara.

—¡Señorita Hull! —susurró—. ¡No voy disfrazado, pero mi dedo es el Hombre de Hojalata!

Me reí, articulé mudamente «¡por Dios!» y le di dos kit kat y un punto de lectura.

Ian se metió las chokolatinas en el bolsillo y volvió a encoger la mano dentro de la manga, justo en el momento en que su madre venía cargada de

libros a mi mesa: unos cuantos Hardy Boys y algunas biografías, pero nada que me pareciera del gusto de Ian. Les puse el sello, no sin cierto vigor, y correspondí con una sonrisa a su deseo de que pasara una tarde estupenda.

En esos momentos de ruindad provinciana, en esos momentos en los que me di cuenta de que siempre estaría en el bando adulto y responsable del trueque de caramelos de Halloween, en esos momentos en los que al bajar la vista me veía con zapatos serios de vestir, podría haber echado pestes por estar en Hannibal en vez de vivir en un *loft* de Brooklyn, o viajar de mochilera por España a costa de mi padre, o acabar un doctorado. Sin embargo, no me arrepentía, o no del todo, puesto que la gracia estaba en la aleatoriedad, la anónima e insípida aleatoriedad. Mi padre me habría conseguido cien buenos trabajos; «buenos», cuando menos, en sentido monetario. Me habría pagado hasta el diploma de cine más caprichoso y menos subvencionado de la universidad más cara del país.

Cuatro años antes, sin embargo, una vez graduada en Literatura, esta terca que soy se negó a decirle si tenía algún trabajo en perspectiva. En abril crucé el campus para ir a la Secretaría de Orientación Profesional, justo al lado del centro de salud, y allá, en una silla de plástico blando, esperé a que una total desconocida, una señora con el pelo blanco, y laca, me invitara a su despacho y se quedara cada vez más perpleja al preguntarme a qué me quería dedicar. No acababa de creerse que a una alumna de *magna cum laude* le pudieran importar tan poco sus próximos pasos en la vida. Al final, le pidió a su secretaria un listado de cincuenta páginas con las direcciones y cargos de todos los exalumnos cuyas trayectorias profesionales se considerasen incluidas de algún modo «en el campo de la literatura». Cabía suponer que velarían por uno de los suyos, y que me ayudarían a encontrar trabajo. Tras haber dado la espalda voluntariamente a mi padre y sus contactos, viví con cierta decepción que me entregasen cincuenta páginas con más contactos, pero al menos eran míos, no de él. Integraban la lista profesores, autores de obras técnicas, tutores, traductores y periodistas. Loraine Best, de la promoción del 65, era una de las pocas que trabajaban en una biblioteca, aunque no le escribí por eso; sencillamente, empecé a mandar correos electrónicos a todos los exalumnos por orden alfabético, hasta que llegó el momento de los exámenes parciales. Empecé por Aaronson y me paré en Chernack. Luego me pasé tres semanas estudiando, bebiendo, rompiendo con mi novio y esperando. Proceder alfabéticamente, sin ningún tipo de selección, le daba un aire azaroso, no tanto de exprimir contactos. A los rusos siempre se nos ha dado bien la ruleta.

No era licenciada en Biblioteconomía, ni tenía experiencia en ese campo, pero dio la casualidad de que Loraine necesitaba con urgencia a alguien para la sección infantil; a la anterior responsable le habían diagnosticado un cáncer de mama en tercera fase, y ni siquiera habían tenido tiempo de anunciar la vacante. Por eso, al recibir mi carta, Loraine lo interpretó como una respuesta a sus plegarias, y me contrató por vía telefónica. Recibí la oferta de trabajo sentada en la litera superior del dormitorio de mi residencia, en bragas, con una camiseta de los Violent Femmes y unos calcetines de lana. En junio, cuando llegué al pueblo, Kate Phelps ya había muerto de cáncer.

Como era de prever, Loraine me lo echaba en cara cada pocas semanas.

—Te contraté a ciegas porque sabía que eras licenciada en Mount Holyoke, y creía que eso daba garantías de cierta ética laboral.

Cuando les conté a mis padres que llevaría la sección infantil de una pequeña biblioteca de una pequeña localidad de Misuri, mi padre preguntó:

—¿Es por algún novio? Chicos majos, en Chicago, los hay a patadas, y rusos, muchos de ellos. En algún momento querrás ser bibliotecaria para adultos, digo yo... Te lo comento porque lo que necesitas tú es un reto. Hay unas cuantas bibliotecas universitarias donde me podrían hacer un favorcito.

—Al menos —dijo mi madre— no queda tan lejos como para no poder ir en coche.

En vista de que no añadía nada más, comprendí que era lo más amable que se le ocurría.

El mismo otoño, algo más tarde, Ian participó en el concurso de narrativa infantil. Cuando faltaban cinco minutos para que expirase el plazo, bajó él solo y me entregó un relato en cuya portada, hecha con cartulina, destacaba el intenso amarillo de una mano recortada de una caja de Cheerios. Se llamaba *La mano nada*. Se retiró el pelo sudado de la frente y empezó a brincar como si pretendiese que me lo leyera ahí mismo.

—Tiene muy buena pinta —dije yo, hojeando, para contentarle, las páginas escritas a máquina.

Después, al levantar la vista y verlo apoyado en mi mesa, con el pelo alisado hacia atrás por el sudor, observé unas marcas raras encima de su ceja izquierda, que antes no tenía. Eran cuatro hoyitos de color rosado que formaban una línea recta, a la misma distancia. —Unos milímetros— los unos de los otros. ¿Podían ser de un tenedor? Había oído que los profesores estaban obligados a anotar cualquier morado o herida sospechosos. Me pregunté si no debería empezar a hacer lo mismo. También me acordé de Emily Alden, con

aquel enorme cardenal en el cuello, el invierno pasado, que según ella le había hecho su hermano con una bola de nieve.

—Va de una mano. —Me decía Ian— que es totalmente invisible, y que no está enganchada a ningún cuerpo humano. Es un poco como un mito griego, pero al final hay una *mortaleja*, en una página especial. Vaya, que al final del cuento tienes que adivinar la *mortaleja*, y luego giras la página y ves si has acertado.

—O sea, que tiene moraleja.

—No, *mortaleja*, porque está inspirado en los mitos griegos. ¿Lo pillas? Es un chiste. Ah, y me he olvidado de numerar las páginas.

—Por ti haré una excepción —dije.

Ya sabía que el premio de quinto curso sería para él, porque su único competidor iba de una especie de lucha ninja. Leí el principio en cuanto se marchó. Lo había impreso en letras de color azul oscuro.

LA MANO NADA

Por Ian Alistair Drake

5.º curso

Había una vez una mano que no estaba hecha de nada. Era invisible para todos nuestros sentidos, pero podía hacer lo que quería. Esta era su vida:

Día 1: Robar donuts y esconderse.

Día 2: Comerse los donuts que había robado, por una boca especial que tenía.

Día 3: Vengarse de los abusones con trucos.

Día 4: Esconderse debajo de las piedras del bosque, esperando el momento de armarla.

Lo abrí por el final, para ver la moraleja.

Mortaleja: No le digas a nadie dónde estás escondido, ni siquiera a los conejos, porque los conejos no saben guardar secretos.

No entendí que una mano invisible tuviera que esconderse. El primer año en que organicé el concurso, un niño muy gordo me entregó un relato sobre niños capaces de encogerse hasta los cinco centímetros, y de ir en coches de juguete. Recordé haber pensado que los mundos imaginarios de los niños estaban íntimamente ligados al deseo, y que se notaba que aquel pobre crío

quería encogerse. Lo de la mano, entonces, ¿cómo había que entenderlo, viniendo de un niño ruidoso, ubicuo y un poco absorbente? ¿A qué venía aquel deseo de una doble invisibilidad? Claro que, si lo pensabas un poco, no era ninguna coincidencia que dedicara todo su tiempo libre a estar en una sala silenciosa por debajo del nivel del suelo, enfrascado en biografías de Houdini. Ya era medio invisible para Hannibal.

Yo me había hecho amiga de una tal Sophie Bennett, una chica de mi edad que daba clases de cuarto en el colegio de Hannibal. Decidí preguntarle por Ian en su próxima visita. Venía casi cada fin de semana, consultaba ensayos durante una hora y se llevaba en préstamo montañas de libros sobre los aztecas o las setas. Aquel domingo por la tarde, se hundió ruidosamente en una de las sillas de tamaño infantil que había al lado de mi mesa, las de los ordenadores.

—Pero qué mal me encuentro, joder —dijo.

Dejó en el suelo su gran bolso de lona, y miró quién había en la sala. Le daba mucha rabia encontrarse con algún alumno. En una mesa había una niña que había venido sola, y que se dedicaba a colorear. Un niño algo mayor jugaba a los videojuegos, y un par de alumnos de primaria trabajaba en silencio junto a sus tutores.

—Creo que desde que empecé a dar clases he estado sana doce días. Encima ahora todos mis alumnos tienen piojos. No toques a nadie, de verdad te lo digo; no les toques ni las chaquetas.

Me reí, y fui a su lado de la mesa para hablar más bajo.

—Te quería preguntar una cosa —dije, mientras me sentaba a su lado en una de las sillas de los ordenadores.

Sophie sacó un gran clip de plástico del bolso, se lo puso en la boca y empezó a hacerse una coleta.

—Mmm.

—Sobre Ian Drake. Va a quinto. ¿El año pasado lo tuviste?

—No —dijo—. Creo que tuvo a Julie Leonard, pero la familia Drake es mítica. De pesadilla.

—La verdad es que he tenido una con su madre. Va la tía, baja y me dice: «¡Mi hijo tiene que leer libros sagrados!». Yo, para estas ocasiones, siempre había tenido preparado un discurso, una defensa heroica de la Primera Enmienda, pero cuando la tuve delante fue una escena tan tonta que me quedé en blanco.

—Sí, están como unas putas cabras. —Sophie volvió a echar un vistazo general, por si acaso. La niña levantaba la cera sobre la cabeza como si

hiciera dibujos en el aire—. Muy religiosos, como habrás podido observar. Creo que la madre tiene problemas psiquiátricos; lo que está claro es que es anoréxica.

—No me di cuenta —dije.

Busqué en mi memoria. El ser huesuda me había parecido un rasgo más de su personalidad.

—En fin, lo bueno es que a Ian no parece que le afecte. A veces puede ser muy taciturno y melodramático, pero es teatro. En el fondo es el niño más feliz del mundo. El año pasado participó en el musical de primavera, y fue una cosa increíble. Hacían un cancán, y a él le salió peor que nadie; hacía tropezar a todos los demás, pero sonreía de oreja a oreja como un profesional. Metidísimo, estaba. Pase lo que pase, le irá bien. Cuando anuncie que es gay será la bomba, pero lo superará.

Me reí.

—¡Pero bueno, qué manía!

De todos modos, para ser franca, mi insistencia indignada en que Ian carecía de orientación sexual no era del todo sincera. Incluso a mí se me había pasado muchas veces por la cabeza, especialmente durante la fase en que leía libros sobre la historia del mueble, y siempre me había imaginado que algún día vendría a visitarme con su pareja y su hija china adoptada; entonces yo le preguntaría por su infancia en Hannibal, y él me diría que le había salvado la lectura. Incluso si no era gay, volvería a visitarme con su esposa, tan mona ella, y sus gemelos, idénticos al padre; y, por alguna razón, lo de que «me salvó la vida la lectura» seguiría estando ahí.

Justo entonces bajaron tres niñas con mochilas que saludaron a Sophie con la mano, entre risitas. Ella me miró, arqueando las cejas y mordiéndose el labio: no podíamos seguir con la conversación.

—Bueno —dijo, una vez que las niñas se sentaron en la sección de series —, lo que necesito son libros sobre mentiras. Libros ilustrados, cuentos populares... Cualquier cosa que tengas. Es que se ha vuelto una epidemia.

Le encontré unos cuentos de Abraham Lincoln y un relato popular chino que se llamaba «La olla vacía».

—No, en serio, yo a Ian lo veo bien —susurró mientras le sellaba los libros—. Aunque deberías ver al padre: para mí que el gay es él. Por eso la madre va tan angustiada. Está tan metido en el armario, que es como si estuviera en Narnia, joder... ¿Tengo que pagarte algo?

—Pues claro —dije yo, tendiéndole los libros y el recibo.

—Gracias, maja.

Sonrió, burlona. Después sacudió su llavero y se fue al piso de arriba.

Por la noche me llamó mi padre, muy agitado.

—¡Están saliendo unos bibliotecarios en las noticias de Chicago! ¡Arman bulla sobre lo de la Ley Patriótica!

Mi padre tiene un acento ruso que en persona no detecto, pero sí por teléfono, o en el contestador, o cuando intenta salpicar sus frases con expresiones coloquiales forzadas, como «morder el polvo». Así tengo algo que hacer cuando no quiero escuchar lo que me dice. Los demás, por lo visto, son bastante sensibles a su acento.

—A ver, Lucy, dime qué pasa: ¿que el Gobierno de George W. Bush os viene a hacer preguntas?

—No creo que al Gobierno le interesen mucho los libros ilustrados.

—Pongamos que un hombre de piel morena y barba negra saca un libro sobre fabricación de bombas. ¿Tu jefa qué hace, llamar al FBI? ¿O el FBI ya tiene controlado el ordenador?

Tuve la seguridad de que si el Gobierno se pusiera en contacto con Loraine, sería una de las pocas bibliotecarias del país entusiasmadas por colaborar.

—Pues no lo sé. Si piden el historial de préstamos, te imponen simultáneamente el secreto de sumario de por vida.

—Oye, Lucy, que esto son tácticas a lo soviético; si tienes cabeza, salte ahora mismo del mundo este de las bibliotecas. Así empiezan los problemas.

Últimamente oía mucho la comparación con la KGB, en particular a Rocky, pero el acento ruso le daba un aire de chiste viejo de Yakov Smirnoff. («¡En la Unión Soviética no sacan los libros de la biblioteca, te sacan a ti!»).

—Estoy de acuerdo —dije—, pero tranquilo, que los préstamos del doctor Seuss no les importan.

—Los bibliotecarios que te digo, los de las noticias, rompían documentos y borraban archivos de ordenador. Eso tampoco es buena idea. Hazle caso a una víctima de los soviéticos. O sea, que si los ayudas, pringas, y si te opones, también pringas... No es buen momento para trabajar en una biblioteca.

—Pues claro que es buen momento —dije yo—. Con la fortuna que te pagan... Seré discreta, y tan tranquilos.

Sí es cierto que hubiera preferido seguir usando tarjetas de préstamo como las de antes, con su sobrecito de papel. En caso de emergencia se podían quemar, tirar por la ventana al ver acercarse a los federales o cambiarlas por la tarjeta de *Misty de Chincoteague*. Estaba totalmente a favor de capturar a terroristas, pero no al precio de que las bibliotecas pasaran de ser templos de

la información a ratoneras. Acaso por la falta de un diploma en Biblioteconomía, tendía a tomarme un poco más en serio la Primera Enmienda que otros miembros de la profesión. Por otra parte, como es obvio, había internalizado el miedo de mi padre a los gobiernos tipo Gran Hermano.

Mi afición a las tarjetas también tenía un componente de nostalgia. Bastantes de mis libros más antiguos aún las conservaban; las habíamos dejado con el tránsito a la informática, en 1991. Constituían la crónica de todos los niños que habían leído un libro en los meses, o años, o incluso décadas previas; una crónica interrumpida de golpe, como si hubiera desaparecido de la noche a la mañana nuestra civilización. Al reponer los libros, yo siempre leía los nombres, algunos de los cuales encontraba repetidos en cientos de listas. Allie Royston, por ejemplo, que en 1989 tendría unos diez años, debía de haberse leído todos los libros existentes sobre caballos. Otro niño se llevó *Ellen Tebbits* seis veces en dos años. Más que listas, eran catálogos de los mejores cerebros de cada generación: los motivados, los cultos, los curiosos, los insaciables... Si todavía las usáramos, el nombre de Ian aparecería en la mitad de los libros.

—Mira, Lucy, te voy a decir lo que tienes que hacer: primero, dejar lo de la biblioteca y buscarte un trabajo mejor. Después, mandar artículos a todos los periódicos. Eres más inteligente que la mayoría de los bibliotecarios. Sabrías escribir una buena carta que explique exactamente cuáles son los defectos de la Ley Patriótica. ¡Libertad de prensa!

—Papá, que eso ya lo han intentado. Miles y miles de personas.

—¡Ah, pero es que tú tienes la experiencia de haber sido bibliotecaria, y puedes decir cómo te ha afectado!

—La verdad es que no me ha afectado en nada.

—Oye, Lucy, que tienes veintiséis años, ¿eh? Tienes que preguntarte qué has hecho en todo este tiempo. Yo, a los veintiséis, había desafiado a la Unión Soviética montando una empresa capitalista ilegal. Luego me escapo de los soviéticos de las narices, a riesgo de mi propia vida, y empiezo desde cero en el país de los valientes, como dice el himno. Vale, ¿no? Pues si esto es el país de los valientes, ¿dónde están los valientes?

—A punto de acostarse. Se han pasado muchas horas prestando libros a niños de seis años.

—Una cosa: mi amigo Shapko, el ucraniano, necesita a alguien que le ayude a vender fincas. A ti se te daría bien.

—¿Tu amigo Shapko, ese al que detuvieron por fraude postal?

—¡Pero si ni siquiera hubo un gran jurado! El sistema judicial americano sigue siendo bueno, al menos mientras no le ponga las manos encima George W. Bush.

—Me parece que ya se las ha puesto, papá.

—¡Exacto!

Colgué el teléfono con ganas de reírme, sacudiendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco, en compañía de alguien, aunque también era consciente de que para alguien como mi padre, que se había jugado la vida por salir de Rusia, debía de ser horrible haber elegido Estados Unidos entre todos los países del mundo y ver que el Gobierno endurecía su postura y erosionaba las libertades prometidas, llenando Guantánamo de jóvenes sin acusación formal, sin abogado ni previo aviso. Daba lo mismo que él no se contara entre las víctimas directas. El mero hecho de que hubiera líneas de teléfono pinchadas bastaba para recordarle de modo bastante visceral la «seguridad de Estado» anterior a Yeltsin.

En mayo de 2002 fui a ver a mis padres a su piso de Chicago. Durante la cena sonó el teléfono: era Magda Johnson, una amiga de mi madre que había crecido en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial, y que vivía cerca de Lincoln Park. Oí su voz por el auricular, que mi madre apartaba cada vez más de su cabeza.

—¡Hay explosiones en la calle! ¡Alguien dispara, o tira bombas, y se oyen gritos por toda la calle!

—¡Es el Cinco de Mayo! —le dije a mi madre—. Dile que ponga las noticias. ¡Solo es la fiesta del Cinco de Mayo!

Y sin embargo, Magda Johnson seguía gritando; había vuelto a tener cinco años, y a bajar a un refugio antiaéreo. Llevaba así ocho meses, y quizá le durara el resto de su vida.

También había que tenerlo presente en el caso de mi padre: él no contaba con eso. Creía haberlo dejado atrás.

Miré el reloj, para comprobar que en el teatro de la planta baja hubieran acabado los ensayos. Después puse la música a todo volumen y pasé el aspirador. Tenía la presión alta, y como no valía la pena reprocharle a un viejo ruso su idealismo, decidí ensañarme con mi moqueta. En el fondo nunca conseguía limpiarla. Había partes de color avena, otras beis, y algunos puntos que parecían detalles de fotos de la Policía científica. Tuve que ladear la aspiradora con cuidado en torno a las pilas de libros, que eran una especie de segundos muebles, pies para tazas de café, cartas, revistas... Me negaba a tener estanterías, por horror a sentirme obligada a organizar los libros

mediante algún sistema reglado —Dewey, o alfabético, u otro peor—. Por eso los libros vivían en pilas, algunas tan altas como yo, en el orden más subjetivo que se me ocurriera.

De ahí que Nabokov viviera entre Gogol y Hemingway, entre viejo y nuevo mundo; Willa Cather, Theodore Dreiser y Thomas Hardy no estaban apilados juntos por su cercanía cronológica, sino porque todos me recordaban algo seco. —Aunque en el caso de Dreiser creo que me basaba más que nada en su apellido, que suena a *dry*, «seco»—; George Eliot y Jane Austen compartían montaña con Thackeray porque lo único que tenía de este último era *La feria de las vanidades*, y creía que lo que más le convenía a Becky Sharp era estar entre mujeres, temiendo, en el fondo, que si la colocaba junto a David Copperfield pudiera seducirle. También había varias pilas de escritores contemporáneos que me parecía que congeniarían en las fiestas, y al menos tres pilas de libros que yo personalmente odiaba, pero a los que no renunciaba por si alguien me pedía prestado algo entretenido sobre una familia de artistas de circo, o una novela experimental sobre los viajes en el tiempo de una monja. Me habría dado mucha rabia tener que decir que conocía el libro perfecto, pero que acababa de regalarlo. Tampoco es que me lo pidieran mucho, la verdad, pero de vez en cuando mi casero, Tim, o su pareja, Lenny, se autoinvitaban para echar una ojeada a los montones y formular la mejor pregunta del mundo:

—Oye, ¿tú qué crees que debería leer?

Convenía estar preparada.

Aquellas pilas eran la principal decoración de mi apartamento. Tenía algunos muebles buenos, de mis padres, y unos cuantos objetos rectangulares estándar de Ikea, pero en los tres años que llevaba en el piso nunca me había decidido a colgar cuadros. Seguía durmiendo en el suelo, en un colchón. Siempre me rondaba la idea de tener que cruzar una frontera, a causa quizá de las historias familiares de mi padre. A excepción de los libros, nunca me había gustado acumular más pertenencias de las que pudieran trasladarse en la baca de un coche. La invasión cosaca siempre llega cuando menos te lo esperas.

Una semana después, llegó un paquete de mis padres. Contenía dos números de la revista de exalumnos de Mount Holyoke, a la que no me había molestado en comunicar mi cambio de dirección, una caja de pastillas de menta Frango y un recorte del *Tribune*, un editorial sobre la Ley Patriótica. La verdad es que me halagó que de pronto a mi padre se le antojara peligroso, que no emocionante, mi trabajo. Durante toda mi infancia me habían

preparado para un gran combate, rodeada de historias sobre revolucionarios y refugiados rusos, pero ahora no tenía contra quién rebelarme, excepto Loraine Best. Y Janet Drake, que ni siquiera sabía mi nombre.

Me tumbé en el suelo y leí un artículo de la revista sobre una antigua compañera de clase, que había vivido en la misma residencia de primero que yo, quemando incienso y bebiendo sangría. Era la fundadora de un refugio para mujeres maltratadas en Maine, y acababa de hablar en el Congreso. En la siguiente página salía una chica licenciada en primavera, que cuando no medía la fusión de los glaciares recogía dinero para becas. Una mujer de la promoción del 84 hacía campaña por los derechos de los gays en California. Salía con su padre en una foto, dentro del granero del siglo XIX que habían restaurado entre los dos.

Me imaginé lo que podrían haber escrito sobre mí:

Lucy Hull, de la promoción de 2002, ha tenido hoy la valentía de dejar en préstamo *La guerra de la carretilla* a un usuario de diez años, pese a la preponderancia de los canutos en el libro, y a que de ningún modo contiene «el aliento de Dios».

«La verdad es que no tenía elección —dice Hull, que, a sus veintiséis años, ha aprovechado bien poco su vida adulta, salvo en sellar libros, reponer estanterías y poner voces raras al leer en voz alta—. Básicamente, es ilegal negarle un libro a alguien que tenga el carné de la biblioteca. No tengo muy claro por qué me entrevistáis». Hull vive sola encima de un teatro, se olvida a menudo de echarse crema hidratante y hace poco tiempo le ha salido una erupción por detrás de las piernas, a causa de la tela de su silla de trabajo.

Por la noche soñé con las tarjetas de préstamo. Loraine me enseñaba un libro rojo, con la tapa en blanco, y me preguntaba quién lo había sacado en préstamo. Yo le leía la lista: Ian Drake, George W. Bush y Dios Todopoderoso.

4. EL ARCA

Había que reconocerlo: Ian era genial. Un día de noviembre vino con su canguro, tras varias semanas de préstamos con carabina en los que había sacado de no muy buena gana diversas biografías y una colección de mitos y leyendas de los indios norteamericanos. («Todo el rato salen cuervos —dijo al devolverla—. Mi crítica es que es un libro un poco pasado de cuervos»). La canguro, Sonya, era una filipina descuidada, con una hija de cinco años que los acompañaba a veces en silencio y se quedaba sentada en un rincón, acariciando las marionetas. Siempre que Ian cogía un cuento, Sonya le daba vueltas, lo hojeaba como si fuera a revelar por sí solo si cumplía los requisitos, y preguntaba:

—¿Qué va decir madre tuya? Se lo enseño, ¿vale?

Ian siempre hacía lo mismo: coger el libro, devolverlo a la estantería y salir hecho una furia hacia la sección de ensayo.

Aquel sábado de noviembre vino con Sonya y sin la niña, y se sentó inmediatamente en uno de los ordenadores que había enfrente de mi mesa, algo que nunca hacía, ni siquiera para buscar libros.

—Oye, Sonya —dijo—, voy a jugar *online* a *La misión de Noé*. ¿Quieres verlo?

—Madre dice que en la biblioteca nada videojuegos.

La voz de Ian se hizo tan estridente que estuve segura de que Sonya accedería a lo que fuese con tal de que se callara. Era una voz como de *spray* de pimienta.

—¡Pero si es el único juego al que me dejan jugar! ¡Y me lo has visto jugar en casa! ¡Es ese donde sale Noé! ¡Pregúntaselo a ella! La puedes llamar ahora para preguntárselo, aunque se enfadará muchísimo si la llamas, porque está en una reunión. ¡Pero llámala, llámala!

—Vale, vale, vale —dijo Sonya, y se sentó en la silla de al lado.

Era lo más soso y lo más lento que había visto yo en videojuegos. Los gráficos parecían de 1988. Noé corría de un lado a otro para recoger dos ejemplares de cada animal y llevárselos al arca, sobre la cabeza, mientras llovían cocos sobre él y se abatían águilas para llevarse su botín. Tuve que toser para disimular la risa en el momento de la muerte de Noé, que se cayó por la pantalla mientras el ordenador pitaba en clave bruscamente menor. Normalmente me enfurecía que los niños solo vinieran para jugar a los videojuegos, pero aquel era de una perversa amenidad, aunque fuera por malo, y sentí un secreto entusiasmo al ver que a Noé le quedaban otras nueve vidas. También lo debió de ver Sonya, porque fue el momento en que anunció que se iba al piso de arriba, a buscar una revista.

Ian miró atentamente la pantalla del ordenador y mantuvo una cabra en equilibrio sobre la cabeza de Noé hasta que Sonya desapareció por la esquina; entonces giró la silla y corrió al mostrador.

—¡Misión cumplida! ¿A que ha sido impresionante? ¡La he matado de aburrimiento! —Se quitó la mochila vacía, cuya presencia en su espalda había pasado desapercibida a mis ojos, y abrió la cremallera—. ¡Venga, a llenarla!

Me sentí como en aquel concurso antiguo donde tenías tres minutos para correr por el supermercado y reunir lo que tuvieras en la lista. Prácticamente pisoteé a una criatura para llegar hasta *Una arruga en el tiempo*; después cogí *El juego del Oeste*, *Harún y el mar de las historias* y *Cinco niños y eso*. Ian me seguía con la mochila abierta, y yo iba echando cosas dentro. Empezaba a verse llena. Yo no quería despertar las sospechas de Sonya, pero no pude resistirme a añadir *La princesa prometida*.

Ignoraba cuánto tiempo tendría que durarle el cargamento a Ian, que cerró la cremallera y regresó corriendo al ordenador, donde Noé seguía plantado como un pasmarote con la cabra en la cabeza, inmune a cocos o águilas. También yo volví a mi ordenador para introducir manualmente todos los libros y anotarlos en mi propia cuenta. No podía estar segura de que Loraine. —O Sarah-Ann, o Irene— no estuvieran encantadas de pasarle a la madre de Ian toda la lista de libros en préstamo de su hijo.

Sonya solo tardó un minuto en volver, con el último John Grisham bajo el brazo.

—¿Ya ha inundado Dios el mundo?

—No, este juego es una tontería. Vámonos.

—¿No quiere sacar libro?

—Es que ya no me gusta tanto la lectura.

(En una biblioteca de Misuri de parras recubierta)

*vivían miles de libros en cien líneas rectas.
A las nueve y media entraba un niño por la puerta
cada sábado, aunque lloviera a espuertas.
Su selección de libros era en-cu-bier-ta).*

5. GALA BENÉFICA

Tardé menos de lo que me hubiera gustado en ver de nuevo a Janet Drake, aunque. —Bendita sea la invisibilidad de los bibliotecarios— ella no me viera a mí. Una vez al año, todas las bibliotecarias del condado se embutían los pies en zapatos de tacón, usaban cinta de pintor para intentar quitar los pelos de gato del jersey y se embadurnaban con el horrible rojo tomate de un pintalabios caducado, todo para convencer a los mecenas de la región de Hannibal de que con sillas, libros y dinero funcionan mejor las bibliotecas. A finales de noviembre, al entrar en el Union League Club con un minivestido negro de mi época de la universidad, lo que me impactó fue el olor de la gente, oscuro, mohoso, masculino. Hacía siglos que no olía a colonia. Me impregné del aroma, mientras escuchaba un murmullo de conversaciones en voz baja.

Loraine llevaba un vestido de color dorado claro. Me saludó con su copa. A Rocky no lo vi, pero claro, era fácil que pasara desapercibido entre una multitud de gente en pie... En la barra, esperando mi *gin tonic*, observé a los profesionales de las galas, que empezaban a entonarse con los primeros sorbos de vino, y a los grupos de bibliotecarias apiñadas en los rincones, con la raya del pelo en medio. Era en lo que ya me imaginaba convertida mi padre. A pocos metros estaba Janet Drake. Se la veía guapa, con un chal verde tornasolado que cubría sus hombros, y que ella se ceñía mucho con los brazos, y aunque acogiera con sonrisas la conversación medio beoda de su entorno, los músculos de su mandíbula palpitaban por la tensión. Dijo algo y se rio al mismo tiempo, como si tuviera tanta gracia que no pudiera articularlo con la cara seria; aun así, no es que se la viera muy divertida. A veces también lo hacía yo: era lo que llamaba mi risa Daisy Buchanan, un reír-hablar desenfadado y etéreo que en el mejor de los casos sonaba ingenioso y chispeante y, en el peor, a gato en proceso de ahogamiento. Lo había aprendido de una amiga de mi madre a quien siempre le salía bordado, con un

armonioso tintineo de sus joyas de plata. Al ver a Janet, me di cuenta de que mi tendencia era a hacerlo en situaciones de extrema incomodidad. Nunca lo hacía de manera consciente, ni tampoco era nunca algo sincero.

—Parece que lo necesites —dijo alguien a mi lado.

Me di cuenta de que parecía una borracha, allí en la barra, con el *gin tonic* a medias.

El pelo rizado de aquel hombre era del mismo color que su esmoquin. Su elegancia estaba totalmente fuera de lugar.

—Me has descubierto —dije.

Tenía los dientes blancos y resplandecientes. Me tendió la mano.

—Me llamo Glenn —dijo—. Soy el pianista de esta mierda.

—¿Cómo?

—Digo que soy el pianista de esta juerga.

Señaló con la cabeza un piano de cola desocupado en un rincón.

—Ah. —Ahora me explicaba el esmoquin—. Yo soy Lucy.

Me miró la mano izquierda como quien no quiere la cosa, aunque sin gran sutileza.

—La verdad es que normalmente soy percusionista en la Orquesta Sinfónica de San Luis. Creo que es lo que se llama pluriempleo a lo cutre. — Se rio. El barman le dio algo marrón con hielo—. ¿Eres bibliotecaria?

—Pues sí que se nos reconoce fácilmente...

—No, qué va... Bueno, quiero decir que se te ve más joven. Que algunos de los de aquí.

—Gracias —dije. Y él se pudo relajar. Le expliqué dónde trabajaba y lo poco que me gustaban aquellos eventos.

—Yo he sido bibliotecario. En la biblioteca de música de Oberlin, cuando estudiaba. Mi principal trabajo era borrar marcas de lápiz de las partituras de la temporada anterior. Cuando acababa siempre habían rematado la siguiente tanda de conciertos, y nunca podía terminar del todo.

Me reí.

—Yo me paso gran parte del día borrando marcas de ceras.

—¡Ah, pues muchos libros quedarían mejor si los pintaran un poco con ceras! —Un comentario un poco tonto, que decidí pasar por alto. Ya se había acabado la copa—. Normalmente puedo mirar a la gente mientras toco, pero veo que esta noche han puesto el piano de cara a la pared. —Miró a un hombre de traje barato y delantal, que señalaba el piano con la barbilla a la vez que daba golpecitos en su reloj. Glenn dejó la copa y se secó las manos con la servilleta de papel—. Vaya por Dios. Siempre me hieló las manos justo

antes de empezar a tocar. —Se las llevó a la boca y sopló. Intentaba capturarme en una especie de mirada titilante e hipnótica, que estaba funcionando—. ¿Alguna petición?

—Algo que les haga dar dinero.

Se rio.

—Pues colaré «Brother, Can You Spare a Dime?»^[2]. Escucha una cosa... —Respiró hondo, como si no supiera lo que venía siempre después de las palabras «escucha una cosa»—. Hoy tengo prisa, y esta noche no puedo quedarme, pero el fin de semana estreno una obra; bueno, mejor dicho, hay una orquesta que estrena una obra mía; pero de *jazz*, ¿eh? Nada aburrido. Deberías venir. —Levanté las cejas y asentí—. Bueno, yo estaré en el escenario y todo eso, pero luego hay una fiesta.

—Igual me paso —dije.

Sacó de su bolsillo una tarjeta de visita y anotó los datos: «Sala Starr, 15.00, sábado 3 de dic», seguidos por su número. Me la entregó. Acto seguido levantó mi mano hacia su cara, y llegué a pensar que me la besaría.

—Dedos de bautista.

—¿Cómo?

—Dedos de pianista, digo. ¿Tocas?

—Sí.

—Ya me lo parecía. Buenas manos.

Sonrió por encima del hombro al ir a la banqueta, con unos dientes tan blancos como su camisa.

Me giré y topé con la atenta mirada de Rocky, que se había colocado junto a las aceitunas. «Lo genial. —Me había dicho en una ocasión— es que como a todos les violenta hablar conmigo, a nadie le incomoda que me quede solo en una fiesta. Se creen que es mi estado natural. Así no tiene que preocuparme lo que piensen de mí, y me puedo quedar sentado, observando». «No lo dices en serio. —Había contestado yo—. La gente no piensa así». En aquel instante, al verlo, comprendí que sí, que era lo que pensaban, aunque seguro que en algún momento, al menos en primaria, se había dado el caso contrario: que los niños le prestasen toda su atención, para bien o para mal. Me pregunté cuándo se había producido el cambio.

Mi copa estaba vacía. Mientras el barman me la rellenaba, prometí reducir el ritmo. Me rasqué con rapidez y furia la parte trasera de los muslos. La erupción había empeorado, pese a no llevar *shorts* ni falda en más de un mes. A pesar de ello, seguía convencida de que era por culpa de la silla, porque ahora también tenía roja la espalda hasta los omóplatos.

Cerca de Janet Drake había cuatro hombres, pero su marido solo podía ser el que estaba justo delante de ella. Les sacaba una cabeza a los demás, y miraba como si siguiese el vuelo enloquecido de una mosca por la sala. Ninguno de los otros hombres, de hombros anchos, risotada franca y voz profunda, podía describirse como afeminado. La cara del señor Drake se contraía en lo que debía de interpretarse como una sonrisa irónica, aunque parecía más bien que pretendiera condensar todo su rostro entre los ojos. Por lo visto emitía una breve respuesta u opinión cada pocos segundos, sacudiendo la cabeza hacia delante, como esos pájaros de plástico que picotean un vaso de agua. Estaba tan fuera de lugar como las bibliotecarias, pese a su piel bronceada, y su corbata llena de banderas marítimas.

Me pregunté si Sonya dejaría que Ian se quedase despierto hasta que acabara *La isla del tesoro*.

Glenn empezó a tocar el piano. Lo hacía bien, mejor que el típico pianista pasable de fiestas que te suelta un popurrí de doce minutos de Andrew Lloyd Webber. Sonaba como si tuviera cuarenta dedos, o más.

Mi segunda copa ya estaba por la mitad. Me aparté de la barra y fui hacia Rocky, pero Loraine me cogió del hombro.

—¡Te he visto hablar con gente!

Un movimiento mío y se habría caído.

—¡Qué fiesta más chula!

—Sí, y tú tienes que estar ATENTA. Explícales los PROGRAMAS.

—Vale —dije, limpiándome su baba de la mejilla.

Miré a Rocky para cerciorarme de que lo presenciara, pero lo vi ocupado de repente con las aceitunas.

—Y no te acerques a esa mujer tan rabiosa. No lo empeores.

—Vale.

Me zafé de su mano separando el hombro. La brusca ausencia de mi apoyo hizo dar tumbos a Loraine hacia una mujer con un collar enorme de zafiros. Con franqueza he de decir que cuanto más bebía, más me tentaba aproximarme a Janet Drake y echarle un sermón sobre la Primera Enmienda. Me encantaba la idea de que al día siguiente se quejara a Loraine de que Sarah-Ann Drummond la había molestado durante la fiesta.

El resto de la noche fue una bruma con sabor a ginebra: filete de atún seco y espárragos aguados en una mesa de nueve figuras de la sociedad de Hannibal que no paraban de hablar del Baile de la Leucemia, un discurso gangoso de Loraine sobre «el regalo de unos recursos valiosísimos a las bibliotecas de la zona», dos horas de silencio no explicado por parte de

Rocky, y algo de sigilosísimo y ebrio espionaje a los Drake. Janet se puso al teléfono en mitad de la cena. Arrugó la frente, dijo algo a su marido y, tras dar explicaciones a la mesa entre simpáticas risas Daisy Buchanan, abandonó la fiesta, llevando de la mano al señor Drake. La única palabra que logró reconocer con mis habilidades superiores de lectura de labios fue «canguro», tipo «nuestro hijo ha lloriqueado tanto que al final la canguro se ha dejado convencer y nos ha llamado para que volvamos a casa».

También yo me fui un poco pronto; si Rocky no pensaba hablar conmigo, ya se buscaría a otra persona que le ayudara a subir a su furgoneta al final de la fiesta. Me hubiera gustado preguntarle qué pasaba, pero toda nuestra relación estaba marcada por el miedo latente a que de golpe me dijera que estaba enamorado de mí. Yo no sabía si era cierto o no; me había convencido de que probablemente no, pero lo pensaba desde hacía un año, más o menos, y a diferencia de la mayoría de las conversaciones imaginarias que mantenía en el espejo, en aquel caso no se me ocurría ningún final feliz.

Al salir dejé una moneda de diez centavos sobre el piano de Glenn, junto con mi número de teléfono.

Al aparcar al lado de casa, vi que los actores seguían ensayando: oscuridad en la primera planta y más coches que de costumbre en el aparcamiento. En aquel edificio, un bloque de ladrillo rojo en el segundo pueblo saliendo de Hannibal por el norte, tenía su sede el George Spelvin Memorial Theater, y yo, como vecinos, a los cinco integrantes fijos de la compañía, todos de dudosa salud mental.

El edificio había sido propiedad de uno de los actores fundadores, quien a su muerte se lo había dejado a la compañía. Por eso no había portero oficial, solo Tim, el director artístico, con su coletita rubia. Una mañana, cuando llevaba un año viviendo en un piso caro de Woodward que olía a suero de leche, vi a Tim pegando anuncios del piso vacío en el tablón del vestíbulo de la biblioteca. En ese momento no le dije nada, pero al salir del trabajo arranqué una de las pestañas naranjas de la base del anuncio. Las tres primeras se las había visto arrancar a él mismo por la mañana. Al día siguiente llamé, y por la noche me enseñó el apartamento.

—Las paredes son superfinas —dijo mientras lo seguía por la escalera más estrecha del mundo—, pero nosotros ensayamos o actuamos todas las noches, es decir, que en principio, cuando vuelvas del trabajo, deberías encontrarlo todo tranquilo. Claro que —añadió, girándose y rascándose la cabeza con una sonrisa— no sé cómo sonarán desde aquí las funciones...- Tenía los dientes amarillos y la cara morena, pero con finas líneas sin

broncear que partían de sus ojos y su boca, preámbulo de futuras arrugas, como si se pasara todo el día sonriendo al sol. Reanudó la subida. —Mi piso es el de al lado —dijo—. Mi pareja, Lenny, suele estar por las tardes, pero no hace ruido. Es el único que no es actor. No me preguntes a qué se dedica, porque no sé ni cómo se llama. Tiene algo que ver con números.

—La verdad es que el ruido a mí no me molesta. —Ya había cometido el error de explicarle que era bibliotecaria. Llegamos a la que sería mi puerta—. Trabajo en la sección de niños, que no es que sea un oasis de tranquilidad.

El piso era muy pequeño y viejo, con bisagras chirriantes. La cocina estaba revestida de armarios de madera maciza. Olía a tabaco. El espejo del baño no tenía armario. Extendí ahí mismo el cheque, sujeto contra la pared, porque no había ningún otro sitio donde escribir. Tim se puso tan contento que me levantó y cargó conmigo hasta la puerta.

Se vivía bien en aquel piso. Podía usar la lavadora del vestuario del teatro y entrar gratuitamente a las funciones, incluso con amigos. Lo único que no podía hacer era usar el lavavajillas o tirar de la cadena entre las seis de la tarde y las once de la noche ni ir por la cocina con zapatos, porque quedaba justo encima del escenario. De vez en cuando temía que Tim y Lenny se hubieran enzarzado en una pelea doméstica espantosa, pero al final me daba cuenta de que solo ensayaban diálogos.

Aquella noche, sin embargo, al dejarme caer vestida en el colchón, me di cuenta de algo raro. Hacían tanto ruido ensayando que se oía desde arriba. A veces, en días de calor, con las ventanas abiertas, oía alguna obra; el sonido se escapaba por los respiraderos, viejos y endeables, y rebotaba en la panadería de enfrente, pero estábamos en noviembre. Y era tarde. Además, la obra era *El tío Vania*, que no suele ser muy bulliciosa, aparte de los disparos. Media hora después seguía despierta, y el ruido, que subía por la escalera, se había vuelto aún más fuerte. De repente dieron golpes en mi puerta.

Cuando la abrí, Tim prácticamente se cayó dentro. Detrás de él había como mínimo doce personas: los actores fijos, los esporádicos, los técnicos y Lenny, riendo todos como histéricos, pero haciendo esfuerzos instintivos de contención, como si en el edificio quedara alguien más por despertar.

—¡Dios mío, Lucy! —dijo Tim—. ¿Dormías? ¡Lo sentimos muchísimo!

—¡No, si acabo de entrar!

No sé por qué tenía tantas ganas de demostrar que no era una de esas bibliotecarias, de las que se habían ido temprano de la gala para dar de comer a sus gatos.

—¡Necesitamos que nos ayudes! ¡Solo puedes ser tú! ¡Y prohibido contárselo a nadie!

Se tumbó en el suelo con los brazos y las piernas extendidas, como una estrella de mar. Tras él irrumpieron los demás, uno de ellos con un roñoso vestido de boda.

Al parecer, Beth Hopkins, la actriz pelirroja del piso de arriba, se había ido del pueblo justo después del ensayo, y se merecía una venganza por una antigua broma relacionada con el atrezo. Llevaban dos horas reproduciendo todas las fotos del piso de Beth con ellos como modelos, en las mismas poses. El apretón de manos entre el hermano de Beth y el senador Glass sería sustituido dentro de su marco por el de Tim con el segundo director de escena. Tim me enseñó la foto en su cámara digital: los dos se habían puesto traje y estaban sobre el escenario.

—¡Lenny puede cambiar el fondo con su ordenador!

En otra imagen salía la mujer que estaba haciendo el papel de Yelena con una muñeca en sus brazos. Ya habían hecho quince fotos, y esperaban que Beth Hopkins tardara unos días en percatarse de los cambios.

Lenny me enseñó una foto enmarcada.

—Esta eres tú, ¿vale? —Era una pareja de novios bailando en un salón—. Sois clavadas. ¿A que sí? Las dos tenéis un aire frágil a lo Audrey Hepburn, pero con el pelo largo, ¿verdad?

Como no tenía elección. —Y a esas alturas también yo me reía, cautivada por todo aquel teatro—, corrí al lavabo para ponerme el vestido, que olía a moho desde el montaje de *Mucho ruido y pocas nueces* para el que lo habían lavado por última vez. Al salir, sintiéndome ligeramente repulsiva, a lo señorita Havisham de *David Copperfield*, pero tampoco mucho, vi que habían cambiado de sitio mi mesita de centro y mi televisor, a fin de que cupiera el público. Posé bailando con Lenny, que por su tipo físico era el más parecido al novio asiático de la foto. Alguien había puesto un disco de Ella Fitzgerald en mi equipo de música. Tim levantó la cámara y nos dio instrucciones a todos: a los falsos invitados de boda les pidió que parecieran más contentos y se taparan un poco la cara, en lo posible, y a mí que me acercara más a Lenny y lo mirara a los ojos.

Después de tres o cuatro buenas tomas, se fueron corriendo para hacer no sé qué escena nocturna en el tejado, y yo me quedé con una extraña sensación de abatimiento. No me parecía del todo bien autoinvitarme; además, al día siguiente tenía que trabajar. Aun así, la sensación que tuve fue como si aquellas almas locas, valientes y que iban por el mundo sin pedir perdón,

fueran de mi cuerda, pero a pesar de mi utilidad como figurante, no me hubieran recogido y adoptado como una más del grupo.

Me habían confundido con una bibliotecaria.

6. SOLO ES UNA LUNA DE ORIGAMI^[3]

Hay dos maneras de explicar el regalo que me hizo Ian en diciembre. La primera es que solo supiese lo que hacía de modo subconsciente. La otra es que pidiera conscientemente ayuda. Sin embargo, no creo que pudiera ser accidental. ¿Fue Freud quien dijo que no existen los errores?

Era el 1 de diciembre. («¡Primer día de Adviento!», anunció). Bajó ruidosamente, y de camino a mi mesa dejó un rastro de trozos de hielo y sal. Después se metió una mano en el bolsillo del abrigo y me dio un origami complicado, de papel blanco, con los bordes adornados a base de rotulador rojo y verde. Yo lo levanté, intentando adivinar qué era, aunque tuve la prudencia de no aventurar nada en voz alta. El último origami que me había dado tenía que representar la cabeza de Elvis.

—¡Es un niño Jesús! —dijo—. ¡En un pesebre!

Sus gafas empañadas le ocultaban los ojos. Solo vi una enorme sonrisa.

Giré el papel para que pareciera un paquetito sobre un trapecio invertido.

—Ah, ya lo veo —dije—. ¡Es muy bonito! ¡Gracias!

—¡Feliz Navidad! —gritó él, y se fue corriendo escaleras arriba; le debía de esperar su madre.

El niño Jesús estuvo encima de mi mesa hasta el sábado siguiente, en que la ordené. Al desdoblar el papel para meterlo en la trituradora y reciclarlo, vi que por dentro estaba recubierto con letras de imprenta. Se trataba de un correo de jmdrake68 para rita_mclaughlin. Lo leí, se comprende. Después del encabezamiento ponía:

Querida Rita, espero que sea el tipo de testimonio que buscabas. ¡¡¡No dudes en reenviarlo!!!

Amigos,

Somos los padres de un niño precioso de diez años, que es la alegría de nuestras vidas. Hacia su octavo cumpleaños empezaron a preocuparnos mucho su actitud y su conducta, distintos a los de la mayoría de los niños de su edad. Al principio nos negamos a reconocerlo. ¿Cómo podía recaer un peso tan grande en el regalo que nos había hecho Dios? Nos preguntamos mil veces qué habíamos hecho mal, pero después de mucho rezar, acabamos comprendiendo que los mayores regalos de Dios también pueden ser el mayor desafío que nos plantea.

El mes pasado apuntamos a Ian en el grupo juvenil de Bob Lawson. Para nosotros, Bob ha sido un gran estímulo. Viajamos más de una hora en coche para ir a las reuniones, pero disfrutamos mucho en compañía del resto de los padres mientras los niños trabajan con el pastor Bob. Los padres veteranos nos han dado muchas esperanzas con lo que nos cuentan. Un padre nos dijo: «Es como si nuestro hijo hubiera renacido». ¿No es lo que nos pide a todos Jesucristo, que renazcamos en Él?

La vida es un viaje, y no pretendemos que haya una respuesta inmediata. También a nosotros nos queda mucho por hacer y, si queremos que empiece nuestra propia curación, debemos invertir muchos esfuerzos en nuestra relación con Dios y entre nosotros.

Os pedimos que recéis por nosotros en los próximos meses, y a vosotros os brindamos nuestras oraciones.

En Su poder,
Janet y Larry D.

Corrí al piso de arriba y le enseñé la carta a Rocky.

—¿Va de lo que pienso? ¿Y qué quiere decir «en Su poder»?

Rocky la leyó, riendo y sacudiendo la cabeza.

—¿Qué son, pentecostales?

—Creo que algún tipo de fundamentalistas. A mí me da que es una de esas iglesias evangélicas grandes, con su grupo de *rock*.

Lo releyó.

—Esto es un desastre —dijo.

Me impresionó la intensidad de su reacción. El día antes le había comentado que iban a cerrar una librería independiente de Hannibal, y él me había dicho: «¿Qué te esperabas? He visto que usas Amazon. Ahora las cosas son así». Siempre estaba dispuesto a expresar rabia, pero acostumbraba a estar por encima de sorpresas.

—¿Qué tengo que hacer?

Se rio.

—Nada en absoluto. ¿Qué harías, llamar a la Policía? Me encantaría oírlo. «Es que tengo un origami...». Nadie ha incumplido ninguna ley; como máximo tú, al leer un correo privado.

—No lo digo en ese sentido. Me encanta cuando haces como si exagerase, cuando no exagero... Se lo podría decir a su colegio, ¿no? Seguro que a sus profesores les interesaría saberlo, si es que es verdad.

—No lo hagas, Lucy. No te metas. Además, ¿no dabas tanta importancia a la intimidad y a la Primera Enmienda? Has hecho mal en leerlo. —Dobló el papel en cuatro y lo sostuvo sobre la papelera de reciclaje—. ¿Lo puedo tirar? ¿Para que no te precipites?

—Sí, sí, claro.

Naturalmente, lo cogí más tarde y lo guardé.

La inquietante prodigalidad de datos sobre el tema en internet facilitó mis investigaciones. Bob Lawson era el fundador, medio calvo y sonrosado, de Corazón Alegre, una organización «dedicada a la rehabilitación de hermanos y hermanas en Cristo sexualmente desorientados». Los «adultos recaídos» podían ser devueltos a un estado natural y sano de heterosexualidad en el transcurso de un seminario que duraba un fin de semana y costaba quinientos dólares, aunque a partir de entonces necesitaban sesiones semanales para no recaer en el pecado. Solo habían pasado cinco años desde su fundación y ya había sucursales en seis estados. De la de San Luis se seguía encargando el propio pastor Bob. Ian, al parecer, estaba inscrito en el grupo juvenil, donde niños de entre diez y trece años cuyos padres sospechaban que iban «por el mal camino» podían aprender, mediante rezos y manuales de ejercicios, a llevar «vidas sanas y piadosas» y entender que «la sexualidad es una elección, no una identidad». A los adolescentes de edad más avanzada los enviaban a un «campamento de reinicialización»; la utilidad expresa del grupo juvenil, en cambio, era «hablar con nuestros hijos antes de que les alcancen los medios de comunicación seculares, con su programa político».

«El pastor Bob Lawson. —Ponía en la página biográfica— vivió diecisiete años como homosexual antes de llegar a Cristo y darse cuenta de

que su amor perdurable podía llenar el vacío que durante tanto tiempo había sentido. Desde 1994, Bob está casado con DeLinda Reese-Lawson, antigua lesbiana, y tienen tres hijos. La vida conyugal de Bob y DeLinda da fe de que lo que mantiene unidos a los matrimonios y familias es el amor de Dios, y de que el amor terrenal solo es una manifestación de ese amor más elevado. Cuando nuestra relación con Dios es pura, lo es también la que tenemos con sus otros servidores terrenales». En otras webs encontré testimonios, renuncias y artículos de prensa cristiana y laica. Ocho meses antes habían aparecido fotos del pastor Bob saliendo de un club gay, y él había comentado que «atendía a los enfermos».

El mero hecho de ver fotos de su cara rechoncha ya me subía la tensión. Si no hubiera estado en el trabajo, quizá hubiera empezado a berrear frente al ordenador. Me pregunté si Ian entendía la razón por la que asistía a aquellas reuniones. ¿Llegaban a explicarlo, o procuraban mantener en la ignorancia a los chavales con la esperanza de que nunca se les ocurriese tomar caminos alternativos?

¿Qué sería de Ian, pendiente de la última palabra que saliera por boca del pastor Bob? Era hijo único, como yo; se aferraría al primer adulto en quince metros a la redonda. Ni bebé chino, ni «me salvó la vida la lectura». Podía convertirse en otro pastor Bob.

Siguiendo el consejo de Rocky, resistí el impulso de contárselo a Sophie Bennett, o a alguien más del colegio de Hannibal, o a quien fuera, a pesar de lo mucho que me apetecía explicarlo por la calle, escribir a consultorios y documentarlo en mi hipotético archivo de moratones sospechosos. Como buena rusa, tuve ganas de meterme en casa del pastor Bob y envenenarlo. Como buena americana, tuve ganas de denunciar a alguien. Pero como buena bibliotecaria, lo único que hice fue esperar sentada.

7. EL TAMBORILERO

Aquella misma tarde llamó Glenn, el pianista, y me convenció de ir el día siguiente hasta la sala Starr, que resultó ser el auditorio de un instituto de formación profesional. El concierto era por la tarde; mala señal, probablemente, tratándose de un estreno. Como excusa para salir temprano del trabajo, le dije a Loraine que estaba mi padre en Hannibal. («Te acuerdas de lo de esta tarde, ¿no? —le dije justo antes de cruzar la puerta—. Te lo recordé en la gala»). Como otras bastantes veces, contaba con su propensión a fingir pleno conocimiento de cualquier conversación durante la que pudiera haber estado borracha. Rocky decía que era como había conseguido un aumento de sueldo). En recepción me tenían guardada una entrada, a nombre de «Lucy», a secas. Encontré un asiento aislado hacia el fondo. Leí el programa, impreso por ordenador. Ponía que Glenn había nacido en el norte del estado de Nueva York y que había empezado a componer a los nueve años. Dominaba más de veinticinco instrumentos de percusión. Tuve curiosidad por saber cuánto costaba dominar el triángulo.

Me sorprendió que el propio Glenn saliera a dirigir. No había leído el programa con bastante atención. Al menos no se le veía ridículo en el podio, como esos directores que agitan los brazos como si trataran de volar. Él se mantenía erguido en su esmoquin, el mismo que ya le conocía, dibujando breves líneas rectas con los brazos. La música era moderna, con toques *jazz*, afortunadamente. Me sonó de algo el tema principal, pero no acabé de identificarlo. Me apoyé en el respaldo y cerré los ojos.

Pocas semanas antes, Ian me había contado su idea para la Sinfonía Definitiva:

—Al principio sacan un reloj enorme de pared al escenario. Parece normal, pero dentro hay alguien escondido. Luego el reloj toca «Big Ben», y empieza a sonar toda la orquesta. Toda la parte principal de la canción es igual que «Big Ben». ¿Sabes cuál es la canción de «Big Ben»?

—Sí. —Le había dicho yo, y la había tarareado para convencerlo.

Ian estaba apoyado en mi mesa, jadeante por el peso del montón de libros sobre ciencia que había transportado escaleras abajo para devolverlos, en vez de meterlos en el buzón. Sonya, que estaba en la misma planta, leyendo a su hija un libro de Arthur, levantaba de vez en cuando la vista para comprobar que aún podía ver a Ian.

—Luego tocan un cuarto de hora, aunque si se equivocan con el tiempo, el de dentro del reloj puede acelerar el mecanismo. Justo cuando acaban este movimiento, el reloj da el primer cuarto y toca la primera parte de Big Ben. Luego siguen tocando, y cada movimiento está sincronizado para que suene el reloj. Al final ha pasado una hora, y esta vez, cuando el reloj toca la canción, la tocan todos con él, muy fuerte. Pero sería *ritardando*; por eso hace falta que haya alguien dentro del reloj, para que vaya más lento. Sería una sinfonía muy triste, sobre la Segunda Guerra Mundial.

—¡Muy bien! —había dicho yo—. Deberías empezar a componerla.

Ian había hecho una mueca.

—No puedo. Los martes tengo fútbol, los lunes y los miércoles francés, y todos los fines de semana una clase de religión; y los lunes, después de francés, taller de ciencias, y los jueves piano; y tampoco puedo trabajar en mi sinfonía mientras practico piano, porque mi profesor de piano dice que lo importante es trabajar con la izquierda.

—Absolutamente trágico.

—Eso es lo otro de mi sinfonía: que todas las partes de piano serían solo para la mano derecha.

Abrí los ojos e intenté concentrarme en la música de Glenn. Me rasqué la pierna con la mano derecha, y la espalda con la izquierda. Cuanto más me rascaba, más me picaba. Ahora era el xilofón el que atacaba el tema, retomado por los instrumentos de viento. Reconocí de golpe la sintonía: era casi idéntica a la música de los anuncios de Mister Proper, el que te sabes de memoria si te has quedado alguna vez enfermo en el sofá, viendo los magazines de la mañana: «Mister Proper, pura fuerza, ta ta tá ta, ta ta tá ta...». Me tapé la cara con las manos para no reír, como si me mirase todo el mundo.

Al final del concierto fui por un pasillo que parecía llevar a los camerinos. A los tres pasos me topé con Glenn, muy sonriente. Su chaqueta de esmoquin estaba cubierta de pelusa blanca en la parte delantera.

—¿Te intentabas escapar? —dijo— ¿o venías a buscarme?

—Lo que buscaba era algo de beber —respondió Daisy Buchanan.

Durante la fiesta que vino a continuación se quedó conmigo, burlándose de sí mismo. Me contó que a los ocho años había intentado construir la pista de carreras más larga del mundo para pelotas de golf. Me pareció una persona sumamente encantadora, aunque quizá tuviera algo que ver con que ya no recordaba haber salido con nadie más que con Rocky, ni haber visto nada que no fuera un reestreno de Hitchcock.

En un rincón, abandonados por el resto de los invitados, le conté lo de mi apellido truncado, le hablé de mi piso e intenté explicarle la sesión de fotos de la noche anterior.

—No lo entiendo.

Después de mi cuarta copa de vino, le dije que oía las funciones con la ventana abierta; él contestó que no se lo creía, y que tendría que oírlo por sí mismo. Pese a comprender que era una excusa. —Bastante mala, por cierto—, le dije que viniera a comprobarlo. Solo eran las siete y pico, y *Vania* no empezaba hasta las ocho. Ya en mi edificio, Glenn insistió en que cogiéramos el vetusto ascensor, porque le parecía gracioso, con su puerta metálica y su placa de «última inspección» hábilmente cubierta por Tim con un adhesivo de «Si veo un cocker, freno». Se rio de mis pilas de libros. Acercamos un par de sillas a la ventana abierta para ver llegar a los espectadores desde los pequeños restaurantes de la acera de enfrente. Llevábamos los dos chaqueta, y compartíamos la misma manta. Directamente del vestíbulo subió un murmullo de voces. Acto seguido oímos la lenta procesión del público desde debajo de mi sala de estar hasta debajo de mi cocina y de mi dormitorio, a medida que localizaban sus butacas, las hacían crujir al abatirlas e iban depositando sus cuerpos *poscena* sobre los avejentados muelles.

El último verano, un día en que entraba el público, tuve la seguridad de oír la voz de Ian. Debía de haberse grabado en mi cabeza después de un largo día juntos. (Era sábado, y le había tenido plantado en la biblioteca de las nueve a las cuatro). Luego me di cuenta de que era una mujer que estaba llamando a unos amigos, y hablando sobre el restaurante hindú del otro lado de la calle. Recuerdo haber deseado. —Ya entonces, antes de que empezara todo— que Ian estuviera abajo, en primera fila o entre bambalinas, siguiendo un Shakespeare, enamorándose y viendo cómo se le abría el universo. Yo podía ponerle un libro en las manos, pero no cogerlo por los tobillos y meterlo de cabeza en otro mundo. Y ya entonces, por alguna razón, supe que lo necesitaba.

Durante casi todo el primer acto, Glenn y yo nos limitamos a escuchar las voces, distorsionadas pero inteligibles, por lo general. Él se fumó tres

cigarrillos, sin dejar de sonreírme. Yo apoyé la cabeza en su hombro, adormilada por el vino.

Después se levantó para ir al baño y tuve que frenarlo.

—Me da un poco de vergüenza —dije—, pero no se puede tirar de la cadena durante la función. —Se rio, sin dejar de caminar—. No, de verdad; es que las tuberías pasan justo encima del escenario. Si tienes que ir, ve, pero no tires de la cadena. A las once casi siempre han acabado.

—No lo dices en serio.

—Que sí, que en el lavabo hay un horario. Tim nos imprime uno a mí y otro a su pareja, Lenny.

—¿Y es legal que te obliguen a eso?

—No lo sé, pero la verdad es que me da igual, porque me sale el alquiler a trescientos dólares.

—Bueno, pero por la mañana sí que podré tirar de la cadena, ¿no? —dijo él.

—Eso es muy atrevido.

Pero no, en el fondo no lo era; además, Glenn tenía buen aliento, y unas pestañas muy bonitas, y más tarde me enseñó que sus antebrazos eran más fuertes que sus bíceps por tocar el piano, y la verdad es que Mister Proper es un poco marrano.

8. PRUEBA D: LAS COLCHONETAS, O SI LE DAS UN ARMARIO A UNA BIBLIOTECARIA

Si le das un armario a una bibliotecaria, es probable que lo llene de trastos.

Si lo llena de trastos, algunos serán libros pendientes de arreglar.

Si algunos de los trastos son libros, y el armario, además, está en un cuartucho, esconderá más libros que para ella son chorradas, como la serie de las Stormy Sisters, pero que a su jefa le parece que tienen que seguir en la biblioteca.

Si esconde libros chorras no tendrá ninguna prisa por limpiar el armario, porque entonces se quedaría sin un escondite.

Si se pasa diez meses sin limpiarlo, hará lo imposible por esconderle el desorden a su jefa alcohólica y temperamental.

Si le quiere esconder el desorden a su jefa, llenará la parte delantera del armario con las colchonetas que se usaron hacia 1996 para la siesta en la efímera guardería de la biblioteca.

Si llena el armario de colchonetas, se quedarán ahí hasta que las saque cierto niño, cierta aciaga noche; pero hasta esa noche, el armario estará sin abrir durante meses.

Si el armario está sin abrir durante meses, es probable que la bibliotecaria adorne la puerta con personajes de dibujos animados y pósters, para distraer a las demás bibliotecarias de la idea de abrir el armario.

Si una bibliotecaria adorna la puerta de un armario, usará artículos como puedan ser un tebeo de Conan el Bibliotecario, un adhesivo grande donde ponga «Aquí se respira paz», un cartel de «Si le das una galleta a un ratón», una explicación gráfica de la reanimación cardiorrespiratoria y una servilleta de papel de la cafetería de una librería firmada por el escritor Michael Chabon.

Si usa estas cosas, su jefa le preguntará: «¿Se puede saber qué significa “Aquí se respira paz”? ¿Es algo político?», y también: «No estarás poniendo a Michael Chabon en la sección infantil, ¿verdad?»; pero a su jefa, distraída por todas esas cosas, nunca se le ocurrirá abrir la puerta.

Si su jefa nunca abre la puerta, se olvidará de que le dio un armario a la bibliotecaria, y a finales de año le ofrecerá otro.

Si le da otro armario a la bibliotecaria, es probable que esta última lo llene de trastos.

9. EL PREDECESOR

—Yo es que no puedo —dije.

Habíamos ido, Rocky y yo, a un pase de *Qué bello es vivir*, como si no pudiéramos verla por la tele. Estábamos en Pasta Palace, sentados en un rincón. Rocky enroscaba sus *fettuccine* Alfredo con el tenedor hasta formar una gran madeja aceitosa.

—No es tu problema —dijo—. No hay malos tratos; él tampoco te ha pedido que lo ayudes, y ni siquiera los conoces. Tienes que pensar en otra cosa.

—¿Sabes cómo lo llaman, en aquellas webs? Dicen «TAMS», por Trastorno de Atracción por el Mismo Sexo, como si fuera una enfermedad; pero si no sucumbes, entonces no eres gay. Dicen «tener TAMS», como si fuera dislexia o algo así.

—Es un desastre, sí, pero no de tu incumbencia.

—Quizá sea yo la única persona que lo sabe —dije.

Se me ocurrió mencionar la marca de tenedor en la cabeza de Ian, pero sabía que Rocky se limitaría a poner los ojos en blanco. Habló con la boca llena, como tantas veces.

—Ni siquiera eres su profesora.

—Perdona, ya me callo. —De lo que era incapaz era de no pensarlo—. Se te ven los *fettuccine* al hablar.

Rocky se limpió la boca y sonrió.

—*Se te ven los fettuccine*, por el doctor Seuss.

Por alguna razón nos hacía mucha gracia esa manera suya de convertir mis palabras en títulos de libros ilustrados.

Demasiado tequila, por Margaret Wise Brown. *La nariz claramente operada*, por Eric Carie. Los anunciaba con la voz de un padre dando a conocer a su hija un clásico de la literatura juvenil.

—Bueno, y ¿de qué se supone que tenemos que hablar? —dije yo.

Habitualmente comentábamos la película, pero *Qué bello es vivir* me hacía fluctuar entre la irritación y el llanto, y ambos la habíamos visto cien veces.

(George Bailey, desesperado:

—¡Dígame dónde está mi mujer!

El ángel Clarence, en un paroxismo de horror y pena:

—No te va a gustar, George. ¡Está a punto de cerrar la biblioteca!

Y allá la tenemos, corriendo con sus gafas de culo de vaso, y apretando los libros contra sus desperdiciados senos. Esta Mary Bailey de pesadilla se ha estropeado la vista por leer tantas horas a solas en la oscuridad.

Qué raro que esta profesión, precisamente, se vincule tanto con la soledad, la virginidad y la desesperación femenina... La bibliotecaria con jersey de cuello alto. Nunca ha salido de su pueblo. Se queda sentada en la mesa, soñando con el amor).

—Pues mira, te quería pedir un favor.

—¿Cuál?

Cogí un trozo grande de *pizza*, por si era necesario ganar tiempo.

—Es que se casa mi primo en Kansas City. Creo que es el 25 de marzo, un sábado.

Tuve que tragar saliva para estar segura de que no me equivocaba de pregunta.

—¿Necesitas que te lleven, o una acompañante?

—Hombre, no me iría mal que me llevaran, pero pensaba en la acompañante.

Cogí otro trozo de *pizza*. Tres cosas que no me harían gracia: ir a una boda sin conocer a nadie; hacer el viaje en coche hasta Kansas City, y preocuparme por cómo pudiera interpretarlo Rocky.

—Puedes decir que no. No es que tenga que ir acompañado. Lo que creo es que sería divertido.

—A mí estas cosas no me salen muy bien. Ya me viste en la gala, hablando con el pianista y el barman en vez de con los donantes.

No sé por qué sentí el impulso de dar a entender que no había vuelto a ver a Glenn, cuando desde el concierto habíamos salido ya dos veces.

—Estos no te intimidarían. Mi primo es encargado de una crepería, y es muy campechano. Pero no te agobies, que da igual.

—Lo miraré —dije—; aunque ahora que lo dices, el 25 de marzo... Creo que ese fin de semana estoy en Chicago. De todos modos, lo consultaré.

Si no había más remedio, podía ir a Chicago de verdad. Justo entonces nos sumergió en sus gritos el bebé de la mesa de al lado. Benditos y misericordiosos gritos.

Lo que he dicho antes de que no había conocido a nadie como Ian es una verdad a medias (una de mis especialidades). Ha llegado el momento de contarlo. He aquí el gran recuerdo reprimido. Y ni siquiera pago por tumbarme encima de vuestro diván.

Durante mi último año de instituto, Darren, un amigo, me invitó a fumar a la sala de proyecciones. Bueno, aún no éramos amigos de verdad; yo era mucho menos enrollada que él, con sus pantalones anchos de pana verde y su pelo rubio teñido de rosa con Kool-Aid, pero íbamos juntos a clases avanzadas y créditos universitarios, y eso nos permitía actuar como amigos sin tener que cumplir con los preliminares. Fue mi primera visita a la cabina. Era empollona en muchas cosas, pero no en audiovisuales. Sin embargo, encontré lo que me imaginaba: una tira de interruptores y luces, y una lata vieja medio llena de colillas. Ya sabía que Darren era gay; si no, me habría parecido una cita de bajo presupuesto. Darren encendió dos cigarrillos y contemplamos las butacas por la ventanilla, como si estuviera a punto de pasar algo al otro lado.

Me preguntó cómo estaba. —Dos semanas antes, cuando faltaban tres días para regresar a las clases, me había dejado un novio—, y yo fingí que aún me dolía.

—No sabes lo que pagaría por ser gay. —Darren se quedó de piedra, con cara de perplejidad, horriblemente dolido—. Perdona, ya sé que es muy duro...

—¿Sabes que soy gay? —Por supuesto. Lo sabía el cole entero. Todos comentaban lo valiente que era por haber salido del armario. Cualquier cotilleo acerca de su vida amorosa garantizaba un público entregado en el bar—. Es que solo se lo he dicho como a... dos personas. En toda mi vida.

Dije una mentira.

—Tengo un *gaydar* excepcional. Es un don. En serio; si no me va bien en la universidad, podría dedicarme a eso.

—Ah...-Dio golpes con el cigarrillo en una especie de panel de control, para que se cayera la ceniza. —Bueno, quizá es que se me nota mucho. Por algo mi padre siempre ha estado preocupado, desde que tenía unos tres años... Me quitaba todos los libros de colorear.

—¿Por qué?

—Será que me gustaban demasiado. Tampoco me dejaba jugar con niñas, aunque mi madre decía que era peor jugar siempre con niños, y al final no me dejaban jugar con nadie más que con mis primos. Son católicos. Mis padres. Bueno, mis primos también, pero ya me comprendes.

La conversación duró los suficientes cigarrillos como para que me doliera la garganta. Supongo que le impresionó que yo no reaccionara mal, sino que hablara del tema como si no me escandalizase. Calculé que el ochenta por ciento de los alumnos del cole habrían tenido la misma reacción, y se habrían quedado alucinados solo de que Darren Alquist les concediera una audiencia privada, pero él no parecía saberlo, y yo no podía decírselo sin dar a entender hasta qué punto estaba fuera del armario sin saberlo. Por otra parte, si fingía ser una de las pocas personas capaces de entenderlo, quizá acabáramos por ser amigos, y Darren era mucho más interesante y popular que el resto de mis amistades. Tuve una vaga visión en la que estábamos sentados en el bar, puntuando a los chicos.

En plena conversación, Darren dijo:

—Es como si me hubieran ido quitando trozos desde que nací y me hubieran enchufado otros falsos; como cuando mi padre me quitó los libros de colorear y me dio Legos. Luego, en el instituto, todos los niños se reían de mi forma de caminar, hasta que aprendí un paso falso que solo me sale si estoy muy atento. Y ahora este colegio... Por Dios... Es como si me hubieran sacado el corazón y me hubieran puesto un trozo de plomo.

—Como el Hombre de Hojalata —dije yo. Él arqueó una sola ceja, sin ningún esfuerzo, como si lo hiciera todo el día—. En el libro, no en la película: empieza siendo una persona de verdad, luego se corta un brazo y le ponen uno de hojalata, y al final es todo de hojalata.

Darren asintió entre risas. En ese momento tuve la seguridad de que seríamos amigos, y así fue: fumábamos juntos y subíamos a la azotea del edificio de artes para presenciar las prácticas de atletismo. Hicimos juntos un proyecto de cine de la asignatura de lengua, y él dibujó una jirafa en la parte interior de mi taquilla. En mi anuario, me escribió una dedicatoria con rotulador verde: «Queridísima Lucy: si me atan y torturan algún día como rehén de la Guardia Nacional Boliviana, el recuerdo de nuestros momentos juntos me ayudará a soportar el dolor».

Después le escribí unas cuantas veces, desde la universidad, pero no tuve más noticias. Alguien me dijo que había dejado los estudios a medias en Pomona.

Lo más morboso de todo es que ya sabéis lo que pasó, porque es un tópico. Y lo es por algo: porque estas historias siempre acaban igual, con esa escena en que la pobre madre intenta limpiarle la mierda de los pantalones antes de que llegue la ambulancia. Es la parte que siempre se repite entre tus excompañeros de clase cuando vuelven de la facultad para las vacaciones; no la parte de cómo consiguió la pistola, ni la de cuántas veces lo había intentado, sino la de la mierda en los pantalones, y su madre frotando con la toalla como si tuviera alguna importancia, como si no quisiera violentar a la familia en presencia del forense.

Después del entierro, al volver a la universidad, lo dramaticé mucho entre mis amistades: que si podría haberlo impedido con unas palabras oportunas, que cuántas ocasiones desaprovechadas... Sin embargo, era presa del tópico, de los guiones que eliges cuando muere alguien, y no lo decía de corazón. Ya puestos, podría haber dicho: «¡Tan joven, con toda la vida por delante!», o «¡Debería haber sido yo!», o «Si Dios es tan bueno, ¿cómo deja que pasen estas cosas?». Tampoco me habría salido del corazón. Solo habría disfrutado interpretando, por así decirlo.

Tuvieron que pasar aproximadamente cinco años para que cayera sobre mí la verdad, pesada y dura como el corazón de plomo de Darren: la culpa era tan mía como de cualquiera, en efecto, y podría haber dicho ciertas cosas, sí. El día en que Brian Willis se rio de Darren en mates, diciendo que llegaba tarde porque a alguien se le había caído la pastilla de jabón en la ducha de los vestuarios, podría haberme levantado para darle un puñetazo en su cara hinchada y pecosa.

Bueno, pues ya lo he explicado: mis motivos más hondos, lo que proyectaba en Ian, mi desgarradora excusa. Me costaría mucho persuadir a un jurado de que solo con eso ya se justifican mis actos, pero estoy convencida de que me convirtió en una persona más airada. Al menos eso hay que aceptarlo: por debajo de todo, a pesar de una vida llena de privilegios, a pesar del sentido del humor, yo era una persona airada. Disfrutaba culpando a los demás. Siempre que oía hablar de imbéciles como el pastor Bob, me calentaba, me calentaba de verdad. Luego, durante semanas, al ir en coche, despotricaba contra los pastores Bob del mundo, en un monólogo que en los retrovisores de los coches de delante debía de parecer una diatriba apasionada contra algún exnovio.

Cada mañana, al ir a trabajar, una visión interrumpía mis invectivas: Janet Drake corriendo por la avenida Waxwing, aunque hubiera placas de hielo en las aceras. Lo más probable es que la hubiera visto todos los días durante dos

años, pero antes de nuestra conversación no me di cuenta de que eran la misma persona, el mismo chándal rosa, los mismos codos puntiagudos. Siempre corría hacia el norte, regresando a su casa desde el punto de partida, que no sé cuál sería. El trayecto entre su casa y la biblioteca se podía hacer caminando, pero yo la adelantaba unos diez minutos antes de llegar al trabajo. ¿Cuántos kilómetros eran? ¿Cuántos había corrido ya antes de ser vista por mí? Para colmo, era asidua de la sala de *fitness* del Recreativo, donde me la encontraba a la salida del trabajo, a las seis y cuarto, y donde seguía a las siete, cuando una servidora pasaba por su lado rauda cual centella, esperando no ser reconocida. ¿Cómo tenía tanto tiempo para ser tan dominante?

—Seño...

—Dime, Ian.

Se apoyó en mi mesa hasta sostenerse con el pecho. Sonya estaba en el piso de arriba, donde pasaba cada vez más tiempo en sus visitas conjuntas a la biblioteca. Me habría gustado saber si se fiaba realmente de Ian o si era por simple indiferencia a las instrucciones de Janet Drake. Sonya tenía la idea pertinaz de que Ian, aquí abajo, jugaba todo el rato a *La misión de Noé*. Desde que fuera hacía siempre frío, Ian se había inventado un sistema: meterse un libro por delante de los pantalones y otro por detrás, y tapárselo todo con la parka.

—¿En Navidad estará abierto?

—¿En Navidad? No. Cerramos del 24 al 26, es decir, que hoy es el último día de préstamo.

Se dejó caer al suelo, desapareciendo de mi vista.

—¿Entonces también estará cerrado esos dos días? ¿O sea, que cierran tres días?

—Pues sí.

Cuando volvió a levantarse, tenía una cara rosada y arrugada como la de un niño de dos años. Se la escondió con dramatismo y parsimonia entre los brazos, y me dio la espalda.

—Ian, que solo son tres días...

Su respiración, rápida y sonora, hacía subir y bajar sus hombros.

—¿IAN?

—¡NO ES JUSTO! —gritó.

La madre que leía en el suelo con su hijo pequeño se giró para ver qué pasaba.

—Ian...

Pasé al otro lado de la mesa y le puse las manos en los hombros. Él se apartó con brusquedad. Ya le había visto ponerse melodramático con Sonya, y Sophie Bennett me había contado poco tiempo atrás que sus profesores de aquel año le estaban encontrando increíblemente pesado, pero en mi caso era la primera escena de ese tipo. Me agaché para mirar a través de sus brazos, y ver su cara. No lloraba de verdad; solo respiraba con fuerza, y suspiraba.

—Mira, Ian —dije—, si quieres sacas muchos libros justo antes de cerrar, y luego ya me los traerás.

—No, no es verdad, porque nos vamos del pueblo; casi una semana entera, hasta Año Nuevo, y como mi mamá me mira la maleta, tendría que coger libros tontos como los de los Hardy Boys. Y además solo podría llevarme diez, porque solo tengo permiso para sacar mi edad.

Era una regla que seguían muchas familias: un niño de cinco años podía llevarse cinco libros, etcétera. Ian se apoyó en el árbol situado junto a la pared, dentro de una maceta, y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—A mí diez ya me parecen muchos, ¿no? Tampoco conviene que te pese tanto la maleta...

—Y mi mamá nunca me dejaría llevarme libros de más, porque nunca me deja hacer nada.

—Suena duro —dije.

Volví a ponerme en mi lado de la mesa. Ian espió entre los brazos, para ver si aún lo observaba, y sí. Después toqueteó las hojas de la planta, respirando fuerte durante un minuto, y al final se fue hecho una furia hacia la sección de Mitología.

Acabó cogiendo en préstamo los primeros diez libros de los Bobbsey Twins.

—¿Son tan tontos como parecen?

—Bastante —dije yo.

—Genial.

Al final del día apareció en mi mesa Glenn, con el ejemplar de *1000 citas fabulosas* de la biblioteca.

—Elige una —dijo.

Yo no le había invitado a venir al trabajo, y me molestó su impertinencia. Desde la noche del concierto nos habíamos visto bastante; él me enviaba correos sin parar, aunque mis últimas respuestas eran escuetas. Un poco relamido sí que era, con su manera de hacerme preguntas sacadas de la guía de *GQ* para salir, como «¿Cuál es tu recuerdo de infancia preferido?». Y esa

manía de presentarse sin avisar, haciendo ostentación de unos dientes como las teclas de un piano...

Me alegré de estar sola. Por la tarde me habían hecho unas cuantas peticiones desesperadas e infructuosas de *El expreso polar* y *La noche antes de Navidad* pero en aquel momento el sótano estaba vacío.

—Seamos espontáneos —dijo él.

Últimamente lo decía mucho, como si fuera una gran virtud. Supongo que para un músico de *jazz* debe de serlo. —Cuatro compases que llenar y una trompeta entre las manos—, pero a una bibliotecaria no es que le beneficie mucho, qué caramba.

Empecé a hojear el libro.

—No me llesves a dar de comer a los patos.

—¡Eh! —dijo él. Se apoyó en la mesa—. A la luna, te llevo.

Voz cursi de Sinatra, y cejas en constante movimiento.

Oí el ruido discontinuo de los tacones de Loraine en la escalera.

—Vale —susurré—. Deprisa, haz como si miraras libros.

Me levanté, arranqué la sábana blanca de la silla y la tiré debajo de la mesa. La había usado durante toda la semana con la esperanza de que protegiese mi piel de la tela de la silla, pero si algo había hecho la erupción era empeorar. Me estaba planteando sustituirla por uno de los sillones de bolas, apuntalado con una gran pila de libros, como un trono gigante y naranja de bolas.

Loraine se inclinó sobre la mesa para darme un sobre cerrado, que por experiencia supe que probablemente contendría un vale regalo de veinte dólares para una de las franquicias de restauración que hay por la carretera.

—¡Feliz Navidad! —dijo—. Y Janucá, claro. No te olvides de dormir bien, que te conviene.

Glenn, mientras tanto, se fingía fascinado por los libros de Junie B. Jones. Una vez que se marchó Loraine, cerré y subí con Glenn por la escalera. Al pasar junto a Rocky, en el mostrador principal, se me ocurrió presentar a Glenn como un viejo amigo, pero Rocky lo había visto en la gala, claro, así que me limité a decir:

—¡Feliz Navidad! ¡Te llamaré para ir al cine!

Pareció que Rocky se aguantara la risa. Bueno, es más probable que pusiera un gran empeño en parecer que la aguantaba, aunque no le salió del todo bien.

Fuimos a la Trattoria del Norte, donde bebí mucho vino, y me esforcé por dar conversación. Estaba descubriendo que no teníamos gran cosa en común,

y cuantas más vueltas le daba, menos segura estaba de querer salir con alguien cuya gran obra se basaba, sin saberlo, en la canción de un anuncio de limpiador de suelos. Tampoco quería estar cerca cuando alguien le sacase el tema. Por su parte, Glenn no daba muestra alguna de olerse mis ambiguos sentimientos; me sonreía sin descanso desde el otro lado de la mesa, tratando de mirarme largamente a los ojos. De niña, yo había visto suficientes veces *Vivir de ilusión* como para no fiarme de los músicos que sonríen. Entran en tu biblioteca cantando, con un maletín de estafador en la punta del brazo, y te dicen que seas espontánea; te dicen que con un poco de suerte, y una buena banda, se podría salvar todo este jodido pueblo.

Para llenar el silencio, estuve a punto de contarle la rabieta de Ian, pero al final me lo pensé mejor. Si ya molestaba a Rocky, que conocía al niño y trabajaba conmigo, ¿cuánto no molestaría a alguien a quien en el fondo le importaba un pito? Y entre las quinientas decisiones tontas que tomé durante aquel invierno. —Decisiones que apuntaban directamente a la cárcel, o a algo peor—, probablemente aquella, ebria y con algo de arbitraria, fuera la que me salvó la vida.

10. TONTERÍAS

Aquel invierno, después de haber leído el correo del origami, procuré ser objetiva al observar a Ian, y dudo que fueran imaginaciones mías que tuviera los ojos apagados, o que ahora tendiese a balancear pesadamente el cuerpo en ambos pies, como si le irritase no poder ir al lavabo. Siempre había sido proclive a los cambios de humor, pero antes se alternaban con momentos alegres, y otros de cierta locura, y ahora no. A principios de enero le di *La búsqueda de lo exquisito*, y lo devolvió el día siguiente.

—Me aburría demasiado —dijo—. No lo he acabado.

Me quedé de piedra. *La búsqueda de lo exquisito*, que mis mejores lectores se acaban en un día, saltándose la cena, si hace falta...

—Bueno, ¿y ahora qué quieres?

—Alguna otra tontería.

—¿Quieres una tontería?

—Bueno, son todo tonterías, o sea, que me da lo mismo. Leeré un libro para bebés.

Se encajó en una de las sillas de plástico hechas para traseros de tres años y sacó *Arándanos para Sal* sin mirar. Pasaba las páginas a tal velocidad, que tuve miedo de que las arrancase.

—Este libro es el más inteligente que existe. Este libro es un genio. Este libro es demasiado difícil para mí. Buf.

Volvió a depositarlo horizontalmente sobre los otros libros ilustrados.

Otro día, bajó disparado sin haberse bajado la cremallera de la chaqueta.

—¡No le digas que estoy aquí abajo! —susurró, antes de pasar de largo y meterse en los pasillos.

Durante el breve segundo en que le vi la cara, no me pareció que su expresión fuera de miedo, pero tampoco exactamente la de un niño jugando. Parecía que intentara ser malo.

Al cabo de un minuto bajó la señora Drake a toda la velocidad que le permitían sus tacones. Llevaba unos tejanos, y cachemira gris.

—Perdona, Sarah-Ann, ¿has visto a mi hijo Ian?

Pero qué delgada estaba, por Dios... Los codos eran lo más ancho de sus brazos.

Dado que Ian, desde donde estaba, no podía verme, señalé en silencio el pasillo de Biografías. Su madre siguió el mismo camino que él. Después oí un grito agudo de Ian, y vi que su madre lo arrastraba hacia las escaleras, clavándole las uñas rosas en el hombro. Llegó desde arriba el eco de la voz del niño.

—¡Pero mamá, no te puedes enfadar conmigo, porque... ay... porque al esconderme ya estaba arrepentido! ¡Mamá, que ya me he arrepentido, no tienes derecho a enfadarte!

En ese momento, debería haber estado más atenta a sus subterfugios y evasivas, y a su tendencia a esconderse. La semana siguiente también debería haberme llamado la atención que empezara a preguntar por el conserje. Se puso delante de mi mesa, con cara de estudiado aburrimiento, y habló con voz inexpresiva.

—¿Quién limpia esta biblioteca tan tonta?

—Perdona, Ian, pero no te he entendido.

—He dicho que quién limpia la biblioteca.

—Viene una mujer muy amable, la señora Macready, a pasar la aspiradora. Tiene el pelo blanco.

—¿Limpia todos los días?

—No tengo ni idea. Probablemente no. Me imagino que cada dos.

—¿Y limpia antes de que llegues tú, o después de que te vayas?

—Oye, mira, es que tengo trabajo.

—Creía que tu trabajo era contestar a las preguntas de los niños.

—Sí, a las preguntas sobre libros. ¿Me querías preguntar algo sobre algún libro?

Cogió del borde de mi mesa *Adelante, Mr. Bowditch*.

—Sí. Si tirara esto al suelo, y esperásemos a que lo recogiera la mujer de la limpieza, ¿lo haría antes de abrir o después de cerrar?

—La respuesta es que lo recogerías tú, que eres quien lo ha dejado tirado.

Dejó caer el libro al suelo y subió corriendo a la planta tic arriba.

Desde entonces estuve diez días sin verle, lo cual podría ser un récord. En su siguiente visita me trajo una fuente de galletas, todas con el mismo glaseado intensamente azul salpicado de verde en la parte central. Se acercó

de puntillas, casi como el Ian de siempre, hacia donde estaba yo, junto al carro. Yo había decidido no sentarme en mi silla durante toda una semana, para ver si se me pasaba la erupción. Sonya me saludó con una mano, dirigió a su hija hacia las marionetas y subió otra vez a la planta de arriba.

—¡Aunque todavía estemos en enero, he hecho galletas de San Patricio porque es la siguiente fiesta buena! ¡El azul es para representar el mar y el verde para representar Irlanda! He puesto colorante en el glaseado, y aún tengo las manos azules.

Dejó en el carrito la fuente de papel, tapada con celofán, y me enseñó las palmas, teñidas de azul claro.

—Pareces un pitufo.

—¿Un qué? Ah, y siento haber tirado el libro. La razón de que no haya venido es que me han bautizado, y hemos hecho una fiesta, y me han dado como cinco mil libros.

Retiré el celofán y cogí una galleta.

—¿Cuáles te han regalado?

—Unos de origamis, y cinco de una serie que se llama *Hacia la luz*. Va de unos niños, de cuando se acaba el mundo y la mayoría de la gente ya ha subido al cielo, pero estos niños se quedan para intentar salvar al resto. En realidad son libros para adolescentes, pero son fáciles de leer.

—Ah. ¿Y están bien?

—Sí, la verdad es que son muy entretenidos. También hay una película, pero a mi madre le parece que quizá dé un poco de miedo. Primero la tiene que ver ella. ¿Tú tienes alguno, aquí?

Intenté tragarme la galleta, que lograba ser al mismo tiempo seca y pegajosa.

—Bueno, es que no tenemos mucha narrativa para niños de tipo religioso, pero sí que tenemos ensayos sobre religión.

—Ah, sí, como esa chorrada de las *Guías visuales*, con aquellos dioses indios tan tontos de muchos brazos... Ya me los he leído todos. Deberías traer *Hacia la luz*.

Yo ya conocía el tipo de series del que hablaba Ian. Una vez, a los doce años, me quedé una semana en casa de unos vecinos renacidos y leí tres libros de la biblioteca de su hija. Los encontré divertidísimos, lo más parecido que había leído a una novela romántica o policíaca. El único que todavía recuerdo empezaba con un vuelo chárter que sobrevolaba África. Al darse cuenta de que el piloto rezaba antes de comerse un bocadillo, un cristiano «recaído» le preguntaba por qué, y se ponían a hablar, pero poco después el avión se

estrellaba y todos se perdían en el Sáhara, etcétera, etcétera, hasta que encontraban a Jesús o se morían. La verdad, sin embargo, es que no me habían parecido buenos libros. ¿Cómo podían gustarle tanto a Ian, un niño que había leído siete veces *El viento en los sauces*?

—Bueno, la cuestión es que estuvo muy guay, porque luego vinieron a mi casa amigos de la iglesia, que este año es lo máximo que me dejan hacer, porque soy demasiado mayor para una fiesta de cumpleaños.

Cumplía años en abril. Lo sabía por su ficha del ordenador.

—¿Qué? ¿A los once? Eso no es mayor para nada —dije—. ¿Ningún niño de tu curso ha montado una fiesta?

Suspiró, levantó el celofán y redistribuyó las galletas para tapar el hueco de la que había cogido yo.

—No es exactamente eso; lo que pasa es que... pues que el año pasado hice una fiesta, ¿vale?, y todos los invitados eran niñas, y fue chulísimo. Nos pasamos la fiesta buscando un tesoro en el jardín. Pero mi padre dijo que este año o vienen solo niños, o mitad y mitad. Fiestas mitad y mitad ya no las hace nadie; son todas de las de quedarse a dormir, y eso la verdad es que no me apetece. Entonces mi padre dijo que no podría hacer ninguna fiesta, y yo le contesté que bueno, pero que si en vez de eso podían venir mis amigos de aquella clase de religión, y él dijo que imposible, no entiendo por qué. Luego dijo que de todos modos ya era demasiado mayor para fiestas de cumpleaños, y que lo mejor era que me comprase algo con lo que ahorrarse de la paga semanal.

Ian parecía triste. —O, mejor dicho, desolado—, pero no tuve la impresión de que fuera una herida reciente; lo llevaba rumiando cierto tiempo, aunque faltasen cuatro meses para el cumpleaños. Yo siempre había procurado no definirme, ser una bibliotecaria neutral y simpática, como los psicólogos que se quedan sentados y solo asienten con la cabeza, pero en aquel caso no tuve más remedio que tomar partido.

—Pues mira, Ian —dije—, no me parece justo, no me parece justo en absoluto.

Él me sonrió, miró por encima del hombro para cerciorarse de que no bajara Sonya y cogió una galleta irlandesa. Yo cogí otra, pese a tener casi toda la primera en la boca.

Lo que necesitaba yo en aquel momento era la novela perfecta que poner en sus manos, la que lo alejase cien mil kilómetros de su madre, del pastor Bob y de Hannibal, Misuri. En vez de eso dije:

—Estas galletas son fantásticas.

11. CABEZA DE CALABAZA

Encontré a Tim, el director artístico, al lado de su puerta, apoyado en la pared, con los ojos empañados de alegría. Yo volvía temprano de casa de Glenn, con la excusa de tener que trabajar por la mañana.

—¡Lucy, la bibliotecaria! —Me dio un beso en la mejilla—. ¡Estoy totalmente borracho! ¡Hemos montado una fiesta del Estado de la Unión! ¡Voy a por los disfraces! ¡Ven, que así me ayudas!

Se sentó en el suelo para atarse los cordones. Dentro de su piso se oían risas y un ruido como de platos rotos.

—Tim, tengo una pregunta. —Le dije mientras bajábamos a la sala de atrezo.

Abrió la puerta con llave y estiró la cadenita de la bombilla del techo. Era la sala donde bajaba yo a lavar la ropa. Una vez me había puesto a gritar pensando que veía un animal sobre la mesa, pero resultó ser una peluca. Estaba todo muy bien organizado, con hileras de cubetas de plástico con etiquetas: «Lentejuelas», «Sombreros», «Militar», «Mallas», «Zapatos de mujer, 7-9», «Gomas»... Las paredes estaban decoradas con carteles de obras antiguas, y una cabeza enorme de alce con un sombrero de paja colgado en una de las astas.

—¡Vale! —vociferó Tim—. ¡Una pregunta! ¡Házmela!

Sacó una caja de cartón de debajo de la mesa del centro de la sala, y empezó a revolver su contenido.

—Vale —dije yo—. ¿Qué libros aconsejarías para un niño de diez años que necesita apoyo indirecto sobre unos problemas de sexualidad que puede tener o no tener?

—Ah... —Sacó de la caja un albornoz rojo que lanzó al rincón de la máquina de coser, un trasto antiguo de color verde aguacate—. Ahora mismo hay montones de cosas muy bien hechas, pero suelen ser para niños un poco mayores. ¿Es buen lector? Elige unos cuantos disfraces, los que quieras.

Somos... pues te juro que como sesenta y cinco. No sabía que Lenny tuviera tantos amigos.

Saqué de la estantería la cubeta de sombreros. Hacia la parte de arriba había uno tipo Lincoln que me pareció perfectamente adecuado. Lo saqué y lo dejé sobre la mesa.

—Es que tiene que ser algo inofensivo. Si le presto algo del tipo *Sal del armario*, Bobby, a sus padres les dará un ataque.

—Magnífica obra literaria, si mal no recuerdo. —Estaba cargándose los hombros con lo que parecían vestidos de andar por casa—. No sé qué contestarte, de verdad. —Me señaló con un dedo y entornó los ojos—. Lo que necesitas es *El patito feo*.

—No —dije—, es un niño de diez años, y además inteligente. Se burlaría de mí.

—Vale, pues entonces está clarísimo que lo mejor es la serie de Oz; pero completa, ¿eh?, no solo el primer libro. —Me mostré de acuerdo. Aun así, Tim siguió hablando—. Te lo digo porque Oz tiene una gran ventaja. —Vació en la mesa toda la cubeta de lentejuelas y la volvió a llenar. Después me la puso en los brazos, con el sombrero de Lincoln encima—. Sabes que hay todo un culto gay, de auténticos fanáticos, ¿no? Y no solo por Judy Garland. —Descolgó de los percheros dos túnicas brillantes de aspecto isabelino. Cogió el albornoz rojo y abrió la puerta—. Por dos cosas: en toda la serie no hay ninguna historia de amor de verdad. ¿Puedes apagar la luz? En el fondo son todas de broma. Vaya, que es como un mundo sin amor hetero. Hasta hay un niño que se convierte en niña, así, de golpe: ¡paf!

—Sí, es verdad, Ozma —dije yo.

—La otra cosa es que son todos rarísimos, pero los demás los aceptan sin problemas. Es como si dijeras: bueno, tú tienes cabeza de calabaza, y aquel es de hojalata, y tú eres un pollo que habla, pero qué más da, oye, vámonos todos juntos de paseo.

Arriba, en el pasillo, nos topamos con Lenny, que parecía igual de borracho. Cogió los vestidos de los hombros de Tim y, gritando «¡disfraces!», los tiró por el suelo. Cuando cruzamos la puerta, ya había gente que se los estaba poniendo encima de la ropa. Beth Hopkins, la actriz pelirroja cuyas fotos yo había ayudado a profanar, corrió a coger de mis brazos la cubeta de lentejuelas y empezó a lanzar diademas, pañuelos y pendientes brillantes por la sala.

—¡Ya conocéis todos a Lucy! —gritó Tim—. ¡La queremos mucho, a Lucy! ¡Nos lo aguanta todo!

Beth se giró y me cogió por el hombro.

—¡Estabas fantástica de novia! ¡Una novia preciosa!

Yo me reí.

—¿Cuánto tiempo tardaste en darte cuenta?

—¡Uy, pues como dos semanas! ¡Literalmente!

Al final, fui más observadora que participante en la fiesta. En un momento dado me pusieron el sombrero de Lincoln, y me acomodé en el canapé con una cerveza que me trajo Lenny. La mayoría de los hombres se vistieron de mujer para hacer de amas de casa republicanas. Algunas mujeres se paseaban como prostitutas, mientras otras iban disfrazadas de personajes de Shakespeare. Tim, arrellanado con el albornoz en un amplio sillón, espetaba comentarios racistas en voz alta a todo el mundo. Cuando el presidente subió al podio, y los hombres canosos de detrás se levantaron a aplaudir, Lenny subió el volumen de la tele. Al parecer la fiesta consistía en reaccionar al discurso de forma acorde al personaje que se hubiera adoptado. Lenny, que llevaba una de las túnicas isabelinas, gritaba y se santiguaba cada vez que oía una referencia al programa espacial. Tim y las amas de casa republicanas jaleaban casi cualquier asomo de fanatismo. Todos estaban obligados a tomarse una copa cada vez que el presidente dijera «nuquelar».

Yo apoyé la cabeza en el respaldo y contemplé a mi presidente, con sus orejas de antena parabólica y sus ojos severos.

Hablaba a la cámara sobre cómo proteger a la civilización. «Todos somos embajadores —dijo— que propagan la buena nueva de América en el extranjero: los valores y las libertades americanas. Y por esos valores lucharemos. Y esos valores protegeremos».

—¡Eso, eso, hegemonía! —gritó Tim, tirando su botella vacía de cerveza hacia la estantería.

—¡Ave, César! —bramó una prostituta.

Alguien empezó a cantar el himno canadiense.

Tuve curiosidad, allá sentada, por saber si en la vida de Tim había momentos de realidad sin adulterar. Cada vez que lo veía, estaba borracho o disfrazado, o ambas cosas a la vez.

Lo vi deshacerse la coleta y alisarse el pelo rubio a ambos lados de la cara.

—¡Soy John Lennon! —gritó con acento inglés—. Coño, no entiendo nada. ¿Quién carajo es este tío orejudo? ¡Eh! ¡Abraham Lincoln! ¡Si no dices nada, leches! ¿Qué te parece este presidente?

Busqué algo lincolnesco que decir, y se me pasaron algunas partes del discurso de Gettysburg por la cabeza, pero no es que tuviera mucha gracia.

—¡Déjalo en paz! —gritó en mi defensa el director de escena—. ¡Que está muerto, hombre!

—¡Toma, y yo! —se quejó Lennon—. ¡Dos víctimas es lo que somos, coño!

El presidente pidió a un hombre de la primera fila que se levantara. Se había quedado en paro dos años antes. Ahora, gracias a la bonanza económica, gozaba de un nuevo empleo al frente de una cadena de montaje. Ya podía dar de comer a sus seis hijos. Miró a ambos lados como una ardilla nerviosa. No parecía muy seguro de cuándo volver a sentarse. Yo siempre había odiado los discursos presidenciales, incluso cuando me gustaba el presidente; me daba mucha rabia su optimista transparencia: nuestro actor nacional, contratado para decirnos que todo saldrá bien.

«Suerte tienes. —Solía decirme mi padre— de poder burlarte así de tu presidente. ¿Sabes qué pasaba si hacías chistes sobre Stalin? Cuando alguien quería contarte un chiste de Stalin, primero te llevaba a un armario oscuro, y después miraba en todas partes por si había cables. Mucha gente moría por culpa de los chistes. La mayoría de las veces, cuando a alguien se lo llevaban, era porque le habían oído contar algún chiste tonto. ¿Te he contado alguna vez el del gato y la mostaza?». Aproximadamente a medianoche, Tim se acercó y se sentó a mi lado, poniéndome una mano en el hombro.

—Todavía hay una cosa más —dijo—. Sobre Oz. —Parecía muy borracho, pero no se notaba en su manera de hablar—. Yo creo que uno de sus atractivos es que hay un personaje que puede solucionarlo todo. Todos van a ver al mago para ser normales, ¿no? Es lo que les interesa a algunos niños. Lo que pasa es que luego se ve que no funciona, y el libro los coge por sorpresa con lo de que el mago sea un farsante. Es lo que se les queda, porque en el fondo ya se lo esperaban.

Eructó y se rio de sí mismo.

Aquella noche me dormí enseguida, con el estómago revuelto por la cerveza; dormí como siempre, con el brazo derecho levantado, como si fuera la Estatua de la Libertad; como si yo, que estoy más perdida que nada, intentara iluminarle a alguien el camino.

12. LA SEMANA ANTERIOR

Quien ya haya oído este tipo de historias, esas en las que alguien hace algo precipitado y lo echa todo por la borda, estará buscando de qué huía yo. Porque seguro que también huía de algo; seguro que tenía que estar profundamente insatisfecha con mi vida... O bien tenía una relación fallida e incómoda, o no quería asumir que estaba enamorada subconscientemente de Rocky, o me sentía una impostora por ser. —Aunque parezca mentira— una ignorante. Pues venga, vale: era una bibliotecaria ignorante que necesitaba huir por haber robado dinero a Rocky después del desengaño de saber que estaba liado con Loraine.

No. Nada de nada. Recalentada sí estaba, pero no quemada. Es cierto que no me entusiasmaba especialmente mi trabajo; siempre había pensado que a los veintiséis años me dedicaría a algo con más *glamour*; Hannibal era un poco agobiante y me aburría lo suyo, pero nada de ello merece ser presentado como razón, excusa o móvil, siquiera, para lo que hice. Si de resultas de ello ofrezco cierta imagen de altruismo, como si lo hubiera hecho todo por Ian, pues tampoco. Más que de altruismo, fue cuestión de mala suerte; pura casualidad, en gran medida.

Sin suerte, perdida, desorientada... Altruista solo por defecto. Una Hull de los pies a la cabeza.

Ahí queda eso: no tenía ningún motivo especial para irme, ni para echar mi vida por la borda. Pero tampoco tenía gran cosa que me retuviera.

La erupción de mis piernas y mi espalda había degenerado en grandes costras rojas. Al quinto intento en balde con lociones de farmacia, la doctora Chen me aconsejó dormir más.

—Y beber más agua —dijo—. A veces lo que pasa es que el cuerpo intenta decirnos algo.

En marzo, la nieve cubría la hierba como una corteza, pero en los aparcamientos era aguachirle marrón. Cada mañana sopesaba llamar para

decir que estaba enferma.

Hacía dos meses que no iba al cine con Rocky. Cuando le preguntaba cómo iba todo, me respondía en este plan:

—Mucho Nora Roberts.

—Vale, pero ¿tú cómo estás?

—De fábula.

Una tarde, Ian bajó por la escalera con el contorno de los ojos rojos, como si hubiera llorado, o le hubiese arañado la cara un gato. Me saludó al ir al nuevo expositor de Narrativa científica que yo había decorado con extraterrestres de papel de plata.

—Dice el señor Walters que le subas grapas —dijo.

El señor Walters era Rocky. Me extrañó que no me lo pidiera por teléfono o por correo electrónico. Diez minutos después, cuando Ian cogió en préstamo *Los pequeños hombres grises*. —O, mejor dicho, cuando lo cogí yo en préstamo a mi nombre y se lo vi meter hasta el fondo de los pantalones—, le di una caja de grapas y le pedí que la llevara arriba. Últimamente no estaba mucho tiempo. De tanto morderse las uñas, solo le quedaba la mitad.

—¿El señor Walters es tu novio? —preguntó.

Se puso la caja de grapas sobre la cabeza y extendió los brazos para no perder el equilibrio.

—No, tengo otro novio.

No me gustó la urgencia que sentí de aclararlo.

—Tendría que serlo el señor Walters. Tiene una cruz roja.

—¿Una qué?

Ian se giró y se le cayeron las grapas. Las recogió, se las puso otra vez en la cabeza y se las aguantó con una mano al ir a la escalera.

—Ya no me acuerdo de qué es —dijo—. Algo rojo. Soy una nigeriana que está cruzando el Sahara.

—Pues que tengas suerte.

Al ir a comer al otro lado de la calle, pensé en preguntarle a Rocky si sabía qué quería decir Ian con lo de la cruz roja, pero tanto al ir como al volver vi que estaba en el despacho del fondo. Tuve la sensación de que quería que le preguntase qué pasaba, pero no era un juego al que me apeteciese jugar.

Aquí es donde debería terminar la historia; y, a veces, cuando estoy aquí sentada, clavando la rodilla por debajo de la mesa mientras oigo teclear con suavidad en sus portátiles a los alumnos de posgrado y espero a que me deslumbre la luz roja del sol al ponerse en el marco de la ventana, creo que es

donde terminó, y que lo de después fue todo un sueño; que quizá esté haciendo un ejercicio de retrospectiva, imaginando lo que podría haber pasado si hubiera intervenido. Cuando en realidad no intervine. Cuando me pasé los cinco años siguientes plácidamente sentada en Hannibal, mientras veía que Ian cumplía once y doce años, y me daba cuenta del tiempo que llevaba sin venir a verme, y a partir de un momento solo lo veía un par de veces al año por la acera, desde el coche, y tenía curiosidad por saber cómo le iba la vida, pero no quería violentarlo llamando por la ventanilla.

Pero no, pasar sí que pasó. Lo único sujeto a discusión es si me pasó a mí o fui yo quien hizo que pasara.

Mostró una rama larga y gruesa, en cuyo extremo había algo que parecía una camisa de franela atada. Me lo dio. Pesaba mucho.

—¿Qué hay dentro?

Palpé los bultos de la camisa y dejé el palo con cuidado en el suelo. Ian la desató.

De pronto respiraba con normalidad, y sonreía, cruzado de piernas en el suelo, con la espalda contra la estantería.

—Número uno: hilo dental. —Lo separó del montón—. Champú. Barritas energéticas. Qué bien que haya traído barras energéticas, ¿verdad? Contienen prácticamente todas las vitaminas.

Enseñó un vasito de plástico.

—Para el agua. Y para lavarse los dientes. Esto son mis medicamentos. —Enseñó un inhalador para el asma y un frasco de pastillas—. Cepillo de dientes, pasta de dientes, pase de la piscina y calcetines.

La voz tranquila, normal.

—¿Te vas a nadar?

—No. —Estuvo a punto de reírse—. Es mi identificación, por si la necesito para algo.

—Ah, pues qué concienzudo, Ian.

El reflejo del sol de la mañana en sus gafas le dejaba los ojos redondos y amarillos.

—¿Sabes por qué no me he traído ninguna actividad?

—No, no lo sé.

—Porque venía aquí. Aquí hay libros, y puedo escribir cosas, y he estado haciendo origamis. Perdona que haya saqueado el armario de Manualidades. ¡Mira! —Metió la mano en la planta de detrás y sacó una grúa de papel. Todas las macetas estaban llenas de papeles de libreta y trozos de cartulina doblados. La mayor construcción era un pueblo con sus casas, personas y árboles. En otras había familias y animales, pequeños y grandes, y muchas de mis plantas llevaban flores de papel de colorines clavadas en las hojas—. Este es el del avión estrellado. —En una maceta había un avión de papel arrugado, con el morro en la tierra, rodeado de triángulos rojos y naranjas—. Son las llamas.

Colgó la grúa en las hojas de una cinta.

—Guau —dije yo—. Pues sí que debes de llevar tiempo aquí.

Se miró el reloj.

—Catorce horas.

Cuidado con las palabrotas.

—¿Has pasado aquí la noche?

—Ahora te lo cuento. Al ver lo ocupados que estaban mis padres con montar en casa eso que hacen de estudiar la Biblia, pues me he venido aquí. La verdad es que la otra señora ni siquiera lo ha mirado todo antes de irse, y eso que pensaba esconderme detrás de las estanterías, en función del camino que siguiera ella. Luego he cogido una colchoneta del armario de la otra habitación, y unas mantas, y me lo he traído todo aquí. Pero al despertarme lo he dejado todo en su sitio. Y te he regado las plantas.

—Gracias.

—Para que no tuvieras que hacerlo tú más tarde, y mojar los origamis.

Volvió a cerrar el hatillo, anudando las mangas en el palo. Yo me levanté del suelo y acerqué el taburete de ruedas, para sentarme.

Bueno —dije—. Tus padres ya llevan mucho tiempo asustados. Vamos a llamarlos.

Ian sacó un libro de la estantería y se lo abrió delante de la cara.

—No creo que sea muy buena idea —masculló contra las páginas.

Intenté bajarlo, pero era muy fuerte.

—¿Los llamas tú o los llamo yo? —No dijo nada—. O sea, que los llamo yo. —Me esperaba una rabieta como la de antes de Navidad. Pensaba que tiraría el libro al suelo y se pondría a gritar, pero no pasó nada. Me levanté y fui a mi mesa—. ¿Cuál es vuestro número de teléfono?

Al principio del pasillo apareció su cabeza, que seguía cerca del suelo. Debía de haber venido a gatas. Me dio el número en voz alta, lentamente. Lo marqué.

«Ha llamado usted al departamento de recursos humanos de Missouri Electric —dijo el teléfono—. Nuestro horario de oficina es de lunes a viernes de nueve a cinco y media». —Ian —dije al colgar—, ¿vives en la compañía eléctrica? —Su cara ya no estaba en el pasillo—. Ian, ¿cuál es tu verdadero número?

—No me acuerdo —dijo, justo detrás de mí.

Di un respingo y me golpeé la rodilla con la mesa. Después saqué el listín de debajo del teléfono y lo abrí por la D.

—Bueno, pues lo voy a buscar.

—No salimos —dijo él, sonriendo.

Era verdad. En Hannibal no había ningún Drake. Cerré el listín de golpe, y vi que su cara se inundaba de alivio. De tanto tocarse el último botón de la camisa, estuvo a punto de arrancarlo, aunque respiraba despacio y con profundidad, y estaba consiguiendo no perder la compostura. Debía de tenerlo

todo planeado desde hacía semanas. ¿Qué se pensaba, que iba a quedarse a vivir en la biblioteca? Catorce horas era más tiempo del que solía durar la típica fuga de castigo a los padres.

—Bueno, Ian —dije—, me alegro de que me hayas hecho esta visita, pero dentro de poco abre la biblioteca, y no puedes vivir dentro de mis plantas. —Soltó una risita que se le atragantó—. O llamamos a la Policía, o te llevo en coche a tu casa.

Se giró y le dio una patada a mi archivador, una sola, pero fuerte. Después se fue hacia su pasillo, llorando en silencio, con la cara encendida. Al volver llevaba puesta la chaqueta, el hatillo y una mochila grande de color azul que nunca le había visto. Parecía muy llena, probablemente de ropa. Me saludó con la cabeza y empezó a subir por la escalera. Yo dejé las luces encendidas, pero lo cerré todo con llave y me reuní con Ian en el aparcamiento, sorprendida de que me esperase, en vez de irse corriendo. Puede que en el fondo hubiera preferido que se escapara, pero seguía al lado de mi cochecito azul claro, bajo la lluvia. Se quería ir a casa.

Me senté al volante y retiré el seguro de la puerta derecha desde dentro, hasta que me di cuenta de que Ian esperaba que le abriese por la parte trasera. Fue cuando caí, como no había caído antes, en que tenía diez años, iba en la parte trasera de los coches, probablemente todavía se bañase en la bañera, y quizá durmiera con la luz encendida. Subió, y tuvo que buscar el cinturón entre los dos asientos. Yo intenté acordarme de si alguna vez se había sentado alguien atrás. Cuando arranqué, se puso a sonar la NPR por la radio a toda pastilla. Decían algo de una lanzadera. La apagué, y nos fuimos por la avenida Waxwing. No le pregunté su dirección, porque no conocía bastante bien las partes residenciales del pueblo. Era él quien me daba las indicaciones, asomándose para gritarlas en mi oreja.

—¡Gira a la izquierda en el siguiente *stop*! —bramó—. ¡Sigue un par de kilómetros! ¡Gira a la izquierda, y justo después a la derecha!

—Ian. —Le dije al cabo de un rato—, creo que me estás haciendo dar una vuelta muy grande.

La verdad es que no estaba segura, pero tardábamos mucho, y yo sabía que tenía la costumbre de ir a la biblioteca caminando.

—¡No, no! —gritó él—. ¡Qué va! ¡De hecho, si miras desde aquí, es exactamente la última casa a mano izquierda!

Miré por el lado izquierdo hasta ver una casa alta de color amarillo, con pequeños cedros de conicidad perfecta a lo largo de la valla. Frenamos en la acera. Aún estaba el periódico al final del camino, con su plástico naranja. Un

hombre bajo, mayor, corría desde el coche hacia la casa con una revista, para protegerse la cabeza de la lluvia.

—Ian, aquel de allá no es tu padre.

Ian miró por la ventanilla.

—No, tienes razón.

—¿Pero es tu casa?

—No estoy seguro.

—¿Cómo que no estás seguro?

—Bueno, es que la pintaron hace muy poco, y como se ve diferente, pues no la acabo de reconocer.

Cerré los ojos.

—Vale, pues nos vamos a la comisaría.

En la parte de atrás no se oyó ni una mosca. Cuando miré por el retrovisor, Ian no estaba. Apagué el motor y abrí la puerta con la intención de saltar y perseguirlo por donde corriera, pero justo entonces lo vi hecho un ovillo en el suelo de la parte trasera del coche, con la cabeza entre los brazos, como si fuera un simulacro de bomba. Le temblaba todo el cuerpo, no vi si por llorar o vomitar. Se había dejado las gafas y la chaqueta en el asiento.

Abrí la puerta trasera y me puse en cuclillas en la acera, con la mano en la espalda de Ian. Tenía la camisa caliente y mojada, pegada al cuerpo. Dijo algo que no entendí.

—¿Qué?

Levantó la cabeza, lo justo para sonarse en una manga.

—Por favor, que solo tienes que seguir conduciendo un poco más.

Yo tenía la cabeza embotada, con una niebla cada vez más espesa, como la del alcohol, o la de un sueño. Supe que haría caso a Ian, aunque solo fuera porque no lo quería llevar a la Policía contra su voluntad y perder su confianza para siempre, ni devolverlo a su casa, ni dejarlo tirado en medio de la carretera. Hasta unas horas después no me di cuenta de que nos podríamos haber vuelto juntos a la biblioteca y haber esperado a Rocky, y hasta unos días más tarde no me acordé de algo aún más evidente: que su dirección y su número de teléfono tenían que estar en el ordenador, justo debajo de su nombre, y encima de sus doce dólares de multa. Lo que pasa es que su llanto no me dejaba pensar. A menos que no pudiera pensar en nada más que en el hecho de que llorase... O que de alguna manera siempre hubiera sido mi deseo: sacarlo de Hannibal, aunque solo fuera unos minutos. Tan literalmente, sin embargo, no lo había deseado nunca.

—¿Conduciendo adónde? —pregunté.

—A donde sea —dijo él—. A casa de mi abuela.
Me constaba que no tenía abuela.
—Vale —dije.

14. POR LA CONEJERA

Allá iban, pues, nuestros dos cantaradas, la bibliotecaria y el joven de mejillas sonrosadas, mientras la hierba de los campos se plegaba al paso súbito del viento, que embestía el coche como si fuera a levantarlo y arrastrarlo por la calle. Cuando las nubes, finalmente, se abrieron y empezó a amainar el viento, el sol matutino introdujo por las ventanillas unos rayos de luz roja que, al reflejarse en el cabello de ambos, les dieron el mismo aspecto que si ardieran. Cerca había varias carreteras, pero no tardaron mucho tiempo en encontrar la que llevaba rayas de pintura amarilla y estaba salpicada de carteles desgastados. En poco tiempo circulaban raudos hacia el oeste, orientados por indicaciones cuya procedencia no era sino la hermosa magia de la imaginación del niño. Lucía el sol, y los pájaros cantaban con dulzura, y la Señora Bibliotecaria tarareaba una canción al conducir por la negra y rutilante carretera; y si bien, dicho sea en honor a la verdad, su rostro delataba cierto nerviosismo ante el viaje que les aguardaba, ni mucho menos se sentía tan mal como pudiera pensarse.

Estábamos un poco perdidos, la verdad. Yo le dejé jugar un poco demasiado tiempo a copiloto, hasta que nos vimos en una especie de carretera rural. El cielo seguía tan nublado que no tuve la menor idea de cuál era nuestra dirección. No tenía una de esas brújulas que hay en los salpicaderos, ni había destacado nunca por mi sentido de la orientación. Me dije que brújula moral tampoco es que tuviera mucha. Mi teléfono móvil estaba dentro de mi bolso, a medio metro. Podría haber llamado a la Policía en aquel mismo momento. El coche iba bastante deprisa para que Ian no bajara en marcha. Pero ¿cómo explicarles la presencia en mi coche, a una distancia de varios kilómetros, de un niño que no había dormido en su casa, aunque mire usted, señor agente, no tengo muy claro dónde narices estamos?

Pasados unos veinte minutos, Ian dejó de intentar ser el copiloto y se embarcó en un incansable parloteo sobre robots que te hacían los deberes y lo

que se tardaría en comer todo un árbol si lo convertías en batidos. Si pretendía hacerme perder la noción del tiempo, no le salió mal. Yo estaba hambrienta. Al mirar el reloj vi que eran las 10.22. Ni siquiera había desayunado. Mi intención había sido correr al bar de enfrente y pillar un *bagel* antes de la apertura de la biblioteca.

Giré por una carretera que parecía más transitada, confiando en encontrar una gasolinera.

—¡No te he dicho que torcieras por aquí!

Contesté con una mentira.

—En el otro sentido habríamos vuelto al mismo punto. Ya te he dicho que me haces dar vueltas.

—¡Vas a conseguir que nos perdamos!

Parecía sinceramente enfadado, y con tal pánico que llegué a preguntarme si no me había estado llevando de verdad a casa de su abuela; pero no, lo que tenía era miedo de que regresáramos.

—Necesitamos gasolina —dije.

Al asomarse por encima de mi asiento, vio que la aguja señalaba el depósito vacío. En realidad llevaba así dos años, lo cual me obligaba a contar los kilómetros entre visita y visita a la gasolinera, pero bien pensado probablemente sí anduviéramos faltos de gasolina. Paramos en una Texaco. Al llenar el depósito, me di cuenta de que si fingía tener que entrar a pagar podría sacar el teléfono y llamar a alguien sin que me oyera Ian; tal vez a Rocky, para explicarle la situación, aunque últimamente no estaba muy simpático, y según él lo mío con Ian era una obsesión. No estuve segura de que se creyera los detalles de la historia. A los Drake no sabía cómo llamarlos. Podía telefonar a la Policía e inventarme algo, como que Ian se acababa de presentar en la puerta de mi piso y tardaría un poco en calmarlo, pero que en una o dos horas lo llevaría a la comisaría. Después me compraría un mapa, o preguntaría a alguien, y haría el viaje de vuelta a toda velocidad.

Abrí la puerta para hablar con Ian.

—Entro un momento para comprar comida. ¿Tú quieres algo?

Dio unas palmadas a su hatillo.

—Llevo mantequilla de cacahuete, jalea y galletas saladas como para cien bocadillos, aunque serían pequeños. Más las barras energéticas.

—¿Quieres un Snickers?

Hasta mi forma de hablar parecía la de una secuestradora.

—Me parece que no deberías entrar —dijo.

Su cara se estaba volviendo a poner roja. ¿Normalmente no era al revés? El secuestrador hace un alto en la gasolinera, amenaza a su víctima para que no salga del coche y la víctima sale huyendo hacia la carretera.

—Como mínimo tengo que pagar, Ian. Es que la máquina no acepta mi tarjeta.

Se desabrochó el cinturón y saltó del coche.

—Vale, pues entro contigo, quiero un 3 Musketeers.

Dentro del Quick Stop, esperé a que se quedara absorto en el expositor de golosinas para decirle que iba al lavabo. Él pensó un segundo.

—Primero dame tu teléfono.

—¿Quieres llamar a alguien?

Se lo puse en la palma de la mano.

—No.

Yo me compré unas patatas fritas y un refresco, y al salir saqué doscientos dólares del cajero. No me gustaba nada estar tan lejos de casa sin reservas suficientes de dinero en efectivo. Supuse que doscientos darían para las emergencias de carretera, y para cenar, si hacía falta. Me imaginé que pararíamos en algún sitio, alguna buena franquicia, y que hablaríamos hasta que me lo llevara a su casa, o bien a la comisaría.

Al regresar al coche le pedí el teléfono y fue un alivio que me lo devolviera. Se me había ocurrido la posibilidad de que lo hubiera tirado a la basura, o al váter del lavabo de hombres, antes de tirar de la cadena.

—Creo que esto empieza a ser una tontería —dije—. En los próximos dos minutos tendrás que decidir a quién llamamos. Puede ser a tus padres, a la Policía o a alguna otra persona que conozcas. —No contestó—. O a la madre de un amigo.

Su sonrisa, en el retrovisor, era burlona.

—Adivina por qué no.

—Porque no quieres.

—No. Porque si llamas, les diré que me secuestraste ayer por la noche en la biblioteca y que no me dejabas irme.

La sonrisa podía querer decir que era una broma. Por otro lado, parecía a punto de llorar.

—¿Sabes qué te digo? Que no me lo creo —dije.

(Era como siempre me había imaginado que hablaría con un loco armado: «Pero si eres buena persona, no quieres hacerme ningún daño»).

Él pensó un momento.

—Sí, sí que lo haría; les explicaría cómo es tu coche por dentro y sería la prueba.

—¿Cómo explicarías lo de tu mochila?

Mientras tanto volvíamos a estar en la carretera, e íbamos en una dirección que esperé que fuese la de Hannibal. Mi otra esperanza era que Ian estuviera demasiado distraído para darse cuenta.

—La tiraría. Y si no tuviera tiempo de tirarla, diría que me pediste que hiciera la mochila para quedarme a dormir una noche en la biblioteca, diciendo que sería muy divertido, y que al llegar sacaste un cuchillo y me obligaste a subir al coche porque siempre habías querido tener un hijo, y así podías tener uno.

Me pregunté si se le había ocurrido ahora, o bien de noche, en la biblioteca, o bien meses atrás.

No mentiré: algo tuvo de alivio que decidieran por mí, y saber que no entraba en lo posible pedir ayuda por teléfono. Por un momento, me sentí como si no fuera yo la culpable.

Luego se puso otra vez a llorar, y ni siquiera pude enfadarme con él. Estaba desesperado y tenía diez años.

Ya no ejercía de copiloto. Lo más sensato parecía seguir yendo hacia Hannibal por el este, aunque solo fuera para tener más opciones.

Los dos viajeros no conversaron mucho aquella tarde, pues estaban cansados y perplejos, si bien pararon de camino para comer y beber, y jugaron a muchos juegos con las señales de tráfico, el alfabeto y las matrículas de los coches que pasaban. En una ocasión, tras varios minutos de silencio, el niño se irguió y empezó a cantar en voz alta, con una voz aguda como de globo de helio:

*Speed, bonnie boat,
Like a bird on the wing.
Onward! the sailors cry,
Carry the lad
That's born to be King
Over the sea to Skye^[4]!*

La Señora de la Biblioteca sonrió.

—¿Dónde has aprendido eso? —preguntó.

—En el cole —repuso el mozalbete de rostro dorado—. ¿Tienes un chicle?

La Señora de la Biblioteca respondió que no. El muchacho empezó a morderse la lengua.

—¿Sabes que así pareces una vaca? —observó la bibliotecaria; y se rieron con ganas, mientras cruzaban la frontera del siguiente estado.

Yo creía que íbamos en la dirección correcta, y si había letreros que indicaban la gran ciudad más próxima, no los vi, o no pude concentrarme lo suficiente para leerlos. Durante bastante tiempo supe que íbamos hacia el este, y como habíamos empezado yendo hacia el oeste, lo interpreté como una buena señal. Cruzamos un puente largo, al que no le presté mucha atención hasta topar con «¡Cairo, Illinois te da la bienvenida!». Eso sí que pude leerlo. Sin darme cuenta, habíamos cruzado todo el santísimo río Misisipi.

En el otro lado de la carretera, el de regreso al puente, había una retención causada por tres coches patrulla. En un momento próximo al infarto, pensé que nos buscaban a nosotros, pero al rato me di cuenta de que iban en la otra dirección. Estaban buscando a borrachos o a fugitivos o a ambas cosas a la vez, pero no a nosotros. Al menos de momento.

Era la 1.16. Si llevábamos seis horas vagando sin rumbo, al menos tardaríamos cuatro o cinco en volver sin rodeos; más, porque tendría que encontrar otro puente para entrar de nuevo en Misuri. Para entonces Ian llevaría veinticuatro horas desaparecido, lo suficiente para que la Policía movilizara todos sus recursos. Si veían que mi coche se acercaba a Hannibal con Ian en el asiento trasero, me detendrían sin tiempo para explicaciones, y dejarían que fuera Ian quien contase su versión.

Lo mejor, para mí, era seguir conduciendo hasta que Ian se cansara, echara de menos a su familia y accediera a no delatarme. La mayoría de los niños desistían de su fuga al cabo de... ¿cuánto? ¿Un día? ¿Dos? Pensé en esos niños que se esconden en su propio garaje, con un tarro de encurtidos y un osito de peluche, mientras sus padres saben perfectamente dónde están. Entretanto Ian se habría tomado unas buenas vacaciones de su madre y del pastor Bob. Yo encontraría la manera de darle a conocer grandes modelos gays de conducta. Podría dejarle leer *El juego de Egipto*. Podríamos encontrar al mago.

Al final mi lucidez me permitió entender que debía llamar cuanto antes a la biblioteca; si no, la Policía de Hannibal tendría entre manos dos desapariciones, y no tardaría mucho tiempo en vincularlas. Ahora que lo pensaba, el próximo sábado era justamente el de la excusa para no ir a la boda del primo de Rocky. Me había grabado la fecha en la cabeza para no olvidarme de pedir como mínimo el sábado libre, y decir luego algo de que

había ido al museo Field. Podía ser un punto de partida. Qué gusto descubrir aquel golpecito de suerte en medio de lo que guardaba un inquietante parecido con el primer acto de una tragedia griega... En cuanto Ian estuviera dispuesto, lo mandaría a casa, y yo me quedaría el resto de la semana, simulando que eran unas vacaciones planeadas de antemano. Podía estar bien tener algo de tiempo para recuperarme.

Si llamaba ahora mismo a Rocky, antes de que llegara la Policía, y de que él tuviera algún motivo para sospechar de mis palabras, quizá se pudiera convencer de que siempre había sabido lo de aquellas vacaciones, y de que si yo no le había dado más detalles, solo era porque últimamente no me hacía caso. Después, cuando yo llamara a Loraine, y ella acudiera a Rocky en busca de confirmación, él estaría encantado de avalarme. De hecho, ya lo hacíamos instintivamente el uno por el otro, no tanto por espíritu de equipo como por la premisa de que si había que elegir entre la memoria de Loraine y la palabra de otra persona, lo mejor era dar crédito al que estuviera menos impregnado de vodka.

Me paré en el arcén.

—Esta llamada la puedes escuchar —dije—. Si no llamo ahora mismo a la biblioteca, les extrañará que no vaya, y mandarán a la Policía a buscarme. Entonces la Policía seguirá la pista de mi coche y se acabará nuestra pequeña aventura.

No sé muy bien cómo coló la idea de que la Policía pudiera dedicar sus energías a buscar a una mujer de veintiséis años con cuatro horas de retraso en el trabajo cuando tenían que ocuparse de la desaparición de un niño, ni la de que pudieran localizar electrónicamente un coche que ni siquiera tenía un reproductor de CD. Ian asintió despacio.

—Deberías decir que te encuentras muy mal. ¿Sabes un truco muy bueno?

—No necesito ningún truco; lo que necesito es que te quedes totalmente callado.

Sabía que mientras Rocky estuviera dentro de la biblioteca, tendría el móvil apagado.

—¡Rocky! —le dije a su buzón de voz, con una octava de más—. Solo llamaba para asegurarme de que Sarah-Ann e Irene aún no han incendiado el sótano. Por favor, dime que Loraine se ha acordado del viaje, y no ha montado ningún pollo. Me dijo que lo tenía todo hablado con Sarah-Ann, pero vete a saber a qué se refería... —Respiré hondo, e hice el esfuerzo de no hablar tan deprisa—. Pues nada, que aquí en Chicago hace un frío que pela; he llegado esta mañana, pero por lo demás todo bien. ¡Si no hablamos antes

del fin de semana, que te lo pases genial en la boda! Y perdona otra vez por que no pueda ir. ¡Te aseguro que lo preferiría! Ah, oye, que no sé si ayer me dejé las gafas de sol en el mostrador de arriba. ¡Llámame luego!

Después fui yo quien desconectó el teléfono. No estaba preparada para la llamada de respuesta, ni para improvisar nuevas mentiras.

—¡Ha estado muy bien! —dijo Ian—. ¡Lo de las gafas de sol!

—Gracias. Por decir algo.

Es el momento de alegar que pese a todas las pruebas en sentido contrario, sí que tengo conciencia. Veía a los Drake llorando, rezando y sin poder comer, e incluso tragar agua. Se imaginaban a Ian muerto, violado o perdido en el bosque. Mi estado, sin embargo, también era de impacto, de adrenalina a tope, y era consciente de que concentrarme más de dos segundos en los Drake haría que me estampase en la mediana. Más que no pensar en ellos, es que no podía pensar en ellos.

Por la tarde, Ian estuvo muy callado, tranquilidad que me vino de perlas. Durmió un poco. Después se despertó y me guio hacia el norte.

—Esto de aquí me suena mucho —dijo al pasar un mojón y un Video Palace—. Yo creo que vamos bien encaminados.

Me quedé en el carril de la derecha. Tampoco es que tuviéramos prisa. En principio seguía buscando algún punto donde cruzar de nuevo el río hacia el oeste, pero al mismo tiempo me gustaba cada vez menos la idea de volver a Hannibal. ¿No es el peor error que puede cometer un delincuente, volver al lugar del crimen? Además, cuanto más al norte fuéramos, más nos acercaríamos a Chicago, donde sabía orientarme, donde a nadie se le ocurriría buscar y donde teníamos alojamiento. Mis padres estaban en Argentina, de vacaciones, para ver a un «primo» que en realidad no era primo de nadie. No volverían hasta el viernes. No nos iba a dar tiempo a llegar esa misma noche, pero si a la misma hora del día siguiente no me habían encarcelado, parecía una buena opción.

Ian durmió bastante, con el sueño profundo de quien acaba de sufrir un ataque de asma o de epilepsia. Tuve mis dudas de que hubiera llegado a cerrar los ojos en algún momento de la noche anterior. Por fin se relajaba. Me pregunté por qué. Yo, a cada kilómetro, me sentía peor. Seguro que durante la noche sus padres habían llamado a la Policía, y lo más probable era que esta, pese a haberse mostrado muy solícita y concienzuda, aún no hubiera activado del todo la alerta roja. Niños que se fugan de casa para irse a vivir al bosque los hay a montones. El hambre los hace volver. A estas horas, sin embargo, la inquietud ya debía de ser considerable, y los habitantes de Hannibal, gente de

bien, debían de estar votando el color de las cintas que atarían a sus antenas de coche y buzones de correo. Tuve curiosidad por saber si Pvocky me había llamado para contármelo, pero aún no me atreví a conectar el teléfono.

A las diez de la noche empecé a tener miedo de dormirme al volante. Cogimos una salida prometedora, y Ian vio un hotel barato que no parecía del todo horripilante. Pagué en efectivo, con lo que había sacado en el cajero de la gasolinera. Nos dieron dos habitaciones a nombre de Charlie Bucket y Veruca Salt. (Pese a lo limitado de mis fondos, me pareció importante. No quería imaginarme cómo reaccionarían todos. —El juez, el jurado, los padres de Ian y los medios de comunicación— si llegaba a saberse que habíamos dormido juntos, situación en la que mi única defensa sería: «¡No, no, si probablemente sea gay!»).

—No les has dejado ningún mensaje a tus padres, ¿no? —dije al subir por la escalera.

No sé por qué no se me había ocurrido.

—Sí —dijo él. Me paré en el rellano. Ian arrastraba los pies, con la mochila en el pecho—. Solo les he dicho que no se preocupasen, y les he dejado instrucciones para *Atún*.

—¿Para qué?

—Mi conejillo de Indias. Se llama *Atún* y es de cresta blanca. Le puse el nombre por el pez.

—¿Qué ponía en el mensaje?

—No, nada, «una cucharada de comida al día, cambiarle los chips una vez por semana y agua fresca». Se lo dejé en la jaula.

—¿Nada más?

—No. Seguro.

Reemprendí la subida, preguntándome qué no me había contado.

—Ah, sí, espera —dijo él—. Puse otra cosa.

Me paré y sentí mi pulso en las orejas al apoyar la frente en la pared de ladrillo.

—¿Qué?

—No, lo de las vitaminas de *Atún*. Tienes que relajarte un poco.

Se giró, y siguió subiendo de espaldas.

El resto de la noche fue como de resaca. Me dormí rápido y profundamente, como si mi subconsciente no viera el momento de poder ordenarlo todo con la lógica de los sueños. A las 3.11, sin embargo, volvía a estar despierta, mirando fijamente los números rojos del reloj, mientras me

preguntaba si Ian seguía en la habitación contigua. Al lado del reloj había un letrero doblado, del que solo alcanzaba a leer las letras más grandes.

¡UY! ¿SE HA OLVIDADO ALGO?

Se debía de referir a que en la recepción tenían kits de costura y maquinillas de afeitar a disposición de los clientes. Cerré los ojos, intentando no mirarlo. El edredón rascaba, pero claro, era el precio de que fuera un hotel lo suficientemente barato como para poder pagarlo yo en efectivo. Ya había usado una vez la tarjeta de crédito. No pensaba arriesgarme a dejar otro rastro de papel.

Me sentía como Alicia, lanzada por la conejera sin pensar ni un momento en cómo volver a salir. Si hubiera estado Glenn conmigo, me habría dicho que me dejara llevar, improvisara y fuera espontánea; aunque si Glenn estuviera conmigo, la verdad sea dicha, quizá estuviera demasiado ocupado en ponerse en contacto con el FBI para darme consejos espirituales.

Antes de irnos a la cama, Ian me había dado pasta de dientes, pero yo no llevaba cepillo, y tenía en la boca un gusto horrible. Siempre podía ir a buscar uno a recepción; total, iría de todos modos a la cárcel... Y al infierno, por pensar en mí misma y no en sus pobres padres. Tal vez saliera en mi defensa algún grupo proderechos humanos, y todo el mundo comprendiera que había salvado a un niño de un horrible destino. En espera de juicio, me fugaría a México, y al menos Ian conservaría el recuerdo de que alguien, en cierta ocasión, había tratado de salvarlo. Estuve acostada hasta que salió el sol, analizando situaciones medio oníricas en las que aparecía casi siempre la cárcel; algunas eran heroicas, y en otras me gritaba todo el mundo en ruso. Después fui dando tumbos a la ducha y sus mohos, sintiendo en mi garganta una sequedad atroz.

Tal como lo cuento, no parece que tuviera alternativas. Es lo que quería pensar yo, que no había ninguna, pero claro, existían millones, como dejó bien claro el agua caliente de la ducha. En el fondo, quizá se redujera todo a lo siguiente: a que bajo todas mis justificaciones, y mi pánico, creía que teníamos razón. Creía que estábamos en el país de los valientes. Y allá nos tenían a nosotros, los valientes.

Al pensarlo todo a fondo, me di cuenta de que el hecho de que Ian hubiera dejado un mensaje a sus padres me procuraba un gran alivio, casi físico. La Policía estaría en alerta, por supuesto que sí, y las buenas gentes de Hannibal

habrían salido con linternas, pero reconozcamos que entre un fugitivo y un niño que desaparece de la noche a la mañana la diferencia es de calado. Para empezar, la batida sería local. Buscarían en el cobertizo de detrás del colegio, en el bosque y en el Starbucks. —Y por toda la biblioteca, cómo no—, pero los fugados de diez años no tienden a cruzar fronteras de estados. No se van en coche. No llevan dinero. Pasarían unos días, como mínimo, antes de que empezaran a buscar a cómplices adultos. Janet Drake ni siquiera sabía mi nombre. En un mundo ideal, pero ideal de verdad, las sospechas recaerían en el pastor Bob, a quien se las harían pasar canutas registrando su sótano. Hace una semana, si a mí me hubieran preguntado quién sería capaz de fugarse de Hannibal con Ian, habría apostado por el chalado del pastor Bob.

A las siete de la mañana, con las piernas cruzadas en la cama, marqué el número sin extensiones de la biblioteca. Desde la primera parada para repostar, Ian ya no me exigía la entrega de mi móvil, bien porque ya se fiaba de mí, bien por conciencia de que estaba demasiado metida en el lío para salir de él mediante una sola llamada telefónica. Oí el buzón de voz de Loraine. Esperé que se acordase de cómo se abría. Una o más veces por semana le pedía a Rocky ayuda para «sacar de aquí dentro los mensajes».

—¡Loraine! —dije—. Soy Lucy Nada, solo llamaba para ver cómo va todo. Perdona que no habláramos antes de irme. Muchas gracias por ocuparte tú de todo. Supongo que mis horas de esta semana las estará haciendo Sarah-Ann. Ya sé que lo tiene todo dominado, pero le podrías recordar que la lectura en voz alta es el viernes a las cuatro y media, y que estamos con *Los incursores*, que creo que está sobre mi mesa. Si no lo encuentra, la autora es Mary Norton, ene, o, erre. Aparte de eso, los miércoles viene la señora de Manualidades. Creo que no hay más. Bueno... Ya te lo dije, pero vuelvo el lunes. Llevo el móvil encima. ¡Gracias por arreglarlo todo! ¡Adiós!

Si Loraine era fiel a sí misma, dentro de una o dos horas le estaría pegando gritos a Sarah-Ann por no haberse acordado de mis vacaciones, confirmadas sin la menor duda desde hacía semanas. «¡Lo sabía hasta Rocky. —Le diría—, que ni siquiera trabaja para ella!». Al colgar, miré el teléfono y vi que no tenía mensajes, pero sí cuatro llamadas recientes, todas de la biblioteca, de ayer por la mañana, antes de mi llamada al móvil de Rocky. Lógicamente, estarían preocupados, sobre todo si alguien se había fijado en todas las luces que me había dejado encendidas; no tan preocupados, sin embargo, como para dejar mensajes de pánico, lo cual era buena señal. Me imaginé que en mi contestador de casa me estarían esperando un par de los tranquilos: «No, Lucy, que queríamos saber dónde estás», etcétera.

Ian llamó a la puerta, deprisa, con fuerza y muchos golpes. Fui a abrir. Estaba vestido de los pies a la cabeza, peinado y con su tubo de pasta de dientes en la mano. Tenía los ojos rojos, pero sonreía de oreja a oreja, y daba saltitos sobre las puntas de los pies.

—He pensado que te iría bien para el aliento —dijo.

15 HIMNO

Esta vez dejé que se sentara delante. Probablemente ya tuviera la estatura requerida. Además, me pareció que mi conducción sería más segura si no me gritaban por la espalda.

En la expendedora del hotel le había comprado un paquete de seis minidonuts, de los de azúcar en polvo. Se los estaba ensartando como anillos, para mordisquearlos por los bordes. Llevaba una gorra de los Cardinals, pero grande, cuadrada, como si se la pusiera por primera vez. Me pregunté si la habría desenterrado de debajo de su cama solo porque le parecía bien para una fuga.

Volví a la interestatal.

—¿Qué, colega, adónde vamos?

Puso cara de sorpresa, como si ya no se acordara de que era el copiloto.

—Ah, pues... quédate un poco más en esta carretera.

—Estamos yendo hacia Chicago —dije—. ¿Por casualidad vive en Chicago, tu abuela? Es que conozco un sitio para dormir que está mucho mejor que un hotel. Tardaríamos mucho en llegar, pero está lleno de comida y de libros.

—SÍ, SE-GU-RO, TE-NE-MOS QUE CRU-ZAR CHI-CA-GO. —Por lo visto era un robot—. PERO NO ES DONDE VIVE.

—Genial.

Me planteé por última vez dar media vuelta y regresar a Hannibal sin decírselo a Ian. Si me lo proponía en serio, podía distraerlo de las indicaciones; así, para cuando se hiciera de noche ya estaríamos de vuelta, y podría dejarlo en cualquier esquina y salir del pueblo. Lo malo es que me lo imaginaba perfectamente con el brazo delante de la cara, como si llorara, y diciendo: «¡El domingo, justo cuando la biblioteca estaba a punto de cerrar, me hizo subir a su coche diciendo que era para comprarme caramelos! ¡Es que me encantan, y no pensé nada raro porque la conocía! ¡Luego me empezó

a preguntar que cuánto gana mi padre!». Buscarían por todo el país, y las noticias darían otro sesgo a la historia. Tenía las de perder, incluso en México. Bien pensado, además, ni siquiera llevaba pasaporte. No, Ian tenía que querer volver a casa de verdad; y a juzgar por la expresión de gozo con que sacaba la cabeza por la ventanilla como un golden retriever, todavía no era el momento.

Después de cincuenta kilómetros, cincuenta más lejos de ayer por la mañana, ese momento en que aún no había echado mi vida por la borda, ni destrozado la de los padres de Ian...

—Seño, ¿tienes cedés?

—En mi coche solo se pueden poner cintas, pero tampoco tengo.

Ian metió el dedo por la tapita del casete, lo sacó y pulsó *eject*. Salió una cinta que no me sonaba de nada.

—No es mía —dije.

Caí en la cuenta de que no había usado el casete en dos años, desde que me había comprado el coche. Al ir al trabajo escuchaba la NPR. De vuelta, con tanto tráfico, necesitaba silencio. El coche se lo había comprado a un tío de Kenton que me lo había entregado con toda una costra de envoltorios de McDonald's, *tees* de golf y colillas.

—¡Igual es de karaoke!

Ian volvió a empujar la cinta y apretó el *rewind*. El casete corrió hacia atrás. Me sorprendió fugazmente que tuviera esa capacidad.

—¡Y AHORA...! —tronó una voz. Ian se abalanzó para bajar el volumen —. Nuestro himno nacional en la voz de... ¡Gina Arena!

Un público de los que llenan un estadio emitió sonidos de satisfacción, como si conociera a la tal Gina. Ian se irguió, se quitó la gorra de béisbol y se la puso contra el corazón.

Australians all let us rejoice, for we are young and free, cantó una voz femenina, sonora y angelical; y el público cantaba con ella.

—¿Qué es esto?

Ian mantuvo la gorra a la altura del esternón, sin saber muy bien qué protocolo seguir.

We've golden soil and wealth for toil, our home is girt by sea!

—Será el himno nacional de Australia.

Yo estaba tan concentrada en la carretera, y en los millones de imágenes de cataclismos que cruzaban por el parabrisas, que ni siquiera me había fijado en el acento del presentador.

Our latid abounds in nature's gifts of beauty rich and rare! In history's page let every stage advance Australia fair!

Reímos durante todo el resto de la canción, aunque Ian no bajó la gorra ni un momento. Cuando se acabó la música, y empezó algún viejo partido del Mundial, rebobinó la cinta.

—¡Vamos a aprendérsola de memoria! —dijo, así que nos pasamos la siguiente hora cantando a coro, e intentando entender todo el texto; se nos daba la mar de bien, y aunque al intentarlo sin la cinta no nos saliera perfecto, «¡le ponemos ganas!», como dijo Ian.

Al verlo cantar el himno de otro país con la gorra en el corazón, lo imaginé nacido en otra parte, en Finlandia, o San Francisco, o dentro de cien años, en un mundo sin pastores Bob. Más allá de lo que dijeran las noticias sobre las ciudades de la Costa Este, más allá de lo que contaran las películas, más allá de en cuántas series de máxima audiencia salieran secundarios gays simpáticos, la mayoría de Estados Unidos era como Hannibal, Misuri. Claramente y sin rodeos, quizá la mayoría del planeta fuera como Hannibal, Misuri.

Puse la radio para quitarnos de la cabeza «Advance Australia Fair», y empecé a buscar emisoras. Ian no mostró ningún interés hasta oír una que debía de ser cristiana.

—¡Súbelo! ¡Me encanta esta canción! —dijo, y empezó a cantar:

*When Jesus walked oh-oh!
On the mountain tops oh-oh!
He didn't stop oh-oh!
No He didn't stop!*

Sonaba a grupo de Seattle de los noventa, pero con una letra sobre Jesús.

—¿Dónde la has aprendido? —pregunté.

—Bueno, es que voy a una cosa..., a una clase con más niños. Está bien. Y escuchamos música, y a veces hay uno que se trae la guitarra.

Yo no tenía muchas ganas de insistir en el tema, pero me pareció bien que hablara de ello.

—¿Qué más hacéis?

—Cosas. Hacemos... pues como cuadernos de ejercicios, y leemos. Aparte de eso, casi siempre hacemos deporte. Solemos jugar al fútbol americano, pero sin placar.

Miré por la ventanilla izquierda, para disimular que me aguantaba la risa. En parte era por la imagen de Ian jugando al fútbol. Me acordé de unas

jornadas familiares en que intenté tirarle una pelota, y él la esquivó. También me hizo gracia que no les dejaran hacer placajes.

—¿Os enseñan cosas?

—Sí, es como una especie de catequesis, aunque yo creo que más divertido, porque puedes ir en vaqueros.

—¿Y está todo bien? ¿Te crees todo lo que te dicen?

Bajó la visera del lado del copiloto y se miró en el espejo con cara de pez.

—Bueno, es que es todo de la Biblia, o sea, que está claro que es verdad.

Difícil discutirlo. No iba yo a poner en duda sus creencias... Por desgracia, el principal motivo de mi silencio no fue la empatía, sino la estrategia: en cuanto se enfadara conmigo, podía decidir usar el primer teléfono a su alcance para delatarme.

Lo que hice, por lo tanto, fue adoptar mi tono más neutro.

—Sí, ya conozco ese tipo de clases —dije.

Era una invitación a que, saltándose la parte más incómoda de la conversación, me contara más detalles.

Él, sin embargo, miró por la ventanilla sin abrir la boca.

16 LA CABEZA EN LA PICA

Cuando Ian volvió a hablar, fue para preguntarme por la pegatina del cristal de atrás, donde salía la bandera rusa. La había puesto mi padre el verano anterior, en un arrebato de orgullo nacional, aproximadamente en el mismo momento en que empezaba a preguntar si no me apetecía cambiarme otra vez el apellido por Hulkinov. Él nunca se había decidido a hacerlo; habría desorientado a demasiados contactos de trabajo, pero le parecía que en mi caso daba igual.

Mi padre disponía de un relato completo para cada eslabón del linaje Hulkinov, empezando por el guerrero-erudito de la cabeza tan vistosamente empalada. Llevaba el sello familiar en el índice derecho, en un anillo de oro, algo que solo está al alcance de un europeo con una agenda de negocios turbios.

—Este joven —decía en los largos desayunos sabatinos de mi infancia, aflojándose el anillo para que resbalara por el índice doblado, como un puño americano de un solo dedo— era un aventurero que cogía el toro por los cuernos. El Hulkinov siguiente es su hijo, que se esconde en los trigales cuando viene el enemigo a vengarse y matar al hijo único del gran guerrero. Se creen que lo encontrarán en su casa, pero él se marcha para hacer fortuna, y no vuelve al nido hasta veintitrés años más tarde. El siguiente Hulkinov marcha a caballo contra el enemigo, mata a cuarenta hombres en un día y se convierte en un favorito del zar.

Al llegar a la revolución bolchevique, yo ya solía estar catatónica, pero era cuando empezaban las partes mejores: su padre y él. Su padre, que en las fotos ponía cara de medio muerto de hambre, con un rostro tensado entre orejas redondas y gigantes, se había ganado el favor de Stalin con astucia, pero después había perpetrado alguna ofensa imperdonable contra el bueno de Josef, ofensa sobre la que mi padre se expresaba siempre con una vaguedad exasperante. Durante años alimenté diversas teorías: ¿se habría agenciado un

huevo Fabergé, residuo de los Romanov? ¿Le habría quitado la amante a Stalin? Al final, sin embargo, comprendí que si fuera igual o la mitad de interesante, alguien tan fabulador como mi padre le habría dado alas con la mejor de las hipérbolas. Probablemente tuviera algo que ver con las leyes fiscales, o con luchas intestinas del Partido. En todo caso, mi abuelo cogió una caja de puros y, despidiéndose de su mujer y su hijo de ocho años, les dijo que se iba a Siberia antes de que fuera el propio Stalin quien lo enviase. Nada más. Yo me pasé mi infancia fantaseando con que llamara a la puerta de nuestro piso de Chicago con el abrigo cubierto de nieve, y la barba de carámbanos. Mi padre insistía en que se había muerto pocos años después en Novosibirsk, pero yo estaba segura de que no.

El hermano mayor de mi padre, Ilia, murió al intentar cruzar la frontera con Rumania. Era lo único que yo sabía. Había una foto de él con mi padre, que decía, cada vez que la enseñaba:

—Este es mi hermano Ilia, que murió al cruzar la frontera con Rumania.

Mi propio padre, el verano en que cumplió los veinte años, una semana después de que un vecino descubriera su fábrica clandestina de chocolate, miró una noche a través de la ventana de la casa de su madre y vio a dos hombres con finos abrigos marrones agachados junto a la parte trasera de su coche. Era un coche que compartían mi padre e Ilia, quien lo había fabricado con piezas sueltas. Una hora después, cuando se atrevió a salir, mi padre encontró una patata encajada en el tubo de escape. Nunca llegué a entender del todo quiénes eran los dos hombres, ni por qué habían querido matarlo con hortalizas, en vez de llevárselo al amanecer, como a todos. En cualquier caso, mi padre sacó la patata con unas pinzas de cocina, metió ropa en una bolsa, besó en la boca a su madre, arrugada por los cigarrillos, y condujo hasta el Volga, donde saltó desde el muelle a un barco de carga, pasó dos minutos aferrado a una maroma, junto al casco exterior del carguero, y se lanzó al río, partiéndose una pierna. Al nadar perdió la bolsa. Después se llenó la barriga de aire y se quedó flotando como un tronco, adonde lo llevase la corriente.

—Me hice el muerto para seguir vivo —decía, regodeándose en la ironía de la anécdota.

Dos horas, dos, estuvo flotando en las frías aguas de agosto, hasta que lo repescaron, empapado y medio ahogado, dos hermanos que iban en una barca de pesca, y lo pusieron a secar en la cubierta como una captura de valor. Tras cruzar la frontera, atravesar Rumania y Yugoslavia y llegar a un campo de refugiados italianos, pesaba diez kilos menos, y tenía barba.

En tercer curso, cuando estudiábamos la isla de Ellis, me imaginé a mi padre pasando en un vapor junto a la estatua de la Libertad, con una manta encima de los hombros; después lo marcaban con tiza, le buscaban piojos y le hacían pasar la cuarentena. Incluso levanté la mano y lo conté, pero me interrumpió la mirada perpleja de la señorita Herman. En realidad mi padre llegó en avión a Idlewild vestido de cualquier manera, con ropa de refugiados. Era 1959. Llevaba pantalones amarillos, una barba de Rasputín hasta el pecho y tenía los ojos saltones. Él, más tarde, contaba que al cogerse a la fría baranda, y bajar dando traspiés por la escalera, vio que el personal de tierra de la PanAm que conducía los carros de maletas se giraba para mirarlo y se reía. Hay veces en que me pregunto si lo interpretó como un permiso para timar a todos los americanos que se le pusieran a tiro, adoptando el papel del guerrero-erudito y asignando a los demás el de cabeza en la pica. No llevaba gran cosa encima: la ropa del campo italiano, cien dólares americanos y sus documentos, pero también aquel anillo, con sus cuatro siglos de tradición guerrera.

En sus letanías de los sábados, mi padre pregonaba a los Hulkinov como una estirpe de aventureros que se lanzaban al combate con la cabeza desnuda, pero ahora ya me daba cuenta de que la mitad de ellos eran simples fugitivos. ¿Cuál de las dos cosas era yo, más metida en problemas a cada kilómetro que me alejaba de mi casa?

Paramos a comer en una hamburguesería, el tercer *fast food* en dos días. Hartos de grasa, pedimos unas anémicas ensaladitas, en tarrinas de plástico. Tras unos diez segundos sin decir nada ni levantar la cabeza, Ian inundó de salsa ranchera su lechuga iceberg. Yo iba picando la mía con el tenedor, pero no comí gran cosa. Dios mío, me estaba convirtiendo en Janet Drake... Ian empezó a referir una por una las heridas y lesiones más impresionantes sufridas por sus conocidos: una niña cuyos dientes se habían quedado clavados en la frente de otra, una mujer con la nariz ensangrentada por culpa de un collar de cuentas de los que se tiran en el Mardi Gras, un compañero de clase que se enganchó el anzuelo en la oreja...

—¿Las cicatrices de encima de la ceja cómo te las hiciste? —pregunté.

—Fue así. —Puso el tenedor de pie sobre la mesa y simuló golpearse la cabeza en las púas. De modo que algo de razón tenía yo—. Creo que estaba enfadado conmigo mismo. Ya no me acuerdo.

Sonaba propio de él, en efecto: infligirse dolor en busca del puro efecto dramático. Me lo creí, aunque también me di cuenta de que acababa de

desvanecerse la única y vaga prueba de algún tipo de lesiones físicas a mi disposición. Ian se metió en la boca un tomatito, y se lo tragó entero.

En el coche, miré mis mensajes. Seguía sin haber ninguno de la biblioteca, cosa que empezó a parecerme un poco rara. Sí que había uno de Glenn: «Tenemos que hablar sobre el fin de semana». Habíamos hecho planes de ir el viernes a un mexicano y alquilar una película de vídeo. Cuando Ian se quedó dormido, con la frente contra la ventanilla y las gafas sobre su regazo, devolví la llamada a Glenn.

—Oye, que te llamo conduciendo —dije. No tenía sentido fingir que aún estaba en Hannibal, entre otras cosas porque Glenn era capaz de volver a presentarse en la biblioteca—. De hecho, voy para Chicago.

—¿Chicago?

—¿No te lo había dicho? Estaba segura de que sí. Es que tengo una amiga del colegio que está enferma, y en principio mi plan era quedarme pocos días, pero parece que quizá se alargue.

—Chicago —dijo él—. Qué gracia.

Hablaba raro, como si no se lo creyese. Llegué a pensar que nos escuchaba la Policía. Tal vez Glenn estuviera sentado en el despacho de un inspector, llenando la mesa de sudor, y procurando a toda costa parecer tranquilo, con la esperanza de alargar lo más posible la conversación. Pero no, no podía ser; no era una película. En Hannibal, las cosas no iban tan deprisa.

—Sí, me quedaré en casa de mis padres.

Más de una noche, en realidad, no nos podíamos quedar; incluso si el teléfono de Glenn no estaba vigilado, cuanto más tiempo pasara, más probable sería que hubiera gente leyendo el periódico y acumulando información. En cuanto sospecharan de mí, Glenn y Rocky les dirían dónde buscar.

—Oye, y ¿ahora ya se encuentra bien?

Pensé que se refería a Ian, pero me recuperé a tiempo.

—Seguro que se cura. Solo voy para ayudar un poco.

—Vale, pero no dones ningún órgano vital, ¿eh? No ibas a hacerlo, ¿verdad?

Me reí.

—Ya te lo contaré cuando volvamos. Cuando vuelva.

—Estoy impaciente.

Me estaba convirtiendo en una mentirosa impresionante. Soy una experta en adornar situaciones, las mentiras piadosas y las excusas por no haber hecho

los deberes, pero nunca había tenido que practicar con nada tan grave, ni con tantas consecuencias. Y ni siquiera sudaba. Quitó las manos del volante para comprobarlo. Ni gota de humedad. Era como si hubiera nacido para ser forajida. Si perdía mi trabajo de bibliotecaria, podía dedicarme a ello profesionalmente.

He aquí, para que conste en acta, mi historial delictivo completo hasta aquel momento:

4 años: Haciendo cola en Correos con mi madre. Tengo una piruleta, de la máquina expendedora. El niño de detrás rondará los tres años. Lo veo hipnotizado por mi piruleta y a punto de llorar. Me giro para que la vea mejor y doy un lametazo enorme con mi lengua morada. Él se pone a chillar. Su madre no entiende por qué. Soy la única que lo sé. Es lo primera cosa expresamente cruel que recuerdo haber hecho. Quizá también sea el modelo de todas mis futuras relaciones con los hombres; pero bueno, eso no viene al caso.

5 años: Mi padre me empieza a enviar por los pasillos de nuestro edificio para robar una serie de cosas que deja el portero ante las puertas de nuestros vecinos: entregas de tintorería, cajas de mensajeros, y hasta leche en botellas de cristal que encarga a una granja de Wisconsin una de las familias de abajo, y eso que ya estamos en 1986. Nótese que distamos mucho de ser pobres. Más tarde, mi padre alegará que era más fuerte que él: en Rusia, si alguien cometía la imprudencia de dejar leche ante su puerta sin ninguna vigilancia, la cogías, y luego te jactabas por toda la ciudad, para que se rieran todos en el bar de los que se creían tan ricos como para poder dejar la leche a la entrada de su casa. De momento se limita a explicarme que son cosas que los vecinos ya no quieren, y que por eso las sacan al pasillo, para que las coja alguien. Se prueba las camisas recién planchadas, y las que no le van bien me las hace colgar en los pomos de las puertas, con su envoltorio de plástico.

8 años: En Dominick's, mi padre pone nueve latitas de caviar en los bolsillos de mi chaqueta. Yo ya sé que es un robo, pero estoy demasiado ocupada en hacer de madre pez para que me preocupe. Soy un pez, y el caviar son los millones de minúsculas huevas que transporto río arriba.

15 años: Copio en los exámenes finales de mates de segundo de secundaria. Me sorprende que sea tan fácil, y que no se entere nadie. Preveo sentirme culpable, pero no.

De los 17 a los 20 años: Consumo de alcohol considerable, pero no extraordinario, antes de la mayoría de edad, etcétera. Cosas que ni siquiera un candidato a presidente se molestaría en desmentir.

23-26 años: Robo, en la biblioteca pública de Hannibal, de más de cien libros que consideraba inferiores, más una grapadora, más un niño de diez años y varios paquetes de papel de impresora.

Al pensarlo, me digo que aparte del alcohol todo ha tenido alguna relación con el robo: soluciones de mates, caviar, camisas un poco almidonadas... Incluso el incidente de la piruleta me supo un poco a robo, como si hubiera pillado al niño y le hubiera estirado los ojos. Es posible que todos llevemos nuestros delitos en los genes. Los mentirosos son siempre mentirosos, y los ladrones siempre son ladrones, y los asesinos nacen violentos. La forma que adoptan nuestros pecados solo depende de las circunstancias: con qué profundidad nos sumergimos en el mundo, lo mal que nos educan... Quién entra en nuestra pequeña biblioteca y trastoca el universo.

17 LOS METALES DE DEBUSSY

Después de llenar el depósito, y de comprar chocolate para combatir el sueño, nos quedamos sin nada en efectivo.

—Cuenta el cambio —dije, dándole a Ian mi monedero.

Él las vertió en su regazo y empezó a formar montoncitos.

—A ver si adivinas cuántos dólares tenemos —dijo finalmente.

—Unos dos.

—No, uno. Y veinte centavos. Aunque también podrías decir que tenemos uno elevado a un millón. Entonces podrías decir que somos millonarios.

Aquella tarde, al tener una meta específica, el tiempo pasó más deprisa. Está claro que el paisaje mejoró al cruzar los suburbios de Chicago. Mis padres viven en Lake Shore Drive, en un piso que vale más de lo que ganaría yo en cincuenta años. No me gusta contarlo, y aún me gusta menos aceptar dinero de mis padres, entre otras cosas porque estoy convencida de que mi padre lo ha ganado casi todo de manera ilegal, no en el negocio inmobiliario. La mafia rusa de Chicago es mayor de lo que se cree.

Dudo que mi padre le haya hecho daño alguna vez a alguien, en el sentido físico, pero hace cosas raras con los números. Salen ceros por arte de magia, se desplazan las comas, y se borran o inventan cuentas bancarias. En los años ochenta metieron en la cárcel a un amigo suyo, agente de viajes, por imprimir recibos falsos para sus amigos. Hace unos años desapareció definitivamente otra de sus amistades, el dueño de un restaurante.

—¡Guau, está todo esculpido! —dijo Ian cuando aparcamos.

Se refería al edificio, con sus cenefas encima de la puerta. Como mi coche conservaba el distintivo, nos hicieron señas de que entrásemos en el garaje, y aparqué en la plaza vacía de mis padres.

—¿Es la primera vez que vienes a Chicago? —le pregunté a Ian.

Al entrar en la ciudad había estado demasiado absorta para preguntárselo, y él demasiado ocupado en sacar la cabeza por la ventanilla, con un frío que

pelaba, para ver los remates de los edificios.

—Sí, pero he estado muchas veces en San Luis. Aunque no en las partes divertidas.

El ascensor era nuevo y reluciente. Bajamos en el piso catorce y yo abrí la puerta del salón, con sus muebles de piel blanca, su mesa de centro de cristal y su hilera de ventanas con vistas al lago, medio helado.

—¡Qué chuli! —dijo Ian, apoyándose en el respaldo del sofá para pegar las manos y la cara en el cristal—. ¿Podemos comer en el balcón?

Casi era la hora del almuerzo.

—Demasiado frío. Es la ciudad del viento.

Le enseñé cómo iba la tele. Después me arrepentí y lo pasé fatal al caer en la cuenta de que podía verse a sí mismo en las noticias, pero me tranquilicé al ver que lograba encontrar Nickelodeon. Entonces fui a ducharme y me puse la blusa blanca, el jersey de lana y los pantalones azules de mi madre. Aunque tuviera un par de tallas más que yo, la sensación de ir limpia era tan agradable que me dio igual. Mi ropa sucia la metí en la lavadora de la galería del lavabo grande. Ian quiso lavar la suya por separado, y personalmente.

Encontramos raviolis de espinacas en la nevera, y un bote de salsa marinara sin abrir en la despensa. Yo me descorché una botella de un syrah que probablemente fuera muy caro.

—¿Eres alcohólica? —me preguntó Ian.

—Todavía no —contesté.

Nos sentamos en la mesa larga de cristal del comedor. A Ian le entusiasmó más de lo normal verse los pies. Fingía dar patadas a los platos por debajo.

—¿De pequeña vivías aquí? —preguntó.

—Sí, desde los dos años. Siempre en el mismo piso.

—¿Dónde está tu dormitorio?

—Lo han convertido en biblioteca. Tiene gracia, ¿no? Ya te lo enseñaré.

Ya había oscurecido. Me encantaba que la noche convirtiera las ventanas en espejos negros. Se oían sirenas cada pocos minutos, un sonido que yo siempre había asociado a mi casa, más que a ninguna tragedia; y lo seguí haciendo incluso en ese momento, al sentirme perseguida. Por la tarde, en la carretera, nos había adelantado una ambulancia con la sirena a todo meter, y casi se me había cortado la respiración. Desde allá arriba, sin embargo, el ruido lejano de los vehículos de emergencia no era más que un acento constante y tranquilizador en el rumor de la ciudad, un recordatorio de que la vida seguía sin nosotros, al igual que la muerte, y de que la mayoría de las

personas tenían otros quebraderos de cabeza que una pobre bibliotecaria y el niño al que había secuestrado sin querer. Me encantaba estar catorce plantas por encima de la calle. Pensé en Robert Frost: «Me gustaría irme una temporada de la Tierra». Rascacielos, abedules y una buena copa de vino.

—Tengo una pregunta —dijo Ian—. Si creciste aquí, ¿cómo hacías deporte?

—Lo hacía en el colegio —dije—. Además, en el último piso hay un gimnasio.

—Ya, pero ¿y los fines de semana?

—No, entonces no; menos cuando movíamos los taburetes con mi padre, para hacer porterías, y jugábamos al fútbol con un balón de playa. En Rusia juegan mucho al fútbol.

Ya le había contado la huida de mi padre.

—¿Podemos probarlo?

Me sorprendió que le diera tanta importancia. Recordé las palabras de Sophie Bennett sobre su falta de coordinación en el canchán; pero bueno, era un niño de diez años y llevaba dos días casi sin correr, salvo por las aceras de las áreas de descanso.

—Sí, claro —dije—, pero balones de playa no creo que quede ninguno.

—Podemos fabricarnos uno, con ropa.

Después de quitar la mesa, ayudé a Ian a buscar el cajón de las camisetas blancas de mi padre. Las anudó con una cuerda de la cocina y formó una pelota. Después movimos los cuatro taburetes para que hubiera una portería en cada punta del salón, y nos pusimos dentro. Chutábamos por turnos la bola de camisetas, intentando marcar goles. Ian no era muy bueno, pero yo tampoco. La pelota se empezó a deshacer cada cinco o seis chutes. Ian paraba el juego para repararla.

—¿En Hannibal juegas al fútbol?

—Bueno, soy de un equipo, pero es una tontería; además, lo único que hago es repartir rodajas de naranja. En los descansos suelo jugar a una cosa que se llama Ianball, aunque aquí no te lo puedo enseñar, porque no hay ningún contenedor.

Se oyó el ruido de una llave en la puerta. Ian, que se había agachado para atar de nuevo la cuerda de la pelota, se quedó paralizado.

—Es la señora de la limpieza —dije yo.

Sin embargo, no me hizo falta oír el vozarrón de mi padre para darme cuenta de que era demasiado tarde para que viniera Krystyna.

—¡Papá! —dije, antes de que nos encontrase y le diera un infarto—. Papá, estamos aquí.

La primera en aparecer fue mi madre, con los ojos muy abiertos y blancos. Llevaba en el hombro su bolsa de viaje de piel, y estaba despeinada, como si se hubiera dormido en el avión.

—¡Lucy! —Se acercó con los brazos abiertos, gesto que hizo caer la bolsa—. ¿Qué pasa, cielo? Ya hemos visto tu coche. ¡Pero qué mal aspecto tienes, por Dios!

—No, qué va, si estoy bien —dije yo.

—Hemos venido antes porque tu padre tiene el estómago hecho polvo. Mejor no hablar del tema.

Durante el abrazo de mi madre entró mi padre, que ya llevaba puesta su gran sonrisa rusa, amarilla y torcida.

—¡Dios santo! —dijo—. ¿Quién es este nuevo novio?

Contesté antes de que Ian pudiera decir alguna tontería.

—Ah, no... ¿Os acordáis de mi amiga Janna Glass, del instituto?

Janna Glass era efectivamente una excompañera del colegio, el Chicago Latin School, que una vez me había robado las patatas fritas del plato; un simple nombre elegido al azar, que seguro que no conocerían mis padres. Los dos sacudieron la cabeza.

—Pues es su hijo, Ian.

¿Por qué había dicho Ian, en vez de cualquier otro nombre?

Ian tendió la mano a mi padre.

—Ian Glass —dijo—. Ian Bartholomew Glass.

—Janna está en el hospital, y he venido a ayudarla. Hemos venido a casa a descansar un poco.

—Ah, y ¿qué le pasa? —dijo mi madre, siempre con tacto.

Se quitó su pesado abrigo verde, desprendiendo un frío que llegué a percibir.

—Mi madre ha intentado suicidarse —dijo Ian. Observé que era un mentiroso muy correcto, de los tranquilos—. Es que mi padre se fugó con una fulana, y ella ha intentado matarse con pastillas, pero seguro que podrá rehacer su vida.

Además de sus lecturas, debía de haber visto un montón de tele.

—Oh, pobre corderito mío... Deberíais quedaros los dos a dormir. Tenemos el sofá y el colchón inflable.

Después de dejar las maletas, mi madre nos dio montones de mantas e infló el colchón con un secador de pelo.

—¿Dónde lo ponemos?

—Fijo que en la biblioteca —dijo Ian—. Me encanta dormir en las bibliotecas.

Vi, desde el pasillo, que mi madre hacía la cama con almohadas, sábanas y uno de mis ositos de peluche viejos, sacado de un armario. Mi padre me dio una palmada en el hombro, y otra a Ian.

—¿Quién quiere una cerveza? —dijo.

Ian puso cara de susto.

—No, gracias —dijo—. Yo estoy guay.

Me miró para ver si había hecho lo correcto. Yo intenté no reírme. Se notaba que era lo que le habían enseñado a decir cuando le presionaran otros niños durante las fiestas del colegio.

—¿Estás «guay»? ¿Eres un «tío guay»?

Mi padre lo miró, burlón.

—Ian, tienes permiso para no hacer caso a mi padre.

Mi padre se fue a buscar un vaso alto de cerveza. Al volver, se sentó en el sofá y le señaló una silla a Ian.

—Siéntate, que te voy a enseñar algo que no vas a dar crédito a tus dos ojos.

Ian lo hizo, probablemente aliviado de que la conversación no hubiera derivado en una oferta de *crack*.

Mi padre se echó atrás el poco pelo que se peinaba por encima de la calva, dejando su frente al desnudo.

—Ahora, mira bien aquí debajo de la lámpara y me dices lo que ves.

Ian se acercó.

—¿Te caíste?

Mi padre estaba entusiasmado.

—¡No! ¡Es de nacimiento! ¡Dos bultos, uno en cada lado! —Se tocó uno, y luego el otro—. Ahora. —Me dijo a mí— enseña tú los tuyos.

Muy a mi pesar, me aparté el pelo, cuya caída esconde normalmente los dos bultos óseos; tampoco es que sobresalgan una barbaridad, pero más o menos una de cada veinte veces en que llevo el pelo hacia atrás me preguntan si me había dado un golpe en la cabeza.

—¡Cuernos! —proclamó mi padre—. Habrás oído hablar de Debussy, el compositor francés. —Ian asintió como si lo conociera—. Pues Debussy tenía lo mismo, dos cuernos. Así que es la prueba de que es una señal de gran genialidad. ¡Más espacio para el cerebro!

Ian aplaudió, señal de que le había gustado.

—¡Es alucinante!

—Alucinante —repitió riéndose mi padre—. Lucy, resulta que tu padre es alucinante.

18 FÁBRICA DE CHOCOLATE, LENINGRADO

Luego mi padre se embarcó en el Gran Linaje Hulkinov, y yo cerré los ojos y apoyé la cabeza. Después de tres días, era un alivio que la conversación con Ian la entablase otra persona. Traté de aclararme las ideas, misión imposible, por supuesto.

Mi cabeza proyectaba sin cesar una película muda. En el salón de los Drake estaba sentado su pastor, o bien el pastor Bob, o bien tres aplicados inspectores de la Policía. Me gustaría pensar que me preocupaban más ellos que yo misma, pero en tal caso habría dado media vuelta con el coche y les habría entregado a Ian en la puerta, aunque tuviera que sufrir las consecuencias. No mentían los cuernos: mi padre y yo éramos iguales; los dos agitábamos la cola bífida y robábamos lo que queríamos. El diablo piensa solo en sí mismo.

Pero no, quien más me preocupaba era Ian; de lo contrario, ¿por qué echar mi vida por la borda en aras de su bienestar?

—Bueno. —Iba diciendo mi padre—, pues ahora te voy a contar lo de mi fábrica de chocolate.

Cansado y todo, como claramente estaba, Ian se irguió como un resorte. Pocas cosas más intrigantes se le podían decir a un fan de Roald Dahl. Yo había oído muchas veces la historia, que con el paso de los años había mutado de simple relato de una rebelión adolescente a algo similar a las últimas obras de García Márquez, y por último a momento clave de la historia rusa del siglo xx.

—Bueno —dijo mi padre—, pues resulta que Rusia, cuando yo era pequeño, era la URSS. ¿Te suena? —Ian asintió con la cabeza—. Muy rígido, muy aburrido, y encima no teníamos chocolate del bueno, cuando el chocolate es mi gran pasión.

—¡Y ya lo ves, hecho un diabético! —dijo mi madre desde la biblioteca.

—En vez de eso teníamos un chocolate marrón claro, con sabor a tiza. Aunque lo tuvieras cinco horas en la mano, no se derretía. Lo que pasa es que luego, cuando yo tenía diecisiete años, dejaron viajar a Suiza a mi tío y me trajo de contrabando un chocolate de verdad, buenísimo; casi negro, que olía a bosque, no como estas tonterías de Hershey. A ti te mola el chocolate, ¿verdad que sí?

La respuesta de Ian fue jadear como un perro.

—Pues entonces ya lo pillas. El chocolate me lo zampé todo yo, pero se lo describí a mis amigos, ¡y no se lo creían! Entonces tuve la idea de vender chocolate de verdad por todo el pueblo. Pero ¿sabes qué problema había?

Ian sacudió la cabeza.

—¡Que en la URSS no podías montar tu propio negocio! Lo tenías que hacer en secreto. Total, que fui a ver a mi amigo Sergei, que es uno que lo podía conseguir todo en el mercado negro, chocolate incluido; el único que te encontraba discos de *jazz*.

—¿Qué es un mercado negro?

—El mercado negro es que te vendo algo, pero en secreto, porque no es legal.

—¿Como droga, por ejemplo?

—No, como discos de *jazz*. Bueno, pues Sergei y yo montamos una fábrica de chocolate en el sótano de mi casa, y al darnos cuenta de que salía más barato en trozos grandes, compramos unos ladrillos de chocolate que cada uno era como una enciclopedia; los teníamos que bajar al sótano con un carrito. Luego cogíamos un martillo y una cuña de madera y rompíamos el chocolate en trozos. Después los metíamos en el horno y hacíamos una sopa de chocolate.

Ian se frotó la barriga, entusiasmado.

—Luego echábamos la sopa en un molde que había hecho Sergei, y ya tienes doscientas cincuenta tabletas de chocolate, como mi dedo de grandes. —Enseñó su índice torcido—. Mala idea, que lo sepas: si derrites así el chocolate, se pone todo gris, aunque sigue siendo mejor que lo otro. Al final lo envolvíamos en un papel donde ponía «Compañía de Chocolate de Leningrado». No es que estuviéramos en Leningrado, ¿eh? Era una tapadera. Les vendíamos el chocolate a los otros niños. De las niñas no nos podíamos fiar. Algunos niños nos daban dinero y otros nos cambiaban el chocolate por otras cosas, como papel de váter.

Eso Ian no lo dejaría escapar.

—¿Papel de váter?

—Es que el malo era como un cactus, y el bueno valía más que el oro. Total, que vendíamos tanto chocolate que en las tiendas ya no compraba nadie la porquería de antes; solo con probar un poquitín del nuestro, solo con olerlo, se daban cuenta de que no podrían comerse nunca más aquel horror de tiza. En poco tiempo se enteró el alcalde, que le mandó una carta al mismísimo Josef Stalin, para decirle: «¡En mi pueblo la gente está tan contenta que ya no les hace falta comer dulces!». Stalin se animó, pensando: «¡Ajá! ¡Ha funcionado! ¡Mi plan de mejorar Rusia ha funcionado!». O sea, que vete a saber si el mundo no sería diferente sin mis tabletas de chocolate...

Lo dijo sonriendo de tal modo, que ni siquiera Ian podía tomárselo en serio.

—¿Os llegaron a pillar?

Mi padre se rio.

—La fábrica de chocolate la cerré en muy poco tiempo, porque tenía mucho trabajo en el colegio, pero seguí en el mercado negro; podía conseguirle a la gente vodka del bueno, cerveza, cigarrillos, chicles, revistas de tías desnudas... Era un niño muy rico.

Me escandalizo; no por haber hablado de tías desnudas a un niño de diez años, sino por haber modificado tanto su versión. Normalmente incrementaba poco a poco sus exageraciones, pero era la primera vez que introducía un cambio tan sustancial. Debió de ser por el bien de Ian, para que el cuento tuviera un final más feliz que la patata en el tubo de escape; a menos que intuyera que en aquel momento no nos convenían anécdotas sobre pillar a nadie...

—¿Y por qué te fuiste de Rusia, si eras tan rico? —le preguntó Ian.

—En la URSS no había nadie rico de verdad. ¿Qué te podías comprar con el dinero? Un Mercedes no.

Desconecté otra vez cuando mi madre volvió a entrar en el salón. Me miró con los ojos en blanco y se llevó a la cocina el vaso de cerveza vacío de mi padre. En el fondo, yo no tenía ni idea de si eran verídicas las propias bases del relato. A veces mi padre decía que Stalin hizo un discurso muy famoso por la radio sobre el pueblo que no necesitaba chocolate, y otras que a él y Sergei los pilló el alcalde, pero que le sobornaron con cien tabletas de chocolate y él no dijo nada, hasta que dos años después los sorprendió el cartero. A veces ganaban una fortuna, y otras el chocolate lo regalaban como gesto de resistencia política. Lo que no se me había ocurrido nunca, francamente, era que pudiera ser mentira de principio a fin, que la idea de una

fábrica de chocolate clandestina fuera demasiado buena para ser verdad; y me molestó más de lo que hubiese podido imaginar.

Incluso ahora, después de cinco años, sé que toda mi Rusia, la que tengo en mi cabeza, sigue siendo falsa. Mi mapa mental de la madre patria está sembrado de ficciones, de la misma manera que en los mapas antiguos del Atlántico aparecían sirenas y monstruos marinos: aquí, al norte de Moscú, está la fábrica de chocolate de mi padre; aquí está Raskolnikov, parado en la escalera; aquí Ivan Ilich, colgando cortinas; por aquí pasa el Volga, contaminado de refugiados; por ahí corretea la nariz de Gogol; aquí le tiran piedras a la estatua de Stalin los valientes ciudadanos; aquí están los niños Romanov, huyendo de noche con oro en los bolsillos; y aquí arriba está Siberia, con el crujido de los pasos de mi abuelo en la nieve al regresar a casa. Todo ello lo recorre una delgada línea de verdad: el trayecto que siguió entre Perm y Cheliábinsk, pasando por Ekaterimburgo, el autobús de mi coro del colegio, de salas de concierto en catedrales, junto a muros de cemento llenos de grafitis, y casitas con la ropa tendida.

Claro que tampoco era verídica la América de mi padre y de sus amigos antes del aterrizaje: váteres que nunca se embozaban, niños que cantaban por las calles, una estrella de cine en cada esquina, cigarrillos Marlboro gratis... En algunos aspectos, es posible que aún vivieran en una América soñada; y si a fin de cuentas era la tierra de la leche y la miel, ¿por qué no coger la leche gratis del pasillo y la miel gratis de la tienda?

Todo lo cual me lleva a la pregunta de qué tipos de ficción soy capaz de alimentar por mi modo de ser y mi formación. Al recordar los tiempos de Hannibal, me pregunto cuánto de mí proyecté en Ian, y con qué veracidad recuerdo el viaje en coche, y sus palabras, y si lo vi llorar por el retrovisor pero me lo borré de la cabeza.

Y me pregunto si es verdad que ocurrió todo. Algún que otro día, al despertar, antes de abrir los ojos, intento recordar que nunca me he ido de Hannibal, por si logro zafarme de este sueño, o que estoy en la cárcel; pero al abrir los ojos, veo la pared de mi nuevo apartamento y no lo puedo remediar. Puede que sea la razón de que prefiera esta nueva biblioteca a mi propio dormitorio: porque al ver un millón de lomos, me puedo imaginar un millón de finales alternativos. Resulta que lo hizo todo el mayordomo, o que me acabé casando con Darcy, o que fuimos a ver a una niña en el tiiovivo de Central Park, o que remamos a contracorriente en nuestras barcas, o que por la mañana, al despertarnos, nos acompañaba Atticus Finch.

O algo mejor: imaginar que es una historia que aún no ha sido escrita y que queda tiempo de cambiarlo todo.

Ian se acostó temprano, entusiasmado con la habitación y el colchón inflable. Mis padres prepararon café y me cosieron a preguntas sobre Janna Glass. Después pasamos a la mesa, y yo hice un esfuerzo ímprobo por mantenerme bien erguida, sin rastro de sueño ni de pánico.

—¿Cuál es? —preguntó mi madre.

Me alegré de haberme llevado los anuarios a Hannibal un año antes, porque así mi madre no podía ver a Janna, con su pelo negro y sus enormes ojos, tan inverosímil como yo en el papel de madre de Ian.

—Vaya, que al final tienes una aventura —dijo mi padre.

—No tanto, no; solo estoy ayudando.

Su mirada cómplice me dijo: Oye, que tú y yo robábamos juntos las entregas de la tintorería. Es como conseguiste el primer jersey de cachemir.

—Vale, vale —dijo.

Y mientras mi padre se tomaba su café, mi madre se interesó por la tentativa de suicidio de Janna.

—¿Se la encontró él? —preguntó.

Yo le había contado que Janna se había tomado un frasco de pastillas entero, no sabía de qué tipo, y que había llamado justo a tiempo al 911.

—No —dije—, estaba en el colegio.

—¿Va a la Latin School?

—No, a otro.

—¿Y el padre? ¿Dónde está?

—No se sabe.

Toda mi infancia fue así: tener que revivir cada momento del día a la hora de comer. Si saqué tan buenas notas en Ciencias, fue porque mi madre me obligaba a contar mil veces cada experimento que habíamos hecho en el laboratorio. Al final se fue a dormir, como estaba a punto de hacer también yo cuando mi padre se inclinó sobre la mesa.

—No te irá mal un poco de dinero, ¿a que no? —pregunto, casi triunfante, sabedor de que hacía cuatro años que no le aceptaba ni un céntimo, y de que esta vez tendría que decir que sí; hacía lo mismo con el dinero que la familia de mi madre con la comida: imponérselo a los demás, y se tomaba igual de mal cualquier rechazo.

Apoyé la cabeza en el brazo, sobre la mesa fría.

—Pues la verdad es que no; es que no tenía previsto venir, y no sé cuánto tiempo me quedaré, pero no hace falta que te diga que te lo devolveré.

Mi padre fue a la biblioteca, donde dormía Ian, y al cabo de un minuto regresó con un sobre comercial lleno de billetes de cincuenta y cien: mil dólares, conté después.

—Es un fondo de emergencia —dijo—. Quédatelo. ¿Quieres el Mercedes? Es un buen coche. El tuyo se te caerá a trozos en medio de la carretera. Es una carraca, que dicen.

—No, no hace falta.

Aparte de que no pensaba quedarme en Chicago, estaba segura de que el coche de mi padre levantaría más sospechas en la Policía que el mío. Para empezar, se lo había comprado a un tal «tío Nicolai», que ni era mi tío, ni tenía otro trabajo conocido que hacerles favores a otros rusos. Además, hacía un año que mi padre había perdido el permiso de conducir de Illinois, y usaba uno que le habían dado no sé cómo en Colorado, donde tenía tierras.

—¿Después de esto adónde irás?

—Vuelvo a Misuri —dije.

Repitió la mirada de robo de tintorería.

—Digo de verdad.

Debí de sonrojarme. No se me ocurría nada que decir. Sin embargo, comprendí que daba igual. Mi padre no podía haber adivinado nada; y aunque sí lo hubiera adivinado, aprecié en él un extraño orgullo paterno.

—Depende de lo que dure todo esto. Puede que me vaya hacia el este, para ver a unos de la facultad.

—Ah, perfecto. ¿Pasarás cerca de Pittsburgh?

Pronunciados por mi padre, los nombres de las ciudades americanas sonaban a islas del mar Negro.

Mi cerebro no iba bastante deprisa.

—Puede ser.

Ni siquiera más despierta podría haber dicho que no, porque mi padre sabía que era donde vivía mi compañera de piso de la universidad.

—Vale, pues entonces llévame unas cosas. Tengo algo para mi amigo Leo, y por correo no se lo quiero mandar. Así se lo dejas en su casa. Ya te daré la dirección, y le avisaré de que pasarás.

—No, no, un momento —dije yo—. ¿Qué es?

Se rio.

—Papeles. ¿Qué te crees, que es droga? ¿Te crees que tu padre es un narcotraficante? ¿Que le mando uranio? ¿Que tienes un padre traficante de armas? ¿Es lo que te piensas?

—Solo me gustaría saber si hay alguna posibilidad de que me detengan.

Yo, tan legal...

Mi padre volvió a entrar en el estudio y salió con una caja de zapatos.

—Mira —dijo al abrir la tapa. Parecían sobre todo facturas y papeles, doblados por el medio—. Nada del otro viernes.

—Es que no me quiero meter en ningún lío, francamente —dije yo.

Cerró la tapa de la caja y se puso los dedos en las sienes.

—Lucy eres como el libro abierto —dijo—. Tú no estás bien. Mira, ve a Pittsburgh, haz lo que te digo y tal vez salga todo bien. De tal árbol, tal palo.

No tuve claro si insinuaba que era digna hija de mi padre o que no me dejaría en la estacada. En todo caso, no sabía lo que se decía.

—Bueno, vale —dije, sacudiendo la cabeza.

Tenía ganas de acostarme. De alguna manera, sabía que un sí me obligaría a ir hasta Pittsburgh, aunque Ian se decidiera de repente por volver a casa. Si no entregaba la caja, podía ser un simple inconveniente o costarle la vida a alguien, y prefería no tener un asesinato sobre mi conciencia, ni siquiera a cambio de tener que alargar algunos días el secuestro. Hice mal en acceder, pero estaba tan cansada que mis parpadeos eran más largos que los intervalos.

—Eres una buena rusa —dijo él.

Se fue con la caja. Al volver, había fijado la tapa con una tira ancha de cinta adhesiva que daba una vuelta completa. Escribió la dirección en el dorso de un sobre.

—Les diré que vas —dijo.

19 VALOR, CORAZÓN Y CEREBRO

Este es el lío que montó Lucy.

Este es el niño que vivía dentro del lío que montó Lucy.

Este es el hombre que le contaba cuentos al niño que vivía dentro del lío que montó Lucy.

Este es el chocolate que daba sabor a los cuentos contados al niño que vivía dentro del lío que montó Lucy.

Este es el pobre alcalde a quien sobornaron con el chocolate que daba sabor a los cuentos contados al niño que vivía dentro del lío que montó Lucy.

Esta es la Rusia que podría ser un mito y en la que nació el alcalde a quien sobornaron con el chocolate que daba sabor a los cuentos contados al niño que vivía dentro del lío que montó Lucy.

Esta es la pobre Lucy en el sofá de sus padres, el miércoles por la mañana, pensando en el impulso que provocó el rapto del niño traumatizado que leía los libros que vivían en las estanterías que recubrían las paredes del pequeño edificio de ladrillo donde se fraguó el lío que montó Lucy.

Ian y yo nos despertamos tarde, aunque menos que mi padre. —No te cuento cómo tiene el estómago— dijo mi madre, mientras hacía unos huevos revueltos—. El hotel nos debería indemnizar.

Ian apenas tocó los huevos, pero se bebió cinco vasos de zumo de naranja. Tuve ganas de decirle que lo dejase, para que no tuviéramos que pasarnos toda la mañana parando a hacer pipí, pero mi madre creía que me lo llevaba otra vez al hospital.

Antes de irnos, fui a la biblioteca y pasé sobre el colchón inflable para coger mi pasaporte en el archivador de mi madre. Ya debería haberlo tenido yo, pero era el tipo de cosas que insistía en guardarme ella para que no las perdiese. Me pregunté si se imaginaba el suelo de mi piso lleno de muñecas, álbumes de cromos y purpurina, y si se pensaba que perdería el pasaporte

debajo de la cama, detrás de mi libro de mates de cuarto. Estaba en la carpeta de mis documentos, delante de mi partida de nacimiento, mis notas de la selectividad y muchos boletines de notas de mis primeros años, donde se hacían afirmaciones de mal agüero sobre mi incapacidad de estar quieta delante de una mesa. En la foto de mi pasaporte se me veía con veinte años, contenta, a punto de coger un avión con mis padres a Italia. Me lo guardé en el bolso. No me lo llevé porque pensara fugarme del país, sino porque era mío, y porque quería estar preparada. Era como Ian y su ridículo pase de la piscina. (También es posible que los dos nos muriéramos de ganas de identificarnos, por alguna razón: sí, esta que sonrío, con demasiada luz, soy yo, no la refugiada a quien tienes delante). El portátil de mi padre estaba encendido. Comprendí que estaba a punto de meterme en internet, con ganas o sin ellas. Al tomar la decisión de pasar la noche en casa de mis padres, pensé que no podría usar el ordenador, y lo sorprendente fue que me alivió. No quería saber lo que decían. Por la mañana seguía sin querer saberlo, pero el ordenador estaba en marcha, y busqué el nombre de Ian. Por lo visto habían salido unos cuantos artículos en la prensa local: «Desaparecido un niño», «El domingo desapareció un niño de Hannibal»... Sin embargo, al intentar seguir los enlaces, todos me pidieron una contraseña. Estaba obligada a pagar una cuota mensual y dar mi nombre. Busqué la página principal del colegio de Hannibal, pero solo encontré una foto de un niño con una gorra de colores que sonreía en medio de la nieve, y un recordatorio caducado de las vacaciones de invierno. Finalmente, busqué al pastor Bob y me enteré de que hacía unos meses que llevaba una especie de blog de rezos, básicamente un comunicado de prensa semanal disfrazado de oración.

La entrada de aquella semana se titulaba «¡Allá vamos! ¡Difundiendo el amor de Dios por toda América!», y era difícil de leer, por su tipo de letra sobre fondo azul claro. De repente me acordé de algo: de mi amigo Darren Alquist en el centro comercial, el último año de instituto, pasando al lado del escaparate de la Librería Cristiana Verdes Pastos, donde había poemas enmarcados y adornados con flores, y libros de bolsillo con puestas de sol en la portada.

—¿Cómo saben que a Dios le gusta tanto la caligrafía? ¿Y si la odia?

Lo repetimos durante semanas, y yo se lo escribí en su anuario: «¡Dios odia la caligrafía!». En la página del pastor Bob quedaba muy correcta, muy cristiana, pero tal vez no fuera la mejor decisión para alguien resuelto a toda costa a no parecer gay.

A media página, tras el anuncio de que salía de gira por la Costa Este con DeLinda, «¡en el BobMóvil!», aparecía lo siguiente:

Orad, por favor, por Ian D., una joven oveja de nuestra grey de San Luis, que el Señor ha permitido que se extravíe. Oramos por su regreso, y por sus padres, que tanto lo quieren, y tan fielmente me han apoyado. «Ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Lucas, 15:22-24.

Me gustaría poder decir que era difícil odiar al pastor Bob cuando se ponía. —O parecía— tan sincero, pero sería falso. Me quedé mirando la foto borrosa donde él y DeLinda posaban en los escalones del BobMóvil, un simple autobús grande de color azul. Y ante aquel brazo fofo, rechoncho y blanquecino que salía del polo amarillo para rodear los hombros de DeLinda, con su sonrisa de mujer drogada de político, fue un milagro que no le clavase un boli a la pantalla del portátil de mi padre.

Entré rápidamente en mi cuenta de correo y encontré dieciocho nuevos mensajes, ninguno de los cuales parecía urgente. Le escribí a Rocky: «¡Hoy he visto por la calle a la doble de Loraine! ¡Te habrías muerto! No sé si te dije que he venido porque me toca cuidar a una amiga enferma del instituto... Por eso tengo el móvil desconectado cuando estoy en el hospital. ¡Pero déjame un mensaje, por favor, para decirme que la biblioteca sigue en pie!». Ahora que coincidían a grandes rasgos las dos versiones, me sentí un poco mejor. Probablemente hubiera demasiados signos de exclamación, pero no tuve el valor de borrarlos; quería resguardarme en su entusiasmo desquiciado y en su chispa idiota.

Cuando salí, Ian había recuperado su ropa de la secadora y mi madre estaba doblando la gran camiseta blanca de mi padre que se había puesto Ian para dormir. Fui al dormitorio, a despedirme de mi padre. Dormía con una bolsa de hielo en la cabeza, como siempre. No es que tuviera migraña, es que no podía dormir sin sentir el frío de una noche rusa. Las mantas solo eran para mi madre. Lo desperté y le di un beso en la mejilla.

—No te metas en líos. —Me dijo.

—Vale —contesté.

Y el bueno de mi padre fingió creérselo. Es capaz de creerse lo que quiera.

Cuando nos metimos en el ascensor, olfateándonos felices las mangas de la ropa recién lavada, casi eran las diez. El sobre de dinero lo llevaba doblado en el bolsillo de mis vaqueros, un bulto enorme que no me cansaba de palpar. Ian llevaba su mochila; yo, mi bolso, una bolsa de plástico del supermercado y la caja de zapatos. Era una caja vieja de Hush Puppies, desde cuya tapa miraba con sus ojos tremendos el perro que da nombre a la marca.

—¿Podemos ver el vestíbulo? —preguntó Ian.

El día anterior habíamos entrado por el garaje. Pulsé el botón «L».

—No hay gran cosa que ver. No es como en los hoteles.

—¿Hay portero?

—No, no es el tipo de bloque donde entra la gente a pie; lo que hay es un guardia de seguridad.

Aun así, cuando se abrió la puerta y salimos, en el mostrador de la entrada no había nadie.

—¿Lo está deteniendo?

Ian señalaba al otro lado de la puerta de cristal, donde el guardia de seguridad conversaba con alguien. Era un hombre con vaqueros negros, una bolsa de viaje y un enorme ramo de rosas rojas.

Glenn.

No hubo tiempo de meter a Ian en el ascensor y huir en coche antes de que Glenn me viera desde el otro lado del cristal y empezara a saludarme con la mano, señalarme, levantando las flores, y decirle algo al vigilante. Ahora que me había visto, yo no podía salir corriendo, y menos cuando seguro que también había visto a Ian... El vigilante me miró, esperando mi permiso. Parece que asentí. Glenn cruzó la puerta con una corriente de aire frío y se acercó con las flores en alto.

—¡Sorpresa!

—¡Pues sí!

—¡He localizado el edificio, pero no me dejaban entrar sin un número de apartamento!

Me dio las rosas y, justo al acercarse con los brazos abiertos, se dio cuenta de que Ian, a mi lado, lo miraba.

—¿Y este tío quién es? —dijo Ian.

En su boca, la palabra «tío» sonaba tan rara como «Pittsburgh» en la de mi padre.

—Lo mismo me estaba preguntando yo.

Glenn se plantó una sonrisa en la cara, decidido a dar la imagen de un gran aficionado a la infancia.

—Te presento a Joey —dije yo, sin darle tiempo a presentarse; a saber qué decían las noticias de San Luis sobre la desaparición de un tal Ian... Además, aunque me hubiera abstenido de contarle a Glenn lo del correo del origami, seguro que le había hablado de Ian, porque la mayoría de mis anécdotas de la biblioteca giraban en torno a su persona—. Es el hijo de la chica que te dije, Janna Glass. Lo estoy cuidando durante unos días. De hecho, estaba a punto de llevarlo en coche a casa de su abuela, en Cleveland, para que se quede con ella hasta que su madre esté recuperada.

Ian tendió la mano.

—Joseph Michael Glass.

Glenn se la estrechó, cada vez menos convincente en su sonrisa.

—Bueno, pues habrá que seguir llamándote «tío» —dijo Ian.

—Deja que te lo explique. —Glenn volvió a mirarme a mí, considerando, al parecer, que ya había dedicado bastante atención al chaval—. ¿Te acuerdas de nuestra conversación de ayer? Pues llamaba para decirte que tendríamos que quedar más tarde porque me iba... adivina adónde...

—¿A Chicago? —dijo Ian.

Glenn lo ignoró.

—Ya te dije que a veces hago bolos aparte con la CSO. Me llamaron el lunes por la mañana y me planté aquí en coche para tocar en el concierto de ayer por la noche, que por cierto, salió de maravilla. Toda esta mañana me la he pasado buscando tu casa, ¡y no ha sido fácil! Menos mal que me acordaba de que habías dicho Lake Shore Drive. He hecho un poco de detective y, en resumidas cuentas, ¡aquí me tienes, en tu deposición!

—¿Mi qué?

—He dicho que estoy a su disposición, señora mía.

Hizo una reverencia.

Justo entonces me acordé de que había cámaras de seguridad en el vestíbulo. Estaban grabando cada segundo de nuestra presencia. Si la Policía seguía mi rastro hasta aquí, mi padre me encubriría, pero después del espectáculo que habíamos montado, seguro que el guardia de seguridad se acordaba de nosotros, y las grabaciones serían la prueba F en el juicio.

—¡Qué mono! —dije—. Lástima que nos vayamos. Tengo que llevar a Joey con su abuela.

—¡Qué tragedia! —dijo Glenn, riéndose; no iba a ofenderse demasiado, al menos hasta que me metieran en la cárcel y se diera cuenta de que había estado saliendo con una loca.

Ian, mientras tanto, daba vueltas, usando la mochila como contrapeso.

—¡Eh! ¿Sabes una cosa? —exclamó—. ¡Que en el coche sobran dos plazas! ¡Puedes acompañarnos!

Me quedé sin habla y sin respiración, momento que Glenn eligió para reconocer por fin la presencia de Ian.

—¡Qué buena idea! ¡Me encanta Cleveland! —Se giró hacia mí—. ¿Te va bien? Tengo un par de días libres, porque están tocando la serie de cuartetos de cuerda. Y mis cosas las llevo todas aquí.

Se refería a la bolsa de viaje que tenía a sus pies. ¿Habría pensado quedarse a dormir en el suelo de la casa de mis padres?

Me vi asintiendo, por falta de una buena mentira. Siempre podía romper ahí mismo con él, pero ¿qué excusa darle? ¿Y cómo hacerlo? Además, si Glenn volvía a Misuri, podía ver las noticias. Obviamente aún no las había visto, porque si no habría reconocido a Ian. Si, por el contrario, tardaba un par de días en volver, al menos cabía la posibilidad de que ya no se hablara tanto sobre el tema.

Bajamos al garaje en ascensor. Equilibré las rosas encima de la caja de zapatos, mientras hacía lo posible por no vomitar.

Mientras me sentaba al volante, Glenn metió la bolsa en el maletero. Ian se sentó detrás, junto a la caja de zapatos y las rosas. Me giré y le susurré:

—¡Pero qué ocurrencia!

—Es que me ha dado pena. Las rosas son carísimas.

Glenn subió y me apretó la rodilla. Arrancamos.

—¡Oye —dijo Ian, ya en Lake Shore Drive, bajo el sol deslumbrante que caía sobre el agua y los que corrían en pleno mediodía—, que si tú eres Dorothy, y yo el Espantapájaros, Tío es el León Cobarde! ¡Y esta caja es el Hombre de Hojalata!

—También podrías ser Toto —dije.

Se rio y se puso a ladrar. Era verdad: no daba el perfil de Espantapájaros. A él no le hacía falta inteligencia. Lo que iba a necesitar era valor, y mucho; un corazón fuerte. Intenté acordarme de cuál era el órgano vital que le faltaba a Dorothy. Ah, sí... Quería irse a casa.

20 FUGITIVA

Ian se pasó las siguientes tres horas dándole a Glenn la serenata con el himno australiano, casi sin parar. Dijo que lo había aprendido en el colegio. Yo, por mi parte, tenía tanto miedo de que Ian metiera la pata con algún comentario sobre nuestro viaje que no sabía ni lo que hacía.

—Ayer —dijo Ian de repente— me levanté tardísimo porque mi tío se olvidó de despertarme. Mi tío José. Después me hizo unos huevos rancheros, que son típicos del país de donde viene.

—¿Qué país es? —dijo Glenn.

Se rio y me miró.

—Venezuela —dijo Ian—. La capital es Caracas, por si no lo sabías.

—No, no lo sabía.

Ian empezó a cantar de nuevo, impidiendo que siguiera la conversación, por suerte. Vimos un letrero del centro comercial de Hobart, Indiana. Tomé la salida y estuve a punto de decir: «Es que en el aeropuerto me han perdido la maleta», pero entonces me di cuenta de que Glenn sabía que había venido en coche, y lo que dije fue:

—Al venir no pensaba que fuera a hacerme falta tanta ropa. Ha sido todo muy repentino.

Aparqué a la entrada de lo que resultó no ser más que una sola calle de tiendas, aunque larga, y le dije a Ian que me acompañara. Sabía que Glenn se quedaría fumando fuera, y no quería dejarlos solos a los dos, para evitar que Ian siguiera inventando parientes exóticos.

Glenn se sentó en el capó para reponer su nivel de nicotina, mientras Ian y yo entrábamos en una tienda de esas en plan deportivo e informal, con sede en Maine, pensando que sería fácil que tuvieran abrigos. Cuanto más al norte estábamos, más inadecuada era mi chaqueta verde de algodón en el frío de marzo.

—¿Por qué has dicho que me llamo Joey? —preguntó él, tocando todas las prendas al pasar.

Me alegré de que se le hubiera ocurrido traer la mochila, en vez de dejarla con Glenn; también me alegré de que los golpes que iba dando con ella, cargada hasta los topes, no parecieran inquietar al personal de ventas, compuesto por adolescentes soñolientos.

—Porque creo que ya le había hablado de ti.

—¿En serio? —Puso cara de sorpresa y gozo, mientras metía la mano por el lado equivocado de una manga de jersey—. ¿Y qué le habías dicho?

Estuve a punto de inventarme alguna tontería, como que la biblioteca empezaría a cobrarle un alquiler, pero de pronto me di cuenta de que podía ser una oportunidad.

—Que tienes las ideas muy claras sobre cómo eres y lo que te gusta, y que espero que nunca dejes que cambien tu forma de pensar.

—Parece uno de esos discursos tan pesados de los políticos. Deberías haberle dicho que soy muy bueno haciendo solitarios por ordenador. Es verdad, no hay quien me gane.

—Ayúdame a buscar camisas que abriguen —dije.

Había encontrado cuatro, y un abrigo naranja acolchado, cuando vi que Ian daba saltitos hacia mí con un vestido rojo de algodón, de esos de cuello en «U», manga corta y longitud incómoda que se ponen las maestras de tercero. O las bibliotecarias. Probablemente fuera el único vestido de la tienda.

—Deberías comprar esto, por si fuéramos a un restaurante fino.

—¿Como el McDonald's? —pregunté.

Aun así, cogí la percha. Él dejó caer la mochila en el suelo de mi probador. Le dije que nos veríamos fuera en diez minutos.

Me probé las camisas, de manga larga y casi idénticas, menos en el color, rojo, azul, negro y verde. Al verme en el espejo, observé que se me estaba pasando la erupción. Me palpé las pantorrillas, y también habían mejorado mucho; estaban menos calientes, y con menos costras. La culpa, por lo tanto, era de la silla. Se lo diría al doctor Chen si regresaba a Hannibal de una sola pieza. Ya me compraría otra silla, o una de esas bolas enormes de yoga.

En cambio, mi cara era un poema: granos de estrés, ojeras y labios secos y pelados. Tal vez por eso el abrigo naranja me hiciera parecer una presidiaria. Me miré en el espejo para acostumbrarme, imaginando esposas y pesos en los tobillos. Al quitarme el abrigo ya lo sentía mío, así que decidí comprarlo a pesar de que no me gustara especialmente. Era mi forma habitual de enfocar

la compra de ropa: si notaba que algo me iba bien, como si fuera mío desde hacía tiempo, tenía que quedármelo. Caí en la cuenta de que el secuestro lo enfocaba de la misma manera.

De repente me dio un mareo, por los fluorescentes y la exigüidad del probador, y me senté con la cabeza entre las rodillas. La mochila de Ian estaba en el suelo, llena hasta extremos increíbles con su equipo de fugado. No se podía cerrar la cremallera hasta el final, porque sobresalía el palo de su hatillo, ya deshecho. Mientras esperaba a que la sangre me volviera a la cabeza, la abrí y curioseé por la primera capa: una camisa de franela, tres pares de calcetines doblados y su caja del aparato de los dientes, con el número de teléfono en ambos lados, escrito con rotulador morado.

Creo que si en aquel momento actué tan deprisa fue, entre otras cosas, por querer demostrarme que lo habría hecho desde el principio en caso de haber tenido el número de los Drake. Formaba parte de lo que me contaba por las noches para conciliar el sueño. Asomé la cabeza por la puerta, para comprobar que Ian no estaba allí. Después saqué el móvil y marqué a la mayor velocidad posible. Sin embargo, antes de oír el tono ya logré procesar de cabo a rabo el dato de que era un móvil de mi propiedad, localizable y registrado, y de que no tenía la menor idea de qué decirles a los Drake sin empeorar la situación, preocuparlos espantosamente o hacer que en el plazo de un cuarto de hora se nos echara encima la Policía en la carretera. Apreté con tal fuerza el botón de colgar, que me hice daño en el dedo gordo.

Con un boli que encontré en mi bolso, copié el número en el dorso de mi talonario. Sabía que si disponía de un par de horas para reflexionar, y quedaban cabinas de monedas en Estados Unidos, algo se me ocurriría.

Volví a encajar la funda en la mochila, y me levanté para mirar el vestido rojo en el espejo, mientras respiraba más despacio e intentaba reducir las pulsaciones de mi corazón. Di vuelo a la falda con un golpe de cadera.

Compré el vestido y todo lo demás. Debía de sentirme rica. Al ir hacia la caja, estuve a punto de decirle en broma a Ian que el vestido me iría bien si surgía la necesidad de prostituirme, pero me acordé de que tenía diez años.

Al volver al coche, nos encontramos a Glenn fumando el que probablemente fuera su tercer cigarrillo.

—¿No es ilegal? —me preguntó Ian.

—¿El qué, fumar? No.

Se acercó al coche agitando una mano ante la cara y aguantando la respiración.

Yo no había fumado desde la universidad, pero en aquel momento el humo tenía un olor dulce y ligero, con un toque de naranja, y sentí el impulso de poner la boca en la otra punta del cigarrillo de Glenn e inhalar el fuego, las hojas y todo.

En vez de eso, subí al coche con Ian y esperé a que Glenn terminase. Qué responsable soy, pensé. Se me ocurrió que si no me quitaba nunca a Ian de encima sería mi vida durante ocho años, la de madre soltera responsable que se sacrifica para que su niño viva bien. Cada vez me apetecía más fumar.

Dentro del coche, Glenn me contó una anécdota sobre el director invitado con quien había tocado en Chicago: tenía noventa y un años y, en el camerino, por si acaso, tenían preparado el kit desfibrilador. Glenn había sentido auténtico pavor de que los golpes en el bombo le hicieran perder el equilibrio, al pobre hombre.

—Coño, pero qué miedo pasé...

Yo lo miré.

—Mujer, que no será la primera vez que oye la palabra... ¿A que no, Joey? ¿Cuántos años tienes, siete? ¿Ocho?

—Siete —dijo Ian.

Eché un vistazo por el retrovisor. Nunca había visto tan buena cara de póker en un niño.

—¿En serio? ¡Pues qué alto! A mí, cuando tenía siete años, me gustaban las *cheeseburgers*. ¿A ti te gustan, las *cheeseburgers*?

—¡Mmmm!

—Bueno, total, que yo le iba dando al tambor, y de repente miro hacia arriba y me lo veo sudado de los pies a la cabeza. Entonces miro al timbalero, que empieza a mover la boca para decirme algo.

Desconecté de Glenn para oír cantar a Ian, el cual, dejándose de himnos australianos, entonaba «Hava Nagila». Esta probablemente sí que la hubiera aprendido en el cole. A aquel ritmo, al menos la declaración de Glenn podría confundir al jurado: «Señoría, juro que era un niño judío que no pasaba de los siete años, y tenía un tío venezolano».

Paramos a repostar cerca de la frontera con Ohio; había una cabina, pero estaba justo enfrente, y no la podía usar sin que se enterase Ian, así que, en un arrebato de inmadurez, decidí comprarme un paquete de Camel, solo para tenerlo a mano. Me gustó la sensación de guardarlo en el compartimento del bolso, con un mechero nuevo de plástico verde, justo al lado de mi pasaporte,

como un pequeño chaleco salvavidas de nicotina. Ian había ido al lavabo y Glenn estaba llenando tres vasos de Slushees.

Ian tardó casi menos en beberse el suyo que en llegar al coche. Iba en cabeza, dando saltos.

—Me gusta tu amiguito —dijo Glenn.

—¿A que es la monda?

—Sí; bueno, espero que en Cleveland podamos tener algo de tiempo a solas. ¿Has ido al museo de arte?

Gran parte de mi tiempo en el coche había estado dedicado a la búsqueda frenética de tácticas para librarme de Glenn antes de llegar tan lejos. En una película, habría tenido que matarlo, lo cual, inevitablemente, habría desencadenado una serie de otros tres asesinatos, en una espiral de desesperación, y al final sería el más tonto de los detalles, como que me hubiera dejado las luces encendidas en la biblioteca, el que me delatase. Sin embargo, aún no se me había ocurrido ningún plan digno de ese nombre. Lo más sensato parecía cortar. Aún sería mejor inducirlo a la ruptura, y que se fuera por su propio pie. Si era yo quien lo echaba, levantaría sus sospechas, o su sed de venganza.

—Sí, pero la verdad es que no soy muy de museos de arte —mentí. De esa me iba de cabeza al infierno. Entre otras cosas—. No acabo de verles la gracia.

—Pues otra cosa.

Me paré en el aparcamiento.

—Oye, que te quería decir algo... El estreno, el que vi yo... Aquel tan bueno...

—Sí.

—Pues mira, tiene gracia: ¿sabes el anuncio de Mister Proper, el de toda la vida?

—¿Qué?

—Sí, ese donde cantan: «Mister Proper, pura fuerza, ta ta tá ta, ta ta tá ta»... Sabes cuál te digo, ¿no?

—No.

Se rio y sacudió la cabeza, como si no me estuviera oyendo decir que su trayectoria musical era una farsa, sino que lo encontrase simpático.

—Pues es la misma melodía que en tu canción; que en tu obra, quiero decir. La misma.

—Ah, vale.

—No, no lo entiendes.

—Sí que lo entiendo. La misma melodía. Me intentó dar un beso.

—No, escucha: *ta ta tá ta, ta ta tá ta...* ¿No lo reconoces? Desenfocó la vista, como si hiciera un esfuerzo de memoria.

—Mierda —dijo.

Ian, a quien yo había dado las llaves, nos esperaba en el asiento trasero, sacudiendo la caja de zapatos. Cuando entramos, la dejó en su sitio.

—Oye, Tío —dijo cuando volvimos a la carretera—, cuéntanos tu nueva peli, Tío. —Metió un micrófono invisible, en forma de puño cerrado, entre los dos asientos delanteros—. He oído que te enamoras de Julia Roberts.

A Glenn no le hizo gracia. Seguía pensativo, viajando en el tiempo a los anuncios de su infancia, y meditando en su obra musical. Estiró el cuello y se frotó la barbilla. Al no haberse afeitado, tenía pelitos entre grises y blancos, como los de las sienes y las cejas.

—Seño, ¿cómo conociste a Tío, y por qué no dice nunca nada?

Glenn salió del trance y me miró.

—¿Te acaba de llamar «seño»? —dijo.

Contesté antes de que Ian pudiera inventarse algo.

—Su madre da mucha importancia al respeto a los adultos.

Glenn se rio, y se giró para mirar a Ian.

—Ya —dijo—. Muy respetuoso, tío.

—Yo solo respeto a las señoras —dijo Ian.

Ahí quedó la cosa. Incluso al pararnos a cenar en uno de esos restaurantes de cadena, a la entrada de Cleveland, Glenn solo habló para pedir hamburguesa de pavo y espirales de patatas.

La fruición con que engullía Ian su batido de chocolate parecía indicar que no era algo que le dejaran beber normalmente.

—Oiga, señor Tío, ¿sabe que el padre de la señorita Hull tenía una fábrica de chocolate? —Glenn ni siquiera pareció darse cuenta de que se lo decía a él—. Pero seño, no era verdad, ¿a que no? No tiene sentido. Yo creo que lo dijo en broma.

—Me parece que tienes razón.

Yo no le había dado más vueltas, pero lo cierto es que el embotamiento y el mareo que sentía desde la mañana se debían, entre otras cosas, a eso: a que quizá acabaran de estirarme de debajo de los pies la alfombra de mi historia familiar.

—Pero ruso sí que es, ¿verdad? Porque el acento era buenísimo.

Cómo tendría yo la cabeza, que antes de responder con convicción tardé un segundo en buscar en mi memoria y recordar las múltiples conversaciones

fluidas en ruso que había oído entre mi padre y otros rusos legítimos...

En cuanto nos sirvieron, e Ian atacó su bocadillo de beicon, lechuga y tomate, dije que iba al lavabo. Tal como esperaba, en el pasillo del fondo había un teléfono de pago. Metí unas monedas, saqué mi talonario y marqué el número. Sabía que era un riesgo enorme llamar desde donde habíamos parado, pero después de cenar aún haríamos algunos kilómetros, y no podían tener toda la zona controlada a las ocho de la mañana. Independientemente de que se pusieran el señor o la señora Drake, o la mismísima Policía, yo diría lo mismo, lo que tenía ensayado.

Por la tarde, en el coche, me había planteado llamar y decirles que Ian estaba en el museo de arte de Cleveland. Después lo dejaría en la escalera de entrada y saldría pitando para el aeropuerto, a fin de coger el primer vuelo a Puerto Rico, o al sitio más lejano para el que no le hiciera falta pasaporte a Glenn. A él le diría que era un acto de espontaneidad. Después, o bien me escaparía aún más lejos, o esperaría a que me detuviesen. De todos modos, si he de ser sincera, no era un plan serio. No estaba dispuesta a ir a la cárcel, ni a marcharme del país, ni a que le echaran la culpa de algo a Glenn. Además, ¿de qué habría servido todo si me limitaba a despachar a Ian sin que estuviera preparado, sin haberlo dotado de alguna fuerza mágica para hacer frente a los siguientes ocho años de su vida? Por muy accidental que hubiera sido todo, algún sentido tenía que tener...

Opté, pues, por dos frases tranquilizadoras muy medidas. Estaba preparada para que se pusiera incluso el pastor Bob. Para quien no lo estaba era para Ian. A la cuarta señal se oyó su voz gangosa, inconfundible.

—¿Diga?

Casi estampé el teléfono en su base, aunque al final logré evitarlo.

—¿Diga? Somos los Drake. Deja un mensaje para los Drake, por favor.

Entonces sí colgué, pero con suavidad. Me temblaba todo el brazo hasta el hombro, con auténticos espasmos. Tenía razones lógicas para colgar, empezando por que no reprodujesen y analizasen mi voz, y la pusieran en las noticias, pero lo principal es que sentí que dejarle un mensaje al propio Ian. —Que en cierto modo era lo que parecía— sería una traición peor que limitarme a decirle al señor Drake, con rapidez: «He visto a su hijo; está en buenas manos, y pronto volverá a su casa». Una traición para la que no me había preparado.

Volví a la mesa con una rabia irracional contra los Drake, por no estar en casa. ¿Habían salido a cenar? Probablemente estuvieran de oración comunitaria, de vigilia con velas, pero bueno... ¿Y si el que llamaba fuera el

propio Ian y se les hubiera pasado la ocasión? A menos que filtrasen sus llamadas, hartos de buenos deseos y ofrecimientos de comida. De todos modos, me vino bien tener una razón para enfadarme con ellos, además de la del pastor Bob. Buscaba todas las justificaciones posibles.

Ian había clavado los cuatro palillos rematados con un adorno en un cuarto de su bocadillo, y estaba explicando su Sinfonía Definitiva a Glenn, que ponía cara de sufrimiento.

—Y lo que aún sería más guay sería alquilar una sala muy grande, o un estadio, o algo así, y repartir cien relojes Big Ben por todas partes, y que tocasen todos a la vez; aunque tendría que estar informatizado, ¿no? Porque si no, con que metiera la pata un solo tío sonaría fatal. ¿Sería ilegal, usar el tema de Big Ben? ¿Tú crees que me denunciarían?

En vez de responder, Glenn hizo señas a la camarera y se pidió un martini. Yo protagonicé un valiente esfuerzo por cambiar de tema.

—En la orquesta de mi instituto había una chica que una vez se quedó dormida en medio de un concierto. Tocaba la flauta. Apoyó la cabeza en el atril y se quedó en babia.

Iba drogada, por supuesto, pero consideré que así la anécdota era más interesante. Ian se pasó el resto de la cena fingiendo ser narcoléptico.

Al salir, cogió dos puñados de pastillas de menta rojas y blancas del mostrador y se los metió en los bolsillos. Yo me pregunté si en caso de emergencia alcanzarían para subsistir.

Glenn pensaba que dejaríamos a Ian por la noche en casa de su abuela, pero le expliqué que se quedaría con nosotros en el hotel, porque su abuela no lo tendría todo preparado hasta la mañana siguiente. En recepción pedí tres habitaciones. Glenn no me lo impidió. Le haría falta un sitio donde dormir lejos de mí, suponiendo que yo consiguiera romper con él aquella noche. Fui a mi habitación para lavarme los dientes y planear el ataque, pero antes de que pudiera escupir el dentífrico, ya se oyeron los golpes de Glenn en la puerta.

—¿Sí? —dije.

Pasó a mi lado y se sentó al borde de la cama, sobre el edredón de flores de melocotón.

—Lucy —dijo—, ¿qué coño pasa?

Yo giré la silla del escritorio hacia la habitación y me senté.

—Su madre está muy enferma —dije—. ¿Por qué lo preguntas?

Sacudió la cabeza, como si quisiera sacarse agua de las orejas.

—Me he puesto a pensar, ahora, en mi habitación, y cuanto más lo pienso más raro me parece. Para empezar, vas a Chicago y no te llevas ni una muda.

El niño se va a vivir con su abuela. Sí, muy bien, pero es que solo se trae una mochila.

—Solo se quedará una o dos semanas —dije yo.

—¿Sin libros del cole? ¿Y por qué no llama a su madre?

Me levanté.

—¿Qué te crees, que esto es una novela policíaca? Pues no tiene nada de fascinante. Además, seguro que la llamará desde su habitación.

—Encima —dijo él, como un fiscal que tiene acorralado a su testigo—, durante la cena has dicho «una chica de mi instituto». Creía que habías dicho que su madre iba a Latin, pero entonces habrías dicho «nuestro instituto», o «Latin» a secas.

—¿Qué pasa, que colaboras con la Policía? No digas tonterías.

Se tumbó en la cama, como si fuera suya, y se quedó mirando el techo.

—¿Qué pasa, que es hijo tuyo, o qué?

Prácticamente grité, más de alivio que de enfado. Casi me reía.

—¿Te crees que es mi hijo?

—Tendría su lógica. Puede que viva con tus padres y lo hayas pasado a recoger para llevarlo con su padre. No sé.

Ahora sí que me reía; tanto, que tuve ganas de tirarme en la cama, pero me senté en la silla para no hacerlo junto a Glenn.

—¿Te crees que a sus sesenta años mis padres crían a mi hijo mientras yo tengo la ocurrencia de vivir en Hannibal? ¿Y que lo he mantenido en secreto mientras salía contigo? ¿Y que él me llama «seño»?

Se apoyó en los codos, con una expresión enfurruñada de crío con rabieta. ¡Pero si estaba celoso!

—Pues entonces, ¿de qué coño va la cosa?

—Glenn, que esto no es ningún *thriller* —dije—. Lo único dramático es que su madre está grave. Mira, si tan nervioso estás, igual es que nos hace falta un respiro. Quizá sea mejor que mañana nos dejes hacer lo nuestro a los dos solos, y tú te vayas al museo de arte mientras yo dejo al niño con su abuela.

—Sí —dijo él—; sí, probablemente sea lo mejor. Vaya, que entro con vosotros en la ciudad, y luego me tomo un tiempo para despejarme la cabeza.

Faltaba encontrar el modo de romper definitivamente el día siguiente, pero no estaba mal, para empezar. Se levantó y salió de mi habitación sin darme las buenas noches. A mí ya no me preocupaba el bombardeo de preguntas al que pudiera someter a Ian. Tuve la seguridad de que estaría todo el viaje de morros, más niño de diez años que el auténtico niño de diez años.

Al querer abrir la ventana, no pude. Sin embargo, como era una habitación de fumadores, encendí el primer cigarrillo del paquete y me senté en la silla, lo más lejos posible del edredón, que era inflamable. Se me había olvidado que el humo casi puede quemarte la garganta, y que inhalas algo muy caliente. La habitación se dibujó con más claridad, suave, palpitante. Sentí un hormigueo en los dedos y los pies. Lo increíble es que al encender la tele me salió la película de *El fugitivo*. Vi la segunda mitad, imaginando lo que podría haber pasado si Ian y yo no hubiéramos decidido llevarnos a Glenn, sino correr por todo Chicago, cruzar el río teñido de verde y escondernos en los rascacielos. Me quedé dormida y soñé con la escena imaginada.

21 ELIGE TU PROPIO FIASCO

Estás sola en un hotel que no conoces. En la habitación de al lado duerme Ian, un niño a quien has secuestrado sin premeditación. Os alojáis en el mismo pasillo que Glenn, que empieza a sospechar. Debajo de tu cama hay una caja de zapatos que puede contener cualquier cosa. Te esperan en Pittsburgh. Si optas por fugarte en plena noche, ve al punto 1. Si optas por quedarte, ve al punto 2.

- 1. Te escapas a pie, dejas el coche para que a Glenn le sea más fácil entregar a Ian a las autoridades. Llegas al aeropuerto de Cleveland en autostop y te plantas en el mostrador de venta de billetes con el dinero de tu padre en la mano. Si decides coger un vuelo a Alaska, ve al punto 3. Si eliges San Luis, Misuri, ve al punto 4.*
- 2. Por la mañana te despiertan los golpes en la puerta de Glenn, que viene con dos inspectores de la Policía y un reportero de la NBC local. No tienes escapatoria. Si optas por seducir al reportero de la NBC y fugarte con él a Alaska, ve al punto 3. Si optas por dejar que te esposen, ve al punto 5.*
- 3. Resulta que Alaska, en marzo, es un lugar bastante frío. Te acuerdas de tu abuelo, que desapareció en la estepa siberiana. De pronto te das cuenta de que se acerca un hombre por la tundra. Es tu abuelo, que te llama en ruso. Si optas por abrazarlo, ve al punto 6. Si te entra pánico y decides coger un vuelo de vuelta a Misuri, ve al punto 4.*
- 4. El aeropuerto de San Luis es un hormiguero de policías. Tu foto está en todas las paredes. En tu ausencia han devuelto a Ian a su familia, y lo están entrevistando en el Today Show. Hay un hombre con uniforme y un cartel, en el que pone HULL. Si lo acompañas, salta al punto 7. Si levantas las manos y te rindes, ve al punto 5.*
- 5. Te reducen la condena a cambio de delatar a tu padre y su caja de zapatos llena de plutonio. Tus años en la cárcel no son agradables, pero al menos lees mucho, y no tienes que aguantar que Lorraine te*

pregunte por qué llevas la blusa arrugada. Podría haber sido peor. Fin.

6. *Tu abuelo está muerto, y tú también. Has pasado al otro lado, que guarda un notable parecido, por su aspecto y su ambiente, con un gran campo nevado. Suerte que llevas el abrigo naranja acolchado. Fin.*
7. *Te vas con el chófer, y cuando se quita la gorra te das cuenta de que es el hombre más guapo del mundo. Te invita a su segunda residencia en Alaska. Si aceptas, ve al punto 3. Si le ordenas que te lleve a casa de Ian, ve al punto 8.*
8. *Ian no se alegra tanto de verte como esperabas. Atún, el conejillo de Indias, enseña los dientes, y Larry Drake te pone en el punto de mira de su escopeta. Después de que te detengan, Janet Drake hace ostentación de su caridad cristiana ante el mundo convenciendo al juez de que en vez de meterte en la cárcel te condenen a cinco años de terapia de rehabilitación con el pastor Bob. Los cinco años empiezan mañana. Fin.*
9. *Tanto esfuerzo ha dado sus frutos. El tesoro que encontraste en Florida vale millones, y el ruido de la calle resulta ser un desfile en tu honor, con lluvia de confeti. La adopción de Ian por Tim y Lenny ya es oficial, y pronto acabarán la biblioteca Hull. ¡Enhorabuena!*

22 PODRÍA NO TENER LENGUA

Por la mañana nos metimos todos en el coche con donuts, café y zumo de naranja de la mesa de la recepción. Mi camisa roja nueva me hacía sentirme dentro de un capullo limpio y blando. Glenn no hacía otra cosa que mirar por la ventanilla. En la parte trasera, Ian parecía dormido, pero después de unos kilómetros de carretera dijo:

—Ya tengo ganas de que se vaya Tío. Así podré sentarme delante.

—Ni hablar —dije yo, aunque no sería la primera vez que le dejase hacerlo, aspecto que esperé que no sacase a colación justo en aquel momento.

—Eres demasiado bajo —dijo Glenn—. Mira lo que pasaría.

Se subió el cinturón y fingió que se le clavaba en el cuello al ser arrojado hacia delante. Hizo ruido de que se ahogaba, con la lengua fuera.

—Pues mi madre me deja, si me pongo el cinturón detrás de la cabeza —dijo Ian—. Además, estoy en un percentil muy alto de estatura. Mira, esto es del verano pasado, y ya medía un metro treinta y siete.

Al pensar en qué podía darle a Glenn que fuera del verano anterior, me acordé del pase de la piscina, donde ponía su nombre en la parte superior, junto a «Piscina pública de Hannibal» y una foto teñida de naranja, con el pelo mojado, las gafas empañadas y gotas de agua en los hombros. Lo tendía entre los dos asientos, en espera de que Glenn lo cogiese.

Di un bandazo e invadí el carril de la derecha. No lo hice a posta; solo fue el resultado de intentar dar un manotazo al pase y apartarlo de Glenn sin soltar el volante. No chocamos con nadie, aunque esquivamos por los pelos a un Jeep que nos seguía a un par de metros por el carril derecho. Al volver a la normalidad, respirábamos los tres demasiado deprisa, e Ian gritaba. Durante cinco segundos dejamos un rastro de bocinas coléricas, como si el resto de los conductores erigiese muros de sonido para controlarnos y evitar otro desvío.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo Glenn.

—Por favor, no digas palabrotas delante de Joey —dije yo.

Cogió una servilleta de papel y se limpió la mancha de café de su zapato blanco. Al mirar por el retrovisor, vi que Ian estaba cerrando la cremallera de su mochila. Hizo una mueca, en señal de que era consciente de lo que había hecho, y de que ya tenía guardado el pase.

A continuación puse la radio y subí el volumen hasta el límite que parecía natural a esas horas de la mañana. Ya estaba harta de todas las canciones que se repetían en las rotaciones de los pinchadiscos. Cuando tenga noventa años y me pregunten qué canciones estaban de moda aquel mes de marzo, aún podré cantarlas.

Hacia las once y media frenamos delante del museo de arte, y Glenn sacó la bolsa del maletero como si yo se la hubiera robado. Salí para ayudarlo. Ian se quedó en el asiento de atrás, con un libro de rompecabezas en tinta invisible.

Seguía sin saber cómo librarme de Glenn. Los cigarrillos de la noche me habían provocado ardor de garganta.

—Oye —dije—, que no sé cuánto tardaremos.

—Vale.

—Lo digo porque puede ser que tenga que quedarme con ellos. Además, si quieres que te diga la verdad, si vuelvo a Chicago será para ayudar a mi amiga. Es posible que necesite un trasplante de médula ósea, y me estoy planteando hacer una prueba de compatibilidad.

Ni Glenn había llegado a preguntar qué le pasaba exactamente a Janna Glass, ni Ian le había explicado la versión de la película de la semana.

Suspiró y fijó la vista encima de mi hombro.

—Mira, no compliquemos más las cosas. Lo más seguro es que me pueda quedar en casa de unos amigos que tengo aquí. Ahora mismo estoy de un rollo un poco raro. ¿Y si dejamos el fin de semana romántico para cuando no estés haciendo de canguro?

—Buena idea. ¿Me llamas tú?

No me podría haber salido mejor: de momento, Glenn se quedaba lejos de Misuri, y no me odiaba del todo.

—Vale. —Se echó la bolsa al hombro y me dio un beso en la mejilla—. No te metas en problemas. Ni conduzcas a lo loco.

Desapareció por la puerta del museo.

—¿Puedo volver a sentarme delante? —preguntó Ian cuando entré—. Ya soy bastante alto, en serio...

Estaba demasiado agotada para negarme. De hecho, fue un alivio no tenerlo sentado junto a la caja de zapatos de mi padre. Yo, por la mañana, la

había metido debajo del asiento del conductor, tras pasar la noche con ella en la cama, pero desde entonces Ian la había usado como mesa portátil para su libro de tinta invisible, y ahí seguía, en medio del asiento trasero. Tal vez así pareciera menos sospechosa. Más que inquietud por que le pudiera pasar algo al contenido, lo que sentía yo era pavor de que alguien, viendo al pobre y triste perro, intuyera lo que había dentro de la caja, y me pusiera las esposas, no por el delito que había cometido de verdad, sino por los de mi padre.

Una hora después, y una hora más cerca de Pittsburgh, Ian estaba componiendo en voz alta una canción titulada «Estados que se pueden decir sin cerrar la boca».

—¡Oh, Iowa, Ohio, Oahu, Hawái! —cantaba—. ¡Oh, yeah! ¡Ajá! ¡Hey! ¡Ua, Hawái, uau!

Quitó los pies del salpicadero y me miró.

—¿Tú crees que podría usar erres? En el fondo no cierras la boca. La lengua no toca nada, sobre todo si tienes acento inglés.

—Por supuesto —dije yo—. Está clarísimo.

—*Where are you, Ohio?* —cantó con acento británico—. *Oh, here! Oh, Iowa, Ohio, Oahu, Hawái!*

Quitó una mano del volante para aplaudir en mis vaqueros.

—¡Es genial! —dijo él—. ¡Podría no tener lengua, y no pasaría nada!

El comentario me recordó lo que había dicho Sophie Bennett: que era el tipo de niño a quien le iría bien en cualquier circunstancia. Aunque, claro, en el fondo no debía de creérmelo; si no, ¿qué hacía tan lejos?

Con Glenn fuera del coche, y con mi adrenalina mitigada hasta tal punto por la monotonía de la conducción que casi podía pensar linealmente, me pareció que tenía que intentar hablar en serio con Ian. Quería decirle algo útil y profundo, que pudiera recordar cuando yo estuviera en la cárcel. ¿Que me arriesgaba a disgustarlo tanto que me delatase? Pues qué se le iba a hacer. Mejor eso que haberlo hecho todo en balde.

—¿Sabes qué? —dije, por alguna razón estúpida e incomprensible—. Los primeros bibliotecarios de verdad eran monjes y monjas. Copiaban libros a mano y los guardaban en el monasterio.

—Ah. —Su pie volvió al salpicadero. Lo bueno de los niños de diez años es que no se alteran por incongruencias—. ¿Por eso los bibliotecarios están tan callados? ¿Porque los monjes no podían hablar?

—Puede ser. No se me había ocurrido.

—¿Por qué no hablaban los monjes?

—Por motivos religiosos. La razón exacta no la sé.

—Pero la Biblia nunca dice que no se pueda hablar. Eso lo tengo clarísimo.

—Yo creo que por un lado les gustaba así; les gustaba vivir en las montañas, en un sitio tranquilo. —Mi cautela rozaba lo ridículo; estaba intentando entreabrir la caja de Pandora sin que se me derramase por la acera —. De hecho, nunca se casaban.

Optaban por vivir con otros monjes, o con otras monjas. Eso se ha hecho desde hace mucho tiempo: decidir no casarse y vivir con amigos. Antes se tenía que ser monje o monja, pero es una vida muy dura. Hoy en día la gente lo hace solo para ser feliz.

Inclinó al máximo el respaldo de su asiento.

—¿Y si entraban visitantes en la biblioteca, no podían decir nada?

—No creo que hubiera visitas, la verdad. Lo único que hacían los monjes era guardar los libros. A veces los encadenaban a las estanterías, para que no los robase nadie.

—¿Por lo valiosos que eran?

—Exacto. Tenían muchas letras pintadas en miniatura, y se tardaban meses en copiarlos.

—Yo, si copiase un libro, siempre pondría alguna palabra mía, o un mensaje secreto. Sobre algún secreto enorme, pero enorme de verdad. ¿Tú crees que ellos lo hacían alguna vez?

—Puede ser. Seguro. ¿Qué tipo de secreto?

—Sobre un tesoro. Creo que me gustaría ser monje.

—Yo creo que hablarías demasiado.

Intenté discurrir otro enfoque, pero unos minutos después Ian dormía en el asiento reclinado.

23 UNA LUZ, DOS LUCES, LUZ ROJA, LUZ AZUL

Mientras conducía, elaboré una lista mental de todas las personas que podían vincularme a la desaparición de Ian. Como llegase algún indicio a las autoridades, una simple llamada anónima, no faltarían testigos entre los que elegir. Mi padre sabría mentir por mí, pero mi madre se armaría un lío, y a saber qué haría Glenn. Loraine, por descontado, reconocería el nombre de Ian en los carteles o periódicos, pero no sabía cuánto tiempo había pasado conmigo. Tim, mi casero, se habría dado cuenta de mi ausencia, pero de Ian no sabría nada. Me di cuenta de que era conveniente llamarlo y decirle que no estaba en el pueblo. Otro motivo de inquietud era Sophie Bennett, la maestra. Estaba al corriente de mi preocupación por Ian, pero conocía bastante a la familia para suponer que lo habrían encerrado en algún sitio. Probablemente se muriera de ganas de contármelo, y anduviera preguntando por mí en la biblioteca. Si se ponía a hablar con Rocky, y él le decía que había desaparecido, sería lo peor. Pero con Rocky no habla nadie.

Rocky podía deducirlo fácilmente por su cuenta. Tal vez ya lo hubiera hecho. Por alguna razón, sin embargo, no me preocupaba. ¿Por qué? Mi estómago dio un vuelco al decir: «Porque está enamorado de ti».

Aprovechando que Ian estaba en el lavabo de una gasolinera, fui al pasillo de los aperitivos, saqué mi móvil y marqué la extensión de la planta de abajo de la biblioteca, sabiendo que se pondría Sarah-Ann. Así fue.

—Solo llamo para ver qué tal —dije.

—¡Ah! —Me la imaginé en la silla, rodeada de libros que no sabía colocar en las estanterías, y leyendo una revista de las de arriba—. ¿Ya has vuelto?

—No, todavía no; creo que tardaré unos cuantos días. Mi amiga está muy enferma, y la estoy ayudando con sus hijos. Es peor de lo que pensaba.

—¡Cielo santo! ¡Bueno, pero seguro que les vienes como caída del cielo!

—¿Te podrás ocupar un tiempo tú de todo?

—Sí. Bueno, hemos tenido que volver a montar el ordenador, porque empezó a hacer cosas raras, pero ahora ya va bien. ¡De maravilla, chica!

No me molesté en imaginarme lo que significaba.

—La hora de lectura es el viernes a las cuatro y media —dije.

—¿Ah, sí? ¡Vaya por Dios!

—Sí. *Los incursores*, de Mary Norton; aquella historia de unos personajes pequeños que roban cosas. En principio debería estar en el primer cajón de la izquierda.

—¡Yo solo veo grapas!

—Ese es el de la derecha. Mira en el de la izquierda.

—¡Ah, sí! ¿Por dónde empiezo?

—Pues justo por donde está el punto.

—Oye, Lucy creo que deberías hablar con Rocky. Ha intentado localizarte varias veces. ¿Ya habéis podido hablar? Era por algo importantísimo. ¿Te paso con el piso de arriba?

—No, ya lo llamaré. Dile que lo llamaré muy pronto.

Colgué y compré unas oreos y una caja de tampones.

Cómo correr como un niño de diez años:

1. Balancea los brazos con fuerza, como si boxearas en el aire.
2. Levanta mucho las rodillas. No te olvides de que el objetivo principal no es avanzar.
3. A cada paso, grita la palabra «¡CORRE!».

Al volver al coche, le dije a Ian que teníamos que parar en Pittsburgh, pero que a partir de entonces tendría que ser él quien decidiera el recorrido. Estábamos usando mi navaja del ejército suizo para untar mantequilla de cacahuete en las galletas saladas de la mochila de Ian. Vimos cómo se rascaban el trasero los viajeros que entraban continuamente en la Shell.

—Estoy cansado de decidir.

—Ya, pero es tu viaje. Si no me dices adonde tengo que ir, te llevo a casa.

Casi me sentí como si lo dijera por razones legales, como si en los tribunales lo pudieran aceptar como defensa. ¡Yo nunca lo he llevado a ningún sitio que él no me dijera, señorita! ¡Salvo para una pequeña entrega mañosa en Pittsburgh!

Ian hojeaba el mapa con la misma rabia que unos meses antes, al pasar las páginas de *Arándanos para Sal*.

—¿Por qué siempre me echas la culpa de todo?

—Yo no creo que tengas la culpa de nada. ¿Qué quieres decir?

—Que me obligas a hacer todo lo malo. Decir adónde vamos. Tú nunca has hecho nada malo. Lo he hecho todo yo.

—Mmmmm.

—Pero la verdad es que la peor eres tú. Eres la secuestradora.

Se estaba aguantando la risa.

—Yo creo que me has secuestrado tú a mí —dije yo—; y ahora, o eliges un sitio, o lo elijo yo; y el que elegiré será Hannibal, Misuri.

Cerró el libro y lo abrió al azar.

—Vermont. —Estaba en medio del libro, en la página de New Hampshire—. Además, de ahí son los Green Mountain Boys^[5]. De eso sé un montón. Antes eran un país. Los únicos que eran un país eran ellos y Texas. Ah, y Hawái.

Temí que se embarcara otra vez en su canción, pero su estado de ánimo parecía haber virado de nuevo hacia la seriedad. Vermont estaba muchísimo más lejos de lo que quería ir yo. Aun así, parecía una desembocadura tan lógica como cualquier otra para aquel río demencial. La mitad del camino la haríamos por inercia, como mínimo.

—Vale, pues ponte el cinturón —dije.

—Además, ahí sí que vive mi abuela.

Algunos de los miles de preguntas a las que tienes que enfrentarte al transportar por el país a un niño de diez años y una caja con materiales ilegales: ¿El código penal difiere en función del estado donde te detienen, o queda todo bajo jurisdicción estatal, y por lo tanto da lo mismo? ¿El estrés prolongado y la vida de fugitivo no serán más perjudiciales para la psicología infantil que tener una madre evangelista, anoréxica y dominante? Si fueras un cíclope, ¿de qué color querrías tener el ojo? Si te hicieran una operación para quitarte todas las uñas de los dedos, ¿volverían a crecer con el paso del tiempo? ¿Es posible que el dinero en efectivo de tu padre mañoso lo controlen las autoridades, y que en estos momentos la Policía esté siguiendo tu pista entre gasolineras y franquicias de *fast food* con la esperanza de detener a un tal Dimitri *el Guante*? ¿Qué sale si cruzas una albóndiga y un elefante?

De pronto, al anochecer, a treinta kilómetros de Pittsburgh... luces rojas, luces azules y una sirena que sorprende por su suavidad. Frenamos. Íbamos por una carretera secundaria, la ruta más paisajística.

—Dispara, dispara, dispara, dispara, dispara —susurró Ian muchas más veces, mientras veíamos por el retrovisor que la agente hablaba por su radio.

Suerte que Ian volvía a estar en el asiento trasero, al que se había subido a

media tarde, para estirarse. Yo, de momento, no había dicho ninguna palabrota en su presencia, al menos que llegara a sus oídos. Tampoco lo hice esta vez. Después de mucho tiempo, la agente se acercó a mi ventanilla con esa manera de caminar que tienen todas las mujeres policía, separando las piernas. En este punto, normalmente les digo con exactitud lo que he hecho mal, que suele ser no pararme del todo en un *stop*, y mi sinceridad me ha valido diez avisos y ninguna multa. Decidí no utilizar esa estrategia.

—¿Sí? —dije.

Tenía el pelo corto y rizado. Reconocí el olor a menta de su chicle. Habría querido intercambiar mi vida por la suya.

—¿Sabía que lleva apagada la luz de freno izquierda?

—No —dije, con el mismo tono que si me hubiera dado un collar de brillantes—; no, no me había dado cuenta.

—Mamá, ¿quién es esta señora que da miedo? —dijo Ian en el asiento de atrás. Yo intenté lanzarle una mirada de advertencia por el retrovisor—. Tengo miedo, mamá.

—Lo siento mucho —dije—. Muchas gracias por avisarnos. Me lo pueden arreglar en un taller, ¿verdad? Lo digo porque no somos de este estado, ya lo ve; estamos de viaje y necesitamos que nos lo reparen enseguida. Mañana por la mañana.

La Policía mascó el chicle, a la vez que miraba el interior del coche. Teniendo en cuenta la cantidad de leyes que habíamos infringido, parecía mentira lo poco sospechosos que parecíamos.

—Le voy a poner un aviso —dijo—. Bienvenidos a Pensilvania.

—¡Visitaremos la Campana de la Libertad! —gritó Ian, pero ella ya había vuelto a su coche para llenar el formulario.

Justo cuando suspiraba de alivio, me di cuenta de que ahora existía un registro informático de nuestra presencia en Pensilvania en esa fecha. Me pregunté si en el parte hacían constar el número y edad de los ocupantes del coche, de la misma manera que anotan la marca y el color. Una vez más, me alegré de no haber cogido el Mercedes de mi padre. A saber qué habría salido en el escáner de la Policía...

La agente me entregó el aviso y nos fuimos. El cielo se había oscurecido durante la parada.

—Ni siquiera te ha gritado —dijo Ian—. Mi madre lo sabe hacer mucho mejor.

Era la primera vez que mencionaba directamente a sus padres desde el principio del viaje.

—No era un aviso de ese tipo —dije yo, aunque en aquel momento quizá me hubiera sentado bien que me gritasen.

24 TÍPICAMENTE LABAZNIKOV

Cuando llegamos a la urbanización donde vivían Leo y Marta Labaznikov, ya eran más de las siete.

—Labaznikov —entonó Ian en el asiento—. La-baz-ni-kov, La-baz-ni-kov. Un Labaznikov, por favor.

Era un pueblo deprimente, una serie de casas de mediados del siglo xx construidas a partir de cuatro o cinco planos, como si pensaran que cambiando de lado la chimenea pasaría desapercibido que básicamente eran todas iguales.

—Sí, a mí póngame el Labaznikov especial con suplemento de mostaza. Le pegué un tiro en la cabeza con un Labaznikov.

Encontré la casa y aparqué detrás de un BMW rojo y otro negro, relucientes gemelos fraternales que desentonaban bastante en un camino de entrada tan pequeño. Conocía a los Labaznikov de varias fiestas, para las que me habían embutido en disfraces, y durante las que había corrido por debajo de las mesas con quince niños más, todos los cuales hablaban entre sí en un ruso perfecto. Por mi parte, sabía unas diez palabras, y la mayoría tenían relación con la comida. Mi única frase completa era *Ya negovoryu po russki*: «No hablo ruso».

Al estirar el brazo hacia atrás para alcanzar la caja, me di cuenta de que Ian se estaba desabrochando el cinturón.

—Tú quédate aquí —dije—. Tardaré unos treinta segundos.

—¡Tengo que hacer pipí! —Abrió su puerta—. ¡Además, siempre he querido conocer a un Labaznikov de verdad, en persona!

Al funcionar con medio cerebro, se me confundieron las mentiras; mejor dicho, me olvidé de la primera mentira, dicha a mis padres, de que solo estaba vigilando a Ian en Chicago, y de que me iba yo sola hacia el este para ver a unos amigos de la universidad. Me acordé cuando casi tenía el dedo en el

timbre. Entonces empecé a decirle a Ian que si me esperaba en el coche pararíamos en el primer servicio.

Demasiado tarde. Marta Labaznikov abrió la puerta y efectuó el gesto de bienvenida, consistente en echarse hacia atrás y abrir los brazos, que solemos asociar a las versiones cinematográficas de las mujeres italianas de cierta edad. Cuanto más tiempo pasaban los amigos rusos de mi padre en Estados Unidos, más afectadamente europeos se volvían.

—¡Lucy! ¡Con lo pequeña que eras! —exclamó. Si hubiera tenido sobrepeso, me habría ofendido, pero era una simple constatación del milagro de que ya no tuviera siete años—. ¡Y este es el pobre niño sin madre!

Envolvió a Ian en un abrazo que debió de ser asfixiante. Marta no era una mujer menuda. Tuve curiosidad por saber si mi padre se había limitado a contarle lo de Ian, y ella deducía que era el mismo niño, o bien mi padre había sabido o adivinado que Ian seguiría acompañándome, y le había dicho que seríamos dos. En cualquier caso, me di cuenta de que no saldríamos de ahí rápidamente, lo cual habría estado muy bien de no ser por el denso olor a producto químico del aire, parecido a arena de gato, pero más intenso. De repente se me hizo un nudo en la garganta.

Leo apareció detrás de su esposa, con el mismo gesto de mujer italiana. Me sorprendió lo arrugado que estaba y las manchas de color marrón claro que cubrían su cabeza. Tuve ganas de exclamar, como una abuela rusa: «¡Pero qué viejo estás!».

Leo avanzó con rigidez por el pasillo, señalando con un dedo de nudillo hinchado a Ian, que por fin se había podido despegar del seno de Marta.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo.

Ian puso cara de sorpresa, y por primera vez desde que nos habíamos fugado, de auténtico miedo.

—¿Qué tienen en común los muebles y una frase?

—¡De esa me acuerdo! —dije yo, más que nada para tranquilizar a Ian.

La principal manera que tenía Leo de relacionarse con los niños eran las adivinanzas. En las fiestas de cumpleaños de mi padre, siempre venía y me decía: «¿Qué vegetal es dos veces animal?», y yo contestaba: «¡El repollo!». Siempre parecía sorprendido de que supiera contestar. Esta vez, Ian me miró con una mezcla de alivio, por que Leo no le estuviera interrogando, y de perplejidad, por no haber entendido mis palabras.

—¡Que los dos tienen períodos! —dije yo.

Ian se rio.

—¡Ah, ya lo entiendo! ¡En el sentido de los muebles de época!

Es posible que fuera el primer niño de la historia en comprender el chiste.

Abracé con precaución a Leo, y después de quitarnos los abrigos, le di la caja de Hush Puppies. Él, en vez de abrirla, se quedó mirando el perro de la tapa.

—¿Quién puede tener ganas de mirar a un perro tan triste? —preguntó.

Dio una palmada a la tapa y dejó la caja en la mesita de centro de la sala de estar.

—¡Bueno —dijo Marta—, pues ahora a comer! Leo, ocúpate del *tour* mientras yo preparo la mesa.

Resultó que no me opuse. Leo nos llevó al comedor, doblando un poco la rodilla izquierda a cada paso, como si la tuviera de metal oxidado.

—Esta es Anya —dijo al detenerse ante el aparador de las fotos con marcos de plata, refiriéndose a la de una adolescente con un peinado años ochenta y una blusa turquesa—. Qué guapa, ¿eh? ¿Te acuerdas? —Me acordaba, sí: teníamos la misma edad, y recordé haber oído hablar a mis padres sobre su adicción a las drogas y su fuga de casa—. ¡Ahora tiene dos críos! Uno de cinco y el otro de dos. ¡Dos niños! ¡Y sin marido! —Ian miraba de reojo la foto del borde del aparador—. ¡Y esta es la pequeña *Dora*! —exclamó Leo.

Ian cogió la foto. Era un retrato de estudio de un hurón cuya cara lo llenaba casi todo, sobre un fondo azul moteado. Yo miré la pared para no reírme.

—¿Es vuestra? —dijo Ian, acercándola mucho a su cara.

—Murió en 1998. Esta aún la tenemos. Es *Clara*. —Leo señaló otra foto, donde aparecía Marta con un hurón en la mejilla—. Y aquel *Levi*, y esta *Valentina*.

Me di cuenta de que casi la mitad de las fotos del aparador eran de hurones, o retratos de familia con un hurón en el regazo de Leo, como una bola peluda. Olía a eso: a hurones, y a productos relacionados con ellos.

—Cuando Anya tenía trece años le encantaban los hurones. Por eso desde entonces siempre hemos tenido alguno. A esa edad, Anya era muy triste, y escribía unos poemas muy bonitos. Ya os los enseñaré. Total, que teníamos que animarla, y acabamos teniendo hurones.

—Los adolescentes son muy peligrosos —dijo Ian.

Leo le dio una palmada en la espalda.

—¡Me gusta este chaval! —exclamó.

El inglés de Leo era considerablemente más fluido que el de mi padre, pese a haber llegado a Estados Unidos en la misma época y procedentes del

mismo pueblo. La hermana mayor de Leo había hecho de canguro de mi padre, además de haber sido su primer y no correspondido amor.

Tras mostrarnos la planta baja, Leo se llevó a Ian al sótano, para enseñarle los hurones. Yo me abstuve, ofreciéndome a ayudar en la cocina a Marta, que estaba haciendo espaguetis con albóndigas y pan de ajo. Solo faltaba que me acusara de estar demasiado delgada y me llamase *cara*.

—Dice tu padre que el niño se ha quedado sin madre —comentó mientras lavaba lechuga en el fregadero, levantando la voz, por el ruido del agua.

—No, no exactamente; su madre se ha intentado suicidar, pero ahora está bien.

Marta sacudió la cabeza.

—Tarde o temprano lo consiguen. Tampoco es tan difícil. Qué país de locos, con gente que se quiere matar... En otros países la gente lucha cada día por sobrevivir, corre entre balas y come cinco porcioncitas de arroz al día; en cambio, aquí la gente dice: ¿Qué, seguir viviendo yo en este país tan bonito, donde hay tanta comida? No, gracias, no es para mí.

Yo estaba segura de que el país que inventó la ruleta rusa no andaba corto de suicidas, pero no era el momento de decirlo.

—Qué triste, ser huérfano en América... —dijo ella—. Pero bueno, seguro que lo adoptan. Los niños blancos siempre tienen a alguien que los quiere adoptar.

Removí atónita los espaguetis y al final logré explicarle que íbamos a Vermont, para que Ian se quedara en casa de su abuela.

—Ha sido un cambio de planes —dije—. Por eso no lo sabían mis padres. Es un paso positivo. La abuela es una mujer muy estable y muy capaz.

Al cabo de un minuto llegó Ian y me enseñó orgulloso las tres marcas rojas que le había dejado *Valentina* al morderle el pulgar.

—Lávatelo. —Le dije—. Con jabón.

No quería imaginarme lo que sería Ian con la rabia.

Poco después estábamos sentados en el comedor, y el olor a ajo disimulaba el de hurón, afortunadamente. Todos nos callamos cuando Leo levantó solemnemente las manos sobre la comida y cerró los ojos.

—Como decimos en el Viejo Mundo —entonó con voz de sacerdote—, no os atragantéis.

Ian se rio, y prácticamente se lanzó sobre la mesa para coger el pan de ajo. Hasta ese momento había inclinado sistemáticamente la cabeza antes de las comidas, y parecía que las oraciones fuesen cada vez más largas. Yo, por su manera de arrugar la cara con solemnidad, y de abrir los ojos para saber si lo

miraba, dudaba que rezase de verdad, pero aquella noche pareció aceptar que el chiste de Leo era suficiente como bendición.

Impresionó a los Labaznikov con su letanía de capitales mundiales. Conocía hasta las nuevas: Tashkent, Dushanbe, Zagreb... Marta aplaudió y le sirvió más ensalada.

Después de las galletas, Marta dijo:

—Os voy a enseñar vuestras habitaciones.

Yo no quería quedarme a dormir, pero era una factura de hotel menos. A Ian lo puso en un cuarto pequeño de invitados, y a mí en el antiguo dormitorio de Anya, conservado exactamente como lo había dejado a los diecisiete años. Aún había dibujos de manos y pies clavados con chinchetas en las paredes, y en las estanterías alternaban las novelas románticas y los libros de texto del colegio con un globo de nieve, una máscara africana y una botella con capas de arena de colores. Tuve curiosidad por saber si después de fugarse, Anya había vuelto alguna vez a su cuarto.

Me dediqué a fisgar, hurgando entre la ropa que seguía colgada en el armario y los trabajos de instituto guardados en el escritorio, en un cajón: «El uso de la hipérbole por Salinger en *El guardián entre el centeno*». Recordaba haber jugado con Anya al Monopoly en el sótano de alguien, mientras los adultos bebían y cenaban en el piso de arriba: se puso a llorar cuando le quite su último billete de quinientos, y luego dijo que era por alergia. «En esta casa deben de haber tenido alguna vez un gato», dijo.

De repente pensé que en aquel cuarto nadie echaría nada en falta, y revisé el armario para elegir las pocas prendas que no fueran holgadas ni negras. Encontré un par de camisetas, tres jerseys aceptables y unos vaqueros rotos. En el cajón de los calcetines, todos estaban desaparejados. Aun así me quedé unos cuantos. También cogí libros de la estantería, para Ian: *Johnny Tremain* y una biografía de Enrique VIII. Al pie de la portada aparecía el rostro sonriente de Ana Bolena, a punto de perder la cabeza, en una hilera con las otras esposas. A Ian le iba a encantar. Lo metí todo en la bolsa de la compra que usaba de maleta, junto con un abridor de botellas, un cuaderno, una toallita, una linterna, un *tupper*, un frasco de perfume caducado. —Para disimular el olor a patatas fritas del coche— y diez recopilaciones en casete en las que era improbable que saliera el himno nacional de Australia. Al abrir la hucha en forma de abeja de la mesita de noche, me sorprendió encontrar un puñado de monedas. ¿Cómo se puede fugar alguien y dejar dinero? Pero luego me di cuenta de que eran canadienses. Me imaginé a Anya sentada en la cama en vísperas de la fuga, separando con cuidado las monedas del país y

calculando hasta dónde podía llegar en autobús. Después me guardé las monedas en el bolsillo. Si tenía que escaparme a Canadá, al menos podría pagar los peajes.

Me puse un camisón blanco de verano que había en el tocador y un jersey gris por encima. Los dos olían a humedad, pero era mejor que volver a dormir vestida. Después me acosté y llamé a Tim. Cada día se me amontonaría más correo en el buzón, hasta que la cartera no tuviera más remedio que dejarlo en el suelo de la entrada; y tarde o temprano se abatiría sobre mis vecinos la prensa local, para preguntar si yo era de las calladas que no hablan con nadie. Me aguanté la respiración mientras sonaba el teléfono. No me habría extrañado que se pusiera la Policía.

—¡Hola! —exclamó Tim en español—. ¿Quién es?

Se oía música de fondo, a todo trapo.

—Soy Lucy —dije yo.

—¿Quién?

—¡Lucy!

Procuré no gritar.

—¡Lucy! —exclamó Tim—. Perdona, cariño, ahora mismo lo bajamos.

—¿Qué?

—Lo siento. ¡Es que es el cumpleaños de Lenny! ¡Si quieres te puedes apuntar!

—Ah... No, no, es que no me encuentro muy bien.

—Vaya, cariño, pues lo siento. Ahora lo bajamos para que puedas dormir. ¿Necesitas algo?

—No, no, gracias, tengo de todo.

—¡Vale, pues *ciao, bella!*

Hubo un momento en que llegué a preguntarme. —No miento, de verdad — si la auténtica Lucy Hull seguía en Hannibal, en su cama, leyendo a Wodehouse, o a Highsmith, o a Austen, oyendo la fiesta hispanoitaliana de Tim e intentando dormir; y que el auténtico Ian estaba en el suelo de su habitación, con las piernas cruzadas, convirtiendo una hoja de ejercicios del pastor Bob en un cerdo hormiguero de origami.

Y mientras tanto, aquí, nosotros dos flotando hacia el este por todo lo ancho del país, fantasmas que interpretaban lo que podría o debería haber sido; a menos que fuéramos una pesadilla en el cerebro enfebrecido de la auténtica Lucy Hull...

Pero no, era al revés: el fantasma era la Lucy de Hannibal. Siempre lo había sido.

*En el cuarto triste y viciado
había un trabajo
y arena embotellada
y una mano de hombre dibujada
y tres muñecas rusas en una estantería
y una máscara africana
y una petaca mellada
y Johnny Tremain,
y polvo en el cristal,
y la gélida lluvia, de noche, al repicar.
Buenas noches, cama de Anya.
Buenas noches, cabeza cortada de Ana Bolena.
Buenas noches, neurótico de diez años.
Buenas noches, hucha de monedas extranjeras.
Buenas noches, cigarrillos, y buenas noches, caja de
zapatos.
Buenas noches, cajón de calcetines desparejados.*

*Buenas noches hurones.
Buenas noches bombillas.
Buenas noches sirenas de la Policía...*

25 PAÍS DE FUGITIVOS

Estuve tres horas intentando dormir, pero en la habitación hacía frío, no había comido bastante, y pensaba sin parar en la caja de zapatos. Marta había puesto una luz nocturna en el pasillo, que me guio hasta la escalera. Allá esperé a que se me acostumbrara la vista.

Pensé que podía irme Justo entonces, en mi coche, y no estar cuando se despertara Ian. Ya lo llevarían a su casa los Labaznikov. Claro que entonces tendrían que contarle a la Policía de qué lo conocían, y yo tendría que hacer vida de fugitiva en Canadá, con mi dólar treinta y cinco en calderilla... Pero lo principal era que si no lo había dejado la primera noche en su casa, ni más tarde en el museo de Cleveland, y si a esas alturas no lo había dejado plantado en ninguna gasolinera, previa llamada telefónica a la Policía, tampoco lo abandonaría ahora.

Bajé con cuidado. La peste a hurón empeoraba en cada peldaño. La caja seguía en la mesa de centro. Me sorprendió que Leo no hubiera cambiado de sitio aquel tesoro ilícito que con tanto cuidado había escondido yo bajo mi cama del hotel, aquel cuarto compañero de viaje por el camino de ladrillos amarillos a través de Ohio. La tapa seguía sujeta por la cinta adhesiva de mi padre. Fue cuando me percaté de que no había visto cómo la precintaba. A saber qué había metido mi padre en el último momento... Cogí la caja y la agité con suavidad. Las facturas que me había enseñado no justificaban que pesara tanto. En su interior se deslizaba algo más sólido que unos papeles sueltos: tal vez un fajo de billetes con una goma elástica, o una cajita más pequeña. No podía quitar la cinta aislante sin romperlo todo, así que encontré un lápiz en la cocina y practiqué un orificio irregular en una de las esquinas de abajo, bastante pequeño para que Leo pudiera convencerse de que se le había pasado por alto. Metí un dedo y palpé. Había algo sólido. Acordándome de la linterna que tenía arriba, subí otra vez a buscarla.

Al llegar al cuarto de Anya, me encontré con Ian en la puerta.

—No puedo respirar —dijo. Tenía los hombros levantados hasta las orejas, y se oían los pitidos de su respiración—. Me he puesto el inhalador, pero no me ha servido de mucho. ¿Tú crees que debería repetir los pufs?

—No, es mala idea.

—Pero es que... NO PUEDO... ¡RESPIRAR!

Había empezado a hacerlo demasiado deprisa. Si a mí, de pequeña, no me hubiera pasado cien veces lo mismo, habría pensado que se moría. En la otra punta del pasillo se encendió una luz. Salió Leo, pasándose un brazo por los ojos. Llevaba un conjunto de pijama a juego, blanco con rayas azules. Cuando encendió la luz del pasillo, Ian se cayó llorando al suelo, cogiéndose los hombros. Detrás de Leo salió Marta, en albornoz.

Los Labaznikov se llevaron a Ian al piso de abajo, mientras Marta hacía chasquear la lengua, y Leo le daba palmadas en la espalda.

—¡Ahora mismo te dejamos como nuevo, y lleno de aire! —dijo.

Yo los seguí, contenta de haber dejado la caja de zapatos en el mismo sitio.

Nos sentamos en la cocina, mientras Marta preparaba una cafetera. Al principio pensé que era para los adultos, para no dormirnos, pero le sirvió todo un tazón a Ian, diluido con azúcar y leche. Mi padre siempre quería darme café para mis ataques de asma infantil, aunque mi madre se oponía.

—¿Qué quieres, que acabe midiendo un metro veinte? —decía.

Ian se puso a soplar el café, y a dar pequeños sorbos.

—Siempre... me tomo... el Starbucks... de mi madre. —Pudo decir, entre respiración y respiración.

Seguro que su madre le dejaba todo el café después de haberse bebido el equivalente a diez calorías; pero no, en un momento así era una injusticia pensar algo malo de su madre. Yo misma me pisé debajo de la mesa.

La cocina de los Labaznikov estaba pintada de amarillo claro. Sobre el fregadero había botecitos de hierbas. Según el reloj de la pared, eran las tres y diez. Ian se acabó el café y bajó un poco los hombros.

—Es el estrés —susurró Marta—. Por su pobre madre.

Se refería, por supuesto, a la falsa y suicida, no a la de verdad, la anoréxica y evangelista. Rellenó la taza de Ian, sirvió otras tres para los adultos y puso una nueva cafetera al fuego.

—Esto no es café ruso de verdad —dijo Leo—. El café ruso de verdad te pone las venas negras. Lucy, tu padre hacía un café que era como roca fundida.

Ian respiró una bocanada espesa y húmeda, para poder hablar.

—¿Usted... conoció al señor Hull... en Rusia?

—¡Ah! ¡Jurek Hulkinov iba a mi clase en el colegio! Era bueno en matemáticas. Te voy a decir por qué. Si la profesora nos preguntaba cuánto eran siete por ocho, Jurek contestaba que cuarenta y dos. La profesora decía que no, que no era correcto, y Jurek explicaba la razón exacta de que siete ochos dieran cuarenta y dos, hasta que la profesora le daba la razón. Era capaz de conseguir que la profesora le pidiera perdón por haberse equivocado.

—¿Usted participó en... la fábrica de chocolate?

Marta puso una servilleta de papel humedecida en la frente de Ian.

—Sujétala —dijo—. Y no hables.

La cara de Leo, mientras tanto, era de perplejidad.

—No... ¿La fábrica de chocolate? No.

—Pero ¿existió de verdad?

Marta y Leo se miraban sobre la cabeza de Ian, con esa mirada de los personajes de película desconcertados y preocupados, que debaten en silencio cómo abordar una situación dificultosa.

Leo, no obstante, me sorprendió.

—Sí, la Fábrica de Chocolate de Leningrado. ¡Y tanto que existió! Voy a contarte un secreto: es el mejor chocolate que he probado en mi vida. El sótano de los Hulkinov estaba lleno de gente que trabajaba día y noche; trabajaban gratis solo por tener chocolate. Eran como los Oompa-Loompas. Fue un triunfo del capitalismo. —Vio que Ian estaba a punto de hacer otro esfuerzo, probablemente para preguntar qué era el capitalismo—. Pero Marta tiene razón: no te conviene hablar tanto. ¿Sabes qué? Que ahora bajo con Lucy a ver los hurones, y tú te quedas aquí tranquilamente, con Marta.

Yo no quería dejarlo a solas con nadie, pero estaba demasiado cansada para discutir, y demasiado inquieta por la idea de tener que llevarme a Ian a Urgencias por la mañana, sin seguro. Me encontré a medio camino del sótano, por una escalera de moqueta intensamente verde, que por alguna razón se volvía más blanda y mojada a cada peldaño que pisaban mis pies descalzos. Ahí estaban los hurones, que para empezar probablemente fueran los causantes del asma, en sus largas jaulas de alambre. Todo estaba forrado de madera. También había una barra, y un banco para pesas antiguo, y la colada; sin embargo, lo que presidía la sala eran las tres jaulas del centro, y los tres gráciles animales que se estiraron con elegancia a medida que Leo iba encendiendo más y más luces. El primero al que me acerqué era de color melocotón, con el hocico blanco, y los otros dos, de color avellana. Leo se sentó en el banco para pesas, mientras yo, educadamente, prestaba atención a

Clara, Valentina y Levi, cuyas jaulas tenían placas de latón con sus nombres. La verdad es que al observarlos me parecieron fascinantes, con su manera sinuosa de mover las vértebras, como una especie de yoga primitivo de roedores.

—Lucy. —Me dijo Leo, que seguía a mis espaldas—, no es la primera vez que lo oigo. Lo de la fábrica de chocolate. Tu padre también se lo contaba a Anya.

Me reí.

—Ah, no, si lo contó para animar a Ian. —Metí un dedo entre los alambres para acariciar a *Clara*, la de color melocotón, que parecía la más tranquila—. Es un cuento simpático, pero tranquilo, que no me hago ilusiones de que sea verdad.

Su silencio fue un poco alarmante. Al girarme, vi el extraño contraste entre el banco para pesas y aquel hombre viejo y cansado en pijama, demasiado débil y artrítico para volver a usarlo.

—A mí, Lucy, siempre me ha molestado esa historia. Ya me molestaba cuando se la contaba a Anya, y ahora, después de tantos años, la sigue contando.

Me encogí de hombros y reí, profundamente incómoda.

—No, si ya sé que no es verdad. No pasa nada, en serio.

—Sí que existió una Fábrica de Chocolate de Leningrado, cuando Jurek y yo éramos pequeños, a los seis, los siete o los ocho años, pero no era de tu padre, era de tu abuelo. La tenía en el sótano, como os acabo de decir.

—Yo creía que mi abuelo trabajaba para el Gobierno.

—Sí. ¡Sí! ¿Te das cuenta del problema? Trabajaba para el Ministerio de Cultura, pero los fines de semana se iba a su casa, justo a las afueras de Moscú, y daba trabajo a medio pueblo en el sótano. Y la única medida que tomó para esconder su delito fue poner «Leningrado» en las etiquetas. Aun así, funcionó. Los burros del Gobierno buscaron por todo Leningrado, y mientras tanto Román Hulkinov se presentaba cada mañana en el trabajo con olor a chocolate en el aliento, sin que a nadie le llamara la atención.

La cafeína, la falta de sueño y el olor de los hurones estaban formando una ola de náuseas gigantesca. Sin embargo, las palabras de Leo me interesaban tanto que en vez de decir que iba al lavabo me senté en la moqueta verde y húmeda y respiré por la boca. Estaba intentando que encajaran las piezas.

—Pero al final sí que lo pillaron —dije.

—Bueno, sí... Sí. Te voy a decir algo personal: yo no creo en guardar secretos sobre el pasado. Yo creo que si partimos de supuestos falsos sobre el mundo, nos equivocamos en nuestras decisiones. Cuando Anya era pequeña, nunca le expliqué la parte mala de escaparse, y abandonar a mi familia, y dejar que mi hermana se casara con un borracho. Le di una versión bonita. ¿Y ella qué hizo? Pues escaparse. Le sonaba divertido. Porque tenía información falsa.

No supe si era una acusación, una advertencia o una justificación de lo que estaba a punto de contar. Tampoco podía concentrarme más de un segundo en el tema, por culpa de las náuseas que palpitaban en mi garganta, mi cara y mi pecho. Intenté esconder la nariz en el jersey de Anya, pero el olor a moho subió por mis senos nasales como polvo.

—O sea, que si te lo cuento es porque me parece útil, ¿me entiendes?

Probablemente lograse asentir.

—Tu padre y yo teníamos una maestra que se llamaba Sofía Alekséyeva. Teníamos ocho años, y estábamos enamorados de ella. Llevaba una trenza muy larga, que es por lo que nos gustaba tanto. Nos enseñaba canciones sobre Pavlik Morozov, el niño de trece años que delató a su padre a los sóviets, y a quien mató después su abuelo. El mártir soviético número uno. Le habían hecho estatuas, y salía en obras de teatro y libros. Yo estoy seguro de que Sofía Alekséyeva nos enseñaba las canciones porque se lo pedían, pero tu padre debió de pensar que le gustaba de verdad Pavlik Morozov.

Pese a ver con horrible crudeza el derrotero que tomaba la historia, tuvo el efecto contrario al que habría tenido en circunstancias normales: mi cabeza se despejó, se me pasaron las náuseas y se me aclararon los senos nasales.

—Ya lo entiendo —dije, queriendo decir «para», más por él que por mí. Leo tenía las manos apoyadas en las rodillas, y se le veía pálido, viejo, desolado—. Vale. Ya lo entiendo, gracias.

—Al final de las clases le dejó una nota. Yo vi que la ponía encima de la mesa, y no se lo impedí porque pensé que era una carta de amor. En cierto sentido se podría decir que lo era. Durante el camino a casa le tomé tanto el pelo que al final me contó lo que ponía en la carta: le había dado a Sofía todos los detalles de la empresa. Al ser una carta de un niño de ocho años, estaba ilustrada. Dibujó una planta del sótano, con toda la maquinaria, y a su padre al lado de una montaña de tabletas de chocolate. Lo que es la carta no la llegué a ver, pero siempre he tenido una imagen mental de lo que dibujó. Qué inocente, en el fondo, ilustrárselo así a la maestra... Me parece lo más triste de todo.

—Y fue cuando se escapó a Siberia. —Concluí. Leo me miró como si no lo entendiera—. Mi abuelo.

—No. ¿Lo dices en broma? No. A tu abuelo lo detuvieron, y lo mandaron a un campo de trabajo después de un juicio absurdo. Murió a los seis meses.

—Ah...

—Bueno, sí, estaba en Siberia; todos los campos estaban en Siberia.

—Claro.

—Como comprenderás, a Jurek Hulkinov no le levantaron ninguna estatua, ni escribieron canciones sobre él. De hecho, la maestra no dijo nada de la nota, ni siquiera después del arresto de tu abuelo. Vino la Policía a interrogarlo, y tal y cual, pero claro, había tantas pruebas que no hizo falta que declarase en el juicio. Creo que lo que hizo Jurek no lo supo ni su madre. Estoy casi seguro de que yo fui el único.

Debajo de la escalera, en la pared, se movían manchas de colores que yo veía convencida de que no eran reales. Se me estaba cerrando la garganta, por culpa de los hurones. Pese a no haber tenido ni un episodio de asma desde los quince años, se me estaba cerrando la garganta. Sentí la necesidad de rebobinar toda mi vida hasta el principio, y verla de nuevo para averiguar qué se me había pasado por alto. La historia de la fuga de mi padre, por ejemplo. Estaba claro que lo de la patata en el tubo de escape era mentira, como lo del chocolate. De lo que estaba segura era de que había venido a los veinte años, porque... no, ni siquiera sabía eso, de modo que lo pregunté.

—Sí, tu padre tendría unos veinte años, o veintiuno. Estaba horrorizado con lo que había hecho. De lo que huía no era de la URSS, como te habrás dado cuenta... Yo vine tres años después. Vaya, que sí, veinte años. Lucy, no tienes muy buena cara.

—Estoy bien.

—No te creas, ¿eh?, que tampoco es un caso tan raro. —Intentó tranquilizarme, aunque no se me ocurrió respecto a qué—. Este país es un país de fugitivos. Todo el mundo viene de otro sitio. Hasta los indios llegaron por tierra desde Alaska, hace mucho tiempo. Los negros puede que no escaparan de África, vale, pero sí que se escaparon de la esclavitud. Y todos los demás nos hemos escapado de algo: de la Iglesia, del Estado, de los padres, del bicho irlandés de la patata... Yo creo que por eso son tan inquietos los americanos. Pienso en Anya, y en que tiene sangre de fugitivos; lo que ocurre es que en América ya no queda ningún sitio al que fugarse. Levanta la cabeza, Lucy, que te veo muy mareada.

—No me iría mal un poco más de café.

Al subir, vimos que Ian respiraba mucho mejor, que ya había bajado los hombros, y que Marta le estaba hablando de *babka*, *kissel* y *pashka*.

—¡Hemos hablado todo el rato de postres! —dijo Ian.

Me alivió que dijera una frase completa. Nos sentamos con ellos a la mesa, donde Marta sirvió café para todos. Yo me quemé la lengua, y durante una hora logré concentrar mi aturdido cerebro en aquella sensación tan rara. Apretaba la lengua contra los dientes y no sentía nada. La apretaba contra las protuberancias de mi paladar, y no sentía nada. Me la mordí, y sentí algo. Después, vuelta a empezar.

Al final nos acostamos todos a las cuatro y media de la mañana. Reclinamos a Ian en la cama de invitados, contra seis almohadas.

—Eres un príncipe llevado en litera —dijo Leo.

—¿Litera?

Los Labaznikov se rieron, pero sin explicárselo; tampoco Ian pareció darle importancia. Yo tenía demasiado sueño para volver en busca de la caja de zapatos, pero me dije que si me levantaba temprano, antes que los demás, haría otro intento.

26 AZÚCAR GLAS PARA GLASS

Fue Ian, sin embargo, quien me despertó a las nueve y media. Toda la casa estaba llena de ruido de cacharros, de fritura, y de olor a beicon. Ian abrió la puerta sin llamar, totalmente vestido, pero con el pelo envuelto en una toalla, como si llevara un turbante.

—¡Seño! —dijo. Volvía a tener buen color, y me pareció que respiraba bien—. ¡Ya verás cuando te duches!

—¿Por qué?

—¡Es una sorpresa!

Al final, bien que mal, salí al pasillo y fui al baño de invitados. Al mirar atentamente el fondo de la bañera, y comprobar que hubiera toallas y jabón, lo único insólito que vi fue el diseño verde y naranja de las baldosas. Se agradecía no usar jabón de hotel. También la presión del agua era mejor, y aunque la bañera fuera de color verde aceituna, parecía limpia. Al ir a coger la única botella de champú del pequeño estante pegado con ventosas, vi a lo que se refería Ian: era amarillo, medio líquido, como el de los bebés, con una capa pegajosa de jabón endurecido sobre una etiqueta de papel que proclamaba en grandes letras rojas: «FERRET-GLO!»^[6]. Bajo el logo, topé con la mirada fija de un hurón con ojos como botones, descolorido por varios años de agua de la ducha de la familia Labaznikov. Me eché en la mano un charquito amarillo y lo olfateé. Olía a champú de perro, y no era desagradable del todo. Me lo puse en la cabeza y empecé a frotar deprisa, sin que acabara de cuajar la espuma. Al aclararme el pelo, y tocarlo con los dedos, lo noté pegajoso y amazacotado.

Al salir, desempañé el espejo y contemplé mi pelo, que parecía encerado. Después me miré el cuerpo. Debía de haber adelgazado por lo menos dos kilos durante nuestros cuatro días de viaje, suficientes como para que se notara. Solo entonces recordé lo que me había contado Leo acerca de mi padre. Estuve un momento ofuscada, intentando saber qué partes eran

soñadas. Ya empezaba a acostumbrarme a aquella sensación, la de que cada mañana, al despertarme, sintiera el alivio de no haberme llevado a Ian de Hannibal, pero después me acordara de que sí, que me lo había llevado. No sé por qué, pero la historia me pareció aún más oscura que mis revelaciones cotidianas. Se trataba de algo que en principio no tenía que saber, ni recordar.

Me vestí de prisa y, con la toalla en el pelo, entré en el cuarto de invitados donde había dormido Ian. Oía a los demás en el piso de abajo, hablando y comiendo. Lo que me parecía recordar de mi visita de las cuatro y media estaba en el rincón, sobre una repisa: un ordenador Dell grueso y gris, viejo sin llegar a ser antiguo, con una capa homogénea de polvo en la pantalla, y un cable telefónico que salía por la parte de atrás y entraba en la pared. Lo encendí y logré conectarme a internet, con aquel ruido de marcado telefónico del que ya no me acordaba después de varios años de acceso inmediato en la biblioteca. Me levanté bruscamente y cerré la puerta. Después busqué «Ian Drake», «Hannibal» y «sospechas».

Me quedé helada al ver que aparecían ocho links, aunque al fijarme más me pareció que todos usaban la palabra *sospechas* como verbo, y que del dos al ocho todos parecían remitir al primero, un artículo de Loloblog.com colgado la noche del miércoles. Loloblog era una revista *online* muy progre y liberal que había leído alguna vez en la universidad, y de la que apenas me acordaba. Todos los colaboradores rondaban los veintitrés años, vivían en los mismos tres kilómetros cuadrados de Brooklyn y hacían gala de un dogmatismo a prueba de bombas. Tenían la suficiencia de sentirse suficientes, y no parecía que les dieran miedo las denuncias. También tendían a una desinformación terrible, pero no esta vez:

EL BEATO Y EL FUGITIVO

Por Arthur Levitt

Pista de la semana:

Dentro del obsesivo seguimiento a que somete Loloblog al reverendo Bob Lawson, fundador y director de Corazón Alegre, una de las organizaciones más infames de entre todas las que dicen convertir en heterosexuales a los adultos y niños gays, hemos encontrado el siguiente ítem, subido el miércoles: «Orad, por favor, por Ian D., una joven oveja de nuestra grey de San Luis, que el Señor ha permitido que se extravíe. Oramos por su regreso y por sus padres, que tanto lo quieren, y tan fielmente me han apoyado».

Bueno, vale, pasemos por alto la torpeza de la sintaxis; pasemos por alto también las bromas obvias sobre ovejas, y empecemos a recopilar pruebas circunstanciales.

1. Nuestros infatigables becarios han encontrado el *San Luis Post-Dispatch* donde se informa de la desaparición de Ian Drake, un niño de diez años residente en Hannibal, Misuri, y se descarta cualquier sospecha de delito. (*Léase, fuga de casa*). No hay alerta naranja, ni se ha detenido a ningún progenitor. (*Léase también aquí fuga de casa.*)

Conclusión: Bueno, no nos precipitemos en sacar ninguna. Limitémonos a observar esta interesante coincidencia, y el hecho de que por lo que siempre ha destacado Corazón Alegre como blanco predilecto de nuestra mordacidad es porque empiezan a lavarles el cerebro a los chavales a la edad de diez años.

2. El artículo del *Post-Dispatch*, y todos los que hemos encontrado, mencionan la participación de la familia Drake en la Capilla Bíblica Evangélica Rama de Olivo, que más que capilla es un hangar de aviones reformado, con pantallas de cine y mucha parafernalia. (*Léase el pasmoso artículo de Blake Andersen, en esta misma página, sobre las megaiglesias y la arquitectura megaelesial*). La becaria de

Loloblog Andrea D. ha llamado a Rama de Olivo haciéndose pasar por una joven lesbiana deseosa de unirse a la congregación, y un representante anónimo le ha dicho que «todo el mundo es bienvenido. Nuestra fe consiste, básicamente, en amar al pecador, pero odiar el pecado. Tenemos varios grupos de terapia y recuperación». Mmmmm... Vale.

Conclusión: Todo indica que las creencias de la familia Drake encajan con las de alguien capaz de mandar a su hijo a que lo *desgayen*.

3. Ian es un nombre bastante poco habitual entre los niños de diez años. Un poco de paciencia, por favor. En la web de la Administración de la Seguridad Social, Ian aparece en el puesto 74 de los nombres más comunes entre los niños nacidos hace diez años, y en toda la década de 1990, supuesto abanico de años de nacimiento de una «joven oveja», se sitúa entre el setenta y el ochenta. A todo ello hemos de sumarle las probabilidades de que la inicial del apellido sea la D, la fecha del *post* de Lawson y la proximidad geográfica.

Conclusión: Si no estamos hablando del mismo niño, es una coincidencia de narices.

Es cierto que Hannibal queda muy lejos de San Luis. —Según MapQuest, a dos horas exactas—, pero ¿qué son dos horitas en coche para *desgajar* a tu hijo?

Esta mañana, el doctor Ken Washington, director del Centro Kohlman de Psicología Infantil, privado, ha escrito en un correo a Loloblog que «según los últimos estudios, hasta el 42 por ciento de todos los adolescentes sin hogar se identifican como gays, lesbianas o transexuales. Se trata de una parte sorprendentemente elevada del millón seiscientos mil fugados que existen en Estados Unidos».

La mayoría de estos casos los protagonizan niños a quienes se ha expulsado de sus casas, lo cual, huelga decirlo, no se aplica a los Drake. Con todo, el doctor Washington escribe que «el deseo de huir de un entorno familiar hostil y de los malos tratos psicológicos de la “reprogramación” sexual cuadraría sin la menor duda con las pautas de indigencia que hemos observado entre los fugados jóvenes, aunque acostumbremos a centrarnos en los adolescentes».

A continuación, el artículo pormenorizaba la historia y la filosofía del fenómeno del pastor Bob, de aquel tipo de programas en general y del número de llamadas no devueltas que habían hecho a Corazón Alegre los pobres

becarios en las últimas veinticuatro horas. Ocupaba ocho páginas, y el resto no tenía gran cosa que ver con Ian.

Me apoyé en el respaldo de la silla y traté de reaccionar. No sabía muy bien qué pensar, salvo que (1) no me señalaba necesariamente a mí, pero que (2) posiblemente despertase cierto interés por el caso, lo cual no era precisamente bueno; también que (3) si los Drake tenían un poco de sentido común, y a un buen abogado, no les costaría nada denunciar y dejar en la miseria a Loloblog, y a Arthur Levitt en concreto, por todos los tipos de difamación habidos y por haber.

Volví al cuarto de Anya e intenté pasarme un peine por el pelo, pero desistí.

Abajo, Ian estaba sentado como un rey ante la mesa de los Labaznikov. Marta estaba al lado de los fogones, con delantal y todo, y Leo despatarrado en una silla, bebiéndose una botella de cerveza y fumándose un puro cuyo humo, por fortuna, alejaba de Ian mediante el sistema de girar la cabeza cada pocos segundos a fin de que saliera por la puerta del comedor. A Ian no parecía que le molestase. De hecho, estaba radiante. En la mesa había una fuente de beicon canadiense en lonchas gruesas, un plato de huevos revueltos con cebolla y pimientos, dos salamis enteros, una cafetera, una bandeja con rebanadas de pan, un queso munster, mermeladas, mostazas, mantequilla de cacahuete y tres botellas de cerveza sin abrir, Ian me sonrió de oreja a oreja y se metió en la boca el tenedor lleno de huevos. Tenía el pelo tieso, en cuatro remolinos de Ferret-Glo.

—¡Me encantan los desayunos rusos! —dijo.

—¡Esto no es un desayuno ruso! —exclamó Leo—. ¡Esto es como comen los rusos en América!

Comimos mejor que en todo el viaje desde Hannibal. Leo me obligó a tomarme dos cervezas, tras las que supe que aún no podía conducir. Tampoco Ian quería marcharse. Bajó otra vez a ver a los hurones, preguntó a Marta si tenía fotos de Rusia. —Por supuesto que sí— y pidió a Leo que le explicase qué era exactamente el comunismo, lo cual ocupó aproximadamente una hora de monólogo, aunque al menos no incluyó el chiste de mi padre sobre el gato y la mostaza. Mientras tanto, yo ayudé a Marta a fregar los platos, Leo se fumó otro puro y su mujer empezó a poner la mesa para la comida, pero aparte de la incursión de Ian en el sótano, no habíamos salido ni una vez de la cocina. De repente me pregunté si la caja de zapatos seguiría en su sitio. Al bajar no le había prestado atención.

Marta puso un vaso de leche y un donut glaseado frente a Ian, que le sonrió con efusión. Podía ser perfectamente como se imaginaba el paraíso.

—¡Toma! —dijo Leo—. ¡Azúcar glas para Glass!

—¿Qué? —dijo Tan.

—Azúcar glas para Glass. —Repetí yo, intentando que oyera la «G» mayúscula.

—No lo entiendo.

—Tu apellido —dije yo—. Es Glass.

A esas alturas, sin embargo, Marta y Leo se miraban, divertidos.

Aun así, supe que no había nada que temer. Era lo bueno de los que se hacían favores mutuamente, y contrabando nocturno de cajas de zapatos ilícitas: que si tú no hacías preguntas, ellos tampoco te las hacían; y si alguna vez preguntaba por ti una persona uniformada, no dirían: «¡Dios mío! Pero ¿está bien? ¡Tengo un sobre con su última dirección!», sino: «Nosotros no hablar bien inglés. No, no suena de nada joven mujer esta. No... ¿Cómo se dice? No conoce».

Cuando nos levantamos de la mesa eran las dos. Le recordé a Ian que lo estaba esperando su abuela, y di las gracias por su hospitalidad a los Labaznikov. Al volver a la sala de estar, vi que la caja de zapatos ya no estaba.

Lógico, pensé: solo eran los puros que se había fumado Leo durante el desayuno; puros cubanos que debía de haber traído mi padre de Argentina, y que le regalaba a Leo en pago de algún favor, pasado o presente. Claro que probablemente también hubiera algo de dinero, más que nada para rellenar, y tal vez alguna que otra factura ilegal. Yo ya no tenía fuerzas para preocuparme. ¿Cómo iba a reprocharle los puros y el blanqueo de dinero, si lo que estaba blanqueando yo era a un niño?

—¡Tenemos que hacernos una foto! —dijo Marta cuando ya teníamos las chaquetas y las bolsas en las manos, y estábamos a punto de cruzar la puerta.

Subió rápidamente en busca de una cámara. Por un momento sopesé la posibilidad de que Ian y yo saliéramos corriendo antes de que se pudiera immortalizar nuestra presencia, y es posible que de no estar Leo lo hubiéramos hecho. Intenté que Ian me mirase, pero se dedicaba a apretar sistemáticamente las hojas de todas las plantas de la sala de estar de los Labaznikov, para ver si eran auténticas.

—Lucy. —Me dijo Leo—, a ver si te acuerdas: ¿qué son tres rusos?

—Una revolución.

—¡Muy bien! ¡Pues ahora en esta casa hay tres rusos!

Marta reapareció con la cámara y nos puso a los tres en fila, antes de retroceder para hacer la foto. Justo cuando decía «¡Uno, dos y tres!», Ian se tapó la cara con las manos y miró entre los dedos. La cámara se disparó.

—¡Oh...! ¡Otra, para que podamos verte! —dijo Marta.

—Es que soy muy tímido —dijo Ian. Aproximadamente en veinte de las treinta y pico fotos expuestas en aquel momento en el tablón de la biblioteca de Hannibal salía el rostro de Ian Drake, que se interponía para mostrar feliz su aparato dental—. Tengo miedo de que la cámara robe mi alma.

—No, es que se cohíbe —lo interrumpí, antes de que los Labaznikov pudieran preguntar qué se enseñaba hoy día en los colegios.

Pensé en lo rara que quedaría la foto en los periódicos si nos pillaban algún día. «Hull, Drake (tapándose con las manos) y un hombre ruso no identificado en un domicilio privado de los alrededores de Pittsburgh. Obsérvense los remolinos sospechosos tanto en el pelo de la secuestradora como en el de la víctima».

Marta no insistió. Salimos por la puerta con una serie de abrazos rusoitalianos y una bolsa de papel llena de bocadillos.

—¿En qué se parecen un boxeador y un telescopio? —vociferó Leo desde el porche, cuando ya estábamos a medio camino del coche.

—¡En que los dos hacen ver las estrellas! —dijo Ian, sonriéndome; se notaba que era el mejor momento de su vida.

—*Poka!* —dijeron los Labaznikov—. *Udachi!*

Al salir marcha atrás, me vi por el retrovisor, y tenía el pelo peor de lo que me pensaba: mazacotes grasientos que apuntaban en ángulos extraños.

—Tenemos bastante mala pinta —dije.

—¡Somos los gemelos Ferret-Glo!

Ian empezó a componer una canción sobre el asunto.

27 EL GGB

Volver a la carretera fue una sensación horrible. A cada kilómetro aumentaba el parecido entre el coche y un submarino, algo de lo que ni siquiera nos estaba permitido salir. Fuera de nuestra pequeña cápsula había otro elemento, una sustancia de la que nuestros pulmones no estaban capacitados para extraer oxígeno. Dentro íbamos apretados, rebozados de mugre y migas de galletas, y nuestros cuerpos se habían amoldado a los asientos.

Comprendí que tendría que hacer de tripas corazón y llamar a Rocky a una hora en que supiera que contestaría. Los viernes por la noche nunca trabajaba, ni siquiera cuando íbamos cortos de personal, ni en las raras ocasiones en que desaparecía la bibliotecaria infantil para cometer algún delito grave. Nos paramos a tomar un batido en un McDonald's con zona de juegos al aire libre. Yo me senté a llamar por teléfono en uno de los bancos de pícnic, mientras Ian se descolgaba por las barras sin poder avanzar; se balanceaba en una sola barra hasta que ya no le aguantaban los brazos, y se dejaba caer en los trocitos de corcho. Después subía y volvía a hacer lo mismo.

—¡Rocky! —dije al oír su voz.

—¿Diga?

—Soy Lucy.

Nunca había tenido que identificarme con él. ¿Tan deprisa me había tachado de su mundo? ¿O era un simple enfado porque aún no le hubiera llamado?

—Ah. Te oigo ronca. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien, solo un poco cansada. Aún estoy en Chicago.

Volví a explicarle lo de mi amiga enferma; hasta le dije que se llamaba Janna Glass, e hice que sonara a un viaje planeado, a una enfermedad de largo curso. Dije que el día anterior había donado médula ósea, aunque omití cualquier referencia al hijo de Janna, y al viaje hacia el este. Tuve la

sensación de que era imprescindible hacer una lista con lo que le había dicho a cada persona.

—Me dolió una barbaridad —dije.

—Normal.

—¿Todo bien, en el piso de abajo?

Su silencio era la oportunidad de hacerme la sorprendida y la preocupada; sin embargo, me quedaba poco fuelle.

—¿Qué pasa? —fue lo único que me salió.

—Oye —dijo él—, que tengo que preguntarte una cosa. Es sobre Ian Drake, el niño que se pasa todo el día abajo. Sabes, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues... nadie sabe exactamente dónde está.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha desaparecido.

—¿Te refieres a que no lo sabe la biblioteca, o a que no lo saben sus padres?

—Ni los unos ni los otros. Está... oficialmente desaparecido, para que me entiendas. Con poli de por medio y todo.

—Mierda. ¿Se ha fugado?

—Bueno, hay una especie de nota, pero no han dicho qué ponía.

—¿Y qué querías preguntarme?

—¿Qué quieres decir?

—Has dicho que tenías que preguntarme algo.

—Ah... Habré querido decir contarte algo. ¿Te encuentras bien?

—No, la verdad es que no. Es horroroso. ¿Cuánto tiempo lleva desaparecido?

—Unos días. Creo que aún estabas tú en el pueblo. ¿El domingo lo viste?

Hice el esfuerzo de pensarlo, de verdad. Si lo había encontrado el lunes... ya debía de estar el domingo por la tarde, para esconderse, pero a la hora de cerrar no estaba yo, sino Sarah-Ann.

—No. Creo que vino el viernes. Solo devolvió libros, cosa que para él es rara. De todos modos, estará consignado en el ordenador. —Esta vez sí, porque los libros que había devuelto Ian eran los del trabajo del colegio sobre los cherokees—. ¿No lo has mirado?

—Sí, sí; es que he pensado que quizá hubieras hablado con él, o algo...

—No, fue entrar y salir. Si se estaba fugando, lo normal habría sido que sacara algún libro... ¿Han...? La Policía, digo. ¿Han pasado por la biblioteca? ¿Has hablado con ellos?

—Fue una cosa rara. Hablaron un par de minutos con Loraine, y luego pidieron hablar concretamente con Sarah-Ann. Decían que la madre quería hablar con ella.

—Qué raro... ¿Y hablaron o no?

—Unos dos segundos. Si hubiera podido bajar a espiar con la silla de ruedas, lo habría hecho. Lo que creo es que se dieron cuenta enseguida de lo mal que está de la cabeza, y la dejaron por imposible. Después ella me preguntó si Ian era el niño asiático de las muletas. Te juro que habría pagado por ver el interrogatorio.

Tuve ganas de reír, pero me recordé que en principio estaba en estado de *shock*.

—¿Piensan que se ha fugado?

—Ellos no sé, pero yo sí que lo pienso.

—¿Por qué?

—No sé... Es la sensación que me da. ¿No habías dicho que lo trataban tan mal? Los padres, digo. Y aquella carta tan rara que encontraste...

Me quedé callada, pensando que era la mejor manera de no meterme en un callejón sin salida.

—¿Lucy?

—Sí, estoy bien. —Ya sé que erais muy amigos—. No puedo hablar más —dije. Colgué antes de meter la pata.

Ian guiaba en línea recta por la interestatal, no como antes, cuando daba unas vueltas tan exageradas. Tenía el mapa de carreteras abierto en el regazo.

Unos sesenta kilómetros más adelante, cuando me parecía que se me iba a caer el pie derecho, empezó a jugar.

—Oye, ¿sabías que un caballo blanco vale cincuenta puntos?

—¿En qué?

—Cuando conduces. Son cincuenta puntos, lo máximo que se puede ganar. Los Cadillac rosas también valen cincuenta.

—Vale —dije, con un vago recuerdo de mi infancia.

—Un coche que solo tenga un faro vale diez, pero solo para el que lo ve primero. Tienes que decirlo.

—Vale.

—Bueno, en mi manera de jugar hay unas cuantas cosas más. Cualquier cosa que veas y que rime con el nombre o el apellido de alguno de los dos vale treinta. Y si ves exactamente el mismo coche que el nuestro, cuarenta y cinco; pero tiene que ser exacto, exacto, no solo del mismo color.

Hablaba tan deprisa que costaba entenderlo.

—¿Qué te pasa? —dije—. ¿Por qué te has puesto así?

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y una mano aferrada a cada hombro.

—Es que aún me cuesta un poco respirar —dijo—. Creo que no eran solo los hurones. De hecho se me está acabando el inhalador.

—¿Es albuterol? ¿Uno de esos de emergencia?

Caí en la cuenta de que no me había fijado en el inhalador ni le había preguntado su historial médico completo. Ni siquiera había vigilado su respiración desde que nos habíamos ido de Pittsburgh. Y ahora le dejaba jugar en las barras... No valía ni para canguro.

—Solo lo tomo cuando me hace falta, pero últimamente me lo he tenido que poner bastantes veces.

Después de unos momentos de pánico en los que solo miré la carretera, empecé a analizar las posibilidades. Al menos no era una medicación regular, en cuya ausencia se le disparase el asma. Podía comprarle algo sin receta, o en el peor de los casos llevarlo a Urgencias, decir que no teníamos ningún seguro y llamar a mi padre para que pagase la factura. En última instancia, podía servirme como excusa para llevarlo a su casa.

—¿Cómo llegas a ponerte de mal?

—Llego a ponerme como esta noche pasada. El médico dijo que tendría que usar el morado, el que se pone cada día, pero mi padre dijo que me volvería adicto, y no me dejan.

—Virgen santa...

—¿Qué?

—He dicho que muy bien.

—No, es que no hay que decir palabras religiosas por decirlas; es uno de los diez mandamientos.

—Ya. Perdona.

Dediqué los siguientes quince kilómetros a hacer un marcador mental de los Diez Mandamientos en el último mes. Era algo así:

Me costó un poco recordarlos todos, pero algo debían de haber aportado a mi cultura general, si no a mi código moral, exactamente, las horas con Brooke, mi amiga de la infancia, que era bastante lenta y necesitaba ayuda para los deberes de catequesis. Ya puestos, añadí los siete pecados capitales:

Considerémoslo como una prueba cuantitativa. Por algo tengo cuernos. ¿Qué delincuente, sin embargo, cree de verdad, profundamente, ser malo en el

momento del delito? Todos nos vemos mentalmente como Jean Valjean, Martin Luther King o Henry David Thoreau. Yo era Gandhi, yendo a buscar sal al mar. Solo había que ver las ampollas de mis pobres pies descalzos.

En algún punto de la ruta 80:

—Vamos a hablar de libros.

—Muy buena idea. Libros, vale. ¿Qué es lo próximo que quieres leer?

—Bueno, creo que quiero leer *El hobbit*. En las clases que hago hay un niño que se llama Michael, y dice que está muy bien. ¿Tú lo has leído?

—¿No has leído *El hobbit*?

Prácticamente lo grité, perdiendo la oportunidad de hablar sobre sus «clases». No me di cuenta hasta después: ¡pues claro que no lo había leído! Tenía prohibido cualquier libro con magos, al menos de los de verdad. El gran y terrible Oz probablemente solo fuera permisible por ser un impostor.

—Te lo sacaré cuando estemos otra vez en Hannibal. —La verdad es que ya no me imaginaba ninguna situación en la que hubiéramos vuelto a Hannibal los dos, yo conservara mi trabajo e Ian bajara a verme cada día al galope por las escaleras—. ¿Michael, dices que se llama tu amigo? ¿Es de tu edad?

—Sí, pero con lo de hablar de libros no quería decir eso; me refería a cosas divertidas, como imaginarte que te vas al cielo y que resulta que una de las cosas que se puede hacer es ser cualquier personaje de cualquier libro, siempre que quieras, aunque solo puedes elegir uno. ¿Tú con cuál te quedarías?

—Uf... No tengo ni idea. ¿Y tú?

—Yo creo que con el GGB, el Gran Gigante Bonachón. Sí, seguro, porque así podría estar en dos libros de Roald Dahl. ¿Verdad que el GGB sale en un capítulo de *Danny, campeón del mundo*? Bueno, a mí no me lo dejaban leer, pero me acuerdo de que tú, después de leernos *El gran gigante bonachón*, nos enseñaste aquella parte. ¿Te acuerdas? Abriste el libro para que lo viéramos.

Me gustó la imagen de un Ian gigante bondadoso que pisaba fuerte por las calles de Hannibal, y aplastaba con su pie al pastor Bob.

Pensé un poco.

—Pues entonces, creo que sería Teseo. ¿Te acuerdas de Teseo?

—¿El del Mi nota uro?, ¿el que tenía un ovillo?

—Exacto. Lo he elegido porque debe de salir en centenares de libros. Sale en una obra de teatro de Shakespeare, y lo usaron todos los escritores griegos y romanos. Puede que hubiera algunas escenas de batalla demasiado

violentas, pero da igual, porque me pasaría casi todo el tiempo en Shakespeare.

—¡Y así podrías estar en los *Mitos griegos* de los D'Aulaire!

—Está clarísimo.

No hacía falta ser psicoanalista: mi deseo era ser el que sale del laberinto, el que puede volver a enrollar el ovillo hasta llegar al punto de partida.

—Vale, pues lo otro es que si eres escritor, y vas al cielo, las reglas cambian: entonces puedes estar en cualquier historia que hayas escrito, y saltar de personaje en personaje; o sea, que un día Roald Dahl podría ser el GGB, y otro Charlie, y otro el ciempiés del melocotón.

—Cuéntame algo de tu amigo Michael.

—Bueno, no es mi amigo de verdad. Para empezar, se mete el dedo en la nariz.

—¿Tienes algún otro amigo, en esa clase?

—La verdad es que estamos siempre ocupadísimos, y hablar por hablar no es que nos dejen mucho. Lo bueno es que a veces nos dan donuts. ¿Sabes lo que está bien? Que si te mandaran algún día a la cárcel, podrías seguir trabajando en lo mismo. En las cárceles hay bibliotecas, ¿no? ¡Eh, que faltan unos diez segundos para Nueva York!

Teníamos delante grandes señales que nos informaban de las leyes de tráfico locales, y nos daban información turística. Ian se quitó el sombrero y empezó a cantar «Erie Canal».

Me habría gustado saber si cada frontera que cruzábamos acumulaba otro delito grave, o si lo delictivo se agotaba al cruzar la primera. Una vez bajo jurisdicción de la Comisión de Carreteras de Nueva York, noté que se alisaba el alquitrán bajo las ruedas, lo cual me hizo sentirme como más oficial, más monumental, aunque siempre había querido que hubiera un arco grande que poder cruzar. Las señales de «abróchense los cinturones» no igualaban del todo el atractivo de las puertas o controles. Traté de imaginarme a un grupo de emisarios persas que llegaban a Roma por la Vía Apia y solo encontraban una señal de «Compruebe su cinturón». Imposible. Algo se había perdido. Claro que, tal como estaban las cosas, tampoco es que quisiera yo un control...

Al cruzar la frontera con Rusia en un autobús del coro escolar, después del comunismo, me había sentido una privilegiada hasta extremos absurdos, y me había esforzado mucho en pensar en mi tío, que murió al intentar huir, y en mi padre, que se fue corriendo y a nado, y se rompió una pierna, mientras que a mí me sellaba someramente el pasaporte el recio vigilante de fronteras

que se había subido al autobús: con mi apellido truncado, mis dientes rectos y mis zapatillas deportivas, no podía saber que me consideraba rusa, y que los robos de envíos de tintorería, la cabeza en la pica y el horrible chiste sobre el gato y la mostaza me hacían sentirme más rusa que americana. En aquel momento puse un gran empeño en pensar algo profundo sobre la expatriación.

Ahora, ya adulta, y fugitiva, no de mi país, pero sí de todo lo que conocía, es posible que mis sentimientos fueran algo más reales. En esta época de vuelos baratos, correo electrónico y llamadas telefónicas de un lado al otro del planeta, seguía siendo un esfuerzo, dicha sea la verdad, imaginar lo que significaba para mi padre y su hermano hacer las maletas e irse, comprender que no verían más a todos los conocidos de sus veinte años de vida, que o bien se morirían con los mismos jerseys que llevaban puestos, o bien los llevarían durante tres meses seguidos, y que ellos, que tan buen ruso hablaban, se convertirían en extranjeros torpes y con acento. Y que sus hijos serían de otro sitio.

Me pregunté si cuando empezaran a buscarme y colgasen mi cara en la oficina de Correos, podría salir realmente del país, mandar a casa a Ian y huir para siempre a Canadá con las monedas de Anya. En cierto modo estaría bien ver Estados Unidos desde fuera, y no sentirse jefa, sino mandada. También podía instalarme en Australia, país de delincuentes y exiliados. El himno ya me lo sabía.

Mientras entrábamos en la siguiente gasolinera, empezó a sonar mi móvil.

—No —dije al ver que Ian ya tendía la mano hacia el salpicadero, donde estaba en equilibrio mi teléfono.

Lo cogí yo y aparqué cerca del surtidor.

—Soy yo —dijo Glenn.

Le di a Ian un billete de cinco dólares y señalé con la cabeza el Speedee Mart. Se fue brincando hacia la entrada.

—Es que he tenido un día de locos —empecé a explicar.

Salí del coche y empecé a llenar el depósito, maquinalmente.

—¿Cuándo vuelves a tu casa?

Glenn hablaba demasiado alto, con una voz demasiado pastosa. Si no llamara él, habría pensado que lo despertaba. Conseguí recordar que en teoría yo aún estaba en Cleveland.

—No creo que tarde. Vaya, que te puedo llevar, pero aún no sé cuándo.

—Ya he encontrado quien me quiere.

—¿Perdón?

—Que ya he encontrado quien me lleve.

—Genial. Quiero decir que no pasa nada.

No supe si gemía o bostezaba.

—Me imagino que no puedo contar contigo para lo del fin de semana que viene. —Glenn tenía otro concierto, la segunda interpretación del *Remix Mister Proper*, que al parecer estaba siendo todo un éxito de crítica en las revistas de actualidad musical, de circulación necesariamente limitada, donde pudieran comentar las piezas orquestales de segunda estrenadas en San Luis —. Como dijiste que mi obra sonaba a canción de dibujos animados...

—Si puedo, iré —dije yo—. Lo más seguro es que vuelva unos días a Chicago para ayudar a mi amiga. El tema es ese.

—Ya, ya —dijo él—. Por cierto, me ha llamado aquel tío.

Pensé inmediatamente en la Policía.

—¿Qué tío?

—Tu amigo retrasado, Rambo, o como se llame. Me ha preguntado si sé algo de un niño de la biblioteca.

No tenía sentido. Necesitaba más información. —Fecha de la llamada, por ejemplo—, pero de lo único que tuve ganas fue de colgar. De pronto el teléfono se me escurría de la mano por culpa del sudor. Por alguna razón, solo se me ocurrió una pregunta:

—¿De dónde ha sacado tu número?

—¿Y yo qué coño sé? Pues porque está enamorado de ti, y te espía. ¿Bueno, qué, Lucy? ¿Tengo que llamar a la poli?

—¿Para qué narices la vas a llamar?

—Dímelo tú.

—¿Por no ir a tu chorrada de concierto? ¿Por ayudar a mi amiga enferma? Lo del niño de la biblioteca ya lo sé; he hablado con Rocky y estoy muy angustiada.

—Es que me parece un poco raro. Fíjate lo que me ha dicho el tío: que ya has donado médula.

Así que Rocky había llamado a Glenn después de la conversación de hacía unas horas... Muy mala señal.

—Se equivoca.

Se oyó el clic del surtidor al apagarse. Ian volvería en cualquier momento.

—No se te da muy bien decir mentiras.

—Se me da estupendamente. A ti te dije que me había gustado tu sintonía publicitaria orquestada.

Lo dije por impulso, aunque solo fuera para librarme de él. No estaría mal que se callase y se enfadase tanto que si recibía otra llamada de Rocky solo le

dijera que no sabía nada de mí desde hacía días, y que esperaba que me pudiese en el infierno.

—No me llames nunca más. —Fue lo que me dijo a mí.

Acerqué el coche a la entrada de la tienda y esperé a Ian. Pese a unas ganas vagas e inexplicables de llorar, era todo un alivio, porque ahora que ya no estaba Glenn, y que Rocky probablemente se estuviera dando cuenta de lo horrible que era yo, en el fondo no me quedaban motivos para regresar a Hannibal, con la excepción de Ian, que ni siquiera estaba allí, sino aquí, saliendo de la tienda con la chaqueta al revés, y tan arremangada que parecía que le nacieran las muñecas de los hombros. Hasta se me hizo raro pensar en Hannibal como en mi casa. Lo era Chicago; lo era, en cierto modo, la de los Labaznikov, y lo era con seguridad mi coche. Hannibal era un recuerdo lejano.

Dejamos atrás unas cuantas salidas, mientras Ian me leía en voz alta la revista que se había comprado con los cinco dólares, una especie de revista rosa desconocida para adolescentes, con una foto de un actor de cine en la portada con el torso desnudo. Yo no sabía cómo se llamaba, pero reconocí su barba de chivo, y sus ojos, alarmantemente claros. «¿Qué es estar prometidos? —preguntó Ian—. ¿Qué es rehabilitación?». Todos los coches empezaban a parecerme de la Policía, y todos los ruidos, sirenas. Me pregunté si Rocky le había transmitido sus sospechas a la Policía de Hannibal, o si seguía las pistas por su cuenta, en plan autónomo. Seguro que era él quien había encontrado las luces encendidas, y sabía lo amigos que éramos Ian y yo.

Después de sacarse treinta puntos en nuestro juego por hacer rimar Lucy Hull con «abedul», y otros treinta por insistir en que «aparcarían» rimaba con «Ian», se quedó dormido, con la cabeza hacia atrás y las gafas caídas por la cara. Yo me acercaba cada pocos minutos para oír si jadeaba, pero solo oía el típico gorgoteo de cuando se duerme con la boca abierta.

Poco después me fijé en que el coche de detrás era una copia del mío: azul pastel, herrumbroso y japonés. Pensé en despertar a Ian para reivindicar mis cuarenta y cinco puntos, pero se agradecía la tranquilidad, y él necesitaba dormir. No vi si el conductor era hombre o mujer, porque el sol estaba bajo y le tapaba la cara al reflejarse en el parabrisas, así que no pude evitar imaginarme que era una mujer con mi aspecto: mi gemela, con la diferencia de que no llevaba en el asiento derecho a su máxima culpa, su pensamiento no estaba atascado en una rueda de padres angustiados y novios vengativos, y no salía como protagonista en el siguiente acto de la saga familiar de vergüenza, huida e idealismo idiota.

La volví a buscar después de que se pusiera el sol, pero no supe distinguir si eran suyos los faros de detrás. A Ian no lo desperté hasta que paramos en un motel.

28 EL ESTADO ESMERALDA

Por la mañana, el asma de Ian estaba mejor. Antes de subir al coche, pegué la oreja a su espalda y escuché. Se le escapaba la risa, pero la poca respiración que logré distinguir sonaba limpia.

Nos acercamos al coche equivocado. Era otra copia del mío, japonés y azul pastel, aunque mejor aparcado. Detrás del volante había un hombre reclinado en el asiento, con el pelo oscuro y unas gafas de sol. Salimos a la carretera, y él también. Después de someterme a un sermón silencioso sobre la paranoia, conduje unas horas hacia el este, hasta que pasamos al lado de un cartel donde ponía «¡Bienvenidos al Estado de la Montaña Verde!».

—Bueno —dije—, ¿cómo se llama donde vive tu abuela?

Fue una crueldad. No sé por qué lo dije, aparte de por mi humor de perros y por haber pensado toda la noche en mi padre, dividida entre la rabia por su traición, la desolación por el sentimiento de culpa que debía de haber arrastrado toda la vida, y la perplejidad porque Leo Labaznikov hubiera decidido remediar mi ignorancia.

Hacía mucho tiempo que no mencionábamos a la abuela de Ian más allá de la ficción de Janna Glass. Tardó un segundo en recordar de qué le estaba hablando.

—Ah —dijo—. No lo he entendido a la primera porque la llamo nana. Mi abuela es la madre de mi madre. La de mi padre es mi nana.

—Vale, pues ¿cómo se llama donde vive tu nana?

Se puso a gritarme de repente, con la cara roja.

—¡SI TE LO DIGO ME LLEVARÁS A SU CASA SIN HABERME DEJADO VER LAS ATRACCIONES TURÍSTICAS!

Era una falsa pataleta, de las que le había visto en la biblioteca, y ni la mitad de temible y real que la del día en que nos fuimos. Tras esconder la cara en su propio regazo, miró hacia arriba.

—Quiero ver algo de los Green Mountain Boys —dijo con voz quejosa.

—Vale —dije yo. Al menos sus berridos me habían devuelto al presente, a los problemas que tenía entre manos, no los de hacía cuarenta y siete años, y que podía solucionar—. A ver, ¿dónde viven los Green Mountain Boys?

—Vivían. Son del siglo XVIII. La verdad es que no lo sé.

—¿Y por qué te gustan tanto?

—Es que tuvimos que hacer un trabajo sobre algún tema de la Guerra de Independencia, yo quería hacerlo de Betsy Ross, pero ya lo había cogido alguien.

Se estaba bebiendo un zumo de espinacas y manzana, fingiendo que le gustaba. Habíamos conseguido encontrar una tienda de alimentos biológicos, allá, en el quinto pino, una especie de oasis de ginkgo y soja verde, y funcionaba: por primera vez en varios días, me sentía extremadamente sana.

Cruzamos pueblos compuestos por dos o tres tiendas y un puñado de casas que prácticamente se habían quedado sin pintura, y empezaban a desfondarse. En las ventanas colgaban carteles hechos a mano, con sábanas: «Reconquistemos Vermont». En invierno, por la radio pública, había oído una noticia sobre aquel movimiento de base contra la ley de uniones civiles recién aprobada. Habían emitido una entrevista telefónica con un vecino de Burlington que, a juzgar por su voz, era joven y enérgico, y llevaba *piercings*. «Este estado —decía— es el sitio más felizmente polarizado de todo el país. La mitad de la gente es liberal a tope, y la otra tan conservadora que es como si dijeran: “Mientras yo pueda tener armas de fuego, tú sé todo lo gay que quieras”. Va todo en este plan, de extremos que se equilibran». En cualquier caso, si algo no transmitían los grumos iracundos de pintura en las sábanas ajadas era felicidad. Además, me acordé de que el chico de la radio dijo que en su coche llevaba una pegatina donde ponía «Reconquistemos Vermont por detrás».

Justo entonces, Ian preguntó qué querían decir los carteles, y yo me empecé a inventar algo sobre la lucha contra la contaminación, pero al final decidí ser sincera. Teniendo en cuenta que había estado buscando una oportunidad para sacar el tema, era una tontería desaprovecharlo.

—Vermont es un sitio muy bueno para vivir cuando se es gay —dije—. Hombres enamorados de otros hombres, por ejemplo. Hasta los dejan casarse, en cierto modo, pero hay gente enfadada porque no le gusta, y es la que hace estos carteles.

—Deben de ser las casas cristianas —dijo Ian.

Lo miré. Se le veía orgulloso de las casas cristianas, y también con pinta de que la conversación no iría más allá.

—Bueno —dije—, puede que sean cristianos, pero la mayoría de los cristianos no sacan pancartas como estas. A la mayoría les parece que la gente tiene que ser feliz tal como es. Estos son los que odian, como los nazis; a los nazis no les gustaban los gays y los mandaron a los campos de concentración, con los judíos.

Justo después, al repetirlo mentalmente, me di cuenta de que quizá no hubiera estado muy fina al comparar indirectamente a su familia con los nazis.

Ian estuvo un segundo callado.

—¿Sabías que Hitler quería ser artista, pero que se hizo nazi porque no pudo entrar en ninguna escuela de arte? —dijo.

—Sí, ya me acuerdo.

—Imagínate. Si llega a entrar en una escuela de arte, todo el mundo sería diferente.

—Señal de que a la gente se la tiene que dejar ser como es —dije yo—. Cuando no pueden, se convierten en unos amargados, y en malas personas.

Se puso a reír.

—¿Te imaginas que vas a un museo y empiezan a decir: «Aquí tienen un bonito Monet, y aquí, a la izquierda, un Hitler de la primera época»? ¿A que sería raro?

No se me ocurrió ninguna forma sutil de darle otra vez la vuelta.

—Irías a la tienda de regalos —siguió—, te comprarías postales de Hitler y dirías: «Mira este Hitler, qué bonito. ¡Me lo colgaré en mi habitación!». Y la gente se pondría camisetas de Hitler.

—Sí —dije yo—, habría sido mejor.

Con la mirada en un fondo suave de montañas, y el pensamiento en el «país de fugitivos» de Leo, me dije que fugarse era un rito infantil que yo me había perdido: escaparse por una rabieta a la cabaña del árbol, con la mochila repleta de caramelos... De pronto, sin embargo, me acordé de que sí, de que me había escapado una vez, o algo parecido. Era un recuerdo que no tenía desde hacía mucho tiempo. Me vi otra vez con diez años, encogida debajo de mi mesa. Me había pasado toda la mañana un piso más abajo, jugando con Tamara Finch, y al volver a casa me encontré un silencio tan grande en el pasillo, como si todo el edificio estuviera en trance, que tuve ganas de participar, así que entré en mi habitación con todo el sigilo que pude y me hice un ovillo debajo de la mesa, desde donde podía mirar hacia el exterior y ver cómo caían copos gigantescos. Tenía un libro en la mano, pero no lo leía. Me imaginaba a mi abuelo desapareciendo en el yermo siberiano. No estaba

enfadada con mis padres; ni siquiera estaba triste, pero no quería romper el embrujo. Cuando ellos empezaron a extrañarse de que no estuviera en casa, y llamaron al señor Finch, seguí paralizada, negándome a existir. Solo salí de mi cuarto cuando mi madre cogió el teléfono para llamar a la Policía, y entre bostezos alegué que me había quedado dormida debajo de mi mesa. Por eso no podían enfadarse; y no se enfadaron.

Si me hubieran pillado, si aquel día mis padres, con las manos sobre el regazo, me hubieran sentado a la mesa para castigarme, o se hubieran puesto a llorar, o me hubiesen pegado con un palo, es posible que no hubiera pasado todo este follón. Yo lo habría aprendido de la forma más fácil: no se puede desaparecer; en Estados Unidos, y a estas alturas, no. En un momento dado, me había parecido posible desaparecer entre las nieves de la estepa rusa. Quizá por eso hubiera accedido a llevar a Ian hacia el norte, donde la temperatura descendía un grado cada treinta kilómetros, y cada día había más nieve vieja amontonada y prensada junto a la carretera. Pero no, incluso eso era mentira: ya no existía Siberia. Ya era imposible desaparecer de la faz de la Tierra.

Al anochecer paramos en Bennington, porque Ian recordó que en su trabajo salía la batalla de Bennington. En el centro ya estaba todo cerrado, y no había nadie a quien preguntar. En un folleto que cogimos en una gasolinera ponía que en el pueblo había un museo sobre la Guerra de la Independencia; sin embargo, cuando dije que podíamos esperar a la mañana siguiente, Ian no mostró un gran entusiasmo.

—La verdad es que no me gustan mucho los museos, porque me da miedo hacer saltar la alarma.



Me pregunté si los Green Mountain Boys le interesaban lo más mínimo, o si era lo único que sabía de Vermont. Cogimos el folleto y algo de picar. Con el dinero que le quedaba, Ian se compró unas gafas de sol con la montura y los cristales verdes, y el lema «*I L VERMONT*».

Continuamos hacia el norte, pero muy poco, hasta un hotel en la calle mayor, de una sola manzana, de un pueblo cuyo nombre no llegamos a saber. Los suelos estaban inclinados y sonaban a hueco. Ian se convenció de que era una casa encantada. Éramos los únicos huéspedes. Sin embargo, mientras cenábamos en el bar de la planta baja, empezó a entrar gente. Todos nos miraban, aunque probablemente solo fuera por no ser de allí, o por la

insistencia de Ian en llevar las gafas de sol encima de las normales durante toda la cena, para ver la leche de color verde.

Por primera vez desde nuestra llegada a la casa de los Labaznikov, sentí hambre; hambre, cansancio y frío, a pesar de toda la basura que había comido desde el principio del viaje y de haber subido cada noche el termostato del hotel hasta los veintisiete grados, y de la adrenalina y cafeína que habían ocupado el lugar de mi sangre. Tenía ganas de comer pan caliente, de envolverme en sábanas y de dormir. Tenía ganas de comerme una tarta de arándanos entera. Supongo que sentía nostalgia de casa, aunque sin tener muy claro de cuál. De una que no existía.

El lunes, la bibliotecaria confundida y el niño rarísimo se tomaron una barra 3 musketeers, una coca-cola, unas cuantas pringles, una pizza pepperoni aceitosa y dos cheeseburgers, pero siguieron el viaje en coche.

El martes se tomaron seis donuts con azúcar glas, dos ensaladas blancuzcas de fast-food, unos raviolis de espinacas con salsa marinara y una cara botella robada de syrah, pero siguieron el viaje en coche.

El miércoles se tomaron dos platos de huevos, seis vasos de zumo de naranja, dos slushees grandes con sabor a cereza, un bocadillo de beicon, lechuga y tomate con palillos adornados, una quesadilla, varias pastillas de menta cogidas de un restaurante y un cigarrillo, pero siguieron el viaje en coche.

El jueves se tomaron dos donuts, un vaso de zumo de naranja con dos bolsas de leche en polvo «para darle más textura», doce oreos, dos bocadillos de pavo, los espaguetis con carne picada y el pan de ajo de Marta Eabaznikov y una cantidad descomunal de café, pero siguieron el viaje en coche.

El viernes se tomaron beicon canadiense, huevos revueltos con verdura, queso, pan, mermelada, mantequilla de cacahuete, salami, leche, mostaza y cerveza. —Que al parecer es como desayunan los rusos en América—, dos batidos, bocadillos, cuatro paracetamoles y unos cuantos M amp;M. Por la noche estaban hechos polvo.

El día siguiente era sábado. Se bebieron dos zumos orgánicos y se sintieron ligeramente más saludables.

*Y ya está. No construyeron ninguna crisálida impenetrable.
No consiguieron metamorfosearse. No se fueron volando.*

Nos pusimos de acuerdo en ahorrar dinero compartiendo habitación aquella noche, mientras yo prometiera no pedirle a Ian que apagase su lámpara de lectura y se durmiera. Estuve dispuesta a dar por válido que, si me llevaban a juicio, la sentencia no dependería de la distribución en habitaciones. Además, coger una sola habitación resultó mucho más fácil. A la recepcionista, que hablaba por los codos, le dimos más impresión de madre e hijo, y le preguntó a Ian a qué curso iba y cómo se llamaba su colegio. «Santa María de la Iglesia de Dios», contestó él; y más tarde dijo: «¿Verdad que ha estado bien? Para que se pensara que soy católico».

A las ocho y media, después de cenar, y de comernos dos cestos de pan, subí con Ian a la habitación, pero luego decidí que lo que más me apetecía era volver abajo y emborracharme; no tanto como para empezar a contarle a todo el mundo por qué estaba ahí, pero sí para olvidarme durante uno o dos minutos de lo que pasaba en Hannibal, de la razón por la que Rocky había llamado a Glenn, de lo que le había contado Loraine a la Policía y de si los Drake nos seguían y se encontraban a diez kilómetros con un policía del estado.

Me senté al final de la barra, saqué mi libretita de espiral y mi bolígrafo del bolso y me los puse delante, como si estuviera haciendo una lista, viejo truco para mantener a raya a los desconocidos con ganas de hablar. El taburete lo orienté de modo que veía el resto de la sala. Todos los hombres eran sumamente flacos, y las mujeres llevaban polares hasta medio muslo. La de detrás de la barra era la misma de la recepción, la del gran jersey azul con un pájaro amarillo cosido por encima del pecho izquierdo. Pedí un vodka con tónica, y después otro. En un rincón había un hombre de espaldas a mí que no parecía encajar en el ambiente. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás con gomina, y una americana oscura. Busqué un ángulo desde el que verle la cara, pero lo único que vi fue el plato intacto de muslos de pollo que tenía en la mesa, junto a un móvil nuevo y muy caro. Me giré lo más despacio que pude hacia la ventana que daba al aparcamiento, de grava y con luz artificial. Estaba mi coche, pero no donde lo había aparcado; ni con mi matrícula, sino con una de Pensilvania, con esa especie de dovela que llevan en el medio.

Tuve ganas de huir, de irme a toda pastilla a otro estado, país o planeta, pero despertar a Ian, y que me vieran fugarme con él del hotel, podía ser la

peor decisión. A falta de una idea mejor, opté por fumar. Me temblaron las manos al ir a encender un cigarrillo. La encargada se acercó rápidamente.

—Lo siento, cariño —dijo—, pero es que nos han puesto en el catálogo de patrimonio y no nos dejan fumar.

En ese momento intervino el hombre de mi lado, ya con dificultades para hablar.

—Casi dan ganas de que manden los bibliotecarios^[7]. Me miraba raro, fijamente. ¿En plan «soy policía de paisano ron un arma escondida»? ¿En plan «he visto tu foto en la estafeta»?

—¿Tú no eres la bibliotecaria de la que hablan? —dijo.

Se refería a mí. Me quité de la boca el cigarrillo apagado, por miedo a tragármelo.

—Libertaria, Jake.

La encargada me sonrió y fue a la otra punta de la barra: no era la primera vez que oía aquella perorata.

Jake era un hombre de barba muy poblada, el único gordo del bar. Llevaba dos camisas de cuadros, una encima de la otra, como si hiciera de extra en una película sobre Vermont, y su papel consistiera en quedarse eternamente al fondo, sacando jarabe a un árbol.

—No, yo solo estoy de paso. —Respondí.

Probablemente fuera mejor no despertar sospechas con frases largas. Él resopló.

—Se nos acaba de instalar un libertario en el pueblo, pero hace un par de años tenían no sé qué plan de subir aquí y quedarse con todo. Al final se decidieron por New Hampshire. Bien pensado. Aquí les habrían pegado un tiro. Que se vayan todos a la vez a New Hampshire, y luego que se independicen. El puto país de New Hampshire.

—Si es que los libertarios... —Convine, asintiendo.

Volví a mirar por la misma ventana, pero esta vez me fijé en el reflejo. El del pelo negro seguía en su mesa, demasiado lejos para oírnos hablar. Siempre podía decirle a Jake que el libertario era aquel de allá, el de la americana de pijo, y aprovechar que iba hacia él, sediento de sangre urbanita, para escaparme; pero de poco podía servir Jake con lo borracho que estaba.

—Todo el mundo quiere venir a Vermont y convertirlo en lo que no es. En los sesenta todo esto se llenó de *hippies*, que construían mierdas solares, e intentaron criar llamas. ¿Tú has visto las comunas?

La verdad era que habíamos pasado al lado de una estructura de madera en forma de estrella, con tendedores que salían hacia todas partes y unos

cuantos Volvos viejos aparcados delante.

—Y tanto —dije—. Al venir he visto una.

—Ahora vienen gays para casarse por lo civil, y chavales de la universidad que suben a esquiar. Aquí se viene todo quisqui y se cree que ha hecho el gran descubrimiento, como el Cristóbal Colón de los cojones. Cualquier día plantan una bandera en Montpelier y lo conquistan en nombre de California. Nos convertirán en Disneylandia.

Ya había vuelto la encargada.

—Jake —dijo—, no molestes a esta chica.

Jake soltó otro bufido y se acabó la cerveza, que dejó espuma en su bigote. Antes de que pudiera seguir hablando, me concentré en la libreta y empecé a confeccionar una lista, la única que se me ocurría. Ponía esto:

Rocky

Loraine

Glenn

Sophie Bennett

Los Labaznikov

Mamá y papá

Los Drake

Hombre

Ni siquiera tuve claro de qué era la lista. ¿De las personas que podían delatarme? ¿De las que me daban miedo? La miré un momento y añadí el nombre de Ian al final. Transcurrida una buena media hora, el del pelo negro pagó la cuenta, dejando completamente intacto el plato de muslos de pollo, se guardó el móvil en el bolsillo y no cruzó la puerta del aparcamiento, sino la que daba al resto del hotel. Se quedaba a dormir. Antes de que se cerrara la puerta, me miró directamente e hizo un gesto seco con la cabeza. Yo, a esas alturas, llevaba cuatro vodkas con tónica, más de los que me podía permitir, pero agradecí su efecto adormecedor en mis nervios. Conseguí quedarme en el taburete y beber agua durante una hora y media, tiempo más que suficiente. —Calculé— para que él, suponiendo que me hubiera esperado al otro lado de la puerta con una barra de hierro, o una cámara de televisión, o una placa de policía, desistiese y se fuera a dormir.

Todavía borracha, subí atenta a todas las esquinas, por si estaba el hombre, y con miedo a caer por los tablones podridos de la escalera. Ian dormía, otra vez con silbidos. Logré encender la luz sin despertarlo. De repente, al contar los días que llevábamos de viaje. —Casi seis—, me di

cuenta de que era el cumpleaños de mi padre; mejor dicho, lo había sido, y a mí se me había pasado. Por suerte en Chicago era una hora menos; mi padre era un insomne empedernido, y lo más importante era que en mi estado, baboso y licuefacto, me alegré de tener una excusa para llamarlo. Uno de los elementos de mi lista de cosas que hacer, cada vez más desesperada y aleatoria, era explicarle por qué Ian me había acompañado hasta la casa de los Labaznikov, como a esas alturas ya debía de saber. Más aún: por alguna razón no analizada, tenía ganas de sondearlo acerca de lo que me había contado Leo Labaznikov, para ver si aún lo reconocía como el hombre a quien había dejado en la cama con su bolsa de hielo, o el tiempo transcurrido, y la información incriminadora, lo harían sonar de otra manera. Me pregunté si sabría percibir un estrato de culpa y parricidio por debajo de su acento.

Pero no, estaba contentísimo, sin gota de sueño, y era el mismo de siempre.

—¡Lucy! ¿Qué te cuentas?

Sentada en la cama, dura y mohosa, reduje mi voz a un susurro, por miedo a salir al pasillo. Le conté que al final había llevado a Ian hasta Vermont para que se quedara en casa de la madre de su padre; Woodstock, Vermont, dije, por estar casi segura de que existía esa localidad; también dije que la abuela no llegaba a los sesenta años, que hacía mosaicos y que podía cuidar perfectamente de Ian.

—¡Pero ha conocido a los Labaznikov! —dije—. ¡Qué risa! Tuvo un pequeño ataque de asma, pero al final se le pasó.

—Sí, sí, ya me lo ha contado un pajarito.

—Ah, o sea, que Leo te ha puesto al corriente... ¡Ah, oye, espera: feliz cumpleaños! ¡Si llamaba por eso!

Consciente de que se me debía de notar la borrachera, procuré hablar más despacio y pronunciar mejor, como si alguna vez en toda la historia de la ebriedad alguien se hubiera dejado engañar por aquel truco.

—¡Sí! ¡No hace falta que me regales nada!

Fui al grano. Estaba en ese estado de borrachera funcional en que ves pasar las decisiones que tomas como los postes de teléfono en la carretera.

—Oye, que el tío Leo me contó la verdad sobre la fábrica de chocolate. Por fin.

—Ah, bueno.

Su tono, más que de sorpresa, fue despreocupado.

—Pero la verdad, ¿eh? ¿Mamá lo sabe?

—Mira, te voy a decir una cosa: tú te crees que no necesitas la ayuda de tu padre, pero sí que la necesitas, sí; necesitas el dinero y deberías coger el coche.

—¡Papá, que estoy en Vermont! No puedo coger tu coche.

—No debería sorprenderte. Es que los hijos son tontos. La moraleja es esa, ¿no? Los hijos se creen que saben algo, pero ¿qué saben? Nunca tanto como los padres.

No logré colocar sus palabras en un orden dotado de sentido. Parecía enfadado. Lo que ya era más difícil de saber era si lo estaba conmigo, por no haber sabido antes, por arte de magia, la verdad de la historia, o bien consigo mismo, o bien. —¿Sería posible?— con Ian por haber traicionado a sus padres y creer que sabía más que ellos.

—Chorradas —dijo.

Oí romperse un vaso, y por fin caí en la cuenta de que el borracho era mi padre; casi a las doce de su sesenta y cuatro cumpleaños; en la conversación, la palma de la sobriedad me la llevaba yo.

—Oye, papá, que ya lo hablaremos.

Ian hizo chirriar un poco la cama al cambiar de postura.

—No, ahora te voy a explicar por qué son tontos los adultos. De momento vamos porque a los ocho años se es tonto, ¿no? Pues el mismo niño del que te habla el tío Leo al hacerse mayor, y tener veinte años, se da cuenta de lo que ha hecho. A los nueve años te das cuenta de algo; luego te vuelves a dar cuenta a los diez, y luego te das cuenta a los once, y a los doce, pero cada año ves que lo que te creías que entendías un año antes... ¡Eh, no, espera, que es peor! Y se te llena de plomo el corazón.

Mi padre casi gritaba. Me pareció de una tristeza lamentable que no hablara en primera persona ni una sola vez. Mi único deseo era que se callara, pero hacerle callar era lo siguiente más cruel que había después de haberle hecho hablar.

Y al cumplir los veinte tienes dos alternativas: o te suicidas, o te vengas del mundo. Pues yo escribí un librito de ocho páginas sobre el lavado de cerebro de los niños rusos, y lo metí una noche debajo de todas las puertas de Moscú; bueno, de todas no, de unas quinientas. Luego voy, cojo patatas y las meto en los tubos de escape de los líderes del Partido, delante de los edificios del Gobierno; no para matarlos, porque en la URSS nadie era tan tonto como para arrancar sin haber inspeccionado el coche, pero sí que pongo mi librito en el tirador de la puerta y meto la patata para que quede claro el mensaje, ¿vale? Llevo un saco enorme de patatas en la mano, y nadie me pregunta

nada; nadie se fija en un joven con un saco de patatas. Para mí es una sorpresa, porque creía que me pegarían un tiro. Escucha, Lucy: creía que me pegarían un tiro y me daba igual. No porque me estuviera suicidando, sino porque sabía que tenía la razón.

Desde la cama, intenté no ver dos ventanas sino una en la pared del fondo, mientras digería la última frase. Si algo teníamos en común los grandes guerreros y fugitivos del linaje Hulkinov, el expatriado patológico de mi padre y yo, solo era eso: la exaltación de creernos en posesión de la verdad. Y no en mal sentido, no: es que teníamos la razón. Lo que ocurre es que nos importaba más tenerla que actuar correctamente. Y nos importaba más tener la razón que nuestra propia vida.

—Por eso te escapaste —dije.

—No. —Oí más ruido de cosas caídas, rotas y empujadas—. El que se escapó por eso fue Ilia, tu tío Ilia; pero tío de verdad, no tío de mentira, ¿eh? Alguien le dijo a la Policía... no sé, algo así como «fue el niño de los Hulkinov»; o quizá es que solo dijeron su nombre porque nos parecíamos como dos gotas de agua. Bueno, pues Ilia estaba en el bosque, durmiendo con una chica, y a las cinco de la mañana llamó la Policía a la puerta preguntando por él, y mi madre demostró que yo no era Ilia, y si no la arrestaron fue porque Dios no quiso. Lo hacían mucho, arrestar a la madre... Y va el policía joven y tonto y dice que volverán la noche siguiente, y el policía mayor le da una bofetada: ¡plaf!

—O sea —dije yo—, que Ilia se fue para Rumania.

—En la frontera le pegaron seis tiros en el pecho, seis. Se lo contó a mi madre nuestro primo Anton, que se enteró.

—Papá, no es culpa tuya —dije.

—¿Qué pasa, que ahora eres mi psicóloga? Pues te voy a decir algo psicológico: esto es América, y aquí no hace falta huir de nada. Por eso vine de tan lejos.

Probablemente hubiera hecho mejor en fingir que mi padre no hablaba sobre mí, pero no tuve fuerzas.

—Yo no huyo.

—Y otra cosa: ya ves qué pasa cuando no nos fiamos de los padres. Los niños no saben lo que les conviene.

—¿Me estás llamando niña?

Lo pregunté más que nada para averiguar si se refería a Ian.

—Pues claro; tú eres una niña, y yo un viejo muy viejo, que hoy cumple años. Me voy a la cama, a aplastar las orejas.

Colgué después de él, con la esperanza de que mi madre aún estuviera despierta y pudiera velar por que mi padre se acostara sin percances, aunque ya sabía que no, porque se habría oído su voz al fondo, diciéndole que se tranquilizara y le diera su vaso.

Aquella noche, lo único que soñé fue que Leo Labaznikov se ahogaba en un río y gritaba algo mientras se lo llevaba la corriente. Yo tenía que acercarme al agua para oírlo, cuando lo normal habría sido correr en busca de ayuda.

—Lucy, ¿qué es medio ruso? —vociferaba él—. ¿Qué es medio ruso?

Me desperté con la respiración acelerada, sudando bajo las tres pesadas mantas que había amontonado encima de la cama. Miré la habitación a la luz roja de las 4.24 del reloj digital. Medio ruso era medio nihilista, una cuarta parte de partida de ajedrez y una sexta parte de revolución. Me pareció correcto. Medio ruso era alguien que se dedicaba al transporte nocturno de cajas de zapatos sin importancia, jugaba sin estrategia y cuya única revolución era correr.

29 TIMO

Cómo lavarse los dientes como un niño de diez años:

1. Intentar poner pasta en el cepillo formando un cilindro perfecto, acabado en un remolino, como en los anuncios de la tele. Si no funciona, aclarar debajo del grifo y poner más pasta. Repetir tres veces hasta que salga perfecto.
2. Preguntarle al adulto más cercano si tiene una cámara para fotografiar la obra maestra.
3. Cantarle a la pasta de dientes «So Long, Farewell», de *Sonrisas y lágrimas*.
4. Cepillarse con bastante energía como para que se forme una espuma azul claro impresionante.
5. Preguntarle al adulto más cercano si ve algún parecido con un perro rabioso.
6. Apartarse un metro del grifo y anunciar que se está a punto de escupir como un camello.
7. Una vez limpia la boca, tirar intencionadamente el tubo de pasta al suelo y decir: «¡Ha sido accidental! ¿Lo pillas?».
8. Pasarse hilo dental.

Aquel día, domingo, llegamos hasta Burlington. Yo ya había estado, cuando iba a ver universidades con mi madre, y recordaba todas las librerías de la calle Church. Se lo dije a Ian, y le prometí comprar algunos libros sobre historia local y comer en un restaurante italiano. A pesar de mi resaca, sentía el dolor de cabeza como algo adecuado y necesario. Era como me debería haber sentido siempre, desde el momento en que salí con Ian de la biblioteca; y si vomitaba, pues aún mejor.

Aparcamos. Le dejé poner a él las monedas en el parquímetro.

—¡No había podido hacerlo nunca, en toda mi vida! —dijo él, como si fuera el principal problema de su educación.

Caminamos hasta la calle Church, que era peatonal, y donde la crudeza de un final de invierno en Nueva Inglaterra no impedía que el espacio cubierto entre las tiendas estuviera lleno de gente, que lo iluminaba todo con sus abrigos de colores y sus gorros de borlas. Un vendedor callejero abrigado hasta las cejas expendía café y chocolate caliente en su carrito. Compramos un vaso de cada y empezamos a entrar y salir de las tiendas. Ian eligió un cuaderno de dibujo y unos lápices de colores en una tienda de artículos de arte. Pero a mí no me dibujes, ¿eh? —le dije.

Me imaginé al fiscal mostrando como prueba H el dibujo de una mujer con mis rasgos faciales, y unas greñas rubias que aún no se habían recuperado totalmente del Ferret-Glo.

—Voy a hacer unos dibujos para mi abuela —dijo él—. Así se los regalaré cuando la vea. Es que no me he acordado de traerle nada.

Él decía que respiraba bien, y parecía sincero, pero tenía los hombros levantados hasta las orejas, y se le veía pálido. También podía ser por el estrés. A saber.

Después de que Ian fuera al lavabo en el sótano de los juzgados, ironía a la que pareció insensible, volvimos hacia el norte, para ver las librerías independientes que hay junto a la gran iglesia unitarista. Compramos un libro de historia de Vermont que en algún momento de los años setenta debía de haber sido obligatorio en séptimo curso. Al final de cada capítulo había una página de preguntas como «¿A qué se dedica el vicegobernador?» o «Define tres pautas principales de asentamiento». También encontramos una guía titulada *Carreteras y caminos de Vermont*, y yo le compré a Ian los dos libros de Lois Lowry que en Hannibal le daban tanto miedo que ni siquiera se los había llevado escondidos en los pantalones. Una vez me había contado que su madre le había leído algo de que Lois Lowry creía en Satanás. ¡Lois Lowry, de Maine, tan mona ella, con su pelo blanco y su premio Newbery! («¿Tu madre no cree en Satanás?»). «Sí, pero a ella no le gusta»). Aún no habíamos salido de la tienda y ya estaba leyendo *¿Quién cuenta las estrellas?*

—Lo único malo es que ya me sé el final —dijo—. Me enteré en la biblioteca, un día que lo miré.

—Yo hago lo mismo —dije—. Es una mala costumbre.

—Ya, pero no lo hago adrede. —Caminaba, hablaba y leía al mismo tiempo—. Es que siempre tengo que mirar el final para ver cuántas páginas hay, y saber cuándo iré exactamente por la mitad, pero al ver la última página es como si absorbiera las palabras con los ojos.

—Al menos —dije— sabes que acaba bien.

Me alegré por Ian de que la mitad de la gente con quien nos cruzábamos hubiera llamado la atención en Hannibal, Misuri: crestas, *piercings*, un hombre con *sarong*, parejas de chicas cogidas de la mano, con sombreros verdes a juego... Era día lectivo en la universidad y las calles estaban llenas de chicos de diecinueve años con rastas que avanzaban lentamente hacia los bares, bajo la concha de caracol de sus mochilas llenas, moviendo la cabeza al son de los auriculares.

—Aquí la gente tiene el pelo sucio —dijo Ian al cabo de un rato.

—Bueno, solo es otra manera de peinárselo.

—Que no, que a aquel de allá le salía una rama del pelo.

—Ya te entiendo.

Al encontrar un *pub* irlandés, decidió que era mejor que un italiano, y nos sentamos en lo que parecían viejos bancos de iglesia. Yo le dije que no tenía hambre.

—Mi madre lo único que come siempre son tomates —dijo él.

Pedí un café, a sabiendas de que me lo rellenarían todas las veces que quisiera, y de que podía aprovechar algunas calorías de la leche y del azúcar. Cuando trajeron la comida de Ian, inclinó la cabeza hacia su sopa de cheddar durante un momento sospechosamente largo. Yo fui bebiendo café, porque nunca sabías hasta cuándo estaría así.

—Te tengo que decir —dije al ver que levantaba la cabeza— que casi se nos ha acabado el dinero. Guardo un poco para la vuelta, después de que hayamos visto a tu abuela, pero aparte de eso solo nos quedan unos cien dólares.

—¿Y tus tarjetas de crédito?

Ian soplabla con tal fuerza en la sopa, que hacía saltar de la cuchara gotas que aterrizaban por toda la mesa.

—Prefiero no usarlas —dije—, porque entonces podrían saber dónde estamos.

—No te preocupes demasiado —dijo él—, que tengo una idea para más tarde. —Sacó de la bolsa de plástico los libros sobre Vermont y los puso encima de la mesa—. De momento, está claro que lo primero es averiguar dónde vivían los Green Mountain Boys.

Yo abrí el de historia y él la guía turística. Al echar un vistazo a los primeros capítulos, resultó que Jake, el leñador borracho, tenía razón: el estado era un constante campo de batalla, desde la época en que los iroqueses expulsaron al resto de las tribus hasta el momento en que los franceses reclamaron las tierras para la Nueva Francia. De ahí ya pasabas a holandeses,

ingleses, franceses, ingleses, Massachusetts, Nueva York y New Hampshire. Vermont había sido independiente durante catorce años, bastantes para acuñar moneda propia, y para que sus valerosos habitantes creyeran firmemente haber triunfado, y que transcurridos cientos de años los escolares recordarían a los Green Mountain Boys como padres de la patria y visionarios. Eran lo bastante independientes como para haber tenido presencia militar propia, y fuerte, en la Guerra de la Independencia, combatiendo en una lucha ajena por la libertad.

Todo ello hasta ceder a la presión y unirse a los demás como el decimocuarto estado: ni tan pronto como para obtener una de las primeras estrellas blancas, ni tan tarde como para ser frontera. A partir de entonces, lo que dijo Jake: gente y más gente venida de otros sitios. Llegaron granjeros que probaron la tierra y que, en la mayoría de los casos, fracasaron. En los sesenta, *hippies*; en los setenta, comunas y, aunque el libro no fuera más allá, y se quedara en la «esperanza de un futuro espléndido para el estado de Vermont», la siguiente fase la acababa de ver yo en la calle Church: esquiadores, artistas, mochileros, idealistas políticos, fugitivos... Todos afluyendo para competir con los Jake. Y aquí estábamos también nosotros, tratando de reivindicarlo en nombre de... ¿De qué? Tal vez de un asilo al que acogerse.

Ian se acabó la sopa, pero pidió a la camarera un poco más del pan blanco y crujiente que le habían traído para acompañarla. Puso dos rebanadas en el plato de mi taza de café, y empezó a untar las otras dos de mantequilla. Se metía los trozos en la boca como si se preparase para la hibernación.

—Seño —dijo mientras aspiraba—, tengo que hacerte una pregunta.

—A mí me puedes preguntar lo que quieras —contesté.

Mi resaca desapareció en un subidón de adrenalina.

—Vale. —Ian lo preguntó con la boca llena de pan—. ¿Tú has asqueado a Jesús sin razón?

—Mira, solo te podré contestar si entiendo lo que me dices.

Tragó despacio y varias veces, como para que no quedase ni una sola miga.

—He dicho que si has aceptado a Jesús en tu corazón.

—No. —Recuperé de golpe la resaca. Por un lado, no quería crear falsas expectativas y, por el otro, no quería que Ian se enfadase—. Pero ya me lo sé todo sobre el tema. Creo que perderías el tiempo.

Él se encogió de hombros.

—No, si no pasa nada; es que tengo que hacer un trabajo para mi clase y nos han pedido que pongamos el testimonio de tres personas.

La verdad es que no lo vi molesto. Me alivió que no fuera el auténtico motivo por el que me había hecho hacer todo aquel viaje, como había llegado a temer fugazmente: algún plan perverso y retorcido que contara con el beneplácito de sus padres.

—¿Y esto ha contado o no?

—Supongo. Además, antes de empezar a comer he rezado por tu alma.

—Fabuloso.

—En principio tenía que rezar contigo, pero no me ha parecido que quisieras.

—No te has equivocado. —Después de un segundo, señalé los bancos de iglesia con grafitis y las vidrieras de detrás de la barra, y dije—: Puede que te den puntos extra por haberme traído a esta catedral tan bonita. —Él puso los ojos en blanco—. Bueno, ahora soy yo la que te quiere hacer una pregunta: ¿te gusta la clase a la que vas, la de los sábados?

—Hay un libro de texto con cómics.

—Ya, pero ¿las clases te hacen sentirte mejor o peor contigo mismo?

Se quitó las gafas y se las limpió con la servilleta.

—No creo que sea el tipo de clases que te piensas —dijo—. En realidad no nos enseñan cosas. Yo preferiría..., no sé, unas clases de arte.

—Creo que sí que sé el tipo de clases que son. ¿No es lo del pastor Bob?

Primero puso cara de sorpresa, después de alegría, y por último de absoluta vergüenza.

—En principio, es para niños que aún no han crecido del todo, como si dijéramos; vaya, como si aún no fueran tan altos como los demás.

—Tú para tu edad eres bastante alto.

—Sí, pero no... pues que no soy bueno en deportes, y en principio te tiene que ayudar en eso. Y a llevarte bien con la gente.

—¿Y te ha ayudado, en esas cosas?

Se sacó del bolsillo el inhalador vacío y se echó las moléculas de fármaco que pudieran haberse quedado pegadas en el fondo del bote. Después aguantó diez segundos la respiración, bajando un dedo a cada segundo, hasta que tuvo los dos puños cerrados. A continuación dejó salir todo el aire que inflaba sus mofletes, en un chorro lento y ruidoso.

—La verdad es que lo odio bastante.

Por fin el resquicio que yo esperaba, después de seis días.

—El pastor Bob está bastante desacreditado, ¿sabes?

—¿Eso qué quiere decir, que es un delincuente?

—No. —Aunque a saber—. Solo significa que no tiene buena fama. Hay muchas muchas personas, periodistas, abogados, otros pastores, que consideran que lo que le dice a la gente está muy mal, fatal.

Me señaló con la cuchara de la sopa, y adoptó un tono de presentador de noticias.

—Ha hecho usted una observación bastante interesante.

Puse la directa antes de que pudiera diversificarse en otras voces o convertirlo en una conversación sobre abogados. Pensé en formularlo con mucha vaguedad y tacto, diciendo algo sobre gente que se quiere, pero ya estaba cansada de tanto tacto en mis conversaciones con Ian; encima tenía resaca, y procedía, al parecer, de un largo linaje de luchadores suicidas por la libertad. ¿Quién era yo para romper con la tradición?

—Básicamente —dije—, le dice a la gente que si es gay se irá al infierno, y que ser gay o no es algo que se elige, pero casi todos los científicos del mundo están en desacuerdo con lo segundo, y lo primero se basa en dos versículos bíblicos de nada que salen en medio de un montón de cosas a las que no hace caso nadie. Cerca, por ejemplo, pone que no se puede comer cerdo ni marisco en ninguna circunstancia, y que las mujeres se tienen que tapar la cabeza, y que no se pueden plantar dos cosas en el mismo campo. Todo eso el pastor Bob lo ignora, y se pasa la vida diciendo a los demás que no se puede ser gay.

Ian estaba sacudiendo la cabeza. Parecía levemente irritado. Aparte de eso, no supe qué pensaba.

—Es que nosotros no hablamos de esas cosas, de todo eso de los gays. —Hablabamos en voz muy baja—. Más que nada hablamos de las familias y de lo que tendremos que hacer si somos padres, y de lo que se tiene que hacer en un baile, aunque, de hecho, en mi colegio no hay bailes hasta dentro de dos cursos. Lo que pasa es que al final es una lata, y te aburres, y encima mi madre siempre me hace contarle todo lo que hemos hecho, y si no me acuerdo, me grita. Y luego, en el viaje de vuelta, siempre llora.

—Ah. —Fue lo único que dije.

Claro. Si el pastor Bob pretendía influir en los niños antes de que lo hicieran los medios «seculares», no sacaría el tema gay al menos con esas palabras; sería yo, por tanto, quien incomodase a Ian con mi insistencia, y ya no me haría caso. Por otra parte, no quería ser quien se lo anunciase: oye, que tus padres se creen que eres gay, y probablemente tengan razón. Los ocho años que vienen serán infernales.

—El problema. —Añadí, en consecuencia— es que le dice a la gente que puede cambiar su manera de ser, cómo han nacido, y no es verdad.

Al pronunciar las últimas palabras, me di cuenta de que partían de la premisa de que Ian volvería, de que estaría en el programa de rehabilitación de Corazón Alegre hasta volverse hetero o escaparse, o pegarse un tiro, o morir de sobredosis, o casarse con alguna pobre solitaria. Me sentó como un tiro, pero al menos había dicho algo; y nos quedaba un poco más de tiempo, aunque solo fueran cinco minutos, antes de que me detuvieran. Si no hubiera estado tan deshidratada, hasta podría haber llorado.

—No es verdad. —Repetí.

La cara de Ian se había puesto de color rojo oscuro. Miraba a todas partes sin parar. Yo había levantado demasiado la voz. Probablemente le estaba haciendo pasar tanta vergüenza que no asimilaría ni una de mis palabras. Ian, que había hecho una bola con la servilleta, y la había tirado al cuenco de la sopa, empezó a pincharla con el tenedor. Pensé en disculparme, pero al final lo que hice fue pagar la cuenta.

—¿Las gambas son marisco? —dijo él al levantarnos.

—Sí.

—Pues yo le vi comerse una en la fiesta de Navidad. Al pastor Bob.

—¿Ves? Es lo que te decía.

De repente, al salir otra vez al frío de la calle, Ian se animó muchísimo. Respiraba más despacio y más profundamente. Me dio sus gafas de sol verdes.

—Ahora sígueme desde muy lejos, como si no me conocieras; y si no me pasa nada, no vengas.

Se estaba llenando los bolsillos con los caramelos y los palillos que había robado a la salida del local.

Yo me apoyé en la pared del restaurante. El café me había despertado, pero también me había resecado aún más, haciéndome sentir sobreexcitada y vacía. Ian se acercó a un universitario; de hecho, era el mismo que habíamos visto antes, el de la rama en las rastas. Hablaron unos segundos. El tono de Ian era sincero, apremiante y de una angustia persuasiva, aunque no entendí lo que decía. El estudiante dejó la mochila en el suelo y se arrodilló para abrir la cremallera de un pequeño bolsillo lateral. Después le dio algo y se despidió con un suave puñetazo en el hombro. Ian se metió en el bolsillo algo que parecía un billete, y se acercó a dos adolescentes juntas, que iban con bolsas de haber ido de tiendas. Yo no tuve ni idea de cómo sabía elegir tan bien a la gente, evitando a las madres, por ejemplo, que intentarían llevarlo a su casa.

Supuse que, más que inteligencia natural, tendría algo que ver con las tácticas de manipulación instintivas de los niños. Ian probó con un chico con pinta de profesor, con una chica en *skateboard* y con dos camareros que estaban haciendo una pausa. Pasados unos veinte minutos, hasta cerré los ojos, confiando en reconocer su voz si salía algo mal.

Al abrirlos, vi que hablaba con una mujer que llevaba una guitarra y tenía pinta de flipada. Al otro lado de la calle, apoyado en el escaparate de una tienda de ropa para niños, estaba el hombre de las otras veces. Lo que no pude comprobar si coincidía fue el coche, como es obvio, pero todo lo demás era igual: la americana oscura con vaqueros, el pelo engominado hacia atrás y las gafas de sol curvadas. Daba vueltas al móvil en la mano como si pasara las cuentas de un rosario. No se movió, ni hacia mí ni hacia Ian, pese a estar bastante cerca para poder cogerlo antes de que yo llegara. Por lo tanto, me quedé donde estaba, equilibrándome en la pared, y esperando que el sol, débil y oblicuo, quemase un poco del alcohol que contenía mi cuerpo. Cerré los dedos alrededor de las llaves del coche, dentro del bolsillo, por si necesitaba un arma, pero el Gafas parecía la mar de tranquilo. Canté mentalmente la canción de Mister Proper, con una letra nueva.

Segura ya de no estar paranoica, traté de dirimir quién era. Si fuera policía, seguro que a esas alturas ya habría cogido a Ian. De quien sí podía tratarse era de un investigador privado contratado por Rocky o Glenn. O por Rocky y Glenn. También podía ser un agente del pastor Bob, que tuviera vigilado a Ian y fuera dando partes para no montar ninguna escena, ni quedar mal en los medios de comunicación. Otra posibilidad era un becario de Loloblog, pero no era lo bastante joven ni enrollado. Esas entradas en el pelo con gomina... O bien mi tío Ilia, que vigilaba desde el más allá para asegurarse de que yo pagase por los pecados de mi padre.

Miró su reloj, entró en la tienda y simuló examinar los pichis y peleles del escaparate. Volví a mirar la calle y vi llegar a Ian al galope.

—¡Adivina cuánto! —dijo.

—Esperemos que bastante para cenar.

En realidad, mi previsión rondaba los veinticinco. El de la rama no tenía pinta de ser muy rico.

—¡Ciento sesenta y algo! —Ian se lo sacó del bolsillo y me lo dio todo de golpe, en un grueso fajo que parecía compuesto sobre todo de billetes de uno—. Me ha ido bien que el del pelo sucio me haya dado un billete de cien dólares, y un poco más. Le he dicho que tenía que ir en tren a Boston para ver

a mi abuela, y cuando me ha preguntado por qué, le he dicho que mi madre había intentado suicidarse. ¡Yo creo que puedo sacar más!

Finalmente, a través de la bruma de mi resaca, comprendí que la calle principal de la ciudad con más habitantes de Vermont probablemente fuera el peor sitio del mundo para mendigar. Seguro que había policías por todas partes.

—Vámonos, ahora que tenemos ventaja —dije.

De hecho, los dos camareros abordados por Ian nos estaban mirando, y hablaban entre sí. Creían que éramos unos estafadores. Tuve que recordarme que, en efecto, lo éramos. Nos escabullimos por la esquina y caminamos deprisa hacia el coche. De todos modos, casi se nos había acabado el tiempo del parquímetro. Si nuestro perseguidor quería seguirnos la pista, tendría que volver a buscarnos por la carretera. Su coche estaba a pocos metros del nuestro; a él, sin embargo, no se le veía por ninguna parte.

El resto del día no vi al del pelo negro, ni en la carretera, por la que nos alejamos cincuenta kilómetros de Burlington, ni en el hotel barato y de moquetas húmedas cuyo aparcamiento controlé a menudo desde nuestra ventana; tampoco en el restaurante barato donde nos atiborramos de colines gratis y compartimos un plato de espaguetis.

Por la noche usé el ordenador de la recepción para consultar mi correo electrónico, si bien me juré no volver a hacer ninguna búsqueda sobre Ian. Tenía menos correo de lo normal, aunque al principio de la lista había uno de Rocky enviado el día antes, cuyo texto íntegro rezaba así: «Me ha parecido que podría interesarte. Cuídate». Seguían los enlaces a tres artículos. El primero era la misma entrada de Loloblog que había encontrado yo, aunque esta vez me fijé en que la habían comentado 273 personas desde el momento de su aparición. No me molesté en leerlo; ya sabía que serían diatribas airadas y desinformadas de ambos extremos del espectro político, que predeciblemente se disolverían en ataques personales a los autores de los otros comentarios. El segundo era el del *San Luis Post-Dispatch* al que hacía referencia Loloblog: «La Policía de Hannibal pide ayuda para encontrar a un niño de diez años que desapareció el domingo por la tarde», etcétera. Salía la dirección de Ian, cosa que seis días atrás podría haberme parecido útil. También explicaban que debía de llevar una camiseta roja, atuendo que ahora mismo, según observé con alivio, no coincidía.

El tercer enlace también correspondía al *Post-Dispatch*, pero era un artículo nuevo, colgado el sábado por la mañana: «Pastor defiende sus actividades de “rehabilitación gay” entre acusaciones de malos tratos

infantiles». Me costó concentrarme en el texto del artículo, no porque explicase nada especialmente horripilante, sino porque me encontraba en una fase de cansancio y estrés en la que las palabras se negaban a entablar relaciones coherentes entre sí. Leí cada frase cinco veces, y dejé por imposibles la mayoría. Lo que conseguí encajar fue que el artículo de Loloblog había incitado a un grupo LGBT de San Luis a manifestarse ante «el antiguo edificio de oficinas de tres plantas» donde tenía su sede Corazón Alegre, así como a poner en marcha una campaña telefónica consistente en que los voluntarios llamasen cada diez minutos al teléfono de ayuda del Departamento de Servicios a la Infancia y la Familia para acusar al pastor Bob de posibles malos tratos verbales y sexuales a menores. Según declaraciones del presidente del grupo LGBT, «claro que no nos referimos a abusos sexuales en el sentido físico, al menos que nos conste, pero sí que consideramos que infligir trastornos graves de identidad sexual a niños menores de edad puede provocar perjuicios igual de duraderos que los malos tratos físicos, y estamos convencidos de que cuando este caso llegue a los tribunales sentará un precedente novedoso y decisivo para la protección de los niños y los adolescentes». Naturalmente, nunca llegarían a los tribunales; lo daba a entender el propio autor del artículo, y eso que de cara a la eficacia periodística habría sido mejor insinuar que existía alguna posibilidad.

El reportero había logrado corroborar la afirmación de Loloblog de que el Ian Drake desaparecido y el «Ian D.» del pastor Bob eran la misma persona. Reproducía una breve declaración de los Drake, según la cual el único deseo que tenían era que no le pasara nada malo a su hijo. «Seguimos apoyando la buena obra de Corazón Alegre», declaraban.

Hasta la sexta lectura del último párrafo no asimilé que la reacción del pastor Bob había sido «ampliar la gira que está realizando por la Costa Este» y, por lo visto, exprimir toda la presencia mediática que pudiera, por muy marginal que fuese. Al parecer, el objetivo de la gira era catalizar y organizar al número menguante de pobladores de la Costa Este que se oponían de forma activa al matrimonio entre personas del mismo sexo en los estados donde finalmente estaban evolucionando, en aquel sentido, las uniones civiles. Me dije que era de una gran valentía marchar hacia Boston enarbolando la bandera del odio; claro que también era posible que fuera por los bares gays... «Lawson ha hablado con nosotros —terminaba el artículo— desde Brattleboro, Vermont, donde el domingo por la mañana asistirá a oficios religiosos, y a última hora de la tarde hará unas declaraciones». Esta noche.

Mis insultos en voz alta al ordenador despertaron risitas entre las adolescentes con equipación de baloncesto que se estaban registrando en recepción, detrás de mí. Para lo que son las distancias en Vermont, Burlington queda bastante lejos de Brattleboro, pero no lo suficiente. Me pregunté durante medio segundo por el motivo real de Ian para encaminarme hacia aquel estado. Pero no; ¿por qué se iba a escapar de alguien solo para reunirse con él?

Volví a mirar el mensaje de Rocky, con su «Cuídate» de una insultante tirantez. Hasta entonces nunca había firmado sus correos. Por eso era tan inquietante la formalidad de aquella breve despedida. «Cuídate», como diciendo: «Ten cuidado».

En la habitación, Ian había deshecho con cuidado su equipaje. Tuve curiosidad por saber si lo hacía cada noche. La anterior, primera en la que compartíamos habitación, yo había estado en el bar mientras él se instalaba. Lo vi guardar su inhalador en el cajón de la mesita de noche, sacar de su mochila una pila de guías de televisión por cable y folletos de restaurantes que debía de haber acumulado a lo largo del viaje, y disponerlos en semicírculo sobre la cómoda, con los Lowry, los libros sobre Vermont y el ejemplar de la biblioteca de Hannibal de *El juego de Egipto*.

—Perdona que lo sacase sin decir nada —dijo—, pero es que no me habrían dejado cogerlo. Lo intenté leer cuando estaba en la biblioteca, pero me dio demasiado miedo. De noche en la biblioteca hay fantasmas, está clarísimo.

—¿De quién?

—Seguramente de bibliotecarios muertos; no como tú, sino señoras viejas que no se habían casado.

De noche, en la cama, pensé que era un material espléndido para un libro infantil: una biblioteca poblada por benévolo fantasmas de bibliotecarias viejas, que al revolotear por las estanterías dejan pistas entre el polvo de los libros para ayudar a tres niños intrépidos a encontrar el tesoro enterrado bajo el suelo. ¿Y qué mejor escondrijo para algo misterioso que una biblioteca? Miles de libros cerrados, cientos de anaqueles...

Tal vez lo hiciera yo misma después de recibir un tiro, o de morirme de pena: ser el fantasma que, flotando y escondiéndose, dejara caer pistas como copos de nieve. Cuando vinieran niños a esconderse, les lanzaría un sortilegio para que pudieran entrar en los libros ilustrados; y si venían a buscarlos

policías, periodistas o pastores, saldría de mi teatrillo de marionetas y les pegaría tal susto, agitando mis manos de fantasma, que se irían corriendo.

30 ¿DÓNDE ESTÁ IAN?

Todo el mundo está buscando a Ian. ¿Puedes ayudar a encontrarlo?

¿Está debajo de la cama? ¡Levanta la solapa!

¡No! ¡Es un gato!

¿Está en el BobMóvil?

¡No! ¡Es un charlatán evangelista!

¿Está bebiendo café con Shapko, el ucraniano, en un sofá de la casa del rascacielos?

¡No! ¡Es el patriarca parricida ruso!

¿Está en el lavabo de hombres de la biblioteca, hablando en voz baja por su móvil con el FBI?

¡No! ¡Es Rocky, el Bibliotecario Simpático!

¿Está dando vueltas al hotel en un coche azul oxidado con matrícula de Pensilvania?

¡No! ¡Es un hombre raro, con gomina en el pelo y gafas de sol inquietantes!

¿Va en zigzag por el norte de Vermont con una aspirante a revolucionaria, mientras de vez en cuando le da por imitar a Julie Andrews?

¡Bravo! ¡Has encontrado a Ian!

31 EL NORTE

Por allá arriba, en las montañas, mi móvil no tenía cobertura; si no, habría llamado a Rocky la mañana siguiente para decirle que había recibido su correo y preguntarle si había novedades sobre Ian. En vez de eso, lo que hicimos fue seguir hacia el norte por la Ruta 89. Quien guiaba era Ian.

—Espero que tu abuela no viva en Canadá —dije—, porque es hacia donde vamos.

Lo susurré por los pasillos de una pequeña tienda rural en la que habíamos parado a comprar algo para desayunar.

—¿Por qué no podemos ver Canadá?

—No tenemos pasaportes. Imposible.-La verdad es que yo llevaba el mío en el bolso, dentro de la cremallera. —Con tu carné de la piscina no puedes entrar.

—He dicho verlo, con los ojos. ¿Eso tampoco podemos?

—Creo que en la frontera hay mucho tráfico. Ni siquiera sé hasta dónde podemos acercarnos.

Lo último que quería era meterme en un control de Policía.

En vez de Pop Tarts, Ian optó por una caja de cereales más barata, con porciones individuales, para que la diferencia le alcanzase para unas toallitas Handi Wipes con las que limpiarse las zapatillas. Se arrodilló en medio de la tienda, frente a la pequeña pared de apartados de correos, y frotó el cuero blanco hasta que los zapatos parecieron nuevos, a excepción de los cordones.

—Así están mucho más bonitos —dijo al levantarse y doblar la toallita.

El barbudo de detrás del mostrador, que además de cartero y vendedor de *muesli*, gasolina y *Penthouse* probablemente también fuera el alcalde, me miró arqueando una ceja, como diciendo: «A este niño le pasa algo raro».

Seguimos hacia el norte, escuchando una de las recopilaciones de mediados de los noventa de Anya Labaznikov: Nirvana, Pearl Jam y The Cure. Yo estuve cinco minutos tratando en vano de explicarle a Ian el

concepto de *grunge*. Oía el silbido de su respiración en el asiento de al lado. Nos quedaban unos trescientos dólares, incluida la reserva, y aquella parte del estado no sería un territorio muy fértil en limosnas. Había camiones aparcados frente a granjas que debían de llevar abandonadas cincuenta años, con las paredes tan podridas y abombadas que parecían cuadros de Dalí. Yo era consciente de que solo duraríamos aproximadamente un día más, a menos que nos encontrásemos un fajo de billetes por el suelo.

—Echo muchísimo de menos la biblioteca —dijo Ian.

—Lo siento.

—El señor Walters me dijo que me enseñaría su medalla de guerra, pero nunca he llegado a verla.

No tenía la menor idea de qué me estaba diciendo.

—¿Rocky Walters, el de la biblioteca? ¿Su qué?

—Su medalla de guerra, por haber sido herido.

—Ian —dije, levantando el pie del acelerador para girarme y verle la cara—, ¿qué estás diciendo? ¿Qué guerra? ¿El señor Walters de la biblioteca?

—Sí, estuvo en la primera guerra de Irak, o algo así. Creía que erais amigos.

Contemplé la carretera vacía y una hoja seca que revoloteaba como una langosta de dibujos animados.

—A ver —dije despacio—, ¿lo de herido lo dices por la silla de ruedas?

Debía de ser lo que había querido decir hacía unas semanas con lo de «cruz roja», pero no le encontré ningún sentido.

—Sí. Antes de eso el señor Walters era totalmente normal. Mi mamá lo conocía del colegio, y de pequeño cortaba el césped de mi abuelo, o sea, que debía de ser normal.

—Pero ¿qué coño dices?

Ya estaba. Ya lo había hecho: decirle una palabrota a un niño de diez años. ¡Qué elegancia! Fabuloso. Ian dejó de hablar, abrió su libro de Enrique VIII y se lo pegó a la cara, respirando deprisa. Creía tener problemas; a menos que Ian pensara que la mano de Dios estaba a punto de bajar del cielo para golpearme, y quisiera aparentar que no me conocía...

Yo nunca le había preguntado a Rocky por su enfermedad, pero solo por tacto. Entendía que darlo por sentado, y no considerarlo digno de alimentar una conversación, era una postura relajada y comprensiva. Intenté acordarme de algo que me hubiera contado acerca de su infancia, del instituto, de los *boy scouts* o de su hermano. Una vez, cuando nos preparábamos para el Día Festivo Familiar, me había hablado de carreras de relevos en los

campamentos, pero yo me había imaginado a veinte niños con sillas idénticas y cromos de béisbol metidos en las ruedas, para hacer más ruido. Parecía que Rocky eludiera a propósito cualquier anécdota de tema deportivo, o sobre aprender a nadar, o sobre literas, o piernas rotas, o sobre conducir un coche que no fuera una furgoneta. O sobre el Ejército de Estados Unidos. Me pregunté si lo hacía como castigo porque nunca se lo hubiera preguntado, o porque le dolía demasiado hablar de cuando aún se podía mover por la ciudad con la cabeza por encima del nivel de la cintura de la gente, de un pasado en el que no vivía con su madre.

Cada cinco minutos, mientras seguía conduciendo, le preguntaba a Ian como tonta si estaba seguro, y él me decía que sí, que había visto una foto de Rocky en el anuario del instituto de su madre, y que estaba en el equipo de béisbol. Sentí náuseas, tal vez de hambre, pero más probablemente por haber comprendido que mi relación con Rocky no era ni mucho menos tan estrecha como me pensaba. Hasta entonces mis pesadillas se habían visto atemperadas por la clara posibilidad de que, aunque Rocky hiciera de detective y resolviera el caso del niño robado, siguiera queriendo protegerme. Siempre había pensado que Rocky estaba enamorado de mí, cuando lo cierto era que apenas éramos amigos. Hasta se me nubló la vista. Había ido con Janet Drake al instituto. ¿Y si se conocían bien? ¿Y si habían sido novios? ¿Por qué no me lo había comentado?

Más allá del impacto, y de mis nuevos temores sobre la lealtad de Rocky, había otro tema: si en el fondo yo no sabía nada de él, si en el fondo no sabía nada de mi padre, si tan inexactas, en suma, eran mis percepciones, ¿podía no ser cierto nada de lo que pensaba sobre Ian y su familia? Personalmente, lo único que había visto era que Janet Drake arrastraba a Ian hacia el piso de arriba, mientras él chillaba que ya estaba arrepentido, pero no podía saber qué había hecho mal... Tal vez hubiera estrangulado al gato. Y, habida cuenta de que Ian decía que las marcas de tenedor de su cabeza se las había hecho él mismo, ¿de qué creía rescatarle, exactamente? Era un niño de diez años a quien no le parecía que sus padres lo trataran siempre justamente. ¡Qué gran trauma!

El pastor Bob, no obstante, era muy real, y ya había presenciado con mis ojos el bajón de Ian durante el invierno. Eso no me lo había inventado. No creía habérmelo inventado.

Una de las pocas ideas que lograba grabar en mi cabeza era lo contenta que estaba de alejarme de Brattleboro, donde en esos momentos se estaría despertando el pastor Bob, felicitándose por el discurso de la noche anterior y

saliendo en el BobMóvil para la siguiente localidad de Nueva Inglaterra a la que fuera menester salvar de la tolerancia. Tan al norte seguro que no llegaba, a menos que su intención fuera predicar para las vacas. Lo cual era otro tema: si de momento había estado equivocada en todo, ¿no podía estarlo también sobre los motivos de Ian para ir a Vermont? ¿Y si Bob, con su personalidad reprimida y algo psicótica, había empezado a manipular a niños pequeños para que se reunieran con él durante su viaje, sin importar cómo lo hicieran? ¿Y si los amenazaba hasta conseguir que se fugasen, obligando a bibliotecarias jóvenes e ingenuas a servirles de chófer? Pero no, no tenía sentido. Claro que la lógica ya no parecía un requisito necesario para lo que ocurría dentro de mi mundo...

Ian no había hablado mucho desde mi palabrota.

—Vamos a hacer un pacto —dije para congraciarme, y alejarme a la vez del pastor Bob—. Iremos a echar un vistazo a Canadá, a ver si vemos las ocas, el beicon y el *hockey*. Y la sanidad pública.

Su mirada, como es lógico, fue de incompreensión. Me había puesto de lo más repelente. Estaba deshidratada, famélica y tiraba exclusivamente de adrenalina, pero no era excusa para ningunearlo. Respiré hondo, por primera vez en varios días.

—Pero antes —dije— tenemos que conseguir medicamentos para ti. ¿A qué farmacia sueles ir?

—A Walgreens, la de Hannibal.

—Perfecto.

Lo había consultado la noche anterior por internet, en uno de mis raros momentos de previsión, y el resultado era que el estado de Vermont contaba con la espectacular cifra de tres Walgreens: una muy al sur, en Rutland, una en Brattleboro, donde corríamos el riesgo de toparnos con el pastor Bob en persona, y otra prácticamente en el culo del mundo, a unos sesenta kilómetros al este.

Tuve conciencia de estar decidiendo que no prolongaríamos nuestra estancia en Vermont más de uno o dos días, aunque tuviéramos dinero. Pese a mis dudas de que el ordenador de Walgreens estuviera conectado con la Policía de Hannibal, un pago a cuenta del seguro médico de los Drake haría que tarde o temprano alguien atase cabos. Si nos íbamos de Vermont, en cambio, serviría para despistarlos.

Una hora después estábamos en el mostrador de la farmacia, donde di el nombre verdadero de Ian. Nos hicieron esperar sentados. Mientras Ian hojeaba un número de *Bon Appétit*, poniendo nota a cada una de las fotos

—«¡Qué bueno!». «¡Qué asco!». «¡Qué bueno!»—, sentí el mudo pavor de que tardaran tatito a fin de retenernos hasta que llegara la Policía. ¿Tanto se tardaba en rellenar una receta de un inhalador?

Tampoco es que tuvieran que esperar a que la máquina contara las pastillas...

A los veinte minutos, sin embargo, nos llamaron, y el copago solo eran treinta dólares, más setenta y nueve centavos por la chocolatina que probablemente sería mi almuerzo. La dependienta me preguntó si quería hacer alguna consulta a la farmacéutica, y yo dije que no; a la especialista en ética sí, muchas, pero no a la farmacéutica.

Al salir, Ian apretó tres veces al aire el vaporizador y luego se lo puso en la boca e infló los carrillos como un pez globo. Ahora que ya teníamos cumplimentada la receta, y con qué facilidad, comprendí que deberíamos haberlo hecho varios días antes, y me enfadé conmigo misma por haber esperado. Me dije que a mi temperamento revolucionario le habría convenido más una dosis equivalente de valentía rusa o, como mínimo, de arrojo, que la prudencia judeoamericana que venía de mi herencia genética materna. ¿Se imagina alguien a Woody Allen al frente de la Carga de la Brigada Ligera? Pues así era yo.

La llave no encajaba en la puerta del coche. Volví a intentarlo. Ian estiraba la del otro lado. Probé otra vez, y otra, como tonta.

—¿Por qué hay cincuenta vasos de café en el asiento trasero? —dijo entonces Ian.

Corrimos como locos a mi coche, que estaba tres plazas más abajo. Ian se lanzó al asiento trasero y yo salí a toda pastilla a la carretera principal, y nos marchamos del pueblo por el norte. Ian debió de pensar que nos escapábamos por vergüenza, temiendo que el dueño del coche nos hubiera visto desde la farmacia. También yo temía que nos hubiera visto, pero por razones mucho más oscuras. Me alivió un poco que fuera tan inepto como para salir del coche e ir a comprar artículos de tocador cuando en principio tenía que seguir nuestro rastro. A menos que hubiera entrado en la farmacia para detenernos, o para hacernos fotos, o para llevarse a Ian... Pero no; preferí imaginarme al Gafas llenando una cestita verde con bolas de algodón y gel para el pelo, sin saber que nos habíamos ido.

Rumié que era bueno que ahora tuviéramos una fecha para salir de Vermont. Por otra parte, seguro que en algún aspecto era malo que ya no existiera ninguna urgencia médica acuciante para llevar a Ian a su casa, ni excusas irrefutables si tenía que desembarazarme de él con prisas. Llegado el

momento, podía probar a preguntarle como si tal cosa si ya estaba dispuesto a regresar a Hannibal, pero tenía que ser el momento adecuado. Si me veía obligada a preguntárselo más de una vez, se pondría tozudo, y nunca diría que sí. Por otro lado, tendríamos que haber acabado. ¿El qué? Eso ya no lo tenía tan claro. Tal vez arreglarlo. Salvarlo.

Partí la chocolatina en dos mitades y le di una. Yo mordí una esquinita, como Charlie Bucket en la fábrica de chocolate, y dejé que se me derritiera en la lengua. Qué bueno estaba aquel dulce cuya maldición pesaba sobre mi familia... («¡En la Rusia soviética se te come el chocolate a ti!»). Ian se comió su mitad en dos mordiscos.

—Ahora me encuentro mejor, mucho mejor —dijo—. Pero seño...

—¿Qué?

—Una de las razones de que no respire bien es que no sé por qué, pero hueles a humo.

32 EMBUSTE

Hacia las once, justo cuando aparecían en francés todos los topónimos, Ian se inclinó desde el asiento trasero y me puso en el hombro un billete de cincuenta.

—Creo que se te ha caído —dijo.

—¿Dónde estaba?

—Aquí detrás, sobresaliendo de este bolsillo.

Se refería al del respaldo de mi asiento.

Cogí el billete y me quedé mirando a Ulysses S. Grant como si pudiera decirme con exactitud de dónde procedía.

—Debe de ser del dinero de la calle Church —dije.

—No. Hubo uno que me dio un billete de cien, pero los demás solo me dieron de los normales.

Me pregunté por un momento si Ian lo había robado de la caja del colmado, o si lo llevaba desde el principio en su mochila, pero era un billete de una tersura y limpieza nunca vistas, que aún no tenía gastadas las esquinas. Si hubiera estado en poder de un niño de diez años, aunque solo fuera durante cinco minutos, no habría tenido aquel aspecto. Por la misma regla de tres, no me cuadraba que hubiera estado dos años en mi coche sin ser descubierto, como reliquia del devorador de *fast food* e hinchas del fútbol australiano. Solo podía ser de Glenn. Yo siempre había cerrado el coche con llave, hasta en los aparcamientos más pequeños de Vermont. Puse el billete en el salpicadero, como si fuera un amuleto.

El camino a Canadá era una simple carretera rural bordeada de granjas, pero soportaba un tráfico considerable, y lento. Me di cuenta de que Ian, que iba detrás, se estaba poniendo nervioso, aunque no quería reconocer que se aburría, ni que podía no valer la pena pasar veinte minutos más en el coche para ver la frontera canadiense. Señaló hacia el este, donde lejos de la carretera había una iglesia alta y blanca.

—¡Una iglesia grande y verde! —exclamó. Volvía a llevar las gafas verdes—. ¡Vamos a verla!

—Vale —dije yo.

Encontré una carretera que iba en aquella dirección. Podía ser el último desvío antes de la frontera. Me alivió no tener que acercarnos tanto que nos viéramos obligados a salir de manera sospechosa de la carretera, o hacer un cambio de sentido ilegal en presencia del personal fronterizo, armado hasta los dientes y, cabía suponer, bien informado.

—Además —dijo Ian—, es domingo. Puede que lleguemos a tiempo para el final de la misa.

—Es lunes. Llevamos toda una semana fuera.

Se quedó boquiabierto.

—¡Me has dejado saltarme la misa!

No lo dijo como la mayoría de los niños, con una mezcla de sorpresa y alegría, sino horrorizado, como si yo le hubiera dado a beber algún veneno.

—Bueno, pues vamos hoy.

Me equivoqué unas cuantas veces antes de encontrarla. De cerca no era en absoluto tan alta ni tan blanca como me había parecido; estaba sucia, casi gris, y conservaba los adornos navideños de tres meses atrás, con coronas marrones que se deshacían, y guirnaldas atadas con cintas de un rojo cuya intensidad contrastaba con lo descolorido de las agujas. En un lado había un pequeño camposanto de esos con lápidas finas como obleas, que nadie se molesta ya en cuidar. «Parroquia de Santa Berenice», ponía en el letrero de delante. «¡Sed todos bienvenidos!». ¡Qué talento el mío! Trajinar por medio país con aquel niño solo para darle a conocer la Iglesia católica... Busqué una manera de salir de aquella situación, pero Ian estaba tan contento, pegaba tales brincos en su asiento cuando entramos en el aparcamiento de grava vacío que había entre la iglesia y el cementerio... Apagué el motor y me puse el abrigo, pero Ian ya estaba fuera, sin haberse quitado las gafas verdes, saltando sobre el montón de nieve vieja para llegar a la puerta lateral. Llamó al timbre y dijo algo por el interfono. Cuando llegué a la puerta, ya se estaba abriendo, e Ian la estiraba con los brazos. Entramos. Se limpió los zapatos en el felpudo, a pisotones.

Llegó por el recibidor un hombre pálido y flaco, con vaqueros, jersey rojo, alzacuellos y cierta expresión de sorpresa, que nos escrutaba sin dejar de caminar, tratando de ver a quién había dejado entrar. En los últimos tres metros tendió la mano para dársela a Ian.

—Soy el padre Diggs —se presentó al llegar, con un buen apretón. Después me cogió la mano a mí, que la tenía en un lado del cuerpo, y también me la estrechó—. O el padre Oscar, como prefiráis. ¡También Oscar a secas!

Que tan cerca de un cementerio hubiera alguien apellidado Diggs^[8] era casi demasiado dickensiano para ser verdad, pero ahí estaba el susodicho, alto, con la piel picada de viruela y desgarbado.

—Perdonad que salga así, tan informal, pero es que entre semana no viene mucha gente. Somos una parroquia pequeña. —Se estiró el jersey sobre sus hombros huesudos—. Aunque supongo que venís a ver el dedo.

Ian me miró primero a mí y luego al cura. Yo levanté la mano y le descolgué de la nariz las gafas verdes.

—Sí —dijo Ian—, la verdad es que nos encantaría ver el dedo.

Yo asentí, desconcertada, pero contenta de que tomase él la iniciativa. Bastante ocupada estaba con el pánico a la posibilidad de que el cura le ofreciera confesarse, y Ian entrase en el confesionario y le dijera exactamente quién era al padre Diggs.

Este me sonrió por encima de la cabeza de Ian.

—Ya me lo imaginaba. Siempre me gusta enseñarlo. ¿Lo habéis leído en la guía? Hace tiempo lo puso alguien en una guía. ¿Os parece si entráis en el santuario y echáis un vistazo mientras voy a por las llaves?

Lo seguimos. Encendió una hilera de cuatro interruptores a la vuelta de la esquina, iluminando el atrio a nuestro alrededor.

—¿Sois de por aquí?

—Sí —dijo Ian—; bueno, de Concord, que es la capital de New Hampshire. Lo que pasa es que no somos una familia católica; somos una familia protestante, pero queríamos ver el dedo por curiosidad.

El padre Diggs se acercó a una mesa larga, apartó un fajo de boletines y folletos y nos dio dos hojas de color rosado. El encabezamiento decía «La leyenda de santa Berenice». Tenían esas letras grises y con manchas de cuando fotocopias una fotocopia, y costaba leerlos.

—Personalmente —dijo, más a mí que a Ian— no sé mucho del tema de la reliquia. Yo llegué en el 92, y para entonces ya no era ninguna novedad. Aunque no os lo creáis, vine de Omaha, Nebraska. Todavía no sé cómo acabé en el gran estado de Vermont. Claro que Concord... Concord, has dicho, ¿no? Eso es una gran ciudad. —Abrió las grandes puertas del santuario: bancos de madera oscura, una vidriera ancha, en forma de triángulo isósceles, y las estaciones de la Cruz en los laterales. Se internó por el pasillo central. Nosotros lo seguimos—. Fue un regalo que hicieron a principios del siglo xx;

un parroquiano rico que hizo el gran *tour* de Europa y se llevó el dedo de algún lugar de Francia. —Conseguí no reírme de cómo lo contaba—. Bueno, es que el hecho de que lo vendieran ya es señal de que no lo valoraban mucho; o eso, o es que se morían de hambre. Ahora se ha convertido en un trasto, más que nada, pero las mujeres más viejas de la iglesia lo han visto desde siempre, y para ellas es importante. —Habíamos llegado a la parte delantera de la sala—. Si no os importa —continuó el padre Diggs—, primero debería ordenar un poco. Podéis curiosear.

Abrió una puerta detrás del púlpito y se agachó para no chocar con el dintel. Yo miré a Ian, cuyo rostro recibía los rayos de luz coloreada de la vidriera. Tenía las mejillas amarillas, azules y naranjas, con líneas de sombra. Lo dejé donde estaba para irme por el pasillo lateral.

Al no saber por dónde empiezan las estaciones de la cruz, me limité a mirar cada pintura. Cristo con su Madre. La Primera Caída de Cristo. Eran técnicamente flojas, y en varias de ellas Cristo guardaba un parecido desafortunado con John Lennon. Ahora Ian me miraba. Me preocupó que pudiera esperar alguna revelación religiosa por mi parte.

Dentro de mi bolso se oyeron dos pitidos que resonaron por todo el templo. Ian dio un respingo y apartó la mano del altar. Al parecer creía haber disparado una alarma. Mi móvil tenía un mensaje, y una sola barra de cobertura. Al avanzar un palmo, la barra desapareció. Retrocedí. Seguía sin aparecer. Lo sostuve en la punta del brazo como una vara de zahorí moderna, hasta que reapareció la barra. Finalmente me puse bajo la pared curvada de un pequeño receso de piedra, cerca del fondo del santuario, medio en cuclillas. Ian estaba enfrascado en bajar los reclinatorios de los bancos. Introduje el código de mi buzón de voz, y escuché.

«¿Hola? ¿Lucy? Es lunes por la mañana y no has vuelto. Supongo que esto es tu contestador. No te imaginas lo que he tenido que hacer para encontrar el número. Me lo ha tenido que desenterrar Rocky de no sé cuántas carpetas y papeles. Ha sido una molestia enorme. Para todos». Aparté un poco a Loraine de mi oído o, mejor dicho, alejé la cabeza a la vez que mantenía el móvil en su sitio, a fin de no perder la cobertura.

«Necesito una fecha de regreso en firme, Lucy, porque lo de abajo está hecho un caos. Ayer se presentó el de los globos y nadie tenía ni idea de que fuera a venir. Rocky dice que ya te contó toda la situación de la familia Drake. Parece que Janet Drake les dijo a los investigadores que interrogasen a Sarah-Ann, vete a saber por qué. Yo le dije al hombre que la jefa de la biblioteca infantil eras tú, no Sarah-Ann, pero ahora ni siquiera estás, lo cual

para nosotros es la mar de violento. Sarah-Ann se niega en redondo a volver a hacer la hora de lectura de este viernes, porque la semana pasada los niños se portaron con ella que fue un espanto, o sea, que si no vuelves lo tendré que hacer yo; y no es que no me encante trabajar con nuestros querubines, se entiende, pero ya sabes que estoy ocupadísima». El mensaje se acababa así, sin despedida ni ultimátum, a menos que hubiera que entender como amenaza una lectura de Lorraine a los niños. Yo había tenido tanto trabajo en sostener todas mis mentiras, que se me habían olvidado los detalles de la primera y más sencilla de todas: que volvía el lunes. Se me ocurrió llamar a Lorraine, pero ¿qué le diría? Como no quería desperdiciar aquella única barra, aquella única oportunidad de comunicación con el resto del mundo, decidí llamar a Tim.

—Lucy —dijo él—, pero ¿dónde estás?

Le conté lo mismo que a Rocky y Glenn: médula ósea y Chicago, y dije que volvería el fin de semana.

—Ayer estuvo sonando todo el rato tu teléfono. Al final fui y lo desconecté, porque nos estábamos volviendo locos.

—Ah, pues perdona.

—Y ayer vino alguien preguntando por ti.

—¿Uno en silla de ruedas?

—No, y tampoco era tu novio. Era uno viejo, muy en plan Charlton Heston, que sabía tu segundo nombre y todo. Oye, ¿estás bien?

—¿Dijo quién era? ¿Tenía el pelo negro?

—No, blanco, como Charlton Heston. De viejo. Me dio un nombre y un número, pero los he tirado. Me imaginé que sería algún tipo de acosador.

—Seguramente era algún amigo de mi padre —dije, sabiendo que no—. Tiene amigos raros.

—¿Algún marrón a la vista?

—No, no. ¿Solo ha ido una vez?

—Una, sí. ¿Tienes problemas?

Me convencí, al pensar racionalmente, de que era el mismo inspector que había ido a la biblioteca, y estaba siguiendo todas las pistas. Mi dirección probablemente la hubiera obtenido de Lorraine. Si fuera cierto que Rocky lo hubiera deducido todo, y se lo hubiera contado a la Policía, habría salido en las noticias regionales, y habrían montado una búsqueda pública, no una única visita de un solo hombre. Ahora bien, lo que significaba era que me habían incluido en el radar, cosa que no me gustó nada.

—No, no tengo problemas; lo que pasa es que ha sido un imprevisto; el viaje, digo.

—Vale, mola. Si vuelves pronto, que sepas que nos vamos todos el fin de semana. Hemos cancelado el ensayo del viernes para podernos ir todos a lo de San Luis. Nos ha parecido más importante. Irá la compañía en pleno.

—¿A lo de San Luis?

—Viste los folletos en el piso de abajo, ¿no? Sobre el niño que se fugó. La manifestación.

—Ah, sí.

Justo entonces se cortó el teléfono, y no conseguí recuperar la barra. Tampoco es que quisiera. Parecía que las paredes del pequeño receso palpitasen, frías y húmedas. Estaba al borde del país, inaccesible y desconocida, y sin embargo el mundo me estaba acorralando. Había inspectores en la biblioteca y en mi piso, y la única persona con cuya presencia contaba al otro lado de la pared de mi sala de estar, la que era el alma y la voz estentórea e incontenible del edificio, iba a manifestarse por el niño a quien había secuestrado yo, seguro que para animarlo a correr más. Al buscar a Ian con la vista, no me habría sorprendido ver a mi padre en el banco, junto a Rocky, Glenn, Charlton Heston, el Gafas y Loraine. «Esta es tu vida. —Dirían—. Tienes derecho a guardar silencio».

—¡Seño! —susurró Ian con fuerza en el pasillo, agitando su fotocopia—. ¡Pone que es la única reliquia reconocida oficialmente de toda Nueva Inglaterra! ¡Y la hemos encontrado por casualidad!

—Qué suerte más increíble.

—¿Qué es una reliquia?

El padre Diggs asomó la cabeza por la puerta y tosió afablemente, con una tos fingida. Ian miró el techo, se santiguó, me pareció que al revés, y cruzó solemnemente la puertecita.

—¿De qué es santa? —preguntó cuando me reuní con ellos.

—Bueno, no es que todos los santos tengan algo a su cargo, pero se la podría considerar patrona de esta parroquia y del pueblo francés donde vivió.

Nos habíamos metido por un pasillo plagado de cajas de cartón. Entramos en una salita donde había un perchero con vestiduras religiosas y, en un rincón, restos amontonados de un desfile navideño. Al menos lo parecían: alas de ángel, varas de pastor y amasijos de ropa blanca sucia. El padre Diggs caminó de espaldas hacia la pared de ladrillo del fondo, donde había algo que parecía un acuario. Estaba tapado por delante con una cortinilla morada. Se frotó las manos.

—Bueno, pues aquí está.

Descorrió la cortinita y encendió un interruptor. En el acuario zumbó y se encendió un fluorescente. Ian pegó la nariz al cristal, lo que me obligó a mirar en torno a su pelo erizado por la electricidad estática para ver lo que había dentro. En el centro de la caja se veía un cojín azul descolorido, sobre el que descansaba algo con aspecto de pequeña salchicha blanca y arrugada.

—¡Aún tiene la uña! —chilló Ian.

El padre Diggs se agachó hacia la caja, para estudiarla con Ian. Yo sentí que me bajaba la sangre de la cabeza, y apoyé la mejilla en los ladrillos fríos de la pared.

—No —dijo el padre Diggs—, no creo que sea ninguna uña. Yo creo que señala hacia el otro lado.

—¿Por qué?

Yo, mientras tanto, había cerrado los ojos, y me oía el corazón.

El padre Diggs estuvo un momento callado.

—Por lo que creo recordar, me parece que lo pusieron apuntando al sureste, a Tierra Santa.

—Pero podría señalar hacia el noroeste y también sería Tierra Santa, solo que por un camino más largo.

El padre Diggs se rio en voz baja.

—Bien pensado, bien pensado.

—Es que yo creo que es una uña, de verdad. Mira, seño: ¿a ti no te parece una uña?

Abrí los ojos, más que nada para ver si el padre Diggs se había fijado en que Ian no me llamaba mamá. Los dos miraban a través del cristal, parcialmente empañado por el aliento de Ian. Qué más daba, pensé, que el dedo señalase a Canadá, México, Rusia o Jerusalén; no había ningún lugar seguro adonde ir, ni donde detenerse. Pero ¿qué significa un dedo que señala, sino «ve, ve, ve»?

—¿A ti no te lo parece? —volvió a decir Ian.

—No tengo ni idea.

El padre Diggs me miró a la cara.

—Uy, uy, uy... —dijo, cogiéndome del brazo—. Creo que tenemos que sacar de aquí a tu amiga, jovencito.

Ian apagó el interruptor, se santiguó de nuevo y recogió mi bolso, que se me había caído.

—Lo siento. —Le dije al padre Diggs, que me empujaba por la puerta y el pasillo central del santuario.

—No hay de qué, no hay de qué. De hecho, por eso lo tenemos siempre escondido. A la mayoría de la gente le gusta saber que está, pero no quiere verlo cada semana, ¿me entiendes?

Cruzamos la puerta principal. El aire frío me rehízo.

—Podrías tumbarte en la nieve —dijo Ian, que había metido la cabeza y un brazo por la correa de mi bolso, y le daba golpes con la cadera al caminar.

—Ya estoy mucho mejor.

Confíe en estar recuperando el color.

Mientras yo caminaba, el padre Diggs me sostenía por el codo.

—No sé si es buena idea que conduzcas.

—¿Podría conducir yo! —dijo Ian.

Sentí que me apoyaba en la baranda que rodeaba el pequeño cementerio.

—No podrías, no.

Cerré los ojos. Cuando los abrí, el cura estaba delante, con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué no esperas y respiras un poco de aire fresco? —dijo—. ¿Respiras bien? Mira, te voy a enseñar algo gracioso. ¿Ves todo aquello de allá?

Señalaba hacia el pie de la colina donde yo no era consciente de estar, hacia la carretera principal. Aproximadamente a un kilómetro y medio hacia el norte había un complejo brumoso de edificios grandes, cercanos a la carretera, y sin ningún parecido con granjas. Lo rodeaban coches y camiones madereros parados en ambas direcciones.

—Es el control de la frontera canadiense. Allá se acaba Estados Unidos.

Ian se lo quedó mirando por las gafas verdes que debía de haber repescado de mi bolso.

—Qué raro... Yo siempre había pensado que había un muro, o algo así.

—Si te parece raro esto —dijo el padre Diggs—, tendrías que ver lo que le pasa a esta carretera. Si sigues hacia el norte, más o menos dos kilómetros, se acaba en seco en medio de un campo. Después hay unos árboles muy juntos, y luego la frontera de verdad, que siegan de vez en cuando para que se vea bien. La carretera sigue al otro lado, pero allá se llama Rue de la no sé qué. Aquí pasa con todas las carreteras: se cortan de golpe. En Nebraska seguían eternamente. Nunca me acostumbraré.

—Ya me encuentro bien —dije yo—. Es que me ha impresionado, pero le agradezco mucho que nos haya dedicado tanto tiempo.

Tuve la seguridad de que me encontraría aún mejor si el cura se metía otra vez en la parroquia y nos dejaba a solas con el aire frío, el sol débil y la hierba

seca.

—Bueno, pues cuida a esta señorita tan simpática —dijo el padre Diggs, sonriendo a Ian—. Estaré encantado de que volváis, cualquiera de los dos. ¡En misa no sacamos el dedo a pasear!

—¡Somos protestantes! —le dijo Ian en voz alta—. ¡Pero gracias!

33 CANADÁ

En pocos minutos me sentí lo bastante estable como para ir hacia el coche, pero al llegar solo pude sentarme en el capó. Empezaba a hacer un poco más de calor. Ya se podía estar fuera, impregnándose de sol y contemplando la frontera.

Estábamos callados. Para mí, mejor. Di a mis pies la desgana orden de moverse hacia el norte, pero no me hicieron caso, y no me sorprendió; se quedaron plantados en el parachoques delantero. Tuve varias visiones simultáneas, y ridículas: Ian y yo caminando hacia el norte y metiéndonos por las montañas, a lo *Sonrisas y lágrimas*, mientras un coro de monjas nos deseaba que encontrásemos nuestros sueños; yo, al cruzar corriendo la frontera, dejando que Ian bajase a trompicones hacia los policías del puesto fronterizo; la guardia montada formando una especie de arco con las espadas, para que pasásemos por debajo... En un registro mucho más serio, también reflexioné sobre lo que sucedería si subíamos al coche y poníamos rumbo al puesto fronterizo. Ian tendría que esconderse en el maletero, y yo estar preparada por si registraban el coche y lo encontraban. Les contaría algo de que tenía que huir de un marido maltratador, de que mi hijo no tenía pasaporte y de que nos quedaríamos unas semanas en casa de mi tío Ilia, solo hasta que se pudiera tramitar la orden de alejamiento.

No estaba muy segura de por qué era tan especial Canadá. Tampoco es que no rigiera ningún acuerdo de extradición, ni que fueran más libres o felices. Un poco menos inclinados al extremismo religioso, tal vez; algo más acogedores con los Ian del mundo, y menos con los pastores Bob, pero no mucho. Quizá al haber crecido rodeado de historias sobre emigraciones y correrías transfronterizas solo con lo puesto, mi yo más joven hubiera aplicado criterios extraños y románticos a la condición de adulto: a los veinte hay que dejarlo todo y empezar desde cero, preferiblemente con armas de fuego y minas de tierra de por medio. La madre se queda atrás, y llora.

Aunque, como había señalado Leo Labaznikov, «en América ya no queda ningún sitio al que fugarse». Yo había nacido demasiado tarde.

Por la carretera secundaria nos adelantó un solo coche: azul pastel, oxidado y japonés. Pelo negro y gafas de sol negras. No pasaba de los treinta por hora, y ni siquiera nos miró. Desapareció al otro lado de la loma.

—Durante un segundo, he llegado a pensar que ese tío nos había robado el coche —dijo Ian—. ¡Hasta que me he dado cuenta de que estamos dentro!

Un minuto después, el hombre volvió por la loma, nos adelantó de nuevo y se esfumó en la carretera principal, hacia el sur. Si su intención hubiera sido llevarse a Ian o pegarme un tiro, habría sido la oportunidad perfecta. Al margen de los planes que pudiera tener, lo cierto es que tuve ganas de que acabase de una vez.

—Habrá encontrado el final de la carretera —dijo Ian.

Me recosté en el capó, que aún estaba caliente, al menos más que el aire, y miré el tráfico. Desde la reelección de Bush, mucha gente hablaba de irse a vivir a Canadá, aunque yo no conocía a nadie que lo hubiera hecho de verdad. Era lo típico que podían gritar Tim y sus amigos actores cuando estaban borrachos. Me imaginé que toda aquella gente emprendía una nueva vida en sus caravanas y Subarus, con los bolsillos llenos de monedas canadienses, e himnos a la libertad a todo volumen en la radio. Eran como colonos que salían a asentarse en Canadá como la nueva América, el país de las posibilidades infinitas. Acamparían en praderas y costas, y se alimentarían de bacalao y gaviotas. Yo me sumaría a ellos, dejando a Ian, tal vez no en manos de la Policía fronteriza, pero sí en la puerta de la parroquia, y luego me uniría a los demás peregrinos.

Lo que me diferenciaría, sin embargo, sería mi secreto, el que había aprendido de mi padre: que siempre te llevas tu país. ¿Te crees que puedes irte de Rusia? Pues mira cómo robas la ropa de la tintorería; mira cómo compras los puros del mercado negro que dan aire al comunismo cubano. ¿Te crees que puedes irte de Estados Unidos? Prueba, prueba...

¿Qué son tres americanos? Una revolución. ¿Qué son dos americanos? Un país dividido. ¿Qué es un americano? Un fugitivo que no va a ninguna parte.

Ahora bien, me guardaría mi secreto, mientras observaba lo que sabía de antemano que sucedería: los colonos nos proclamaríamos ciudad modelo, y poco a poco iríamos arrinconando en las reservas del Yukón a los canadienses de origen. Los más amistosos nos enseñarían a buscar petróleo y nos venderían Montreal por un puñado de abalorios.

En pocas generaciones se haría raro ver a un canadiense de verdad. Nuestros hijos se vestirían como ellos en Halloween, y nosotros pondríamos a nuestros clubs de campo los nombres de sus jefes caídos.

Nuestro pequeño y valeroso país iría creciendo. El calentamiento global convertiría nuestro clima en tropical. Los Estados Unidos, agostados y obsoletos, caerían en el abandono. Nuevo Canadá despertaría la envidia de los otros países, pero ¿qué podíamos hacer nosotros si nuestros hijos tenían los dientes tan bonitos? ¿Podíamos evitar que relumbrase gloriosa nuestra luz, a la vista de todas las naciones? Alguien tiene que dominar el mundo.

Pronto nuestro presidente se acogería al derecho divino para empezar a tirar bombas, y nos crecería un odio profundo hacia nosotros mismos.

Todo se iría a la mierda. Encima nos habríamos quedado sin árboles.

Algunos, los soñadores, nos hacinaríamos en botes y pondríamos rumbo a Groenlandia. Groenlandia, el país de las oportunidades. Los primeros doscientos años serían fabulosos.

No sé por qué, pero en los últimos días me había hecho la ilusión de que mandaba yo. Sentía como si tuviera que decidir algo. —Plantar cara o huir, quedarme o irme—, cuando en realidad era Ian quien desde el principio había tenido la última palabra; y el final natural de nuestro viaje no sería el de aquella carretera de Vermont llena de curvas, sino el que decidiera Ian.

—Oye —dije finalmente—, ¿cómo se llama donde vive tu abuela?

Me esperaba un berrinche.

—Mankson —dijo él.

Y, deslizándose hasta el parachoques delantero, me sonrió de oreja a oreja, como si hubiera ganado una partida de algo, aunque no pude imaginarme qué haría cuando llegásemos.

—Vale, pues vamos.

—¡Si ya estamos! —dijo, haciendo chocar los dientes como un mono—. ¡Tengo unas ganas de ver a mi abuela...!

—¿Ya estamos?

—¡Había un letrero! ¿No lo has visto? Ponía «Mankson, Vermont, tierra de alces». Me lo he aprendido de memoria.

—¿Y la dirección cuál es?

—Bueno, es que se me ha olvidado decirte una cosa: que está muerta. Solo quería ir a ver su tumba. ¡Y adivina dónde está la tumba!

—¿Justo aquí, en este cementerio?

—¡Sí! ¡Probablemente!

Con esa manera de saltar del parachoques y volver teatralmente hacia la valla para contemplar el cementerio, como si intentara acordarse de algo, no habría engañado ni al profesor suplente más tonto del mundo.

Yo me sentía bastante estable para caminar, aunque la verdad es que necesitaba comer algo. Seguí a Ian hasta la verja y la abrí para poder adentrarnos por la hierba marrón y helada, entre surcos de nieve medio derretida. Era un cementerio pequeño, de solo treinta o cuarenta tumbas. Ian miraba atentamente el texto de todas las lápidas, aunque ninguna parecía reciente, y las marcas de cincel habían perdido su limpieza original para adquirir con la erosión ese trazo blando y superficial que deja un dedo en la arena.

—Bueno, Ian, y ¿cómo se llama tu pobre abuela muerta?

—Eleanor Drake —dijo él. Sin embargo, volvió a abrir la boca como si quisiera corregirse—. Aunque de soltera tenía otro apellido. Lo que está claro es que la enterraron aquí, porque yo estuve de pequeño.

Tuve ganas de pararle los pies y decirle que era una mentira innecesaria, pero daba la impresión de haber fraguado un plan, y no se le veía ni desesperado ni acorralado. Me dije que era mejor dejarle algo de margen, aun siendo consciente de que mi auténtico motivo para no hablar era una curiosidad egoísta. Era como acabar un libro infantil nuevo, y horrible, solo para ver cómo rescataba el autor a la canguro y su perro, cautivos de los piratas. Ian iba entre las tumbas, leyendo en voz alta las lápidas legibles.

—¡Thomas Fenster! ¡1830-1888! ¡Está clarísimo que no es mi abuela! — Se paró delante de otra, y contó con los dedos—. ¡Esta niña solo vivió hasta los seis! ¡Debió de morir en un incendio!

¿De verdad que no sabía hacer una resta de seis sin usar los dedos? Yo siempre había supuesto que era muy buen alumno, basándome en sus lecturas, pero las matemáticas debían de ser harina de otro costal. Matemáticas, lógica, problemas con soluciones... No acababan de encajar en el mundo de Ian.

Lo observé por detrás en espera del primer indicio de crisis, para poder decirle que no insistiera, y que de todos modos yo lo habría llevado a cualquier lugar del mundo.

Al cabo de unos cinco minutos, se paró ante un rectángulo de piedra viejo y fino, y lo escrutó. Yo me puse detrás, para mirar sobre su hombro. La inscripción era prácticamente ilegible, sobre todo en la parte superior, donde debería estar el nombre.

—Creo que es esta —dijo.

—¿Cómo lo sabes, si no puedes leer el nombre?

—No, es que creo que una vez vi una foto de la lápida. También estuve aquí, aunque de bastante pequeño. Y las fechas coinciden.

Señaló la única parte clara, donde ponía 1792-1809.

—Oye, Ian, que de esto hace mucho tiempo. Esta persona murió hace casi doscientos años.

—Bueno, sí —dijo él—. Es que también me había olvidado de decirte que es mi tatarata-tatarabuela, o algo así.

—Mmmmm —dije yo, con ganas de dormir, más que otra cosa.

Ian se puso en cuclillas delante de la lápida. De no ser por la nieve y el barro, yo me habría sentado a su lado, o estirado en el suelo.

—¿En el resto qué pone? —preguntó él.

—La verdad es que no puedo leerlo.

Debajo de las fechas había tres palabras, cuyas iniciales parecían ser «C», «E» y «D», u «O». En la línea siguiente, las palabras eran cinco: la primera, segunda y cuarta muy cortas, y la segunda parecida a «pueblo».

—Tengo una idea —dijo Ian—. Señor, si te pusieras delante le harías sombra, y sería más fácil de leer.

Tenía razón. Al dar el sol directamente en la lápida, las marcas quedaban poco menos que invisibles. Me levanté y me coloqué de espaldas al sol. Ian se agachó, haciendo visera con la mano.

—Creo que la primera palabra es «caído». Tendría lógica, ¿no? En el sentido de morir. La segunda es algo así como «detenga». Es mucho más larga. Estoy seguro de que la última letra es una «A».

Lo entendí de golpe, sin haberlo mirado tan siquiera.

—«Defensa» —dije—. Creo que era un soldado.

—¡Qué guay!

—¿Tu abuela era un soldado de diecisiete años?

No contestó.

—¡No te muevas! ¡Aún no puedo leer la última parte, pero se me ha ocurrido una idea!

Corrió unos metros, hasta el gran árbol desnudo que había entre la última hilera de tumbas y la iglesia, y empezó a trepar.

—¡Creo que desde aquí lo veo mejor!

«Fueron sus últimas palabras antes de sufrir una caída mortal», dijo en mi cabeza una voz en *off* de las que salen en las películas.

Ian, sin embargo, llegó sano y salvo y en cuestión de segundos se colocó en las ramas más bajas. Sacudió la cabeza.

—No sirve de nada. ¿Por qué no pruebas tú? Tapo yo el sol.

—Yo al árbol no me subo —dije—, pero miraré.

Intercambiamos nuestros puestos. Ahora ya estaba segura de las tres primeras palabras. Sumándoles el «pueblo» de la siguiente línea, probablemente pusiera «Caído en defensa del pueblo de». Lo miré un buen rato, hasta que se me nubló la vista y todo se fundió en una palabra borrosa pero legible.

—Podría ser Howe —dije—, pero creo que es Havre. Creo que lo mataron cuando defendía el pueblo de Havre.

—«La». Mi abuela era chica.

Ian memorizó la lápida, o al menos lo que creíamos nosotros que ponía, y pidió localizar alguna biblioteca, para poder buscar las fechas y el pueblo. Así pues, subimos otra vez al coche y nos fuimos, primero hacia el oeste y luego al sur, sin pasar a despedirnos del padre Diggs ni cruzar la frontera para empezar una nueva vida.

Aún podíamos hacerlo. Yo podía meter a Ian en el maletero y cruzar a toda prisa. Podía dejarlo en la iglesia y hacer lo mismo. Sin embargo, supe que no lo haría. Se me había gastado el ímpetu, el poco que tenía al principio. Casi me avergoncé de mí misma, de mi incapacidad de despegarme de Estados Unidos cuando había tan poco por lo que sentir apego. Tenía a mis padres, sí, pero vendrían a verme a donde fuera. Tenía a Ian, pero por poco tiempo. Amigos no tenía, ni siquiera los que creía tener. ¿Qué es medio ruso? Medio americano. ¿Qué es medio americano? Solo medio fugitivo.

34 LA BATALLA DE HAVRE

Encontramos una biblioteca de ladrillo blanco a dos pueblos de distancia, en Lynton, con un golden retriever dormido en el umbral. Expliqué lo de la lápida a la bibliotecaria, evitando usar pronombres, por si a Ian le daba por montar una escena, y le pregunté si sabía de alguna batalla de principios del siglo XIX en la zona. Era una mujer inexpresiva y peinada sin gracia, que al hablar miraba mi hombro con cara de sueño.

—Lo único que sé es que siempre había escaramuzas con los canadienses por el trazado de la frontera. En algunos casos debían de ser choques muy pequeños, de una familia contra otra. Por escrito no hay gran cosa, aunque se podría buscar.

—¿Le suena de algo un pueblo que se llama Havre? —pregunté—. O puede que Howe. Supongo que de aquí, de Vermont.

Suspiró y miró el hombro de Ian.

—Bueno, todos esos nombres habrán cambiado mucho. A veces, al expulsar a los franceses ponían un nombre en inglés, es decir, que ahora se podría llamar de cualquier manera, o haber desaparecido. Por aquí han venido muchas oleadas de colonos que intentaban cultivar la tierra, pero que se iban al ver lo duros que eran los inviernos. A veces abandonaban todo un pueblo.

—Sí, ya lo hemos leído —dijo Ian.

—No es que los quiera desanimar, pero si no lo encuentran en un mapa, yo diría que es que ya no existe.

Nos dejó con nuestras montañas de libros.

Estuvimos buscando toda la tarde, pero para lo único que nos sirvió fue para comprobar que tanto los libros como internet parecían refrendar las explicaciones de la bibliotecaria sobre constantes luchas fronterizas. No buscamos solo Havre y Howe, sino cualquier otra localidad de esa extensión que empezara por «H», pero no había ninguna que encajase. Probamos con Haven, traducción, estaba casi segura, de Havre, y por Harbor, que me

pareció otra traducción posible. (Me dio pereza levantarme y buscar un diccionario francés). Había efectivamente una localidad llamada New Haven, más pequeña y menos erudita, cabía suponer, que la que acoge la universidad de Yale. Quedaba a sesenta y pico kilómetros al sur.

—Es lo máximo que se me ocurre —dije al enseñársela a Ian—. Sería lógico que al ganar le pusieran un nombre en inglés, y «nuevo», para celebrarlo.

No me sonó muy convincente, pero estaba más interesada en dar una respuesta de su agrado que en tener razón. Él, sin embargo, sacudió la cabeza sin quitar la vista del libro, y levantó un dedo como si fuera a decir algo que no llegó a decir.

—Tengo una teoría —dijo hacia las cuatro, quitándose las gafas y limpiándolas con la camisa—. Yo creo que Mankson y Havre eran el mismo pueblo. Es lo más lógico, porque seguro que al ganar le cambiaron el nombre, para celebrar su nueva libertad, como quien dice. Es lo que decías tú. Pero tu pueblo no está cerca de la frontera, o sea, que no tiene sentido que hubiera una batalla. Además, yo creo que si mi abuela murió en combate no debieron de llevársela muy lejos. Lo más seguro es que la enterrasen cerca de donde murió. Debía de estar llena de sangre, y puede que le faltase algún brazo o alguna pierna.

Cerré mi libro. Tenía tan pocas ideas, que hasta busqué en el índice «Drake, Eleanor».

—Puede ser —dije.

—Bueno, en todo caso era una heroína de guerra, que es lo importante. Ayudó a salvar su pueblo.

Me alegré de que estuviera contento. Parecía sinceramente orgulloso de aquel falso antepasado. Sentado y sujetándose el pelo hacia atrás, sonrió como Tim cuando seguía alguna conjetura ridícula hasta un final absurdo, olvidando que no hubiera tenido nunca existencia real.

Volvimos a poner los tomos en la estantería de Obras de referencia, que estaba llena de polvo, y sacamos unos cuantos libros juveniles con los que entretenernos.

Cómo sacar un libro sin carné de la biblioteca:

1. Tú, al becario adolescente de detrás del mostrador: «Perdona, pero es que nos hemos olvidado los carnés. Mi apellido es Anderson».
2. El becario, concentrado en no equivocarse de botones: «¿Joan o Jennifer Anderson?».

3. Tú, tocándote el pelo: «Jennifer».
4. «¿Me puede confirmar la dirección?»
5. «¡Ah, es que acabamos de cambiar de casa! ¡Espera, que te digo la nueva!».
6. Jennifer Anderson ya se las apañará a su debido tiempo.

Dentro del coche, Ian apoyó la cabeza en el respaldo y sonrió al mirar por la ventana. Yo iba sin rumbo hacia el sureste, pensando en la inscripción. Ahora que Ian se había montado su historia, era mi turno. Se podía leer de más de una manera. Muerto en defensa. Defiende hasta la muerte tus creencias. Defiende tu país de los pastores Bob. Pero ¿qué me empujaba a seguir en esa línea, la de leerlo como un mensaje personal, como si un adolescente hubiera muerto en 1809 solo para darnos una dirección en clave?

Quizá el problema fuera que por el momento las señales habían brillado por su ausencia, al menos las inteligibles. El emblema de mi familia, con sus símbolos en conflicto, era demasiado ambiguo: ¡La cabeza en la pica! O, tal vez, ¡quédate en casa leyendo un libro! El dedo de la iglesia señalaba hacia el oeste, el este, el norte y el sur: hacia Hannibal, más lejos, hacia Canadá y hacia el infierno. Y ahora, por fin, una dirección en firme, más allá de que el objeto directo no estuviera muy claro: cae en defensa. No te vayas a casa. No te rindas. No abandones a este niño en la escalera de la biblioteca pública de Lynton. No huyas, lucha.

A treinta kilómetros al sur cogimos una habitación en un motel medio destrozado, el sitio más barato que encontramos. Nuestra ruina era casi total. No estaba segura de poder pagar la gasolina del viaje de vuelta. Ni siquiera unos billetes de autobús. Mientras yo pagaba, Ian curioseó en la mesita de objetos a la venta: caramelos, mapas, diccionarios francés-inglés, refrescos, chicles... Metió el dedo por donde salían las monedas en el teléfono de pago. Yo me giré para mirarlo, mientras el encargado escribía en el ordenador, y me llamó la atención lo normal que parecía todo: Ian con la nariz en el cristal, frente a la barra de Snickers, mi codo en el mostrador de madera, y el cordón izquierdo de Ian deshilachándose por un lado, de modo que si intentaba atárselo no le saldría bien. Sí, es lo que solemos hacer. Lo hacemos todas las noches. Yo nos registro y pongo cara de normalidad. Él mira fijamente las chokolatinas, y se le sale el zapato.

Nos derrumbamos en las camas, con los libros sacados de la biblioteca. Sentí una extraña mezcla de desinflamamiento y energía. Pensé en que el fin de semana Tim y todos sus amigos irían a la manifestación, y en lo que pensarían

de mí si supieran la verdad. Si solo vieran mis actos, no los pensamientos equívocos y de odio a mí misma que los acompañaban, me tomarían por una especie de heroína. Pensé también en la huida de mi padre, la original, la de justicia, con patatas y panfletos, antes de la muerte de Ilia y de que la situación pasara de lo revolucionario a lo desesperado. Aquella necesidad de lucha la llevaba yo en la sangre, en las gruesas venas rusas de los Hulkinov. En la cárcel me la haría tatuar en la espalda: Muere luchando.

Miré a Ian, tumbado en la cama con los brazos en alto, sujetando sobre su cabeza *Los veintiún globos*. Ya iba por el segundo tercio. Tenía churretes de suciedad en los brazos y, a juzgar por el aspecto de sus pies descalzos, llevaba semanas sin ducharse.

—Ian —dije—, ¿te importa que te pregunte cuánto tiempo hace que no te duchas?

Él arrugó la cara.

—Es que no me gustan las duchas de los hoteles, porque pueden ser resbaladizas, y es muy peligroso caerse en una bañera. Donde sí que me duché fue en casa de aquellos señores de los hurones, ¿te acuerdas?

—Vamos a hacer un pacto: te duchas, y si no has salido en media hora llamo a una ambulancia.

—Cuando haya acabado este capítulo.

Con eso no podía discutir. Finalmente fue al baño y yo llamé a mi padre por el teléfono de la habitación, a cobro revertido.

—¿Te has quedado sin dinero? Pues mira, le diré a Ophelia, mi secretaria negra, que ingrese mil dólares en tu cuenta, ¿vale?

—No quiero dinero.

No estaba segura de que fuera cierto, pero siempre podía cambiar de idea más adelante; para él, cualquier oportunidad era buena.

—¡Ja! ¡Llamar a cobro revertido ya es pedir dinero! ¿Quién paga la llamada?

Le pregunté cómo estaba y me disculpé por haberle hecho enfadar la otra noche.

—A la gente no se la llama cuando está borracha.

—Ya, pero es que creo que fuiste muy valiente y quería estar segura de decírtelo. Podrías haber utilizado tu pasado para estar en buenas relaciones con el Partido, pero no lo hiciste. La otra noche no te lo pude llegar a decir.

Mi padre empezó a hablar en voz baja, al menos para él, señal segura de que mi madre estaba en la habitación contigua.

—Lucy, ¿qué te crees, que tuvo algo de heroico dar vueltas como loco con patatas y una tontería de libro? Tu problema es que lees y lees, pero no escuchas nada de lo que dice la gente. Y no entiendes lo que te digo: fue una tontería, aquella lucha. ¿Qué se consiguió? Que mataran a Ilia y que yo malgastara unas cuantas patatas. ¿Acabé con el comunismo? ¿Hice que Krushev le pidiera perdón a mi madre en nombre del Estado? Y encima mi madre perdió a sus dos hijos, porque luego ya no pude volver, ni ella salir.

Mi abuela había muerto cuando yo tenía dos años, sin haberme conocido. Sobre esa parte de la historia, la de la mujer que perdió primero a su marido, después a su hijo y por último a su otro hijo, no había pensado mucho; claro que tenía la cabeza en otro sitio, y quizá hubiera logrado bloquear la parte del cerebro que se ocupa de los padres y sus hijos desaparecidos.

—Una cosa sí que podéis hacer —dije, en vista de que no se me ocurría ninguna respuesta que no sonara a ignorante ni empeorara las cosas—. Si llama alguien preguntando por mí, ¿podríais olvidaros de que pasé por Chicago? Ahora mismo necesito tiempo para mí y tranquilidad, y no quiero que me encuentre nadie, ni del trabajo ni de nada.

—¡Ya lo he hecho! —El tono de mi padre era de satisfacción—. El otro día llamó un novio, o no sé qué, y preguntó por ti. No me pareció trigo limpio.

—¿Rocky Walters?

—Sí, un nombre ridículo por el estilo.

—Gracias.

Al salir del lavabo, Ian se había esculpido en forma de cresta el pelo mojado. Llevaba su camiseta roja, la del parte policial, pero yo no podía pedirle que se la cambiase sin explicarle la razón; además, estaba demasiado ocupada en indignarme con mi padre, por haberme pinchado el globito. Seguro que se equivocaba. A menos que solo se hubiera olvidado de la sensación... Por algo los revolucionarios son jóvenes. Tres rusos jóvenes son una revolución; tres rusos viejos no son más que un grupo de gente sentada en la cocina, que discute sobre la cantidad de col que se echa en la sopa.

Ian se tendió en la cama y siguió con su lectura, pero a los pocos minutos dejó el libro sobre la barriga y se quedó mirando el techo, donde había manchas de humedad en la pintura, por las filtraciones.

—Seño, ¿me das unas monedas?

—Es demasiado tarde para comer chucherías.

—No, si no es para chucherías, es para otra cosa. No te lo puedo decir. Es un secreto.

—¿Cuánto?

—Un par de dólares, creo.

Al recordar el teléfono de pago de la recepción, se me cayó el alma al suelo, atravesando la cama. Aun así, le lancé mi monedero. Después me tumbé y cerré los ojos, oyendo que Ian apilaba las monedas para contarlas, y salía de la habitación.

Así que era el final.

A la Policía no iba a llamarla, porque entonces no me habría pedido dinero. A menos que no supiera que era gratis... Lo más probable era que llamase a su profesora, o a sus padres, o a alguna tía o tío. Incluso a la biblioteca, por qué no. O al pastor Bob. Lo único que podía hacer yo era respirar, y fue lo que hice durante los cinco minutos siguientes. Era el final. Si volvía y me decía que se había acabado, que ya venía alguien a buscarlo, no habría nada más que decir. Yo no podía traspasar el límite del secuestro real.

Cuando Ian volvió con un papel en la mano, pensé que era una pequeña agenda telefónica; y ni siquiera en el momento en que lo desplegó sobre la cama les vi algún sentido a las líneas, los lagos diminutos y las palabras. Era una citación, una foto de la cárcel, una masa infernal de rosa y verde... En realidad, era un mapa de Quebec.

—No —dije, incorporándome—, a Canadá no vamos. Ya lo habíamos hablado.

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué te crees, que soy tonto? Nos detendrían en la frontera. Pero creo que se me ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—No, no, sigue leyendo, que en un segundo te lo digo.

Me acosté y aguanté el libro sobre mi cabeza, mientras manoseaba el poliéster esponjoso de la colcha con mi otra mano. Lo estaba asimilando: no era el final. El libro era *Anna Karénina*, de la biblioteca de Lynton. Supongo que quería un libro en el que ya se viera desde la primera página que acabaría fatal, un libro que no me hiciera alimentar esperanzas de un final feliz inexistente.

—Ya lo tengo —dijo Ian, y se puso a reír, con la cara roja.

Cogió una almohada y se la puso sobre la cabeza, aguantándola con los dos brazos. De tanto reír se le cayeron las gafas.

Yo me acerqué a mirar. Entonces él señaló con el meñique un puntito situado junto a una gran mancha verde, a algunos kilómetros al norte de la frontera de Vermont. Ponía «Havre».

Tardé un segundo.

—O sea, que tú crees que pasó todo más arriba. Crees que tu abuela era canadiense.

—No.

Nadie se reía así si no había ganado algo imposible: un trono, la lotería... O tal vez riera así la gente a quien se le quemaba la casa.

—¿No lo pillas? Perdieron.

Cuando Ian fue a cepillarse los dientes, tuve ganas de llorar. Era por el hambre, el cansancio y el estrés, pero sobre todo por el mensaje. Yo buscaba una señal; quería que la abuela soldado muerta nos dijera algo, y ya nos lo había dicho: no «Corre», ni «Tranquila, que no le pasará nada», ni «Sigue luchando», sino «Perderás». Y era verdad; por lo visto mi padre estaba de acuerdo, y en aquel momento era lo único que yo veía claro. El papel de pared estaba borroso, los números del reloj digital eran una franja roja y el espejo una mancha amarilla cegadora, pero aquello era terminante: no puedes seguir, ni volver, ni quedarte. ¿Qué te creías, con tu bolsa de patatas? ¿Cómo te creías que iba a terminar todo esto?

Ian salió del lavabo con el cepillo de dientes en la mano.

—Lo más gracioso de todo es que nadie tenía razón. Qué raro, ¿no? Yo pensaba que era el mismo pueblo que Mankson, y tú, que era New Haven, y la bibliotecaria dijo que probablemente ya no existiera. ¡Y la respuesta no tenía nada que ver! Yo pensaba que podías tener tú la razón, porque eres muy inteligente, o que podía tenerla la bibliotecaria, porque vive aquí, y todo eso... ¡Pero no la tenía nadie!

—Sí, tú —contesté.

Se lo pensó un segundo, previo paso a levantar el cepillo en señal de victoria y hacer una reverencia.

Cuando volvió a acostarse, ni siquiera retomó *Los veintiún globos*, lo cual me sorprendió un poco. A juzgar por dónde había usado como punto de lectura la guía televisiva del hotel, debía de estar justo en la parte más dramática, cuando la gaviota agujerea el balón de hidrógeno y el profesor cae en la isla misteriosa. Sin embargo, Ian se quedó mirando la habitación como si esperara que se resolviesen más misterios por sí solos, y se desplegasen más mapas reveladores.

Yo estaba totalmente perdida, sin saber qué decir, hacer ni decidir. Recién caída desde las alturas de mi fervor revolucionario, tenía a Ian sentado frente a mí, manifestando euforia por su descubrimiento, y decidí que cargara una vez más con todo. Al principio, dejar el timón en manos de Ian había sido una

manera de atenuar mi culpa, tanto moral como legal. Ahora solo era una manera de salir de la parálisis.

—Ya que eres el que tiene todas las respuestas —dije—, tendrás que decidir qué pasa ahora. Nos hemos quedado prácticamente sin dinero. Si lo necesitamos de verdad podré conseguir más, pero ahora mismo casi no nos queda nada. Y de pedir otra vez por la calle ni hablar.

No es que intentara influir en el testigo, pero sí darle una excusa por si ya tenía ganas de volver a casa. Salvo mi breve inspiración de la lápida, todo el día había dado la impresión de ser el final de algo: de nuestro dinero, del país... Además, ¿no me había dicho el propio Ian que se había acabado, al dejar que encontrásemos a su abuela? De haber querido, nos podría haber tenido varios días más dando vueltas por Vermont, o haber dicho: «¡Ay! ¿He dicho Vermont? ¡Quería decir Virginia!». Miró el techo como si estuviera decidiendo qué querría desayunar por la mañana.

—La cuestión es que la semana que viene son las pruebas para la obra de teatro de la primavera, y yo fijo que quiero un papel.

—Vale.

—Lo que pasa es que los principales se los quedan los de octavo. De todos modos, quiero salir, aunque solo sea en el coro; o sea, que me parece que ya deberíamos volver.

Siguió mirando el techo. Supuse que era porque no quería mirarme.

—Seño, perdona si cambio un poco de tema, pero ¿por qué las gaitas tocan siempre la misma canción? Sabes, ¿no? Esa que siempre tocan, como en los desfiles.

Empezó a imitarlas, bastante bien. Seguía sin mirarme.

—No tengo ni idea —dije yo—. La verdad es que la mayoría de los compositores no escriben para gaita.

—Yo las pondré en mi sinfonía. Que tengan toda una sección de la orquesta. También se podrían esconder gaiteros entre el público, con la gaita debajo del asiento, y que las sacaran todos de repente, al mismo tiempo, sorprendiendo a todo el mundo al empezar a tocar. Aunque las faldas aquellas no se las podrían poner, porque se delatarían.

—Un poco sospechoso sí que quedaría, no te lo discuto.

Fui al lavabo y me puse una toalla fría en la cara.

Estaba sorprendida. —Y sorprendida de estarlo—, pero no acababa de entender qué me había esperado. ¿Qué iba a hacer, criarlo yo misma y apuntarlo al colegio en algún sitio? ¿Educarlo en casa? ¿Apuntarnos los dos al circo? Siempre me había rondado la cabeza un final fantástico e ilógico para

la historia, tan descabellado como lo que decía Ian sobre su abuela. Si me hubiera molestado en examinarlo, para empezar, no estaríamos donde estábamos. Me había olvidado de que es como terminan todas las historias sobre fugitivos. Dorothy vuelve a Kansas a golpe de tacón, Ulises se reúne navegando con su esposa, Holden Caulfield fuerza la puerta de su propio piso... Al menos Huck no se fue a casa, pero ¿y a Jim, qué le pasó? Lo más seguro es que algo horrible. Ni me acordaba. ¿Qué final feliz podía haber estado alimentando yo durante todo ese tiempo? Siempre al acecho, como un sueño recordado a medias... Había una foto, no sé de dónde, en la que aparecía el lugar al que me llevaría a Ian. Quizá fuera de un libro. Una casa blanca y soleada donde se cuidaba a los niños, donde se lo explicarían todo y le dejarían quedarse para siempre, o hasta que tuviera fuerzas para enfrentarse con sus padres. O bien nos embarcaríamos todos juntos en nuestro simpático barquito y forjaríamos un país nuevo en tierras nuevas, surgidas de la espuma de los mares: una América ideal, por fin, o de nuevo.

35 MULTA PENDIENTE

A las cuatro volvía a estar despierta. Mis almohadas eran de una dureza insoportable y me latía el corazón como el de un hámster. Ian se iba a casa, para bien o para mal. Eso ya estaba decidido. Pero ¿y yo? ¿Adónde iba yo? La densa cortina del hotel hacía que la oscuridad fuera total. Me levanté y la descorrí para que entrase la luz del aparcamiento. Mi coche y su gemelo estaban juntos. A esas alturas ya no me sorprendía, pero sí me impresionó. Tuve curiosidad por saber si nos había seguido todo el viaje, desde Hannibal. ¿Y después? ¿Me entregaría a cambio de una recompensa? ¿Y si yo no regresaba nunca a Hannibal? ¿Me seguiría a mí o seguiría a Ian? ¿A quién seguía, en realidad?

Aun suponiendo que yo volviera a Hannibal, y el Gafas al sótano alquilado de cuya penumbra había salido, tuve la seguridad de que tarde o temprano Ian tendría un desliz, si no le sonsacaba todo el pastor Bob, que era lo más probable; y yo en Hannibal, detrás de mi mesita, lista para que me detuviesen...

Había otra cosa: que yo en el fondo no quería volver. A Ian ya no lo vería más, de esto estaba segura. Sus padres no le dejarían seguir yendo a la biblioteca, aunque no sospechasen de mí, y no visualicé muy bien qué pasaría si nos encontrábamos por casualidad, o lo veía en el desfile del 4 de julio. Sería diferente, reducido, triste. Para colmo, Rocky ya no era mi amigo, o no lo había sido nunca; y a excepción de Rocky e Ian, ni siquiera me gustaba mi trabajo.

Volví a acostarme y esperé la mañana. Ian tendría que volver a casa por sí solo. Si lo llevaba yo en mi coche, nos pararían a treinta kilómetros de Hannibal por culpa de la luz de freno, que seguía estropeada. Los polis reconocerían a Ian, y ni mi propio padre se podría inventar una excusa capaz de sacarme las castañas del fuego.

Conté los ciento veinte dólares que quedaban en mi bolso. Después encendí la tele, sin volumen, y miré el canal del tiempo, con franjas de colores que barrían una y otra vez el país de oeste a este. La apagué a las siete, al despertarse Ian.

—¿Has ido alguna vez en autobuses Greyhound? —dije.

No, no había ido, pero los había visto, y lo vi entusiasmado con la idea, incluso al enterarse de que tendría que ir solo y viajar toda la noche. Quizá tuviera que bajar en San Luis y llamar a su casa, o a la Policía. Le dije que yo volvería por mi cuenta, aunque mi principal preocupación era su seguridad durante aquellos dos días. Pensé en darle mi móvil y que lo tirase por la ventana justo después de cruzar el Misisipi, pero había demasiados fallos posibles. Tendría que fiarme de que Ian encontrase al adulto más amable del autobús, la abuela de viaje a San Luis, y no se separase de ella. Me acordé de cuando había timado a media calle Church. Seguro que no le pasaba nada malo.

En cuanto encontré la dirección de la estación de autobuses de Burlington en el listín, empezamos a hacer el equipaje. No quería llamar por teléfono desde la recepción; sería ponérselo en bandeja, con lacito y todo, al fiscal. Internet, obviamente, no había en el hotel; mucho moho, pero no internet. Tendríamos que ir a la estación, mirar los horarios y esperar.

Durante el viaje de regreso a Burlington intentamos fijar los detalles del plan. Ian, nervioso, se frotaba las orejas con los hombros sin parar. Tenía ojeras. Me pregunté cuánto había dormido de verdad. Entre las cuatro y las siete lo había visto francamente fuera de órbita, pero podían haber sido sus únicas horas de sueño.

—¿Seguro que es lo que quieres? —dije.

Si contestaba que no, no sabría qué hacer.

—Me habré perdido la tira de exámenes.

Lo interpreté como un sí, aunque pudiera no serlo. Cambié de tema.

—Puede que a mí también me busquen —dije—; si no ahora, más tarde. Aunque tú no digas nada.

Justo entonces vi al Gafas, que adelantó al coche de detrás y se pegó a nosotros. Si se trataba de un espía, cada vez era más osado en su espionaje. O estaba planeando el paso decisivo, o creía que yo lo tenía calado y había decidido prescindir de cualquier sutileza.

Ian estaba ensanchando un agujero en la rodilla de sus pantalones.

—Te juro que no diré nada. Ahora, que a lo mejor han encontrado alguna pista... Puede que se me cayera algo en la biblioteca, por ejemplo (un

calcetín, no sé), y que hayan hecho una prueba de ADN.

Dios mío...

Se me durmieron las manos al volante.

—Ian, ¿recogiste el origami?

No era mi intención gritar.

—¿Qué origami?

—¡El origami de la planta! ¿No te acuerdas? El avión que se estrellaba, y la gente... De cuando estabas escondido.

Se metió los labios en la boca.

—¿Lo recogiste al irnos?

Contestó que no con la cabeza.

El camión de delante frenó para girar. Yo estuve a punto de chocar con él, y el Gafas conmigo. Cuando volvimos a respirar, y se destensaron los cinturones, dije:

—Quizá piensen que era de una clase de manualidades. No salía tu nombre en ningún sitio, ¿no?

—Total, las otras señoras que trabajan abajo ni se enterarían. Son las dos un poco tontas.

—Ya.

¡No irían a buscar huellas dactilares en un origami...! En cuanto a Rocky, no podía bajar. Era horrible alegrarse, pero Rocky, por suerte, no podía bajar por la escalera con su silla de ruedas.

Nos relajamos un poco. Ian empezó a contar todas las vacas que veía.

—Total, que es posible que no me veas mucho en Hannibal, ni siquiera después de que hayas vuelto —dije.

—La otra bibliotecaria, cuando lee, siempre, siempre pierde el punto.

Aún no teníamos pensado lo que diría Ian. Cuando se reclinó en el asiento de mi derecha, y cerró los ojos, me alegré de tener tiempo de pensar. Probablemente también lo tuviéramos en Burlington. A saber si en la Greyhound habría billetes para salir pronto... Quizá tuviéramos que quedarnos unos días más, acampados en medio de la calle Church, robando mendrugos de pan en las mesas de los bares.

Llegamos sin que se me hubiera ocurrido ninguna idea brillante. Desperté a Ian mientras aparcaba, pero él abrió los ojos por su cuenta y se puso a organizar su mochila, así como la bolsa de plástico que había empezado a llevar al quedarse pequeña la mochila. Mientras lo reordenaba todo, vi que aún tenía los libros de Vermont y los de la biblioteca de Lynton. Se los pedí.

—¿Porque sería como una pista? —dijo él.

Empezaba a ser todo un experto.

—*Los veintiún globos* podrás acabarlo en la biblioteca —dije—. Sé que hay dos ejemplares. Ah, y tendrás que prometerme que sacarás *El hobbit*. En el autobús podrías leer *Johnny Tremain*.

—¿Sabes todo aquello de las gambas? —dijo cuando bajábamos del coche—. ¿También entran las langostas? ¿Los padres peregrinos no comían langostas, del Atlántico? Yo creía que eran muy cristianos.

De repente no se veía por ninguna parte al Gafas, aunque dudé que desapareciera mucho tiempo.

—Es lo que pone.

—¿Estás segura?

—Lo podrás mirar cuando vuelvas. Creo que está en el Levítico.

Ian abrió la puerta trasera del coche y buscó debajo de los asientos para asegurarse de que no se dejaba nada. Su voz brotó del suelo del coche.

—Ya, pero es que... no sé, que no puede estar bien.

Fue una victoria pequeña, pero que me alegró enormemente. A largo plazo, aquella tontería de las gambas y langostas podía ser la cuña decisiva entre Ian y el pastor Bob. Cruzamos el aparcamiento en dirección al edificio, pequeño y tranquilo.

Volví a pensar en lo sorprendido que se había quedado por haber resuelto él solo el misterio de Havre. Era la revelación universal de la adolescencia: que los adultos de tu entorno no saben todas las respuestas. En los años venideros, como todos los niños que llegan a través de un crecimiento lento y doloroso a la versión madura de su yo, se daría cuenta muchas veces. En su caso, sin embargo, era algo más que una simple desilusión. Podía ser lo que le salvara la vida. Ya había salvado miles de vidas antes de la suya: las de los que, a diferencia de mi amigo Darren, habían contemplado aquellos códigos morales obsoletos, y los veredictos de sus padres, tías y sacerdotes, y se habían hecho siempre la misma reflexión: «Un momento, un momento, que esto no puede ser».

Yo no era una relativista moral. No podía serlo. De lo contrario, habría creído que el pastor Bob tenía derecho a su opinión, y que los Drake tenían que educar a Ian como les pareciese mejor. Siempre me había molestado que los fundamentalistas, al hablar de los derechos de los gays, del aborto o del suicidio asistido, dieran por supuesto que alegabas la ausencia de derechos absolutos, cuando en realidad yo creo en un derecho absoluto; lo que ocurre es que no creo en el de ellos. No creo que las verdades universales estén

codificadas en antiguas leyes arameas sobre la rotación de cultivos, la sangre menstrual y los sombreros.

Entramos en la estación y fuimos a la taquilla. Fue el propio Ian quien habló con el vendedor, un hombre mayor que sonreía mucho, y que parecía entusiasmado de hablar con un niño. A las 10.45 salía un autobús. Solo faltaba una hora y media.

Con que hiciera dos trasbordos, podría bajar directamente en Hannibal. Quedaban plazas, en efecto. No pareció que a Ian le sorprendiera lo más mínimo. —Lógico, siendo Hannibal el centro de su mundo—, pero yo me quedé de piedra, y vagamente insultada, como si el universo me acabara de abofetear. El universo no solo quería quitarme a Ian de las manos y llevarlo otra vez a su casa, sino que lo quería de inmediato.

—¿Qué edad tengo que tener para viajar yo solo? —preguntó Ian.

Me impresionó. A mí no se me habría ocurrido.

—Si el viaje dura más de cinco horas, hay que tener quince.

—¡Ah, menos mal! —dijo, levantando mucho la voz—. Porque los quince los cumplí el martes pasado. ¡Y me he sacado un carné de aprendizaje para conducir!

El vendedor me miró, arqueando una ceja. Yo asentí: pues sí, efectivamente, quince.

—Puede que le parezca un poco bajo —siguió explicando Ian. Yo deseé que se callara—. Pero es porque he bebido demasiado café, y retrasa el crecimiento.

El vendedor dio golpecitos con los dedos en el mostrador. Ya no se divertía tanto.

—Necesitaré alguna identificación que lo demuestre.

Ian y yo nos miramos. Yo no tenía bastante dinero para acompañarlo, aunque quisiera. Además, tendría que dejar el coche abandonado y bajar del autobús antes de tiempo, en Illinois, sin coche ni dinero, lejos de Chicago.

—La situación es muy urgente —dije—. Su madre, que no soy yo... su madre está muy enferma.

El vendedor sacudió la cabeza.

—¡Eh! —dijo alguien detrás de nosotros—. ¡Tranquilos, que he llegado a tiempo!

Un fuerte acento ruso.

Era el Gafas. No se quitaba nunca las gafas de sol, ni siquiera allá dentro.

Lo miré con atención: la frente encima de las gafas, los pómulos, la media barba, los labios finos... No, no lo conocía; no era un primo, ni un amigo de

la familia, ni un socio de los turbios negocios de mi padre en la Chicago rusa.

—Al niño lo acompaño yo. —Le dijo al vendedor de billetes—. Vamos a Misuri, ¿OK?

Mi primer impulso fue coger a Ian y lanzarme hacia la puerta donde ponía «Solo personal autorizado» para atrincherarnos en el otro lado, pero el Gafas tenía la mano izquierda en el bolsillo, y pensé que podía llevar una pistola.

—Bueno, pues nada —dijo el de la taquilla, mirándome por si había alguna pega, cosa que yo debí de negar con un gesto—: un billete de niño y uno de adulto.

Los sacó. El Gafas extrajo una cartera de piel de cocodrilo de su bolsillo izquierdo y pagó con tres billetes de cien nuevos. Ian parecía más asustado aún que yo, y no muy impresionado de ver tanto dinero. Le puse las manos en los hombros.

Después de que el vendedor le diera los billetes y el recibo al espontáneo ruso, fuimos los tres al fondo de la estación, despacio, incómodos, mirándonos constantemente para cerciorarnos de formar un grupo. Ahora, entre nosotros y la taquilla, había un trío de mujeres mayores con las mismas camisetas verdes, y voces estentóreas.

—Oiga —dijo el hombre—, que yo no lo toco. Me han dicho que si lo toco el señor Hull me matará. Yo no quiero saber nada de tocarlo, ¿vale? Me quedaré sentado al final del autobús. Seré como Rosa Parks, ¿OK? ¿Sí? Al final del autobús. Le aseguro que con el señor Hull no quiero líos.

—¿Conoce al señor Hull? —dijo Ian—. ¿El de los cuernos?

—Los cincuenta dólares nos los dio usted —dije yo—. En Walgreens.

Me di cuenta de que no había soltado los hombros de Ian ni un momento, y de que le clavaba las uñas.

Por fin el hombre se quitó las gafas de sol. Tenía los ojos pequeños y verdes.

—¡Oiga, que yo no la quería asustar! Usted es una señorita muy guapa. ¡Yo no tenía intención de asustarla! —Me dio una tarjeta donde ponía «Alexei Andréyev», y debajo, en vez del cargo, «Discreto y de confianza»—. Ya he trabajado muchas veces para el señor Leo Labaznikov, y no me he equivocado nunca.

Qué tonta había sido al suponer que los puros de la caja de zapatos eran el pago de un favor pasado o futuro... Eran para un favor presente, y lo más probable es que dentro de la caja también hubiera un fajo de billetes. Seguro que si los Labaznikov nos habían retenido hasta tan tarde era para esperar a que llegase el Gafas. Ahora bien, no entendía que mi padre lo hubiera

adivinado todo. ¿Cómo podía ser que yo me hubiera tragado sus mentiras durante veintiséis años y las mías no aguantasen ni diez minutos?

Alexei Andréyev metió la mano en el otro bolsillo de su americana y dio a Ian un móvil negro y reluciente, de esos nuevos tan finos.

—Esto es un extra, ¿vale? Que lo pruebe el niño, y si funciona que se lo quede todo el viaje en la mano.

—¿Y con el coche qué va a hacer? —dije yo.

Se rio.

—Es de usar y tirar.

Para entonces ya estaba bastante más tranquila. Con independencia de quién fuera aquel personaje, y de su formación o antecedentes delictivos, estaba clara e irreversiblemente de mi lado; y, pese a lo reacia que había sido yo siempre a aceptar el dinero de mi padre, manchado por los negocios ilícitos de su mercado negro ruso-chicagoense, no estaba en situación de rechazar ninguna ayuda. Una mano que le echaba un delincuente a otro.

—Salgan los dos —dijo Alexei Andréyev—, que hace buen tiempo; así prueban el teléfono, ¿vale?, y se despiden, y usted se fuma un cigarrillo. Cuando salga el autobús estaré aquí.

Salimos lentamente, incrédulos, al frío, para repasar nuestro plan. Ahora que estaba a punto de hacerse realidad, ahora que estaban comprados los billetes, todo parecía demasiado súbito. Sin embargo, no había ninguna razón para esperar, ni ninguna excusa. Cuanto antes llegara Ian a su casa, antes dejaría de buscarlo la Policía, y menos pruebas acumularían. Se ocuparían de otros casos más urgentes.

—¿Te parece todo bien? —pregunté.

—¡Qué guay que ha estado, el tío! ¿Por qué le tiene miedo a tu padre? ¿Tú crees que esto funciona de verdad?

Cogí el móvil y llamé al mío. Funcionaba. Programé mi número a nombre de Laura Ingalls. Después nos sentamos en un banco cubierto de chicles, donde no pudieran oírnos las otras cuatro personas que esperaban el autobús con sus maletas.

—Necesitamos una coartada —dije—. Y tendrá que ser buena.

Recordé un proyecto que había tenido que hacer para la asignatura de español del instituto: fingíamos haber sido acusados de un asesinato, y a cada grupo de dos se le tenía que ocurrir una coartada infalible en español. Después el resto de la clase interrogaba a solas a ambos miembros del grupo, mientras el otro esperaba en el pasillo. «¿En qué restaurante?». «¿De qué marca era el refresco?». «¿Qué tiempo hacía?». Rajiv Gupta y yo creímos

idear la coartada perfecta: habíamos ido en coche a ver las olas en la playa. No pasó nada. No hablamos. Hacía buen tiempo, volvimos a la ciudad en un Ferrari rojo, y punto final. Repasamos nuestra forma de vestir, mi peinado y hasta si el coche tenía el depósito lleno. La primera en contestar a las preguntas fui yo, que lo hice muy bien. Después salí al pasillo e iba a ponerme a hacer los deberes de mates. Recuerdo que justo al encender la calculadora oí risas en el aula y la señora Valdez me dijo que entrara. Con su español de dicción exagerada, me explicó que en la primera pregunta («¿Qué playa?») yo había dado la respuesta geográficamente más lógica, «la del lago Michigan», mientras que Rajiv había contestado «la del océano Atlántico». Durante toda nuestra planificación, Rajiv se había imaginado los viajes a Maine con su familia, y yo la orilla de delante de mi bloque de pisos, llena de cemento y grafitis.

Al menos con Ian no existía la necesidad de que nuestras versiones encajasen, porque la mía, Dios mediante, no me la pedirían nunca.

—¿Tú qué quieres decirles?

—Había pensado que podría decir que me he escapado al Metropolitan Museum, como en *El enigma de la estatua*, porque suena como si pudiera hacerlo un niño, sobre todo de los que leen mucho.

—No se lo creería nadie. Seguro que desde la época en que salió el libro han actualizado la seguridad. Además, es una obra de ficción. Dudo que haya sido posible alguna vez.

El caso es que entre mi falta de sueño, el frío de una estación de autobuses de Vermont a la sombra, la idea de que me esperase un inspector de Policía dentro de mi casa y la presencia de un esbirro ruso que aguardaba a Ian en la estación, tampoco se me ocurrió nada mejor.

—Podría decir que lo he hecho todo exactamente como los niños del libro; no la exposición donde se quedan a dormir, porque puede que ya no esté la misma, pero bueno, no sé... que me escondí en el lavabo al ver pasar al vigilante. ¡Y podría decir que me he bañado en la fuente!

—¿Cómo habrías llegado?

—¡En un autobús Greyhound! Cuando llegue a casa ya seré todo un experto. Podría decir que ahorré la paga semanal. Y que el de los billetes se creyó que tenía quince años. ¡Les podría explicar toda la ruta, pero al revés! ¡Me aprenderé todos los pueblos de memoria!

Me di bofetadas en las mejillas, para despertarme y pensar, pero no funcionó. Quedaba poco tiempo. Algo teníamos que discurrir.

—De todos modos, lo más probable es que no se crean nada de lo que puedas decir. Ahora bien, si explicas siempre lo mismo sobre el Metropolitan, y lo repites todas las veces que haga falta, sin cambiar nada ni decir nada de la biblioteca, al menos no sabrán la verdad. Lo único que necesitarás será sentido del humor. Si demuestran que es mentira, si dicen que el museo se incendió la semana pasada, te podrás reír, pero siempre que repitas la misma versión. Siempre, siempre, siempre, aunque te amenacen. Al final se rendirán. La única condición es que no les digas nada que sea verdad.

—Por ti. Porque te echarían del trabajo.

—Sí.

No supe si decirle que lo más probable era que no me vieran más el pelo por la biblioteca. Si averiguaba más tarde que me había ido del pueblo para siempre, podría considerarse libre de decir la verdad, o sentirse traicionado y hacerlo por despecho.

—Aunque yo no vuelva —dije—, no podrás cambiar tu versión. No es que me echasen, es que me meterían en la cárcel, y mucho mucho tiempo.

De repente tuve dudas de que fuera así. ¿Hasta qué punto era grave la versión real? Yo había intentado llevar a Ian con su abuela, que había resultado ser un soldado muerto, y después lo había despachado otra vez para su casa. Estaba claro que acabaría en la cárcel, pero ¿durante cuánto tiempo? No estábamos en Rusia. No me llevarían en mitad de la noche ni me echarían veneno en el vodka.

Se me escapó una risa imprevista, una risa loca, como la de Ian la noche anterior. Al principio Ian puso cara de preocupación, pero después también se echó a reír. A pesar del viento que azotaba la estación, y de que Ian se aferrase a la mochila para calentarse, nos reíamos, y no era para desfogarnos, ni con carcajadas que en el fondo fueran de tristeza; era la risa de lo absurdo. ¿Tu abuela es un chico de diecisiete años? ¿Un ruso raro te acaba de pagar el billete de autobús? ¿Champú para hurones?

Al final perdimos ímpetu, y yo estuve sentada unos minutos en silencio, antes de examinar a Ian sobre su versión. («¿Qué viste en el Metropolitan?». «Bueno, está claro que lo más interesante era la parte antigua». «Ian, sabemos que no estás diciendo la verdad. Aquello está lleno de sensores de movimiento». «Pues será que cuando estaba yo se estropearon»).

El plan consistía en bajar del autobús en Hannibal y esconderse lo mejor posible al caminar hacia el centro, hasta que se entregara en la biblioteca. Otro rasgo de inteligencia de Ian: ¿por qué entregarse justo en el sitio en el que se había fugado? ¿Y dónde se iba a entregar Ian Drake, sino en la

biblioteca pública de Hannibal? Me imaginé que se lanzaba por el buzón de devoluciones, que Rocky lo pasaba por el lector, y que parpadeaba en la pantalla un aviso en mayúsculas: «¡RETRASO!».

Le dije que solo me llamara para alguna urgencia, y que le devolviera el móvil al señor Andréyev antes de llegar a Hannibal, aunque lo mejor era que lo tirase en algún sitio después de haber borrado mi número de la lista de marcado rápido.

Parecía imposible, pero ya llegaba el autobús, con su resuello, suciedad y urgencia. Di a Ian todo el dinero en efectivo que me quedaba, para que se pudiera comprar algo de comer en las paradas de servicio sin la ayuda de ningún ruso siniestro. Alexei Andréyev salió del edificio y guardó unos metros de distancia respetuosa, con las manos juntas y la vista al frente, como si fuera del Servicio Secreto.

—La llamo cuando esté depositado —dijo.

Ian contó el dinero y se lo guardó en el bolsillo. Después tendió la mano para dármele y yo se la estreché. Pensé en darle un abrazo. No, no parecía buena idea. Tenía diez años. Le di un puñetazo de buena suerte en el hombro y nos sonreímos como si nos fuéramos a ver en una o dos semanas para reírnos de lo sucedido, no como dos personas que no se verían nunca más. Habría sido un momento inmejorable para que se me ocurriera algo perfecto que decir, algo que no se le olvidara en los próximos diez años.

No se me ocurrió ni una palabra.

Cómo despedirse como Ian Drake:

1. Bailar un charlestón, o algo más o menos parecido.
2. *¡Sayonara!*
3. Inclinarsse como una *geisha*.
4. Preguntarle a tu siniestro acompañante ruso si tiene un protector labial.
5. Ir dando vueltas con los brazos abiertos hasta el autobús.
6. Subir de espaldas por los escalones, mirando el cielo.

Ian y el Gafas desaparecieron juntos en el autobús. Yo busqué la cara de Ian en las ventanillas, un reflejo en sus gafas que de alguna manera me dijese que todo iría bien, pero su cara no apareció. Debía de haber encontrado sitio al otro lado.

El autobús se fue. Di media vuelta y volví al coche a paso rápido. Mientras el autobús se perdía de vista por la calle, la idea de que probablemente hubiera cámaras de vigilancia en algún sitio consumió una

mitad de mi cerebro. Con algo de suerte, nadie tendría presente a Ian al mirar las grabaciones.

Antes de meter la llave en el contacto, me quedé un minuto al volante, sentada en el asiento frío. Esperaba llorar, pero no: seguí sonriendo, con la misma sensación de libertad que si estuviera a punto de salir despedida por el techo del coche. Nunca había sentido nada exactamente igual, ni en la universidad, donde me daba demasiado miedo usar la libertad para nada que no fuera beber cerveza, ni al final de los estudios, cuando me enfrasqué en buscar trabajo, despotricar contra el dinero de mis padres y encontrar un piso dentro de mis posibilidades. Me pregunté si, con su culpa a cuestas y todo, era como se había sentido mi padre al arrojarse al río y bajar del avión: sin ancla, ni casa, inexplicablemente jubiloso.

36 EN QUE LUCY HACE CHOCAR TRES VECES LOS TACONES

Volví a la calle Church, me senté en un bar de bocadillos y pedí un café sin la menor idea de cómo lo pagaría. Pensé en el resto del día. Podía volver a las librerías y curiosear. O sentarme en una clase de arte de la universidad. Buscar a alumnos de segundo simpáticos y abiertos que me dejaran dormir en su sofá.

Era consciente de que la sensación de posibilidades infinitas desaparecería en cuanto diera con un plan, pero para alguien como yo, con mi sensibilidad de bibliotecaria, probablemente no hiciera falta más que un cuarto de hora de libertad sin límites. Di vueltas a la posibilidad de abandonarlo todo y vivir a la aventura, o de hacer algo categórico. La idea apareció con el calor de un halo al contemplar la calle: abriría una librería infantil, un local monísimo en la propia calle Church, con sofás y un perro y galletas de la suerte. Lo malo era el dinero: exactamente cero, o cero elevado a un millón, como podría haber dicho Ian; vaya, que la tienda la tendría que poner en el parque, dentro de una caja de cartón. Podía vender los libros de la biblioteca de Lynton, y los de Vermont. Después me marcharía. Liquidación total por cierre de negocio.

Saqué todo el contenido del bolso, como si sirviera de algo, y lo repartí como una loca por la mesa: protector labial, cartera, navaja suiza, chicles, bolígrafo, pasaporte, agenda inútil... La poca lucidez que me quedaba alcanzó para dejar los tampones en el compartimento de la cremallera. Miré en el monedero. Todas las monedas eran canadienses. Abrí la cartera. Carné de conducir. Facturas de gasolineras y de hoteles, que convenía destruir, francamente. Tarjetas de crédito que en caso de necesidad podía utilizar, claro que sí, pero que ante los tribunales seguirían vinculándome con Vermont en aquella fecha exacta de la historia: la Visa de una línea aérea, la del banco y la platino de mis padres, puro brillo, que me había obligado a aceptar mi padre el año anterior, y que no había salido ni una sola vez del separador de la

cartera. Bien pensado, no me vincularía necesariamente a mí con Vermont en aquella fecha exacta. No habría estado mal pensarlo antes. Intenté desear que se me hubiera ocurrido antes, que aún estuviera Ian, y que no se nos pudiera acabar nunca el dinero, pero fui incapaz de desearlo; empapada de alivio, como en una ducha caliente, no podía. Pedí un club sándwich con patatas fritas, para no pagar una cuenta de dos dólares con tarjeta platino. Cuando me trajeron el sándwich, me di cuenta de que estaba famélica, y comí tan deprisa que me pinché el labio con el palillo que lo mantenía unido.

Pagué y vi alejarse a la camarera con el librito de plástico negro de la cuenta, por cuya parte superior sobresalía la fina tira plateada de mi padre. Entonces me di cuenta de que la mía no era una historia de independencia y penurias que pudiera compararse con la zambullida en el río, la patata en el tubo de escape y la fuga de Ilia por la frontera rumana, sino más bien algo en la línea de la patética huida de Anya Labaznikov a Londres, espoleada por las drogas. Yo era una mimada. Había nacido demasiado tarde y entre demasiados algodones. Yo, con mi café y mi tarjeta platino, pudiendo llamar a mis padres con un solo botón... Cogí el móvil y los llamé. Total...

Cuando le dije a mi padre que quería quedarme una o dos semanas en su casa, él contestó:

—¡Conque al final te has dado cuenta de que aquello de Hannibal no vale un pito! En Chicago sabrán valorar tu cerebro. Usa la tarjeta de crédito, ¿vale? Cómprate un billete de avión.

Yo, sin embargo, no quería billetes de avión a mi nombre, y aunque en aquel momento odiase el coche a más no poder, no me molestaría tener tiempo de mirar el paisaje en silencio por la ventanilla. Solo serían dos días de viaje. De camino pararía a devolver los libros en la biblioteca pública de Lynton, como una integrante respetable de la sociedad.

—Lo del tal Alexei ha sido la pera —dije.

—¡Ajá! ¡Sí, es muy bueno! Yo no lo conozco, pero me llama cada día para decirme cómo va. ¡Le parece muy guapa y le gustaría salir contigo si pasas alguna vez por Pittsburgh!

—Papá, que me dio un susto de muerte... Podrías haberme avisado.

—¡Es que tú no lo tenías que ver! Es un ex de la KGB, pero no es mal tío. De buena pasta. Moldavo, y muy listo. Lo que pasa es que los de la KGB no encuentran trabajo. Putin solo puede mantener a unos cuantos, porque si no quedaría mal, y el resto del mundo no los quiere ni en pinturas. ¡O sea, que en Estados Unidos tienes a tíos de primera de la KGB por cuatro perros!

—¿Cómo lo adivinaste? —pregunté, sin saber exactamente qué había adivinado.

—Bueno, a ver, tú tienes veintiséis años, o sea, que la Janna Glass esa de Latin también tenía que tener veintiséis, y te presentas con un niño de diez... No es que sea imposible; en el programa de Oprah salen muchas adolescentes embarazadas, pero tu madre empezó a decirme: oye, ¿cómo puede ser que no nos hubiera hablado nunca de una chica embarazada en décimo curso? Y entonces yo pensé: sí, es verdad, porque siempre que pasaba algo en el colegio, tu madre se enteraba de todo. Tu madre es la pregonera de Chicago. Para los cotilleos, es como la peluquería. Y si tu madre no sabía nada de una Janna Glass adolescente y embarazada, es que no existe. Entonces fue a enterarse, llamó a la sección de antiguos alumnos y resulta que tu amiga Janna Glass vive en Praga.

—Y entonces llamaste a los Labaznikov.

—Sí, le dije a Leo que estuviera atento. Luego me llamó él y me dijo que aún ibas con el niño, y yo le dije: bueno, ¿qué puedes hacer para ayudarnos?

Eché un vistazo al bar. Había dos niños que jugaban a las cartas con su padre, y una mujer que leía un libro de título alemán. Todos parecían satisfechos y tranquilos. Intenté estar yo también satisfecha y tranquila.

—¿Ha llamado alguien más preguntando por mí? —dije.

—No, no. Escucha, que te doy una idea: si tienes algún tipo de problema, podemos imprimir una factura donde ponga que has estado con nosotros en Argentina. ¿Te acuerdas de mi amigo Stepan, el de la agencia de viajes? Pues lo puede hacer él. Puede hacer facturas, resguardos de billetes y hasta reclamaciones de equipaje. En el ordenador de United Airlines ya no puede entrar, pero solo por la chorrada esa de las medidas contra el terrorismo, que total, no funcionan. Pero ya le diré yo que te lo imprima, ¿vale?

—Puede que no sea mala idea.

En la medida en que fuera lo máximo que se le ocurriera mirar a la Policía de Hannibal. Si profundizaban más, la habría cagado de todos modos.

—Oye, que a tu madre le diré que has roto con un chico y estás muy afectada, ¿vale? ¿Te parece bien? Ella no acaba de hacerse cargo de lo que pasa.

—Bueno, tú tampoco, ¿no?

—¡Yo no sé nada! ¡Soy un ignorante!

Salí a la calle Church, a una tarde luminosa. Era uno de esos días de invierno que desde dentro da la impresión de que hace calor, hasta que sales y te encuentras con un aire tan gélido, tan penetrante, que comprendes que la

Tierra ha sido abandonada por todos sus mantos atmosféricos, y que si brilla tanto el sol es porque se despide.

Me paseé arriba y abajo por la calle hasta que me dolieron los pies, y el viento me irritó las mejillas. Ahora que sabía que me iba a casa, y que lo más seguro es que fuera definitivo, tenía la impresión de que la auténtica fuga había sido toda mi época de la universidad y Hannibal. Igual que Ian, y que Dorothy, y que todos los demás, volvía a casa; en mi caso, a los brazos protectores de la mafia rusa, motivo inicial, sin duda, de mi huida. ¿Te crees que no podrás volver a casa? Pues es el único sitio adonde siempre puedes ir.

Se me había pasado otra cosa por alto, aparte de que veintiséis menos diez son dieciséis: siempre había sabido que el pastor Bob cometía un error tremendo y peligroso al pretender que fuera posible cambiar el ser profundo de una persona; y, sin embargo, ¿qué había hecho yo sino intentar cambiar a Ian, cambiando sus circunstancias? No había sabido comprender que una de las razones de que no se pueda cambiar de forma de ser es que no se puede cambiar de dónde es uno. Me podría haber llevado a Ian a Plutón, pero su madre seguiría siendo su madre, y su padre su padre, y en sus oídos seguiría resonando hasta el final la voz del pastor Bob.

Al volver a mi coche, observé que Ian había dejado sobre su asiento la cinta del himno australiano, como si lo sustituyera a él o pudiera hacerme reír. No la puse. En vez de eso quise oír el himno ruso, con su heroica tristeza, o el americano, esa canción cuya pomposa melodía y su ritmo confiado siempre me habían hecho olvidar, en los desfiles y partidos, que acababa en un signo de interrogación.

37 UNA TEMPORADA LEJOS DE LA TIERRA

Dos días después estaba en Chicago, en casa, muy por encima del suelo. No salí del piso en dos semanas, encantada de saber que en todo ese tiempo mis pies no pisaban el planeta Tierra. Mi madre hacía comentarios constantes del estilo «no sé cómo se llama, pero olvídale; ninguna persona así vale la pena», y me traía bocadillos. Mi padre me guiñaba el ojo por encima de la cabeza de mi madre. Yo pasaba mucho tiempo contemplando el lago, y dormía hasta tarde.

Al cabo de diez días, seguía sin tener noticias de Hannibal; ni por teléfono ni por correo ni por la vía judicial. Durante el viaje de vuelta, por el centro de Indiana, había recibido una llamada de Alexei Andréyev. «El niño ha bajado del autobús en Hannibal, Misuri. ¿El nombre del pueblo es en honor al gran conquistador Aníbal?». Yo contesté que suponía que sí, le di las gracias y dije que hablaría bien de él a mi padre. Me alivió que no me pidiera en matrimonio. Ian no me hizo ninguna llamada por el móvil extra de Alexei, lo cual debía de ser buena señal. También significaba que probablemente no volviera a oír su voz.

En la prensa *online* salió un artículo de una frustrante brevedad: «Un niño de diez años, vecino de Hannibal, ha vuelto junto a su familia después de haber estado desaparecido. Ian Drake fue visto por última vez el domingo 19 de marzo, y volvió a Hannibal por su propio pie el miércoles 29 de marzo. La Policía sigue investigando su desaparición». Yo esperaba una respuesta indignada de Loloblog y los grupos activistas movilizados a favor de Ian, pero aparte de algunos comentarios en los foros de artículos ya publicados, su regreso despertó muy pocas reacciones. Así y todo, la lucha contra el pastor Bob seguía viva, y aunque los últimos artículos solo mencionasen a Ian de pasada («que se movilizaron hace unos días por la desaparición de un niño de diez años inscrito en el programa juvenil de Corazón Alegre», etcétera), quedaba claro que la fuga había centrado los esfuerzos de los activistas en el

pastor Bob. Algo era algo. Seguían deseosos de llevarlo a juicio, y seguía siendo imposible. Me decepcionó un poco que no mostraran demasiado interés por la persona de Ian, sobre todo ahora que había vuelto a casa, y que se había acabado el drama. Tampoco es que quisiera que cayeran todos sobre Hannibal y pasearan pancartas delante de su casa; ya era bastante grave que los más listos de su clase probablemente hubieran encontrado los artículos, y hubieran hecho circular por el colegio la noticia de que Ian se había escapado porque era gay aunque lo disimulara. Más atención que esa no quería que le prestasen. Tal vez solo quisiera que se alguien preocupase tanto como yo. Por su parte, la página del pastor Bob fue de una vaguedad y un autobombo previsibles. «Desde la desaparición, y el regreso, Dios mediante, de un joven de nuestra grey, hemos atraído mucha atención mediática. Para nosotros siempre es bueno poder divulgar la palabra de Dios entre un público más amplio, sobre todo si es un público cuyas ideas difieren de las nuestras, y que no ha visto todavía la luz de Jesús. No cabe duda de que en este mismo instante Dios nos presenta un reto, pero sabemos que el regreso de nuestra preciada oveja es una señal de las Alturas, y que del mismo modo que el hijo pródigo regresó junto a su padre con conocimiento, humildad y gracia, nuestro joven amigo ha regresado a su Padre Celestial, y a nuestros servicios, con un Corazón Alegre». Puse los ojos en blanco y le hice una peineta a la pantalla del ordenador, como si me viera alguien y le importara lo que pensase. Ni me miraba nadie, ni le importaba a nadie.

Al final tuve narices y busqué hasta la última página electrónica, pista falsa y enlace que remitiesen a Ian Drake, fontanero de Cape Cod, así como todos los enlaces de Class Notes: Ian Drake, de Colgate, promoción de 1985, Ian Drake, de Berkeley, promoción del 2000... Encontré a un Ian Drake casado con Elizabeth Westbridge en 1888. Ian Drake tenía antecedentes penales en Amarillo, Texas. Mientras mi padre acudía a reuniones en restaurantes griegos vacíos y mi madre ejercía su voluntariado por toda la ciudad, yo me pasaba el día tumbada en el sofá, leyendo revistas, incapaz de tolerar nada tan largo como un libro; y cuando me cansaba, me hacía un bocadillo de mantequilla de cacahuete y me plantaba ante el ordenador de mi padre.

En realidad, esperaba que viniera alguien a buscarme, e interpretaba cada nuevo día como una señal de que Ian no se había chivado, sino que seguía contando lo del Metropolitan. Me obligué a esperar diez días, diez; y luego me obligué a llamar por teléfono.

—Lorraine quiere saber si tiene que buscarte una sustituta.

Fue lo primero que dijo Rocky al oír mi voz.

—Bueno, sí, probablemente. —No tuve tiempo de pensar, pero tampoco me hizo falta. Me resultaba inconcebible volver—. Ahora tengo que estar aquí, con mis padres —dije—. Mi padre ha tenido un accidente y estoy con él. Muchos medicamentos.

—*Muchos muchos medicamentos*, de Robert McCloskey. —No tenía ni gracia. Se dio cuenta—. Oye, que ya ha vuelto Ian Drake.

—¿Ah, sí? —Lo preguntaba de verdad—. Bueno, ya lo vi por internet, pero no... ¿O sea, que es verdad?

—Se presentó hace un par de semanas, como si tal cosa.

No dijo que se hubiera presentado en la biblioteca. Me pregunté si Ian había cambiado de planes y había llamado al timbre de su casa. Lo más probable, de todos modos, era que lo hubieran reconocido mientras caminaba desde la estación de Greyhound.

—¿Dónde estaba? ¿Se encuentra bien?

—Lo único que dicen es que se escapó. Tampoco es el tipo de noticia que detalla el *Hannibal Herald*, en el sentido de que no va ni de una venta de pasteles ni de los *boy scouts*.

—Sí, es verdad. Oye, y ¿por qué no me llamaste?

—Se ve que los padres lo han borrado de catequesis y no lo ha visto nadie desde que volvió. Por aquí no ha venido ni una vez. Hablé con aquella profesora de su colegio, la que viene tanto por aquí...

—¿Sophie?

—Puede ser. Me dijo que la familia llamó al colegio el día después de que volviera el niño, y dijo que lo educarían ellos en casa. Estaba un poco asustada. Yo creo que sospecha que lo han encerrado en un armario. —Rocky se quedó callado, pero yo tuve miedo de reaccionar—. Me contó que el año pasado llegó al cole con la frente escocida porque le habían hecho pasar toda la noche de rodillas en la alfombra, con la cabeza en el suelo, arrepintiéndose de algo. Yo creo que tenías razón.

No estuve segura de que fuera Sophie, porque ella siempre me había dicho que Ian acabaría bien; claro que eso era cuando Ian tenía el colegio y la biblioteca...

No dije nada. De repente, no saber dónde estaba ni qué hacía Ian me resultaba inaceptable. Me lo imaginé de rodillas dentro de un armario, o haciendo las maletas para pasar todo un año de retiro con el pastor Bob. Lo que me desesperaba era que dos meses atrás, esas cosas, si pasaban, eran horribles, y estaban mal, mientras que si pasaban ahora no solo eran horribles

y estaban mal, sino que eran por mi culpa, por haber dejado que volviera a su casa.

Podría haberme entregado justo entonces. Les podría haber dicho a Rocky, a la Policía y a los Drake que no era culpa de Ian, sino que me lo había llevado en contra de su voluntad, pero no pude, o al menos no lo hice. Y, francamente, dudo que hubiera servido de mucho. Ni siquiera creo que Ian hubiera secundado la nueva versión. Entre todas las cosas que pasaron, es la única por la que me niego a sentirme culpable. También es posible que sea la que me haga ir al infierno.

—Tengo que serte sincero —dijo Rocky—. Hasta que volvió, creía que podía estar contigo.

—¿¿Qué??

—Es que desapareciste justo el día siguiente, Lucy, y te traía loca...

—Yo no soy una secuestradora, Rocky.

—Ya lo sé.

No parecía muy seguro.

—Puede que se fuera con aquel pastor. La verdad es que parece de lo más siniestro. Oye, que mañana mandaré instrucciones a Loraine para el verano, aunque ya sabes que tendrás que ayudarla a bajarse el correo. Y dile que sí, que busque a alguien. Ya pasará algún día a por mis trastos.

—Cuando vengas, llama.

Lo dijo como si dudara de que fuera a volver.

38... Y AÚN ESTABA CALIENTE^[9]

Pasaron dos meses hasta que me armé de valor para volver. Mi padre había ido mandando cheques por el alquiler a Tim, para que no tiraran mis cosas a la calle ni saquearan mi vestuario para usarlo como atrezo. Era un día de junio, a las siete de la tarde; tras un invierno y una primavera largos y fríos, por fin hacía calor. Entré en el pueblo conduciendo despacio y mirando a todos los transeúntes, a todos los niños en la entrada de la heladería, pero sin reconocer a nadie.

Gracias al periodismo de primera del *Post-Dispatch*, ahora sí que sabía la dirección de Ian. Circulé despacio, pero no demasiado. No sabía cómo reaccionaría Ian si reconocía el coche. Quizá se riera, o se fuera corriendo con su madre, o se echara a la calle y se lanzara contra mí. La casa era bonita, blanca, con peonías y lirios en flor en la fachada. En la planta baja había una ventana grande, pero con la cortina echada. En el camino de entrada, un cuatro por cuatro blanco. Di media vuelta al final de la manzana y pasé otra vez por delante. No había manifestantes en el césped, ni grupos de oración acampados en el porche, ni compañeros de clase que se burlaran y tiraran piedras. Tampoco vi la cara de Ian pegada a la ventana de su dormitorio, con una mueca de dolor. No se oían gritos, aleluyas ni estruendosos acordes de *rock* cristiano. Los contenedores de reciclaje estaban al lado de la acera. Seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Aparqué detrás de la biblioteca, que llevaba más de una hora cerrada. Mi llave aún servía. El sol, cerca del horizonte, hacía entrar amplios rayos amarillos por las ventanas. La biblioteca estaba diferente: nuevos títulos delante, y el carro de los libros a cinco centavos en otro sitio. Al bajar me quité los zapatos, porque me resultaba más agradable no hacer ruido. Habían cambiado de sitio los sillones de bolas. Con aquella luz, todo estaba cubierto de una fina y brillante capa de polvo. Cogí el oso marrón de la caja de las marionetas y lo pasé por el borde de todas las estanterías. Después cogí una

silla con ruedas y me subí para llegar a las estanterías más altas de ficción, donde parecía que no se hubiera quitado el polvo en mucho tiempo. No me habría extrañado oír mi nombre susurrado por Ian desde el suelo, en las profundidades de la sección de ciencia. «Llevo meses viviendo aquí. —Diría—. ¿Por qué has tardado tanto?». Vi que a *Heidi* se le estaban cayendo las tapas. Cogí el rollo de tela adhesiva para libros del cajón de la mesa y me senté en medio de la alfombra azul peluda. Daba gusto estar allí sentada, trabajando. Con las luces apagadas, y el sesgo del sol al cruzar los ventanales al nivel de la calle, el sótano estaba casi oscuro. Vi en el techo un montón de telarañas, entre las vigas de madera y las ventanas. De día no debían de apreciarse. Brillaban entre las estanterías, cubriendo distancias imposibles, como si la araña hubiera dado un gran salto suicida del alféizar, arrastrando tras ella el paracaídas fallido de la seda. Pensé en la telaraña de Charlotte, y en el gusano de seda del melocotón de James. Ahora entendía que Ian hubiera querido dormir en la biblioteca. Debía de haber sido el paraíso.

Aquella noche, al impregnarme del silencio y la tranquilidad, caí en la cuenta por primera vez de haber desperdiciado una parte más grande de mi vida de lo que era mi intención. Comprendí que no podría tener hijos, ya que de lo contrario acabaría conociendo a fondo lo que implicaba perderlos.

Cuanto más los quisiera, más me dolería, y era consciente de que no podría vivir sintiendo el dolor de los Drake; no por falta de voluntad, sino por incapacidad de superarlo.

Seré la que se quita al novio de encima a los treinta y cinco años. En las fiestas, sufriré el acoso bienintencionado de amigos con información crucial sobre el reloj biológico. Escribiré un libro: *Qué se puede esperar cuando no se está esperando*.

Francamente, tal vez sea mejor acabar de una vez con el Gran Linaje Hulkinov. Mi padre es el único Hulkinov que queda, al menos en América, y yo su única hija. Se acabará el legado de fugas, traiciones y fabulaciones, al menos en esta familia. Primero Hulkinov se ha quedado en Hull, y por último en nada. Miles de años de inviernos rusos, comida rusa y supervivencia rusa, y un día, finalmente, un hijo nacido en América. Fin.

Hice el esfuerzo de ponerme en pie y registrarlo todo en busca de rastros materiales de mi vida allí dentro. La mitad de los cajones estaban vacíos y la otra mitad llenos de carpetas y jerseys ajenos. Mis cosas, al final, las encontré debajo, en una caja de cartón. Listas de quehaceres, bolis, termos, el correo origami de Ian de aquella Navidad. —Vuelto a doblar, como lo había dejado—, paracetamol... Llené el resto de la caja con las pocas cosas del armario

que me interesaban. Antes de irme, cogí un boli y busqué nuestro ejemplar más antiguo de *El hobbit*. Era de tapa dura, con la funda de plástico un poco amarillenta, llena de grietas y celo. De todos modos, era el ejemplar que habría elegido Ian, y el que más posibilidades tenía de estar embrujado. En la tarjeta de préstamo, vieja y olvidada, escribí «Ian Drake» debajo de «Matthew Lloyd, 4/2/91», y la fecha de nuestra salida del pueblo. No supe muy bien por qué lo hacía; casi parecía un mensaje de los que dejan a la Policía los asesinos en serie, esos que parecen una burla, pero que en realidad son una súplica para que los cojan. Pero no, no era eso, estaba segura. Tampoco era un mensaje para Ian. ¿Cómo iba a serlo, si Ian nunca volvería a la biblioteca?

Imaginé encontrármelo con treinta años, por ejemplo, cuando volviera al pueblo para el entierro de su padre, y visitara los lugares favoritos de su infancia. Esperé que para entonces ya hubiera leído el libro, y así, tal vez, al verlo, recordara que yo, dirigiéndole hacia una novela sobre un hombre pequeño que emprende un viaje y vence a todos los monstruos, había querido decir algo, por muy vago e inepto que fuera ese algo. De todos modos, la verdad es que la metáfora no funcionaba; pensándolo bien, era yo la que más cosas tenía en común con el ladrón involuntario sobre el que con tanta fuerza caen las aventuras. Miré la página inicial y vi el subtítulo, que en algún momento debía de haber sabido: *Historia de una ida y una vuelta*. Por supuesto. Siempre vuelves. Y yo ni siquiera había matado de camino al dragón.

Lo siguiente que hice fue ir en coche a mi piso. Habían pasado casi dos meses desde que Tim me dijo que había venido Charlton Heston para interrogarme. Aun así, no quise correr el riesgo de entrar por la puerta acostumbrada, así que lo hice por la del teatro, cruzando el vestíbulo vacío, con su moqueta roja, y pasando junto a los programas enmarcados y la cesta de pastillas para la tos.

Cogí mis cosas, pero solo unas cajas. Mi padre había prometido comprarme muebles y ropa nueva. Yo no quería saber de dónde sacaba el dinero, pero se lo aceptaría. Ni siquiera quería mis cosas de antes, tan llenas de polvo, tan quietas, sin tocar en varios meses... Era como una casa encantada: aquí vivía alguien, pero hace tiempo que se fue. Cuidado con no despertar a su fantasma.

Saqué las cajas a través del vestíbulo y las llevé a mi coche, una por una. No era noche de función. Sin embargo, oí el murmullo de un ensayo en el teatro. En mi último viaje de salida, me paré en la puerta y miré a los actores sobre el escenario, a sabiendas de que ellos no podían verme a mí. No

actuaban. Estaban todos en cuclillas, mirando algo. Cuando se me acostumbró la vista, vi unos cinco maniqués de reanimación tendidos sobre la tarima. Un hombre corpulento y calvo, con chaqueta de los Blackhawks y un portapapeles, daba instrucciones a gritos.

—¡Pellizcadles la nariz, que si no volverá a salir el aire! ¡Tenéis que pellizcarles la nariz!

Tuve curiosidad por saber si lo aprendían por algún imperativo legal, para los espectadores barrigones del *baby boom* de Hannibal y alrededores, o para usarlo en algún espectáculo. A menos que en sí ya fuera un espectáculo. O lo que consideraba Tim una fiesta: Tim, que de rodillas en la parte frontal del escenario sopló en la boca de su maniquí, el cual, al inflarse, se elevó del suelo. Tim clavaba las manos sin parar en el pecho de goma, con tal ímpetu que su coleta se iba deshaciendo en mechones rubios.

Al otro lado, la actriz pelirroja se reía al tomar un pulso inexistente en el cuello de su maniquí. Lo cogió por los hombros y lo zarandeó.

—¡No, por Dios! —chilló—. ¡No me dejes, Clyde! ¡Ahora no! ¿Quién cuidará al bebé?

—Bueno, oye —dijo el entrenador—, que a la víctima tampoco hay que sacudirla. Ahora le controlas las vías respiratorias. Vale, déjalo en el suelo.

Ella, sin embargo, tenía un público, y no pensaba parar.

—¡Eh, vosotros! —dijo, señalando las butacas vacías—. ¡No os quedéis mirando! ¡Avisad a una ambulancia! ¡Eh, que este hombre es mi novio! ¡Yo no te quería disparar, cariño! ¡Ya sabes que te necesito!

Los demás actores se habían alejado de sus maniqués para rodearla, entre llantos, risas y aspavientos; todos menos Tim, a quien vi proseguir con su masaje en la luz amarilla, como si pudiera insuflar de nuevo vida a la forma de plástico, y reinstaurar el flujo sanguíneo. Por unos instantes, le creí capaz.

39 TIM EX MACHINA

Dentro del coche, con la corriente del aire acondicionado en las mejillas, tuve la sensación de despertar de golpe, como si fuera la primera vez en varios meses. Fue un poco como aquel verano en la universidad, cuando me rompí la pierna y al dejar el Vicodin me di cuenta de lo fuera de órbita que había estado sin saberlo durante toda una semana.

Esta vez, lo que había olvidado, lo que había estado demasiado espesa para ver, no eran mis actos, ni sus repercusiones, ni la cruda realidad del Hannibal al que tan brevemente había regresado, sino mi capacidad de hacer planes. En el vocabulario de esos libros repelentes de autoayuda que leíamos con dramatismo Rocky y yo al hacer el inventario, llevaba tanto tiempo siendo un pez en la corriente que ya no me acordaba de que podía nadar.

Así que respiré, e hice planes. Después fui al centro comercial de Hannibal, donde aún estarían abiertas las tiendas. Tal como suponía, encontré una librería cristiana, de tal riqueza caligráfica que habría colmado todas mis esperanzas y las de Darren Alquist. Tenían una revista que se llamaba *Born Again Teen!*, con un *skater* en éxtasis fotografiado a medio salto en la portada. Era perfecto. Compré dos números idénticos, sonriendo dulcemente a la florida dependienta, y volví a mi edificio, donde los actores seguían salvando a sus maniqués. Sentada ante mi mesa, elaboré una lista, seguida de otras siete.

Con el pegamento de barra que encontré en el primer cajón, las pegué en sendas páginas de una revista, con cuidado de que no sobresalieran, y planché el resultado con mi diccionario. Acto seguido, con parsimonia y júbilo, fui al lavabo y tiré de la cadena.

En dos minutos tuve a Tim en mi puerta, con los ojos, la sonrisa y los brazos muy abiertos. Hasta me levantó del suelo al abrazarme.

—¡Creía que te habían raptado! —dijo.

—Es que me habían raptado. Pasa.

—Al oír la cadena, he pensado: «¡Madre de Dios! ¿Será un fantasma?». Me han hecho subir los demás, para ver qué pasaba. ¡Y eres tú! ¡Estás aquí! Menos mal que no estábamos ensayando, porque si no te retorecía el pescuezo.

—Ya lo sé —dije—. Era mi bañoseñal. Necesito que me ayudes.

Tim se sentó en el brazo del sofá y empezó a dar saltos. Aún estaba sudado, por la reanimación, y al pasarse los dedos por el pelo dejó surcos mojados.

—¿Te acuerdas del niño que desapareció? —dije yo—. ¿El de aquello de Bob Lawson?

—Sí, claro —contestó él.

Estuvo a punto de decir algo más, pero al final se lo calló. Seguro que mi cara lo explicaba todo, aunque me dio igual. Me senté frente a Tim en el sofá, los pies en alto, e intenté empezar por el principio. Lo malo es que no estuve segura de cuál era. ¿Al conocer a Ian, o al encontrármelo agachado entre las estanterías? Al final empecé por la mitad.

—Un día me trajo un Jesús origami —dije.

Le expliqué toda la historia; bueno, la versión corta. No sé por qué estaba tan segura de poder fiarme de él; tal vez porque le encantaba todo lo dramático, o porque era Tim, o porque me lo imaginaba de niño, agachado en el suelo de la biblioteca, leyendo *Bonícula* y saltando igual que ahora. En cualquier caso, acerté: podía fiarme. Me habría fiado incluso si Ian continuase a mi lado, desaparecido, y encorvado bajo su mochila demasiado llena.

—Es alucinante —decía Tim sin parar—. Es que es... alucinante, oye. Nosotros pensando que eras una bibliotecaria de lo más normal, tan calladita, y... ¡y tú haciendo justicia, coño, y jugándote la vida!

Tenía efectos irritantes muy curiosos ser vista a una luz tan favorable, de modo que le interrumpí.

—Necesito que me ayudes —dije—. Tú solo, sin contárselo a nadie.

Le enseñé la revista, y las listas, y le expliqué lo que tenía que hacer.

—Lo del piso te lo puedes quedar todo —dije—. Todo lo que quede. En concepto de pago. Puedes quedártelo para ti mismo o usarlo de atrezo; eso ya me da igual. O venderlo.

Miró la mesita de centro, las lámparas y la alfombra oriental que me había enviado mi padre por Navidad: mejor que la mayoría de las cosas de la sala de atrezo.

—Lo haría gratis —dijo, y vi que era sincero. Se había puesto a dar vueltas por la habitación, tal como me lo imaginaba entre bambalinas antes de salir al escenario—. Acabas de darme el mejor papel de toda mi vida.

Pasé la noche en el piso. Hacía meses que no dormía tan profundamente. A las diez de la mañana llamó Tim a la puerta para decirme que «marchaba al combate».

—Ahora en serio, Lucy —dijo—; si está el pastor, y le clavo mis llaves, ¿lo estropearía todo?

—Sí. —Se me escapó la risa—. Tú no te salgas del guion, Tim. Además, el pastor no estará. De todos modos, se te ve muy bien.

Era verdad. Un traje gris del vestuario, una camisa blanca sin corbata y unos zapatos de vestir gastados. En el pelo, una pulcra coleta. Llevaba un maletín, un portapapeles con un bolígrafo y una especie de formulario. Me fijé: era uno de los impresos de suscripción que había en el vestíbulo del teatro, doblado por la parte superior. Las revistas las llevaba bajo el brazo.

—¿Sabes cuál es cuál?

Asintió.

—Sin la menor duda.

—Pues mucha mierda.

La siguiente hora me la pasé limpiando; no porque pensara que a Tim, o al próximo inquilino, le importaría demasiado el polvo que pudiera haber en la alfombra, sino porque fue lo único que se me ocurrió. Limpié las ventanas con vinagre, fregué a fondo el plato giratorio del microondas y vacié el armario de los medicamentos.

Al final llegó Tim, aporreó la puerta con las palmas, entró corriendo. —Sin aliento, rojo, eufórico— y dio vueltas al galope en torno a mi mesita.

—¡He estado genial! —dijo—. ¡Lucy, coño, que he estado genial, y no me ha visto ni un crítico! ¡Pero me da igual! He estado fabuloso; y que conste que el niño es maricón al cien por cien. Gay perdido. ¡Me tendrías que haber visto! He empezado: «Señora, le traigo una suscripción de prueba gratis». Cuando me lo iba a quitar ella de las manos, le he dicho: «Mire, es que si no se lo entrego directamente a alguien de nuestro segmento de mercado, me pondrán muchas pegas». Y luego le he dicho que había visto el aro de baloncesto fuera, y que seguro que tenía un hijo adolescente. Ella me ha contestado: «No, solo tiene once años». De repente ha aparecido él detrás, en la puerta, diciendo: «¿Qué, qué?». ¡Ha salido perfecto!

—¿Tenía buena pinta? —dije yo.

—¿Que si se le veía sano, dices? Sí, sí, aunque un poco... cómo te diría... tenso. Se podría decir que agitado. Ahora, que sangrar no sangraba, ni nada. Hasta me han dejado entrar en casa. Ya me ves tú en el recibidor, y a la madre

preguntándome de qué confesión éramos... Total, que le he dicho que evangélicos. No sabía ni si tenía algún sentido, pero se ve que sí. Luego he recitado exactamente lo que me enseñaste: «Sí, la sede la tenemos en Vermont, pero también hay delegaciones en Iowa, Ohio y Oahu, Hawái». Tendrías que haber visto la cara del niño. Yo creo que pensó que lo iba a delatar. Me miraba con una cara de asesino, por detrás de su madre... Pero de repente ha sido como si se le vieran girar los engranajes, deduciendo que aparte de ti no lo sabía nadie. La madre, mientras tanto, dale que te pego: que si cuál era nuestra filosofía, que si quién lo editaba... Entonces le he dado un número, el limpio, y le he dicho: «¿Tienen gatos? Es que me empiezan a llorar los ojos». Y va el niño y dice: «No, solo un conejillo de Indias», y yo: «Ah, pues yo de pequeño tenía hurones». Para entonces la madre estaba ocupada leyendo la revista y le he podido hacer un guiño al niño. Lo ha pillado todo justo en ese momento; se veía que lo pillaba todo. Entonces le he dado su número y le he dicho: «Échale un vistazo, a ver si encuentras algo relacionado con tus intereses. Tú dedícale un buen rato, cuando tengas un momento a solas, y a ver qué te dice». Prácticamente se lo ha metido debajo de la camisa. No quería que se lo cogiera su madre; que, por cierto, está anoréxica perdida, la mujer.

Tim seguía dando vueltas, y yo sentada, temblorosa, viendo aquel juguete de cuerda tan raro que yo misma había puesto en marcha.

—Cuéntame cómo era la casa —dije.

—Supongo que normal; sin crucifijos enormes ni nada por el estilo, si es por lo que lo preguntas. Estaba todo muy muy limpio. He visto que en la sala de estar había un piano. Todo muy en plan Pottery Barn, pero tirando a mono; el tipo de casa donde tienen cojines con barcos de vela hechos de encaje. Que no es que los haya visto, ¿eh?

Por alguna razón era reconfortante, aquella sensación de normalidad; a menos que solo se tratara de poder imaginarse algo...

—¿Y luego? —dije.

—Pues fíjate lo que ha pasado: yo he dicho: «Bueno, ¿me puedo llevar hoy la suscripción, o mandarán ustedes una de las tarjetas que hay en la parte central de la revista?», y mientras la madre empezaba a darme excusas de que se lo quería mirar mejor, Ian ha dicho de repente: «Mamá, ¿puedo subir a leerla?». He tenido la impresión de que ella estaba a punto de decir que no, como si quisiera mirarla más a fondo, pero al verme delante, con cara de esperanza, ha dicho que sí y me ha acompañado a la salida. He tardado yo más en llegar a la puerta que el niño al piso de arriba. Seguro que ha corrido y

se ha encerrado en su cuarto. Eso si es listo. —Tim dejó de caminar y tendió los brazos—. ¿Qué, lo he hecho bien?

Probablemente no aspirase más que a unos aplausos, pero yo me levanté y le di un abrazo.

—Eres increíble. No se lo cuentes nunca a nadie, ¿eh?

Al quedarme sola, cogí unas cuantas cosas más y me fui al coche, aturdida. Se puso a llover justo cuando salía del pueblo. Pasé una vez más ante la casa silenciosa de los Drake, tocando tres veces la bocina, y me fui para siempre de Hannibal. Me imaginé a Ian en su cuarto, arriba, abriendo la revista. Reconocería enseguida mi mala letra.

Lo que yo había escrito en aquel piso revuelto eran listas de lecturas. La primera era «Libros que leer a los once años», que empezaba por ese panegírico encantador a la desobediencia civil que es *Danny, campeón del mundo* e incluía la serie de Oz («¡pero asegúrate de que los haya escrito de verdad L. Frank Baum. —Escribí—, no Frank a secas!»), así como diez libros más que me habría resultado insoportable pensar que no leyera; libros que, si aún fuera su bibliotecaria, habría apilado en sus brazos extendidos.

«Libros que leer a los doce» empezaba por *El dador* y *La brújula dorada* y acababa con *El señor de las moscas*.

Imaginarse a Ian con catorce años, o con dieciséis, no era tarea fácil, pero a medida que llenaba las listas vi formarse su cerebro y me di cuenta de que el Ian quinceañero que acababa de prendarse de *El guardián entre el centeno* ya estaría preparado para *Una paz solo nuestra* y *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, y para Whitman en dosis abundantes.

Al Ian de dieciocho años le recomendé *La historia personal de David Copperfield* («Si llegaré a ser el héroe de mi propia vida u otro ocupará ese lugar, lo mostrarán estas páginas»), y *Middlesex*, y a A. E. Housman, y a Jeanette Winterson.

Mi intención había sido incluir en las listas finales algo de utilidad más directa, libros que enseñasen a un niño de dieciséis años a razonar con un padre que pretendiera echarlo de casa, o con una madre empeñada en que se iría al infierno, pero lo único que conocía eran novelas. Durante un momento me dio que pensar que todas mis referencias fueran de ficción, y todas mis narraciones, mentiras.

Una vez terminadas las listas, me afané de verdad en escribir algo de mi cosecha, una nota, palabras de aliento o lo que fuera, pero no pude. El bolígrafo se negaba al papel.

Y es que la conclusión final, después de aquella primavera tan caótica, de aquel verano torturado, y del tiempo pasado desde entonces, es la siguiente: ya no me creo capaz de salvar a nadie. Lo intenté, fracasé, y aunque estoy segura de que hay personas en el mundo que tienen ese don, yo no me cuento entre ellas. Lo embrollo todo demasiado. En cambio, los libros... Sigo creyendo que los libros sí que pueden salvarte.

Estaba convencida de que Ian Drake conseguiría sus libros, como acaba consiguiendo el adicto su droga. Sobornaría a su canguro, se escaparía por la noche de su casa y rompería la ventana de la biblioteca. Vendería su propio conejillo de Indias para comprar libros. Leería con linterna bajo el edredón, como debajo de una tienda de campaña. Haría un agujero en el colchón y lo llenaría con libros de bolsillo. Aunque lo encerrasen en su casa, nunca podrían convencerlo de que el mundo no fuera más vasto. Les extrañaría no poder someterlo. No sabrían por qué sonreía cuando lo mandaban a su cuarto.

Estaba convencida de que los libros podían salvarlo, porque sabía que ya lo habían salvado, y porque conocía a personas salvadas por los libros. Eran profesores universitarios, actores, científicos, poetas... Iban a la universidad y tomaban café sentados en el suelo de su residencia, sorprendidos por haber encontrado finalmente almas gemelas. No acababan de seguir la moda en el vestir. Sus nombres los atesoraban las tarjetas rosas de los sobres de todos los libros olvidados de tapa dura de todos los sótanos de todas las bibliotecas de Estados Unidos; y si los bibliotecarios eran lo bastante vagos, o nostálgicos, o inteligentes, ahí se quedarían esos nombres para siempre.

SI UN LIBRO NO TENÍA EPÍLOGO, MUCHAS VECES LO PONÍA IAN

Soy la mortaleja de la historia. Soy el monstruo del final del libro. Me he quedado sola, atando cabos, y no consigo atarlos todos. ¿Cómo lo catalogo? ¿Qué pegatina le pongo en el lomo? Una vez, Ian propuso que además de las de misterio, las de ciencia ficción y las de animales, hubiera pegatinas especiales para libros con final feliz, libros con final triste y libros que te enganchan para que leas el siguiente de la serie. «Tendría que haber unas con lágrimas grandes —dijo—, por ejemplo para el lomo de *La leyenda del helecho rojo*; si no, es una injusticia. Imagínate que por casualidad lo lees en público, y que se burlan todos de ti porque te pones a llorar». Pero ¿qué advertencia podía pegar yo al maravilloso y desconcertante cuento de Ian Drake? Tal vez una pequeña pegatina de color azul, con un signo de interrogación... Unos dedos cruzados. Una moneda en la fuente.

En la vida real no volveré a ser nunca la encargada de esas pegatinas. Se acabó el decidir si el género de un libro es «fantasía» o lo pueden leer los frágiles infantes de Hannibal. Tras un verano en casa, encontré un nuevo trabajo lejos de Hannibal y de Chicago, que era lo único que me importaba. Aquí hay veinteañeros que sacan libros sobre teorías feministas del vegetarianismo, o de crítica contemporánea sobre Hemingway, y nadie me pide que lo salve. Para lo único que me necesitan es para pasar por el escáner y sellar, pasar por el escáner y sellar. Aquí estoy satisfecha, estable; o, en todo caso, estacionaria.

Si vuelvo alguna vez a la biblioteca de Hannibal, será como fantasma. A Ian siempre le pareció una biblioteca encantada, y es posible que tuviera razón. ¿No es por lo que se esfuerzan todos los bibliotecarios, al menos en el cine, y en los tópicos? Silencio e invisibilidad; solo una nube errante de viejo polvo de libros. Mis manos seguirán cogiendo el libro; seguirán pasando el libro por el círculo de niños, empezando por la izquierda, pero detrás del lomo

no habrá nadie. Soy la mano nada. (No dejes que sepan los conejos dónde me escondo). Pues eso, que aquí están los dibujos. Juntaos y miradlos bien de cerca: fugitivos y lectores, ángeles, uros y niños y actores y malos taimados y héroes bajitos y aguerridos. Ahora, quejaos de que la niña de delante no os deja ver bien. Mirad con todas vuestras fuerzas y preguntad por qué lo ilustró todo mal el dibujante.

Aquí, a fin de cuentas, soy prácticamente un fantasma, pálido, hechizado tras mi nueva mesa, y me he dado cuenta de que es lo que les pasa a los personajes que ya no son esenciales para la trama principal, los que ya tienen su mayor aventura a sus espaldas. Es lo que les pasa al Sombrero Loco, a la hermanastra malvada y al genio consumido: se sientan a una mesa vacía y recuerdan el día en que soplaron por el pueblo los vientos de lo insólito.

Aquel octubre hubo un momento fugaz en que volví a formar parte de la historia, o al menos un momento en el que ella me dio alcance. Al volver del trabajo, me paró la Policía por exceso de velocidad. Incluso entonces pensé que se había acabado todo y que Ian me había delatado.

—¿Sabe a qué velocidad iba? —me preguntó el policía.

Tuve ganas de decir que ni se lo podía imaginar; tan deprisa que hace meses que no dejo de moverme, ni siquiera al dormir. Abrí la guantera para sacar el permiso, y por todo el suelo y el asiento derecho cayeron cinco mil pastillas de menta, que rebotaron en el cambio de marchas hasta aterrizar en mi regazo. Así que Ian estaba preparado para un viaje largo. Podríamos haber resistido otra semana y haber entrado en Canadá por algún campo, medio muertos de hambre, pero con buen aliento. Mientras le daba el papel al policía, sentí que se me oprimía el corazón y se me rompían los huesos en un millón de astillas afiladas: durante un rato, como mínimo, Ian había creído que lo lograríamos, que jamás volveríamos.

Acercaos más para ver la última página y apartad a la niña que se os pone todo el rato delante. Exigid ser el primero que sepa si el final es feliz o triste, si se recompensa a los buenos y se castiga a los malos. Echad un vistazo a las últimas palabras, a ver si os enteráis. Preguntadlo otra vez: ¿al final se arregla todo?

Pues no lo sé. No lo sé. Depende de lo que entendáis por final. ¿El de mi historia o el de la de Ian? Yo lo único que sé es que lo sigo buscando por los recovecos de mi ordenador, y sigue saliendo el fontanero de Cape Cod. Ahora bien, cuando salga, si es que llega a salir, podré enterarme de cómo le va. Hay un millón de maneras de que salga todo estupendamente, y un millón de maneras de que acabe muy mal. Ahora rondará los quince años, y es posible

que yo ya no tenga que esperar mucho para saberlo. Me recuerdo constantemente que hoy en día las personas no nos perdemos del todo. Ya no hay Siberia.

Cambiad de postura en la moqueta y mirad el reloj. Preguntad si el cuento ocurrió de verdad.

He aquí los últimos dibujos. He aquí los pies que los explican. He aquí unas últimas palabras de esperanza para quienes se anticipan al final, los que, como Ian y yo, no pueden evitar leer primero las últimas frases. (Tal vez a ellos los haya engañado, como estuve yo engañada en el sentido de que en el fondo siempre di por supuesto que nuestro valor era una especie de garantía, y de que nos esperaba un final feliz, a condición de poder alcanzarlo. O tal vez no. ¿Quién puede asegurar que no lo acabe siendo?).

En fin, paciente público, que aquí lo tenéis: vuestro epílogo tranquilizador. Imaginároslo feliz. Imaginároslo girando.

Si no pudiera creerlo, no podría levantarme de la cama. Imaginároslo escondiendo las listas durante ocho largos años. Imaginaos su paraíso, en el que puede flotar como le plazca de un personaje a otro y de un libro a otro. (Soñemos que es rey, gigante, niño que puede volar). Imaginaos que ya está en ese paraíso bajo el edredón, con la linterna. Para una eternidad dichosa, debería bastar un mundo así. De momento, debería salvarlo.

Digamos que lo salva.

AGRADECIMIENTOS

Aunque haya tenido que sacrificar mi fantasía infantil de que en el fondo Penguin Books lo dirigen los pingüinos del señor Popper, no me ha dolido nada poner en su lugar la constancia de que es una editorial con un personal maravilloso, dispuesto a programar la edición y producción de un libro en torno al nacimiento de mi segundo hijo. Vaya mi gratitud sin límites a Kathryn Court, Alexis Washam, Tara Singh, Kate Griggs y Carolyn Coleburn, de Viking; también a Yuki Hirose, por su tiempo y su ayuda. Un día apareció Nicole Aragi, caída del cielo, y convirtió mi calabaza en carroza. Aún no doy crédito a mi suerte, ni puedo expresar mi gratitud como merecería. David Huddle ha sido un lector de primera hora, y un gran apoyo. Por lo que respecta a Heidi Pitlor, su defensa de mis cuentos me dio el empujón que me hacía falta para seguir trabajando y publicando en momentos en los que, sin ella, habría perdido la fe.

Muy pocos escritores agradecen a su madre su agudeza en materia literaria. Me congratulo de ser una excepción. Para acabar, en casi toda su existencia el libro ha tenido un único lector, que es mi marido, Jonathan Freeman. Nadie más que sus alumnos, los de antes, los de ahora, entenderá lo afortunada que soy de que el primer lector de mis libros sea un hombre de tanta bondad y perspicacia.

TÍTULOS DE LIBROS CITADOS

(por orden de aparición en la novela).

Matilda, Roald Dahl.

La casa de la pradera, Laura Ingalls Wilder.

El superzorro, Roald Dahl.

Green Eggs and Ham (Huevos verdes con jamón), Dr. Seuss.

Tales of a Fourth Grade Nothing (Cuentos de un nada de cuarto), Judy Blume.

Book of Greek Myths (Mitos griegos), Ingri y Edgar Parin d'Aulaire.

Una rueda en el tejado, Meindert DeJong.

The Egypt Game (El juego de Egipto), Zilpha Keatley Snyder.

Theater Shoes (Zapatos de teatro), Noel Streatfeild.

Mi rincón en la montaña, Jean Craighead George.

From the Mixed-up Files of Mrs. Basil E. Frankweiler (El enigma de la estatua), E. L. Konigsburg.

Tuck para siempre, Natalie Babbitt.

The Golden Goblet (La copa de oro), Eloise Jarvis McGraw.

Misty de Chincoteague, Marguerite Henry.

Ellen Tebbits (Ellen Tebbits), Beverly Cleary.

The Pushcart War (La guerra de la carretilla), Jean Merrill.

Una arruga en el tiempo, Madeleine L'Engle.

The Westing Game (El juego del Oeste), Ellen Raskin.

Harún y el mar de las historias, Salman Rushdie.

Cinco niños y eso, Edith Nesbit.

La princesa prometida, William Goldman.

El expreso polar, Chris van Allsburg.

The Night Before Christmas (La noche antes de Navidad), Clement Clarke Moore.

The Search for Delicious (La búsqueda de lo exquisito), Natalie Babbitt.

Arándanos para Sal, Robert McCloskey.
Carry On, Mr. Bowditch (Adelante, Mr. Bowditch), Jean Lee Latham.
Viento en los sauces, Kenneth Grahame.
The Little Grey Men (Los pequeños hombres grises), Denys Watkins-Pitchford.
Los incursores, Mary Norton.
El guardián entre el centeno, J. D. Salinger.
Johnny Tremain (Johnny Tremain), Esther Forbes.
El hobbit, J. R. R. Tolkien.
El gran gigante bonachón, Roald Dahl.
¿Quién cuenta las estrellas?, Lois Lowry.
Los veintiún globos, William Pene du Bois.
Bonícula, James Howe.
Danny, campeón del mundo, Roald Dahl.
El dador, Lois Lowry.
La brújula dorada, Philip Pullman.
El señor de las moscas, William Golding.
Una paz solo nuestra, John Knowles.
Las cosas que llevaban los hombres que lucharon, Tim O'Brien.
La historia personal de David Copperfield, Charles Dickens.
Middlesex, Jeffrey Eugenides.
La leyenda del helecho rojo, Wilson Rawls.

PREGUNTAMOS A REBECCA MAKKAI

¿Qué la inspiró a escribir *El devorador de libros*?

Hace unos diez años, descubrí la cantidad de grupos que, como la organización Corazón Alegre de la novela, intentan «convertir» a niños, adolescentes y adultos gays en heterosexuales. De todos los puntos de vista posibles acerca del tema, el que más me llamaba la atención era el de alguien externo que se preocupa por el niño en cuestión, pero no tiene ningún derecho legítimo sobre él. Creo que es fácil identificarse con la historia de Lucy, porque muchos de nosotros nos sentimos así al oír historias sobre menores que ni siquiera conocemos que están creciendo en ambientes muy hostiles y no podemos hacer nada por ayudarlos. Naturalmente, lo que nosotros no tenemos, y Lucy sí tiene, es la oportunidad de hacerlo. ¿Qué haríamos cada uno de nosotros, si tuviéramos esa oportunidad?

¿Ha tenido alguna vez un amigo como Darren?

De todos los personajes que aparecen en el libro, es posible que Darren sea el más real, aunque es una amalgama de gente que conocí en el instituto y en la universidad. Algunas de las historias de estas personas acaban bien, otras muy mal. Escribí los pasajes en los que aparece hace años, pero en 2010, mientras terminaba de reescribir *El devorador de libros*, hubo una serie de noticias muy trágicas sobre suicidios de adolescentes gays. Estoy convencida de que toda esa atención mediática no era producto de una moda, sino de nuestra repentina obsesión nacional por noticias que contuvieran las palabras *bullying* y «suicidio». Si se profundiza en esas historias, resulta que casi todos los adolescentes protagonistas de esas noticias son homosexuales. Sin embargo, me alegro de aquella tormenta mediática, por efímera que fuera, ya que tuvo consecuencias positivas. Especialmente, el proyecto «It gets better», que emprendió en YouTube el escritor y consejero sentimental Dan Savage. Él y otros adultos homosexuales grabaron vídeos dirigiéndose a adolescentes gays asegurándoles que merecía la pena aguantar porque «la cosa mejora con

la edad». El proyecto cobró vida propia, y llegó a involucrar a personajes tan relevantes, como Barack Obama, Hillary Clinton o David Cameron, además de actores y cantantes. Espero que Ian, en su universo de ficción, sepa que existe.

El viaje de Lucy e Ian tiene paralelismos con el de *Lolita* de Vladimir Nabokov, y *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Mark Twain. ¿Fue difícil encontrar el equilibrio entre ambas?

Fue muy divertido jugar con esos extremos: el delirante secuestrador monstruoso y su víctima, por un lado, y los dos compañeros marginados que se ayudan a escapar mutuamente. Lucy no sabe muy bien dónde queda entre uno y otro, pero como bibliotecaria que es ve toda su vida a través de una especie de lente narrativa, y quiere definirse a sí misma según esos términos.

La verdad es que la influencia de Nabokov me ayudó en un momento difícil en la escritura de esta historia; ya tenía a Lucy e Ian en la carretera, pero una vez salieron de Chicago, la historia perdió fuelle de repente. Volví a *Lolita* y vi lo que había olvidado, y lo que el maestro Nabokov logró con tanta facilidad: hizo que los persiguieran. Adopté la historia del Gafas como guiño a la trama de Quilty en *Lolita*, pero aunque no hubiera encajado en mis temas generales, me hubiera agenciado la idea, porque es muy buena y muy básica. No sé cómo no caí en la cuenta antes... En cuanto empezaron a seguir a Lucy e Ian, se formó un triángulo, y es ahí cuando las historias (y la vida) se ponen interesantes.

Por supuesto que también hay un montón de referencias a *El mago de Oz*, incluso alguna al *Ulises*.

¿Qué otras influencias literarias destacaría en su escritura?

He aprendido a escribir finales de Alice Munro; la complejidad, de Tom Stoppard; el arrepentimiento, de Ian McEwan; el carácter, de Richard Russo; lo extraño y lo posible, de Ítalo Calvino, y el ritmo. —Del lenguaje y de la trama— de Salman Rushdie. Y la autora infantil Lois Lowry fue quien me enseñó hace muchos muchos años, cómo contar una historia.

¿Por qué cree que el estereotipo de la bibliotecaria tímida y solterona es tan resistente?

No tengo ni idea, porque la mayoría de bibliotecarias que conozco son personas rebeldes que se hacen oír.

¿Quién es el lector ideal para su novela? ¿Le preocupa que el lenguaje y la forma casual en que se habla de sexo y alcohol la alejarán de los lectores adolescentes que tanto podrían beneficiarse de ella? ¿A partir de qué edad recomendaría este libro?

Nunca fue mi intención escribir una historia para jóvenes, aunque creo que la novela podría gustar a adolescentes despiertos. Siempre existe la necesidad de libros que guíen a los adolescentes a través de las dificultades de crecer siendo diferente, pero yo no soy una autora de novela juvenil, y espero que esos chicos encuentren consuelo en algún lugar mejor que una novela que hace referencia a Nabokov desde la primera página.

Sin embargo, sí me imagino como lectores a las personas a las que Lucy se refiere en el penúltimo capítulo del libro: aquellos que de pequeños leían bajo las mantas a la luz de una linterna, aquellos que no saben dónde estarían sin las historias que los ayudaron durante su infancia.

Creo que muchos de los que hemos vivido siempre como lectores un buen día llegamos a una biblioteca pública, tal vez cuando tendríamos unos diez años, y nos dejamos secuestrar por lo que encontramos allí. En ese sentido, hay tanto de mí en Ian como en Lucy, e imagino que no seré la única que se siente así.

¿A qué edad considera apropiado hablar a un niño sobre el sexo?

No soy experta en el tema, pero creo que cuanto más honestos son los padres más fácilmente aceptan los niños la complejidad del mundo adulto. Cuando mi hija mayor tenía dos años, se fijó en un restaurante en otra niña que estaba comiendo con dos mujeres, que debían de ser su madre y su abuela. Recuerdo que tuvimos la siguiente conversación:

—Mami, ¿hay niños que tienen dos mamás?

—Sí.

—¿Hay niños que tienen dos papás en lugar de mamás?

—Sí.

Para ella aquello no era más extraño que cualquier otra cosa en su universo, y siguió comiendo tan tranquila. Y por qué hay quien convierte esa pregunta en una crisis nacional, yo no lo sé...

Sus relatos han sido muy bien recibidos. ¿Cómo decidió dar el salto a la escritura de una novela?

En realidad, llevaba trabajando en *El devorador de libros* desde antes de escribir mi primer relato, así que para mí no ha sido un cambio, sino que he

estado contando una historia larga mientras contaba historias cortas.

Imagino que seguiré escribiendo en ambos formatos mientras pueda. Me parece sano tener otros proyectos en marcha a la vez que escribo una novela. No solo por mi salud mental, sino también como filtro para ideas: a veces se me ocurría un detalle irresistible, y tenía que pararme a pensar si era adecuado para *El devorador de libros* o si era mejor para otra historia. Sin esa alternativa, hubiera estado tentada de meterlo todo en la novela. Tal vez aún seguiría escribiendo, y ahora ya tendría mil páginas. A estas alturas, Lucy e Ian estarían en Indiana.

¿En qué está trabajando actualmente?

El título de mi segunda novela, de momento provisional, es de *The Happensack*. Es la historia de una casa encantada y una familia contada al revés. Es un proceso muy distinto a la primera novela, requiere una planificación muy meticulosa y una investigación histórica interesantísima que me ha obligado a pasar mucho más tiempo en bibliotecas del que pasé escribiendo *El devorador de libros*.

Me estoy preparando para sumergirme en el mundo de 1955 este verano, para una parte de la novela, así que estoy recopilando música, revistas y libros de la época. Es una especie de método Stanislavsky para escritores, un método que me alegro mucho de no haber usado para *El devorador de libros*.



Rebecca Makkai (20 de abril de 1978) es una novelista y cuentista estadounidense.

Makkai creció en Lake Bluff, Illinois. Es hija de la profesora de lingüística Valerie Becker Makkai y de Ádám Makkai, refugiado en Estados Unidos tras la revolución húngara de 1956. Su abuela paterna, Rózsa Ignácz, fue una conocida actriz y novelista en Hungría. Makkai se graduó en la Academia Lake Forest. Posteriormente obtuvo un máster en la Bread Loaf School of English del Middlebury College.

También ha impartido clases en el Iowa Writers' Workshop y forma parte de las facultades MFA del Sierra Nevada College y la Northwestern University. Es la directora artística de StoryStudio Chicago. Además ha enseñado en el Lake Forest College y ha ocupado la cátedra Mackey de escritura creativa del Beloit College.

Notas

[1] Es el principio de un libro infantil, *La telaraña de Carlota*, de E. B. White. (N. del T.). <<

[2] «¿Tienes una moneda, hermano?». Se trata del título de una célebre canción de la época de la Depresión del 29. (*N. del T.*). <<

[3] Referencia a la canción de Nat King Cole *It's only a paper moon*. (N. del T).. <<

[4] Ian canta «The Skye Boat Song», canción con letra de Harold Boulton sobre una melodía popular escocesa, que cuenta la huida de Carlos Eduardo Estuardo a la isla de Skye tras la derrota de Culloden: «Deprisa, barquita, como un pájaro que vuela. ¡Adelante!, exclaman los marineros. ¡Lleva a la isla de Skye al joven nacido para ser rey!». (*N. del T.*).. <<

[5] Este cuerpo de milicianos empezó por resistir los intentos de anexión de Nueva York y combatió durante la época de la república de Vermont. (*N. del T.*).. <<

[6] En inglés, ferret es «hurón». (*N. del T.*).. <<

[7] En inglés resulta más verosímil la confusión fonética entre *libertarian* (libertario) y *librarian* (bibliotecario). (*N. del T.*).. <<

[8] El verbo inglés *dig* significa «cavar». (*N. del T.*). <<

[9] Es el final de *Donde viven los monstruos*. (N. del T.). <<